



QUEBDANI

El cerco de la estirpe

Antonio Abad

Ediciones 29

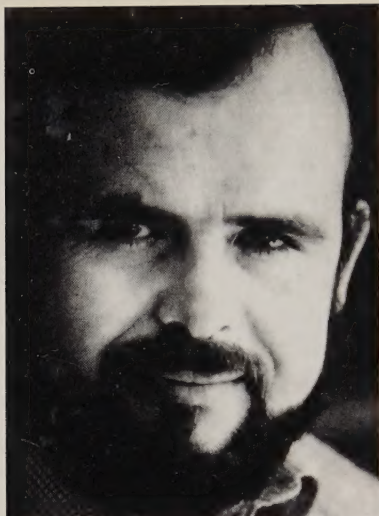


Foto: S. PONCE

Antonio Abad nace en Melilla, pasando gran parte de su infancia en Marruecos. Actualmente reside en Málaga. Ha escrito los libros de poesía: *El Ovillo de Ariadna* (1978), *Misericor de mí* (1980), *Mester de Lujuria* (1980), *Invención del paisaje* (1983), *El Arco de la Luna* (1987), *Melilla Mágica* (1992); ensayos: *Elena Laverón o el vuelo de las formas* (1984), *Lo árabe en la obra de Picasso* (1990); cuentos infantiles: *El maravilloso viaje de Angi* (1992) y *Los sonidos del alma* (1992). En 1986 obtiene el Premio Internacional de Poesía «Ciudad de Melilla». *Quebdani. El cerco de la estirpe* es su primera novela.

Spa FIC A
Abad, Antonio.
Quebdani :
1340836
Vol. 9

NY PUBLIC LIBRARY THE BRANCH LIBRARIES



3 3333 12442 5725

The New York Public Library

Astor, Lenox and Tilden Foundations

FW

JAN 15 2000

CP

JUL 24 2002

HG . AUG 20 2000

EP - MAR 16 2001

BR DEC 6 2001

RT JAN 29 2002

The Branch Libraries
DONNELL LIBRARY CENTER
World Languages Collection
20 West 53rd Street
New York, N.Y. 10019

DF

FEB 11 1999

Books and non-print media may be
returned to any branch of The New York
Public Library.

Materials must be returned by the last
date stamped on the card. Fines are
charged for overdue items.

Form #0478

WITHDRAWN

May be sold for the benefit of
The Branch Libraries of The New York Public Library
or donated to other public service organizations

ANTONIO ABAD

QUEBDANI

El Cerco de la Estirpe

The New York Public Library
Donnell Library Center
World Languages Collection
20 West 53rd Street
New York, N.Y. 10019

«TEXTOS MEDITERRÁNEOS»
NÚM. 9

© Antonio Abad
© Ciudad Autónoma de Melilla
© Ediciones 29
Mandri, 41 - 08022 Barcelona

Primera edición: junio, 1997

Depósito Legal: B. 21195-1997
ISBN: 84-87291-84-8

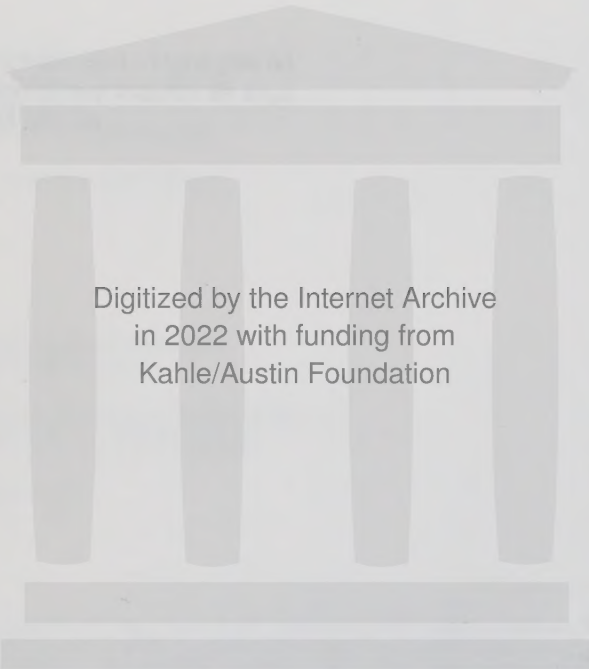
Impreso en España por LIBERDUPLEX, S.L.
Constitución, 19. 08014 Barcelona

Printed in Spain

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las Leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos, así como la exportación e importación de esos ejemplares para su distribución en venta fuera del ámbito de la Comunidad Económica Europea.

Este libro ha sido realizado con una ayuda a la creación literaria correspondiente al año 1989, del Ministerio de Cultura.

*La largueza es más dulce
para mi corazón que la victoria*
AL-MU'TAMID



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

CAPÍTULO I

Mi madre se llamaba Soulami. Tú no puedes recordarla porque apenas estuvo un momento cuando me trajo aquel día al molino. Yo acababa de cumplir doce años y al verte noté cómo te reías de mi aspecto cuando ella se marchó y me dejó para siempre entre vosotros. Ha pasado mucho tiempo desde entonces, sin embargo, ahora que todo ha terminado, tienes que saber que fue ella la que me dijo que hiciera todo lo que hice.

Se había puesto muy nerviosa nada más llegar a la explanada, como si en el último instante no quisiera dejarme en un lugar como aquél, o quizá..., sí, puede que también porque las correas de transmisión que llegaban de un extremo a otro del fondo de la nave hasta engranar con el pie de la tolva palmeaban con mucho estrépito, con un ruido sordo y amenazador; y había tanto trasiego de hombres y de bestias cargando y descargando los sacos, que muy probablemente, también esos hombres, también los estertores de las camionetas que no paraban de tronar la asustaron tanto como a mí.

Tenía unos ojos profundamente oscuros que cuando me miraban desprendían una luz intensa. No sabría explicarte cómo era esa mirada llena de rubor y al mismo tiempo cargada de misterio. En la frente y en la barbilla le habían tatuado sendas cruces de un color violáceo, como es costum-

bre en las mujeres rifeñas, que le daban un aspecto más triste de lo que era. A veces las ventanas de la nariz se le ponían abiertas y retadoras, como si aspiraran el aire con desconfianza, y en sus gruesos labios se le había marcado una mueca infinita de melancolía.

Era cierto que apenas sabía repetir cuatro o cinco palabras en español, pero en realidad no necesitó hablar gran cosa cuando nos presentamos ante tu padre, ya que todo había sido acordado entre mi tío Aomar el Alaui y Tomás Dávila. ¡Ah, mi tío Aomar! Terminó alistándose en la *Mehala*. Era uno de esos que saben sacarle beneficio a cualquier cosa. ¡Menudo granuja! Había sequía y todo era beneficio para él. Se inundaban las huertas y su bolsillo también sabía llenarse con las desgracias de los demás. Para mí fue siempre un traidor que como tantos otros se vendía por pura miseria a vosotros, los españoles: cuatro monedas de nada, un puñado de higos secos, un par de cebollas, un mueble o un cacharro que no valía tres perras chicas; algo de hambre y ya había que dejarse humillar, rebajarse, sentir miedo, extender la mano, callar la boca...

Así que nada más pisar aquel sitio tan extraño para nosotros como era vuestro molino —un molino, decía mi tío, que era adonde yo iba a ir a trabajar para aprender las costumbres de los europeos— también sentí mucho miedo. Figúrate que en aquel tiempo lo que yo entendía por molino era únicamente un par de piedras redondas que había en mi casa. Mi madre, el patio, su mano girando y girando, los escasos granos de cebada que echaba por el agujero superior hasta conseguir un poco de harina para el pan de los días siguientes..., eso era un molino para mí y no aquella gigantesca y desmesurada maquinaria que olía a gasoil, aquel tropel de gentes por todas partes, aquellos murallones de sacos que se apilaban a ambos lados del pasillo que conducía hasta la enorme solera de granito. Mi madre, cuando lo vio, se quedó espantada y algún recelo hubo de sentir al tener que dejarme en semejante lugar; sin embargo, me besó en la frente y se marchó.

Fue todo tan repentino que a pesar de que ella me había explicado muy bien adonde me llevaba, tuve la sensación de que acababa de abandonarme como se abandona a un borrego

en el zoco después de haber cobrado lo convenido en un forzado regateo. Sólo ahora sé por qué al marcharse lo hizo con tanta prisa, con una velocidad tan inmediata que sus pasos se precipitaron en una corta carrera de turbadas indecisiones que la llevó a tropezar, una vez con alguien, otra vez con ella misma, pues estuvo a punto de caerse y terminó por perderse como se pierde el polvo que levanta una reata de camellos. Parecía como si acabara de dejar un explosivo bajo un puente o un veneno en una copa de vino y tratara de poner tierra de por medio lo más rápidamente posible. Ese explosivo o ese veneno, sin duda iba a ser yo. Ella bien que lo sabía, por eso se alejó a toda prisa, por eso yo me quedé como se queda el pulso de un reloj que equivoca su tiempo y marca a su capricho una hora falsa.

Habíamos llegado después de dos largas y duras jornadas desde la cabila de los Beni Urriaguel hasta el mismo Quebdani. Un camino de piedras bordeado de montes resacos. Cerca ya del poblado enfilamos paralelo a la barranca por una carretera terrosa. A lo lejos se veía un *yebel* cárdeno y de escasa altura.

Era un alto que se encrespaba bajo la hilachas de unas nubes de cintas y desde sus laderas parecía llegar un fuerte olor a carroña, a muerte macerada por un viento que estaba a punto de arder. Entonces desaceleramos más el paso —los pasos que nos llevaban a mí y a ella aplastados por el calor— mientras me iba contando lo que en ese monte había ocurrido poco antes de que yo naciera. Y tanto interés puse en lo que me decía y tanta indagación hice después para conocer todos los detalles de lo sucedido que todavía, cuando paso cerca de aquel lugar, se me sigue acumulando en el olfato su olor antiguo de pólvora y de sangre y también de victoria.

Es curioso cómo se definen las formas de las cosas que nos pertenecen, cómo se agolpan en nuestros recuerdos y no nos abandonan. Yo quería hacer de aquel triunfo que obtuvimos en Annual el símbolo de mi carácter y no caer en la frustración y el miedo de la derrota que nos llegó después. Pues bien, yo iba haciendo de cada una de sus palabras una promesa, y me iba jurando a mí mismo que aquello no

volvería a ocurrir, y me iba dando cuenta de que ella me lo contaba para que yo lo supiera, no por el hecho de entretener la pesadez del viaje o para disimular el cansancio, sino para que tomara buena nota de quiénes erais vosotros y sobre todo de quién tendría que ser yo.

Esto me iba diciendo cuando unos jeep de la Guarnición, que parecían estar de maniobras o que se dirigían a un lugar determinado, pasaron a toda velocidad muy cerca de nosotros y estuvieron a punto de atropellarme. Se formó una intensa polvareda creando una confusión en el paisaje como si éste de pronto hubiera comenzado a borrarse delante de mi vista. Esto también sucede cuando arrecian los vientos del desierto, y como lo sabía me limité a esperar a que el paisaje volviera a su orden anterior, protegiéndome los ojos, la nariz, la boca, con un pañuelo. Después pude ver cómo la patrulla se dirigía hacia una casa en la que probablemente —al menos eso fue lo que me dijo mi madre— alguien, tal vez herido, había tenido que esconderse y lo andaban buscando. La casa, como todas las que se desparraman en las montañas del Rif, se confundía en el terreno hasta parecer que se incrustaba entre los peñascos. Al poco rato vimos que sacaban a un hombre a punta de mosquetón y lo introducían a la fuerza en uno de los vehículos. Luego cruzaron muy cerca por donde pasa un arroyuelo seco que viene de la barranca, vacío, viene muerto, antes de ir a cruzarse con el *uad* Sidi Salé, un río que nunca lleva agua y cuando la lleva la abandona con la misma abundancia con la que las lluvias traicioneras de octubre lo han llenado. A través de ese cauce vi cómo se perdía definitivamente la figura de mi madre para siempre, y aunque te he dicho que yo me quedé impasible en la puerta del molino cuando ella se marchó de aquella manera tan precipitada, por dentro tuve el deseo de salir corriendo, de perseguirla, de aferrarme a su cuerpo y envolverme en el paño de algodón que siempre llevaba liado a su cintura.

Cuando era muy pequeño ella me ataba con ese mismo paño a sus espaldas, mientras limpiaba, hacía el pan, iba a la huerta o le echaba de comer a los animales. Era como seguir perteneciendo a su cuerpo, como si todavía estuviera dentro

de su vientre. Si ella se agachaba, yo me agachaba con ella; si ella jadeaba por el duro trabajo de la casa, yo la sentía muy cerca y escuchaba su corazón con mi corazón, y su olor a manteca, a *henna*, a hierbabuena, a cúrcuma, a cilantro, se impregnaba en mi piel como si la piel de ella fuera la mía. Cuántas veces después he deseado sentirme atado a su cintura de aquel modo y palpar la seguridad que me proporcionaba su contacto. Su cercanía permanente me daba el sosiego y la tranquilidad que muchas veces deseé para no sentirme indefenso o cobarde. De pequeño dormía sobre ella, vivía sobre ella, era como el caparazón de un caracol para mí, como un escudo, como una corteza. Y así fue durante los dos primeros años de mi vida hasta que mi lugar fue ocupado por mi hermana, y después el lugar de mi hermana Zubaida por mi hermano Hamed.

Un día, pasado cierto tiempo, cuando yo ya comenzaba a comprender algunas de las razones de este mundo y ella sabía que habíamos sido derrotados definitivamente, me dijo: «Hijo mío, procura ser la púa de la pita o la espina de la chumbera si alguien intenta arrebatarte la tierra que pisamos». Y en otra ocasión volvió a decirme: «Mira esa liebre, ha saltado y ya no está; pero no es cierto, está ahí, escondida, acechándonos, vigilándonos. Si alguna vez alguien te persigue, sé tú como esa liebre, que sea tu chilaba como su piel, aprende a esconderte debajo de una piedra como ella y saca tu cuchillo cuando el otro crea que has desaparecido».

Sí, esto me decía Souлами, mi madre, hija de Ben Aisa Ben Mohamed. Que Alá sea benévolo con ella.

La compraron a los catorce años por una buena mula y cuarenta duros del *Majzen* que eran unos duros de menor valor que los duros españoles, aunque yo nunca supe cuánto dinero le dio Tomás Dávila a mi tío Aomar el Alaui por mí, para que se lo diera a mi madre o si no le dio nada.

Mi padre, antes de ser mi padre, le había regalado primero un *haig* que mi madre guardaba celosamente como se guarda una joya de oro, una joya muy cara. Guardaba ese *haig*, como te digo, en un pequeño baúl que tenía los cantos de hojalata y estaba forrado en su interior de papel y olía

mucho a jabón y a flores secas. Ocurrió que mi madre asistía a la boda de su prima Mimuna, pues su prima Mimuna también había sido comprada, no por una mula, sino por un caballo y muchos duros más que los duros que pagaron por mi madre, sin presentir o sin llegar a sospechar que aquella boda con todo aquel griterío de los invitados que no paraban de cantar, las troneras de la fusilería que tampoco paraban, los familiares del novio y los familiares de la novia, los gestos socarrones de las viejas murmurando sentadas en las esteras de esparto, los iba a ver repetirse unos meses después. El contrato matrimonial tuvo lugar en la *zauía* de Tamasint ante el *taleb* Sidi Choaif Ben el Iusefif. El padre de mi padre y el padre de mi madre señalaron la fecha de la boda para cuando el novio consiguiera aportar la cifra que había sido acordada. Mi madre se encontraba en el corro de las mujeres de la boda de su prima Mimuna, como te decía, sin saber que alguien la miraba, que alguien desde la otra parte del patio la miraba y la deseaba.

Los cantos se acompasaban con los *yuyús* de las lenguas vibrátiles de las más jóvenes y el tam tam de los panderos. A veces el ritmo frenético de la música se detenía y en su lugar el dulce y quejumbroso sonido de un *guembri* se alzaba en la noche como si amenazara con otra boda, con otra fiesta en donde correrían por tres días consecutivos el té con hierbabuena, los dátiles, los cuencos de cordero y las tortas de cebada con azúcar.

Cuando le comunicaron que estaba prometida y que tenía que casarse, tuvo que bañarse durante siete días seguidos, siete días que tuvo que estar acarreando agua con su cántara de barro, desde la fuente que estaba a más de una hora de camino. El agua caía delgada por la canaladura de una hoja de pita, lentamente; siempre había una fila de cántaros para llenarse, y cuando ella terminaba de llenar el suyo le tapaba la boca con un pequeño lienzo mojado que reliaba a su alrededor; luego se lo echaba a la espalda y volvía a casa. Así una vez y otra vez, pero no tuvo que costarle mucho trabajo porque estaba más que acostumbrada. Entonces fue cuando le tatuaron la cara, después le pintaron con *henna* las manos, los pies y los cabellos, y cuando le pusieron dos enormes ajorcas de plata vieja en las muñecas, ni el sebo de

borrego, ni la manteca agria pudieron aliviarle el dolor que le produjo la estrechez de aquellos símbolos de desposada que nunca abandonaría. Al día siguiente la cubrieron con paños traídos de Orán, unos blancos, otros alistados, de seda, rojos los de la caperuza, desde los pies a la cabeza para no dejar ni el mínimo resquicio de su carne o de su aliento a la mirada furtiva de ningún hombre. Sudaba a borbotones. Era plena canícula. Las viejas: su tía, su abuela, su vecina, arrimaron hierbas aromáticas a las brasas de un pequeño anafre que acababan de encender. La habitación se había convertido en un verdadero infierno del calor que hacía. Una de ellas le levantó las vestiduras. Mi madre, cuando todavía no era mi madre, se puso a jadear, sentía no tener aire, que se ahogaba. Toda cubierta, encapuchada hasta la cintura, tuvo miedo a desfallecer, a no ser capaz de soportarlo. La misma vieja cogió con la otra mano el anafre humeante de romero y tomillo y lo arrimó bajo sus piernas. Ahora sí que se asfixiaba, ahora sí que se sentía morir. Otra vieja comenzó a airear el anafre con un aventador de esparto. Otra la sostenía. Intentó convencerse que aquel dolor que estaba soportando no era otra cosa que los primeros signos de su matrimonio y que, por lo tanto, lo único que podía hacer era resignarse y llorar. Eso fue lo que hizo, ponerse a llorar el día de su boda. La vieja, probablemente su tía, puede que su abuela —ella no las veía— al escucharla le retiró el anafre de debajo de su vestido. Todas entonces comenzaron a emitir nuevos *yuyús* que eran contestados por los de las mujeres y niñas que se hallaban en el exterior. Terminado todo esto la subieron a un caballo blanco alquilado, que dos jóvenes rifeñas, necesariamente solteras, llevaban de las bridas. Pasados los sudores que había sufrido en la habitación, envuelta como un fardo que escondiera una mercancía valiosa, no sabía por dónde la llevaban como tampoco sabía ciertamente cómo era el hombre con el que tenía que acostarse esa noche, pues solamente lo había visto una vez en todo el tiempo que duró su noviazgo.

Delante iba el pequeño cortejo de chiquillos y perros, y detrás los jóvenes y los familiares, saltando, cantando, atronando el camino que llevaba a la casa del novio con el júbilo de sus cantos y los disparos de sus fusiles cargados de

pólvora. Finalmente ascendieron por una pequeña loma a la caída de la tarde. Allí estaba, aunque todavía no podía verlo, su nuevo hogar. Fue justo entonces cuando el padre de la que iba a ser mi madre le dijo al que iba a ser mi padre: «Ahora tú eres su dueño y señor, que Alá haga su vientre fecundo y tengáis muchos hijos».

Al poco tiempo de casados mi padre tenía que marcharse continuamente de la cabila llevándose su *chassepôt* que había conseguido reuniendo el dinero suficiente que le reportó su trabajo en la minas de Beni Bu Ifrur. Las minas de Beni Bu Ifrur que tanto dinero le dieron a tu padre, a mi padre sólo le dio para comprarse su *chassepôt*.

A veces consigo escrutar lo insondable del rostro perdido de mi madre en mi memoria, pero no sé por qué nunca puedo retener el rostro también perdido de mi padre. Aunque, ¿qué puede significar un rostro sin faz y sin aliento que se ha doblegado como una fotografía borrosa a la manipulación del olvido? ¿Qué ha supuesto para mí el deterioro de sus caricias, lo siniestro de sus ojeras, el miedo y la venganza que como en un espejo yo los veía y los palpaba, ahí, igualmente en sus propios ojos, sin que nadie me lo dijera, sin que hiciera falta que él pronunciara ninguna palabra de rencor?

Hace tiempo, mucho tiempo, yo podía averiguar su amargura y su tristeza en las escasas veces que lo veía y tocar con mis manos sus mejillas y besar tiernamente su frente mientras mi madre, en un rincón, se ponía a llorar. Mi madre lloraba mucho, lloraba entre las sombras de la casa, en el patio, cuando nadie la veía, durante las caminatas que la llevaban a la fuente o a recoger las enormes cargas de leña a la *ghaba* para hacer el pan. Lloraba sin que se le notara, como más duele llorar: por dentro. Después, al quedarse la casa definitivamente sin él, todo se hizo más triste y oscuro y yo me sumergía en las esquinas del miedo y me orinaba mientras dormía, en el borde de la estera, para que mi madre no se diera cuenta. Sentía las ganas de orinar y quería levantarme, pero el miedo no me dejaba. Y algo caliente comenzaba a bajarme por las ingles y junto al miedo que sentía, sentía también un extraño placer que me hacía olvidar el temor

cuando ella, a la mañana siguiente, lo viera todo mojado. La casa se fue impregnando de un olor agrio de abandono y miseria. Era una casa pequeña, rodeada de pitas y chumberas; más lejos estaban los olivos, los granados y un enorme algarrobo. Tenía dos tapias que junto con los cuartos cerraba un patio central de terrizo. En el cuarto el anafre de barro sólo se encendía para calentar el agua y sorber largos y taciturnos vasos de té con hierbabuena cuando venía mi padre. A un lado había un escalón con esterilla de esparto y piel de borrego que servía de diván. Al otro lado, otro. En un rincón algunos cacharros adornados con dibujos geométricos hechos a punta de buril. En la pared, dos estacas empotradas de donde colgaba un pellejo de carnero curtido, algunas vestiduras y aquél, igualmente, era el sitio en donde mi padre solía poner su formidable *chassepôt*. Cuando dejé de ver aquel *chassepôt* supe que mi padre se había ido para siempre.

Nunca olvidaré cómo con un palo yo trataba de dibujar su rostro en el suelo y le pintaba una barba puntiaguda, unos ojos muy nobles, en la cabeza le ponía un abundante turbante y en la manó su *chassepôt*. Mi madre, al verme hacer aquello, me regañaba y me lo borraba con el pie diciéndome que no volviera a hacer una cosa así. Todo era muy extraño. Siempre andaba muy recelosa y entre los vecinos nadie sabía lo que hacía mi padre cuando faltaba tanto tiempo de casa y si alguno lo sabía nadie era capaz de hacer el mínimo comentario. Él desaparecía y cuando volvía era como si no se hubiera ido nunca, como si se hubiera marchado la noche anterior, llegaba muy cansado y sucio y mi madre enseguida le preparaba un té hirviente con bastante azúcar y su buen puñado de hierbabuena. Apenas hablaba mientras ella le iba poniendo un cuenco de *cus-cus*. Solían mirarse asustados y al mismo tiempo jubilosos porque al menos se volvían a ver. Yo terminé por acostumbrarme a esos largos e intrigantes silencios que se establecían entre ellos como si fueran dos seres que no tuvieran nada que decirse, que no tuvieran ninguna novedad que comentarle al otro, porque entre ellos o todo estaba dicho o lo que se dijera podría ocasionar algún peligro. Si a veces entrecruzaban una frase lo hacían en un tono casi inaudible, como si tuvieran miedo a que alguien pudiera estar escuchándolos detrás de una puerta o de una pared. Tenían motivos

más que suficientes para adoptar tantas precauciones. El enemigo se podía encontrar en cualquier parte. Los españoles nos habían cortado la libertad, que ni siquiera el gran Majzen en varios siglos de historia había conseguido arrebatarnos, como se corta de un tajo una cabeza, y el terror se había extendido hasta los rincones más insondables de cualquier cabila. ¿Sabes lo que supone ese sentimiento? ¿Te imaginas que a ti te hubiera ocurrido lo mismo, que hubieran hecho eso con los tuyos? Es difícil entender cómo la libertad de un pueblo puede ser arrasada por otro pueblo en nombre de la libertad. ¿Hubieras comprendido que nosotros hubiéramos llegado a vuestras costas para entrar en vuestras casas, torturar a vuestros hombres, vejar a las mujeres y a los niños, quitaros vuestras huertas, robaros vuestras minas en pleno siglo XX? Sé que me dirás que eso es totalmente imposible porque vuestra cultura es superior a la nuestra, porque sois mucho más fuertes. Pero, ¿qué inteligencia hace que el peso de la razón lo dicte la fuerza del poderoso? Nosotros respondimos con lo único que teníamos, con la razón de la justicia y nuestra sed de independencia. No queríamos ser colonizados. No pretendíamos la inmersión en una cultura que no nos interesaba. Luchamos hasta el final y a punto estuvimos de consolidar una República del Rif ajustada a nuestras creencias y a nuestras costumbres. Pero para ello era necesario devolveros al mar por donde vinisteis, y casi llegamos a conseguirlo de no ser por los asquerosos franceses cuando os ayudaron en lo del desembarco de Alhucemas. Fueron muchos los prisioneros y muchos los que las grajillas y los buitres se ensañaron en los aduare. Después de la derrota vino una terrible represión. Ningún moro con fusil, era la orden. Entrabais en las cabilas y todo sospechoso era encarcelado, y si se resistía, allí mismo, delante de los suyos, le pegabais un tiro. Muchos otros, lamentablemente, cayeron en la tentación de vuestras ofertas y se hicieron mercenarios en vez de seguir luchando por nuestra causa y os los llevasteis a otra guerra, curiosamente a una guerra para matar a españoles. Nunca, sinceramente te digo, pude entender aquello. Se llevaron los españoles a muchos moros para que los moros mataran a otros españoles. ¿Qué locura estaba sucediendo? Te podrás imaginar cuánta vergüenza siento por todo

esto y cómo a un pueblo se le puede despojar de sus valores más profundos para caer en una situación miserable. Pero mi padre nunca se doblegó. Un día, un pariente nuestro nos trajo su pequeño rosario de bolitas de saúco y nos dijo que todos los que con él estaban habían perecido en una emboscada que les tendieron los Regulares. Él fue de los pocos que después de la derrota de Abd-el-Krim no quisieron rendirse y continuaron luchando en pequeñas escaramuzas, hostigando al ejército de ocupación y a las guarniciones.

En el Rif, se decía, se estaba construyendo la paz, pero bien que sabíamos que se trataba de una paz que olía a muerto. Fue entonces cuando mi madre, para que yo vengara la muerte de mi padre, decidió traerme al molino.

Todos me mirabais con curiosidad y también con un cierto aire de desprecio. Tu padre se acababa de quitar de la boca la última punta de su cigarrillo. Siempre estaba fumando. No tuvo ni tan siquiera que ayudarse de sus dedos amarillentos, sino que largó un escupitajo y la escasa colilla saltó a varios metros de distancia, cerca, muy cerca de mis pies desnudos que de la larga caminata los tenía llenos de ampollas y de sangre. Inmediatamente, y mientras me seguía observando con aquella mirada tan vidriosa y cruel que incluso a vosotros también os dirigía, sacó de su bolsillo una petaca de cuero. Estaba tan sobada por el uso que ya tenía perdido el repujado. Luego lió un puñado de hebrillas en un papelito de arroz de la marca Marfil que muchas veces habría de ir a comprar yo a la cantina de Mariano. A continuación ensalivó el borde del papel con esa misma extraña habilidad con la que había conseguido apelmazar la picadura, y enseguida el humo comenzó a agitarse en su boca. Cada una de sus bocanadas era como un remolino de arena, como una especie de minúscula polvareda de jeep que le ocultaba su rostro. Entonces se acercó y miró mi trenza:

—Habrá que cortársela y escamondarlo de abajo arriba— fue lo que tuvo que decir porque yo por entonces, aunque no entendía vuestra lengua pude adivinar sus perversas intenciones.

Tienes que acordarte ya que tú también, igual que los

demás, te echaste a reír. Después, sentí un fuerte, brutal y miserable tirón que aunque él intentó disimularlo con una caricia, yo sabía que trataba de humillarme y de arrebatarme lo que para mí era el símbolo más relevante de un niño Beni Urriaguel. Todavía me duele aquella mano, y la pastosidad de sus dedos oliendo a tabaco, alrededor de mi trenza. No supe lo que hacer. Me sentí acorralado y os miré a todos suplicando, y al mismo tiempo lleno de rabia, dispuesto a aprovechar la mínima ocasión para emprender la huida en busca de mi madre. Al intentarlo, Celestino y Gonzalo enseguida me cogieron y me llevaron al interior. Como yo opuse una fuerte resistencia, dando patadas y mordiscos, y eso sin duda más tuvo que excitarlos, decidieron atarme con una cuerda las manos y los pies, sentarme en una silla y cumplir la orden de tu padre. Una vez que lo consiguieron, otra cuerda me inmovilizó todo el cuerpo. Lo único que podía mover era la cabeza y entiendo que cuanto más la movía más risotadas levantaba entre vosotros. Me hubiera gustado morir en aquel instante. Escuchaba vuestras risas, vuestras palabras tan abruptas y tan irreconocibles para mí como quien escucha el paso de un tropel de pezuñas. Celestino había cogido las tijeras y la restañaba con ese sonido frío y metálico a mi alrededor, burlándose de mí, cogiendo con su mano mi trenza y con la otra las tijeras, y zas, haciendo como que me la cortaba, hasta que me la cortó.

Cuando me desataron y me volvieron a llevar ante tu padre, tenía la sensación de que el miedo y el odio participaban de un mismo mecanismo que yo debería activar con mucha sutileza. Por eso me atreví a mirarlo con esa insistencia de una luz turbadora, de una luz en un cuarto dirigida hacia el rostro de alguien a quien se le quiere arrebatarse la confesión de un crimen. Él me miraba también directamente a los ojos, calculando el odio que encerraban, con una mueca igualmente burlona. Un extranjero, un repugnante español acababa de humillarme delante de todos cortándome mi trenza. La rabia me consumía pero no quería que él me viera con los ojos bañados en lágrimas. Los dientes apretados, las uñas hincadas en las manos, eso sí quería que él lo viera, mi dolor y mi sangre, en los labios una pequeña herida de haberme yo mismo mordido.

Se había sentado en una cómoda butaca con el asiento y el espaldar de rejillas, bajo los sombrajos del porche, junto a tu madre. El trasiego de las bestias y de los hombres no había parado y el ruido de los motores del molino continuaba, pero yo sólo advertía los pequeños carraspeos de su garganta, su inquietante serenidad, las bocanadas de humo que seguía dando hasta creermelo que el tiempo se me había quedado vacío, que aquella inmensa explanada que había delante del molino, el porche, las tapias, el cobertizo, el ajetreo de los animales y de los hombres no eran nada; no eran tampoco el molino del patio de mi casa, el brazo que hacía mover la piedra, el humo que salía del pequeño horno de barro, la torta de cebada, el paño blanco que lo envolvía, el pellizco de pan que yo arrancaba a escondidas a la torta aún caliente; no podían serlo, y aquel instante se me hizo ilimitado y hueco hasta el punto de creer que todas las cosas de este mundo habían desaparecido. Sentí una profunda ausencia como si pareciera no estar. Sólo el humo de su cigarrillo se agitaba ondulante. Sólo el humo rancio y gris, y su tos cavernosa que a los pocos segundos se desvaneció cuando sobre la explanada comenzó a oírse el intenso graznar de las grajillas. Tu madre no pudo por menos que comentar ese temor que le causaban las grajillas.

—Otra vez esos pájaros del diablo, Tomás; a saber qué desgracia estarán anunciando.

Ya te digo, aunque no entendía vuestra lengua, estoy por jurar que ella dijo en aquella ocasión algo semejante. Entonces pensé que todo sucedería y que mi madre, igual que una mariposa, había dejado a su larva justamente en el corazón de la fruta.

CAPÍTULO II

Puede que haya en toda memoria una palabra o una imagen que es como un espejo. Uno repite esa palabra o recuerda esa imagen y al instante se asoma por tu mente tu vida entera, como si dependiera de ese nombre o de ese rostro que ahora te está mirando, todo lo que eres o todo lo que has sido. Esa palabra que era su nombre o el recuerdo de sus lentes de culo de botella, bastaban para que toda mi existencia corriera delante de mis ojos igual que un libro cuyas páginas yo no quisiera leer. Todo lo que yo era, todo lo que yo había sido, un infeliz —me miraba en ese espejo de la memoria y me veía un infeliz—, un pobre diablo me veía, como algo que había sido suyo, algo que le pertenecía igual que el molino que ya no le pertenece, igual que las minas que han dejado de ser de su propiedad, sus minas de oligisto que había comprado por una miseria, tampoco ya son suyas, ni sus hijos, ni sus animales, yo mismo, nada de todo lo que tenía ya es suyo aunque siempre dijo que él era el amo y señor de todo lo que su mano alcanzaba. Y toda esa acumulación de propiedades y de personas se me agolpan en esa palabra que era su nombre, en ese nombre que tenía un rostro con unas lentes gordas que ocultaban una mirada terrible. Lo pronuncio, digo: Tomás Dávila, y todavía la piel se me pone de gallina, me tiemblan hasta las piernas, siento dentro

de mí el miedo y el rencor que fui acumulando por mis venas sin poderlo evitar.

Tu padre siempre llevó gafas. Unas gafas de gruesos cristales y una mirada incisiva y vidriosa debajo. Había estado a punto de perder la vista cuando cayó herido cerca de Bentieb. La guerra, que tanto le daría después, le quitó igualmente la posibilidad de haber hecho una buena carrera militar como hubiera sido su deseo. Lo cierto es que algo tuvo que ver con unas operaciones un tanto oscuras en el Servicio de Intendencia al que había sido destinado en Melilla para que dejara su uniforme, no sé si de teniente o de capitán, y se viniera a toda prisa a Quebdani.

Quebdani en aquel tiempo era un pequeño poblado como sigue siendo ahora. Había sido tomado por el general Silvestre durante la campaña de Dar Drius. El general Navarro proyectó establecer un frente jalonado desde aquí a Kandussi y Zoco Telatta en el año 21. Tanto el general Navarro como el general Silvestre no tenían mucha idea de lo que era el Rif, eso al menos fue lo que le oí decir a mi padre. Si Annual fue para nosotros una gran victoria, para vosotros fue algo peor que lo de Cuba. Pero tu padre siempre sostuvo que allí se escribió una de las páginas más heroicas del ejército español. ¿Te das cuenta hasta qué punto llegaba su osadía? Tú y yo sabemos que lo del desastre a punto estuvo de tirar por la borda todas las aspiraciones que había puesto vuestro gobierno en el Protectorado. Un puñado de rifeños a las órdenes de nuestro admirado Si Mohand Abd-el-Krim fue capaz de darle una buena lección a un ejército de malandrines que se figuraba que lo de los indígenas era cosa de coser y cantar. Era demasiado orgulloso para reconocer que cuando las harcas ocuparon todos los aduarens inmediatos sin que ninguna de las tropas apostadas hubieran sido capaz de impedirlo, se dieron a la desbandada. Mi padre me contaba que nunca se vio a un soldado más aterro-rizado ni más lleno de miedo que en aquella ocasión, y que comenzaron a caer como chinches del pánico que les tuvo que entrar en el cuerpo en cuanto corrió como un reguero de pólvora en todas las líneas la noticia del asalto. Tomás Dávila, en cambio, consideraba aquel episodio —en el que él mismo había participado— como una muestra del honor y

del sacrificio de los héroes de la patria. Resultaba un sarcasmo para unos oídos como los míos, que sabía algo de aquello, que él se vanagloriara de lo que en definitiva había sido una vergonzante derrota en la que murieron miles de soldados, no sólo por el miedo y por la cobardía, sino también por la escasa formación de sus mandos militares que llevaron a los suyos a una verdadera matanza. Se imaginaban que el Rif era una especie de zoco en el que se podía conseguir fácilmente medallas y ascensos a nuestra costa, un paseo militar para llenarse de cruces sus pecheras, y se encontraron con que el 18 de septiembre de ese mismo año (nuestro 15 de Moharram de 1340) la bandera roja del Rif con su media luna verde, ondeaba en todas las cabilas proclamando nuestra independencia. Lo que ocurrió después es lo que más me llena de tristeza. Esos puercos de los franceses os ayudaron. Qué podía hacer un pueblo pequeño y pobre como el nuestro contra dos naciones poderosas.

Acabada la guerra, y después de su percance en Melilla, que a punto estuvieron de cogerlo, tu padre se vino a Quebdani. Me lo imagino llegando con un elegante traje de dril, los cercos de los ojos envilecidos por las huellas del coñac que ocultaba bajo sus inseparables antiparras de un cristal bastante grueso lleno de círculos, dispuesto a quedarse y a emprender varios negocios que más adelante llegarían a ser de los más prósperos de la zona. Bajaría el último pescante de la CTM con ese aire de superioridad y ostentación que siempre le acompañaba, como si se sintiera el dueño de este mundo. Había estado una vez aquí y eso le bastaba para considerar que estaba regresando a un sitio que era suyo. Al instante se abalanzaría sobre él un puñado de chiquillos para llevarle su equipaje, pero él trataría de deshacerse de ellos arrojándoles al suelo algunas monedas. Varios puestos de verduras y otros de carne, las mesas de los cafetines llenas de gentes y el tumulto general a esa hora en la que muchos curiosos se ponen a presenciar la llegada de los viajeros, le darían a Quebdani, en aquellos años, un signo de prosperidad que él consideró suficiente para los proyectos que traía consigo. Un rebaño de cabras envuelto en una

fétida polvareda y su *chauía* vociferando, para abrirle paso a los animales, aumentaría aún más el tremendo barullo que se habría formado al pie de la camioneta. Habría encendido un cigarrillo y se enjugaría con su pañuelo la nuca sudorosa, mirando a su alrededor, y cuando le entregaron su equipaje, que hizo llevar enseguida a la cantina de Mariano, habría dicho que lo condujeran hacia la casa del caíd Sidi Amar Hoch-chen. Se había puesto de acuerdo con ese caíd para construir un gran molino, pero no sólo por eso vino tu padre a Quebdani. Como te he contado, aunque ninguno de vosotros llegó a saberlo, a excepción de tu madre, ciertos asuntos del economato que él administraba se le habían puesto muy feos, así que lo mejor era dejar la carrera militar e invertir todo lo que había ahorrado en un buen negocio.

Hacía algunos años que el glorioso Ben Abd-el-Krim había sido deportado por los franceses para impedir que cayera en manos españolas. Se inició desde entonces un proceso de pacificación, como lo llamabais, que el Alto Comisariado de Tetuán trataba de extender a todos los rincones. Los moros estaban en paz, eran los titulares de los periódicos. Los malditos moros éramos ahora amigos y había que iniciar una etapa de progreso y de consolidación del Protectorado. Para eso trajeron, bien pertrechados: hombres, mulas, fusiles, camionetas enteras llenas de hombres y fusiles, y decían que venían en son de paz. Nunca he sabido por qué vinieron tantos, a qué venían, por qué se quedaban si no teníamos nada especial que les pudiéramos dar. Hay pueblos que han sido sometidos, pisoteados, aniquilados por otros pueblos para arrebatárles su riqueza, una riqueza que a lo mejor ellos desconocían, se encontraba en la tierra, en su tierra, pero ellos no lo sabían, porque no podían saber para qué podía servir aquello que se llevaban. El Rif sólo ha tenido hombres y mujeres que no estaban dispuestos a que nadie les turbara su paz o sus guerras interiores, no tenía ninguna otra cosa que pudiera apetecer a otro pueblo para que se lo llevara. Eramos, y somos, además de pobres, a nuestra manera, un pueblo raro e independiente. No nos gusta la cara del cristiano, no nos gusta su religión, su maldita y asquerosa carne de cerdo. No nos podía gustar que ocuparan nuestro territorio, que llegaran a nuestras cabilas y que nuestras mujeres salie-

ran corriendo a esconderse, porque ellos llegaban y además pedían nuestras carabinas y lo registraban todo para llevarse también nuestra pólvora. Y con el ejército llegaron los colonos, la línea del ferrocarril, las carreteras: muchos hombres rifeños tuvieron que ponerse a trabajar, no en sus tierras, sino en la tierra de los españoles, que era su propia tierra; y sembraban tomates, sandías, cebollas; criaban cabras, gallinas y corderos; y los tomates, las sandías —las sandías de Cabo de Agua son las más dulces y las más jugosas para mí—, las cebollas, las cabras, las gallinas y los corderos, todo lo que su mano, con la ayuda de Alá producía algún fruto, no era para él, sino que ellos a cambio de un sueldo miserable se lo llevaran. Por entonces los zocos se llenaron de raros utensilios y junto a la cúrcuma, el clavo, el azúcar, las velas, los paños de Mogador y Mequinez, las mujeres podían comprar hermosos paños de Barcelona y mantas de Valencia y vasijas de hierro que eran más resistentes que las de barro. Así y todo no queríamos que nadie pudiera intervenir en nuestras vidas. Lo había dicho El Roghi: «el Rif es como una caldera de aceite hirviendo; el que meta la mano en él se quemará siempre». Eso me dijo mi madre que también decía Abd-el-Krim, glorioso sea su nombre y alabado.

En todo Quebdani el paisaje se hace cruel por donde quiera que se mire. La luz al mediodía estalla, cruje entre las formas gibosas de algunos montes y es como si se nublara la vista. A uno no le estalla la luz de esa manera porque estoy acostumbrado, pero a él, bajo sus gruesas gafas, le tendría que estallar y herirle los ojos, luego escupiría; escupía cada vez que trataba de arrojar del fondo de su alma alguna maldición, pues tenía cierta inclinación a sentirse turbado por el desasosiego de los arrepentimientos y los esputos del tabaco. Pero ya era demasiado tarde para arrepentirse. Había conseguido una buena oferta del caíd Sidi Amar Hoch-chen, una verdadera ganga; por eso decidió terminar de construir aquí el molino, frente a la contundencia de un desierto de matorrales desgredados.

—Esta tierra es un infierno, Tomás —le había dicho tu madre—. Cómo se puede vivir en un lugar como éste, sepa-

rado del resto del mundo. Si al menos viviéramos en el poblado, en Quebdani, junto a la Guarnición...

Cuando se lo dijo, él se puso a mirar el cielo abierto, puro, intensamente ardiente. Era necesario convencerle de que una vida entre tanta soledad no iba a ser vida. Pero nada de lo que le dijo Aurora Benavides sirvió para que cambiara de opinión.

—Tienes que mirar debajo —le respondió tu padre—, debajo de la tierra. Ahí está la razón de que nos quedemos. Primero será el molino, pero después comenzaré también con las minas, de las que igualmente he comprado los derechos de explotación por una miseria.

Se lo había dicho con un brillo de moneda y de riesgo en sus ojos y se lo volvió a decir una vez más, definitivamente, para que ella nunca más se lo reprochara.

Pero Aurora Benavides lejos estuvo de comprenderlo. Era corta de luces tu madre, sólo miedo tenía. Pasaban las grajillas y el aire se le llenaba de malos presagios. Pasaban muchas grajillas.

—Es que no te das cuenta, mujer, todo lo que hay debajo de esos cerros es una fortuna —le había vuelto a decir.

Aurora Benavides, vestida con un traje de percalina azul pastel, encajes de guipur, sus pequeños zapatos de charol, un broche en la solapa que él le había regalado cuando eran novios, miraba como perdida en todas direcciones buscando con la ansiedad de un naufrago en el mar un punto en donde asirse.

—Esto no me gusta, Tomás. Hay demasiadas grajillas.

Tenía un aspecto de una muñeca china, blanca, redonda la carne de su cara, una muñeca de esas que solía comprar en Dalamal & Glamour, una tienda de Melilla; compraba muchas muñecas de porcelana, y ella, como las muñecas, tenía un cutis extremadamente anacarado que siempre se cuidaba con zumo de limón.

Tomás Dávila le iba señalando los grandes crestones de oligisto abarcándolos con sus manos, dibujaba en el aire todo lo que el sueño de su ambición era capaz de trazar con esa sutileza de un ardid o una intriga; pero sin que él lo advirtiera ella gesticuló una breve sonrisa agria y fría, como si

viniera de muy lejos un rumor de acechantes desgracias o como si de pronto hubiera presentado que estaba condenada a sentir el vacío de aquellos páramos salvajes para toda la vida.

Un día ella le confesó que se sentía muy sola. Él la tomó entonces en sus enormes brazos y la arrojó a la cama impulsado por un deseo ardiente de llenar su soledad. Tu padre nunca supo distinguir la soledad del alma de la soledad del cuerpo, y ella, vencida más si cabe por el vacío de la incompreensión que suponía aquel arretrato, se quedó más hueca aún que una caja cuando se le extrae un regalo valioso, más hueca que una habitación sin muebles, con sus ojos pegados en el techo mientras él se agitaba en la convulsión de un amor desesperado.

Así fue como tuvisteis que nacer todos vosotros. Él era un hombre bravío y resolutivo. De modo que ella solamente tenía que agarrarse a las ramas de aquel corpulento roble para que ningún viento la pudiera turbar. Se sentía feliz viéndose protegida por la fortaleza de sus brazos y las decisiones alborotadas de su temperamento, pero al mismo tiempo fue incapaz de trasladarle su felicidad.

Cuando lo conoció, le fluía a cada instante entre sus dientes pequeños y parejos una sonrisa. Curiosamente, de todo su cuerpo y de toda su alma esa sonrisa fue lo que más sedujo al que iba a ser su marido. Era un signo inequívoco de sumisión, pensó Tomás Dávila nada más descubrirla. Así que más que sus labios finos, su cara anacarada, sus cabellos, intensamente rubios tintados con infusiones de manzanilla «Sueños de Oro» que le cubrían los hombros, le atrajo esa sonrisa de animalillo tierno y asustadizo que parecía surgida de un antiguo álbum de fotos.

Por entonces la rondaba un muchacho que había conocido antes de conocerlo a él. ¿Sabías que a tu madre, antes de ser tu madre, antes de que conociera a tu padre, la rondaba otro hombre? Se lo escuché un día contárselo a Mariana. Solía pasearse, no tu padre, el otro, frente a la esquina de su casa para que ella lo viera, silbando una canción que él sabía que a ella le gustaba. Llevaba siempre un traje

azul, una raya en medio de su pelo astutamente engominado, unos zapatos negros y lustrosos, la corbata cortándole el respiro, la boca como una línea ahíta de beatitud, y en los ojos un signo verdoso de compasión.

Su respuesta fue siempre mirarlo cuando ella se percataba de que no la miraba para dejar las cosas bien claras desde el principio, pues nunca le gustó ese carácter retraído ni mucho menos la forma de peinarse ni el traje tan planchado ni lo cursi que cruzaba la calle delante de su ventana, silbando.

El pobre infeliz jamás se atrevió a decirle nada, y si lo hubiera hecho lo habría despachado con un desaire, porque no soportaba aquella languidez extrema y compasiva de su rostro, aquel rumor de ropas y agua de colonia incesante que se paseaba una vez a la semana sin el empuje necesario para preludiar la tormenta de su corazón.

Precisamente fue entonces cuando tu padre apareció, y sus ojos se le hincaron en los suyos como dos brasas de un amor irremediable. Su madre se lo había dicho un día: «casamiento y mortaja del cielo bajan». Se casó, recién llegado de un permiso del Protectorado. Un vestido blanco de percalina con motivos de albores veraniegos y un ramo de amariles que anegaron de fragancias de albaricoques maduros la pequeña capilla de la Virgen del Perpetuo Socorro; él, con su uniforme militar, sus gafas, su bigotito fino; se pusieron los anillos. El arroz enredándose en sus cabellos artificiosamente rubios, los vivos, las sonrisas; había dicho que sí en la ceremonia y ese sí lo estuvo repitiendo año tras año, justamente hasta aquel momento en que se dio cuenta de que era demasiado decirlo para siempre. ¡Qué distinta la boda de tus padres y la boda de los míos!

Aquella boda arrebatada por el hechizo de su mirada envuelta entre cristales la llevó al convencimiento de que había nacido para él. Al punto lo aceptó cuando se lo pidió y después no pudo evitar, a pesar de sus numerosas infidelidades, seguir amándolo como el primer día. Lo había amado siempre, pero no era también menos cierto que cuando comenzó a desnudarse ante él la primera vez —esto también se lo había contado a Mariana y yo lo había oído— lo hizo de una forma mecánica, con la sospecha de que aquellos brazos

ya habían conocido a muchos cuerpos antes que el suyo. Lo hizo siguiendo los consejos de su madre: «no te muestres resuelta», pero por encima de su escondida pasión, a medida que se despojaba de su vestido: sí, primero fueron los zapatos y después fue su vestido, ella no se atrevía a hacerlo sola, tenía mucho miedo, un miedo que a su vez le producía un placer inusitado. Él fue quien la ayudó con las ropas interiores porque ella no podía: las enaguas, el ajustado corsé, y enseguida ella se cubrió sus pechos pequeños con las manos al verse despojada y él mansamente le apartó primero una y luego la otra.

Pero cuando todo acabó sintió que se había desnudado millares de veces delante de todos los hombres del mundo.

—Fue una sensación amarga y sucia.

Eso le decía tu madre a Mariana al referirse a la primera vez que se acostó con tu padre.

CAPÍTULO III

Hasta que llegué a acostumbrarme, la vida en el molino me resultó muy dura. Comprenderás que el primer trato que me disteis no fue el más indicado para que yo os tomara confianza. Hacerle aquello a un niño. Reírse de mí y cortarme la trenza nada más llegar no estuvo bien, que digamos. Pero eso no fue todo. Si te lo cuento es porque quiero que sepas que aparte del rencor que yo sentía hacia vosotros sin conoceros, aparte del odio que ya mi madre me había encargado teneros para siempre, conseguisteis que os tuviera el mayor de los desprecios desde aquel día.

Debes de recordar que mi trabajo, al principio, era darles de comer a las bestias, a las gallinas y, sobre todo, a los cerdos. Los cerdos estaban muy bien alimentados ya que el salvado, que tanto abundaba, se mezclaba con agua y con algún que otro resto de comida y así estaban de gordos. Un olor intenso y muchas moscas llenaban todo el entorno del molino. Las guarreras estaban situadas justamente detrás de los cobertizos. No era un buen lugar porque cuando soplaba algo de aire de aquella parte se os metía dentro de la vivienda, y tu madre, que era muy pulcra para esas cosas, le decía a tu padre que las quitara de allí o se deshiciera de los cerdos, pero ya sabes cómo era de empecinado. Nunca le hizo caso, y los cerdos siempre estuvieron conviviendo con voso-

tros, aunque yo me llevaba la peor parte ya que el rincón del cobertizo en donde dormía daba justo al lado de ellos; los escuchaba gruñir toda la noche y todo el olor que desprendían me hurgaba en la nariz como una sanguijuela vaporosa. Pánico me daban también aquellos cerdos, y ellos dos, Celestino y Gonzalo, bien que lo sabían. Yo estaba obligado a echarles de comer, a cuidarlos y a limpiarles una vez a la semana las pocilgas. A nada más. Quiero decirte que entre aquellos cerdos y yo no podía establecerse ningún otro tipo de vínculo que mi dependencia a cuidar de ellos. Me repugnaba tanto su condición de animal, aunque por obligación, como te he dicho, tenía que mantenerlos limpios, como lo que aquellos bichos significaban para mí. De hecho, nunca antes los había visto. Ningún musulmán había criado un cerdo jamás. No necesito explicarte las razones que tanto ellos como tú bien que conocíais. Nuestra religión lo prohibía y, sin embargo, yo tenía que cuidar de ellos, encalar las paredes de las pocilgas, echarles paja, ponerles agua limpia en los bebederos. Pero eso no fue lo peor.

La idea la estarían labrando durante algún tiempo pero hasta aquel día no decidieron llevarla a cabo. Ellos sabían que yo recelaba y ponía cara de asco cuando, en la cocina, veía aquellas largas tripas de embutidos que estaban colgadas de una viga puesta a propósito para sostener únicamente mediante ganchos de acero los jamones, las morcillas, los chorizos o el tocino salado de las matanzas. No puedo darte más detalles de cómo estaba colgado todo aquello porque, a decir verdad, siempre procuraba mirar hacia otra parte. Era un pecado para mí, aunque ya sé que a ellos les costaba comprenderlo. A mí igualmente me sucedía lo mismo con algunas de vuestras cosas. Era una cuestión de respeto hacia costumbres bien distintas el procurar que tanto mis creencias como las vuestras no se vieran sometidas a ningún tipo de chanza. Yo nunca me hubiera permitido hacer ningún comentario a la manía de tu madre con sus santos. Se pasó la vida entera encendiéndole mariposas a una virgen que guardaba en su habitación. Ellos, sin embargo, sí que se lo permitieron.

Se había terminado de trabajar, serían la seis. Era una tarde abierta a esa luz que el desierto termina por manchar con un goterón de sangre. Nunca lo olvidaré.

Celestino fue el primero que se me acercó como si me buscara para divertirse. Gustaban, tanto él como Gonzalo, de divertirse a costa de nosotros. Nos decían de todo, a nosotros, a los que no éramos como ellos. Tus hermanos tenían la misma mirada que tu padre, los mismos ojos abultados, las frentes ralas, cada uno a su modo igual a tu padre. Volvió a llamarme con una voz fingida como si tratara de ser amable conmigo. Gonzalo también se acercó. Era más alto, con menos pelo, con un bigotillo fino encima de la boca con la que masticaba un buen mordisco que acababa de darle a su bocadillo. Celestino también comía. «Ven morito», me dijo, «toma, ven...». Me llamaba al mismo tiempo que me ofrecía un pedazo de lo que comían. Gonzalo se reía cuando Celestino me llamaba y me trataba de dar aquello. Yo por aquel tiempo no entendía pero enseguida deduje de qué se trataba. Me acerqué con precaución y les dije que no con la cabeza, que no lo quería, y ellos riendo me lo siguieron ofreciendo hasta tenerlo tan cerca que el olor a longaniza me llegó a producir una fuerte náusea. ¿Qué era lo que pretendían además de divertirse a costa de unos infelices como nosotros? Perros sarnosos nos llamaban, moritos de mierda, cafres, sevillanos; por qué —y nunca lo he comprendido— los hijos de los Dávila nos llamaban a nosotros, además de salvajes, morancos, que sois unos morancos, nos llamaban sevillanos. Me negué rotundamente y en cuanto pude salí corriendo, pero de nada me sirvió. Celestino era demasiado rápido y pudo con mis piernas a los cincuenta metros de yo salir disparado como una bala en busca de mi salvación; me atrapó de un brazo y me llevó hasta donde estaba Gonzalo. No sé si los demás estaban allí. En realidad, yo no veía a nadie que no fuera aquellos ojos y aquellas risas que me miraban cómo temblaba de miedo y cómo cerraba mi boca con tanta desesperación. Insistieron en que probara lo que me ofrecían que no era otra cosa que un pedazo repugnante de chorizo. Me resistí lo mismo que cuando lo de la trenza. No podía comer lo que me estaba prohibido. Ellos más se reían cuanto yo más me negaba. Incomprendiblemente me veía en la misma situación de impotencia que la otra vez y ante los mismos rostros y pensé, en un determinado momento en que Gonzalo creyó que ya era suficiente con haber sido

objeto de un buen rato de distracción, en coger lo que me daba y emprender de nuevo la huida. Era una buena ocurrencia. Celestino me había soltado del brazo y creí que se contentaría con seguir mofándose de mí sin pretender otra cosa. Pero ya sabes cómo eran. Terminaron por meterme a la fuerza un pedazo de *jalufo* en la boca. Que Alá me haya perdonado.

Comprenderás ahora por qué cuando murió Celestino tú me viste poner en su ataúd el macuto de cuero que siempre llevaba consigo cuando iba de cacería. Observé que me miraste con una mirada de agradecimiento, con los ojos muy húmedos, porque aquello te hizo suponer que yo lo estaba haciendo como un gesto de consideración a su memoria, ya que de aquel macuto nunca se había desprendido. Sin embargo, ese detalle sólo me sirvió de excusa para desagraviarme de lo que me hizo, pues dentro le había puesto un trozo de chorizo.

En cuanto me hice con el idioma, cosa que ocurrió a los pocos meses, además de seguir cuidando de los animales, de los cerdos también, comenzaron a utilizarme en toda clase de recados, y a medida que los realizaba con cierta prontitud y no menos diligencia, me volvieron a dar otros, hasta que terminé por hacerme totalmente imprescindible en todo lo referente a los mecanismos del motor, el picado de la piedra, el pesaje de los sacos y el trato con los cabileños, sobre todo haciendo de traductor. Es curioso cómo los españoles, a excepción de ti, siempre se desentendieron de nuestra lengua y cómo nosotros aprendíamos la vuestra con suma facilidad. Yo, que incluso enseguida comencé a leer y escribir, me asombraba de que algunos de tus hermanos ni siquiera hicieran ese esfuerzo con la suya. A veces me preguntaba cómo una gente como ésta había conseguido hacerse con el Protectorado. En realidad, muchos de los que vinieron para colonizar el Rif no eran más que una caterva de ignorantes con uniformes, o colonos que no tenían dónde caerse muertos. Habían llegado a miles de Almería, de Vélez, de Jaén, también de Cataluña, vascos, gallegos, extremeños, murcianos... Qué se podía esperar de una gente así.

Tú y yo sabemos que un cuchillo, un veneno, un disparo o la simple apariencia de un suicidio necesita de mucha sangre fría. Un asesinato no puede cometerse así como así, un asesinato en el que uno salga indemne, sin ninguna sospecha de que alguien pueda señalarte porque te hubiera visto o sospechara algo de ti, algo para culparte aunque sea lo más mínimo, no sé, una palabra, un gesto, una brizna de hilo de tu ropa que te hubieras dejado sin darte cuenta, un trozo de cabello junto al cadáver que acaban de encontrar. Hay que procurar no dejar rastro y hacerlo todo muy limpio.

Te digo esto porque tu madre, un buen día me envió a Quebdani para que le llevara a Mariana, la mujer de Mariano, el cantinero, un bizcocho que le había hecho, y yo se lo llevaba cuando en el molino ocurrió algo que armó mucho alboroto. La verdad es que no era para tanto, pero tu madre, que siempre fue muy asustadiza, salió gritando de la cocina. Gritaba como una loca del susto que se llevó. Una bicha estaba metida en uno de los cajones del armario cuando fue a abrirlo. Abrió el cajón para coger no sé qué cosa y la serpiente allí estaba toda enroscada, parecía que estuviera haciendo nido y tu madre abrió el cajón y le saltó al pecho y ella salió gritando despavorida como si hubiera visto al mismísimo diablo. Llegaron tus hermanos corriendo y mataron a la bicha, que se había refugiado entre unos sacos. Nadie llegó a saber cómo aquel animal había podido introducirse en uno de los cajones del armario y mientras os lo preguntabais yo andaba camino de Quebdani, las altabacas secas a ambos lados del sendero, sin ninguna prisa.

De modo que ya ves, muy pronto tuve que iniciarme en el oficio de la astucia, me hice sigiloso como una garra retráctil, escurridizo como un pequeño ratón. Qué remedio. Aprendí todo tipo de engaño, disimulaba, decía que sí si era que sí, que no si era que no, aunque por dentro el sí era un no y el no lo contrario; callado, sumiso, un perrito faldero parecía. Se lo había jurado a mi madre cuando ella me lo pidió y me lo juré también cuando estabais cortándome la trenza y metiéndome el *jalufo* a la fuerza en la boca. La sangre me hervía. Esa sangre que duele como un fuego, que no podemos sujetar y se convierte en odio y sale por los ojos. Como un cuchillo sale y se pone allí, en otros ojos, y

ellos te miran igualmente envalentonados, pero tú, que no has dejado de mantener el brillo de tu pupila en la otra pupila, que apuntas en el centro del ojo, una mirada hiriente, una llama que va desde tu ojo a ese otro, lo tienes como un secreto, y aguardas, y esperas, y buscas una bicha, amarillenta, fría, traicionera, venenosa, ágil, huidiza, voraz y la metes en un cajón del armario sin que nadie se entere. Sí, eso fue lo que hice, meterle en el cajón del armario de la cocina de tu madre una serpiente para darle un buen susto, pues había decidido que a partir de entonces en el molino sucederían cosas.

Mi plan había comenzado como quien organiza una pequeña guerra y antes de dar el golpe definitivo tratar de ir lanzando pequeñas escaramuzas que puedan ir mermando las fuerzas del contrario, debilitando sus defensas, comiéndole su moral poco a poco hasta poder terminar con él. Tendría que estar muy atento, no sólo para que nadie sospechara de mí, sino también para saber de vuestras debilidades y encontrar la ocasión con la que yo quería llevar a cabo todo lo que había decidido hacer. No era tarea fácil. Os vigilaba y os acechaba a cada momento. Conocía el sonido de vuestra respiración y el movimiento de vuestros pasos detrás de las paredes. Vosotros, en cambio, nunca llegasteis a imaginar que detrás de las cosas extrañas que a partir de mi llegada comenzaron a suceder, pudiera haber el menor atisbo de mí. Mi venganza llegó a tener esa rara habilidad de no dejar ninguna huella a lo largo de todo este tiempo. Meditaba mucho las cosas antes de hacerlas y me pasaba las noches enteras sin dormir tratando de resolver aquellas cuestiones que entrañaban mayor riesgo para no cometer ningún desliz. Me sentía satisfecho cuando algunos de mis planes alcanzaban su objetivo. Pensaba en lo que diría mi madre. Era una forma de prestar un gran servicio a una causa que en realidad no sabía muy bien qué pretendía con ella, ni para qué me podía servir. Eso no me importaba. Lo único que me importaba era que tenía que hacerlo y aunque estas cosas no las compartía con nadie, estaba seguro de que al menos ella podía sentirse orgullosa de mí. Alguien hubiera podido pensar que era una locura porque no podía comprenderse que estuviera dedicándome a cumplir una promesa que no podía realizarse. Echar

a los españoles, ¿cómo? ¿Acabar con ellos? «Estás loco», me hubiera dicho incluso hasta mi padre. «Te cogerán. Te descubrirán cuando lo intentes». En realidad, eso es lo que he estado haciendo todo este tiempo. Mandaros al infierno uno a uno. Aunque no todo lo tuve que hacer yo. También vosotros colaborabais, con vuestros odios personales, sin daros cuenta, conmigo. Y poco a poco todos los tuyos fueron desapareciendo como desaparece una imagen en un agua estancada, en un pozo: lanzas una piedra y las ondas sucesivas que se van formando enmarañan la nariz, la boca, se distorsionan los gestos, se rompe la sonrisa o la mueca áspera del rostro que allí había y parece que el agua se bebiera su dibujo.

En las noches altas y calientes de los veranos imaginaba cada uno de esos rostros habitando el molino con una apariencia de sombra miserable. Los veía sentados bajo el porche, sin aliento y sin cansancio, rotos, ajenos a tanta fatalidad; y donde los motores nunca paraban y sólo había residuos de aceite quemado y manchas de gasoil, oía sus voces y también los rasguídos que sobre la harina rancia numerosos dientecillos ocultos mordían entre las rendijas de las paredes. A veces me parece que se asomaban a las ventanas cuando el aire pegaba en los postigos y tenía la impresión de que eran cuerpos errantes que necesitaban probablemente un poco de paz. Luego desaparecían, el calor seguía agitándose, y una soledad aterradora ocupaba de nuevo la explanada.

CAPÍTULO IV

Lo que llegué a sufrir en todos estos años, no creo que seas capaz de imaginarlo, Manol. Tal vez el tiempo pueda curar las heridas que me han dejado y los momentos amargos que pasé en el molino. Aunque no podía ser de otra manera. La historia tiene su mecánica lo mismo que una lluvia que busca los cauces de su desesperación arrastrando consigo todo lo que encuentra. Yo era la brizna en ese cauce, o esa pequeña tienda que el viento del desierto arrebató, con descabellada insolencia, con la misma facilidad que una mano derrumba un castillo de naipes.

Es cierto que muy larvados, el odio y la esperanza de cumplir con mi juramento, me daban las fuerzas suficientes para soportar la humillación, el desprecio y los malos tratos. Oye gandul —me decían—, un guantazo por no acudir a tiempo, perro sarnoso, me cago en tus calostros, hijo de perra, no me mires así y haz lo que te he dicho. Un día y otro día como si todo se infectara de insultos y amenazas y fueran órdenes militares: haz esto, haz lo otro, tráeme inmediatamente el tabaco, con exabrupto, con mucha ira, las palabras más sucias las únicas.

Me había acostumbrado tanto a oírlos maldecir que quise dar por bueno este recurso a que me pegaran. Cuántos palos he soportado injustamente. Me arreaban como a los

animales, sobre todo al principio, cuando para meterme el miedo en el cuerpo me trataban como a una mula, una mula tozuda, cabezona. Eran los dueños. Él —sus ojos tan rabiosos— era mi dueño, diciéndome, esto ahora así, esto ahora de este modo, casi siempre dudando para desesperarme y probar mi grado de sumisión.

Tomás Dávila tenía la mano larga y no sólo conmigo. Quiero decir, que su rabia o sus malos modales los pagaba con todo el mundo. Una forma de imponerse. Pero el dolor que nos causaba nos iba alimentando el resentimiento.

—El día que me harte —dijiste una vez— se va a enterar mi padre.

Éramos unos críos todavía, Manol. Tomás Dávila te lo tenía prohibido todo, pero más que nada te prohibía que tuvieras trato con los cabileños, no por supuesto conmigo que era el criado de la casa, sino con los que venían a moler, o con cualquiera. Aquella absurda decisión no sirvió para nada. Con el tiempo, rubio que eras, se te fue poniendo la piel tirando a oscuro. Igualmente en la transparencia de tus ojos zarcos el calor de Quebdani acabó por enturbiártelos, y era como si tú estuvieras también en ese empeño de transformarte en uno de nosotros. ¿Te acuerdas?, llegaste a tener una cachimba con entalladuras circulares y la cazoletilla de barro para la grifa que en algunos momentos compartimos juntos para espantarnos los quebrantos. Cierta día te vi cambiar a escondidas tu pantalón de sarga azul marino por unos zaragüelles, y tu camisa de franela roja, a cuadros, por un *kaftan* ribeteado de cordoncillos e incluso llegaste a comprarte una chilaba y un *tarbuch*, y todo esto me lo diste para que yo te lo guardara, y me dijiste que ya me lo pedirías para cuando te hiciera falta. Las muchachas se reían de ti porque decían que te tintabas el pelo para ser como nosotros. «Manol se está haciendo un moro», decían en el molino.

—Quiero que te vengas conmigo —me dijiste aquella tarde, a eso de las tres.

—No puedo Manol, después de que termine de limpiar tengo que darles de comer a los cerdos.

—Tienes que venir —volviste a insistirme de un modo autoritario.

Enseguida advertí que alguna urgencia muy precipitada

te obligaba a hablarme de aquel modo, pues en nuestras relaciones no existía, como existía con los demás, al menos cuando estábamos solos y yo te enseñaba palabras en *tamazight*, ninguna hostilidad ni nada que se le pareciera.

—Después, cuando volvamos, lo terminas y les das de comer a los cerdos, ahora vente conmigo —se te encendieron los ojos movidos por la precipitación, me agarrabas del brazo para llevarme contigo, un mechón rubio y rizado sobre tu frente alegre—, mi padre ha salido y volverá tarde, no tienes que preocuparte. Te echaré una mano en cuanto estemos de regreso.

Consideré que esa circunstancia cambiaba un poco la situación. Si la cosa era para un momento bien que podían esperar las mulas y los cerdos.

Salimos del cobertizo agazapados, por detrás justo de las guarreras. Saltamos los barandales de eucaliptos con su cerca de espinos allí donde termina la tapia. Los ladridos de Mauro se oían perturbadores hacia el otro extremo del molino. Cuando creímos que nadie nos había visto comenzamos a correr. Tú corrías y yo te seguía, parecían galgos nuestras piernas. El aire también corría con nosotros, dándonos en la cara el olor de las altabacas, ya sin las moscas de las guarreras y sin ese otro olor pestilente del estiércol.

Llegamos a una vaguada al cabo de media hora de loca carrera. El arroyo Xemmar hace una curva donde el Cheik Mohamed Belcherik le preparó una buena emboscada al coronel Morales. Yo no sabía ciertamente adónde me llevabas, Manol. No te lo pregunté tampoco porque sabía que no ibas a decirme nada. Seguimos vadeando por una orilla, arisca, pedregosa bajo un zumbido infernal de chicharras hasta llegar muy cerca de la cabila de Muley Hamed. Toda aquella parte huele a emboscadura y tú me hiciste una señal para que me apostara en un determinado sitio y pudiera avisarte si alguien que no fuera Yamina aparecía por allí.

Al poco rato llegó Yamina, probablemente ella sabría que tú llegabas y desde un ventanuco de su casa, o desde una rendija de la puerta que da al patio, miraba por si llegabas, porque al momento de nosotros llegar, salió de la casa. Yo permanecí en un sitio alto, un pequeño promontorio cubierto de retamas, sin dejarme ver, y tú agazapado en unos mato-

rrales la mirabas salir. Bajaba por la cuesta con su pequeña cántara a la cintura, rebotándole los abalorios de las cuentecillas multicolores encima de sus pechos, aligerando mucho el paso, dejándose llevar por la pendiente, como si rodara algo o tuviera una prisa turbadora, y yo la vi muy hermosa, como seguramente la estabas viendo tú y me parecía que su ropa bajaba oliendo a lentisco y a corteza de canela. Ella, entonces, al llegar junto a la poza de agua que había cerca de un granado, puso la cántara entre dos piedras para que no se volcara y comenzó a llenarla con una lata de leche o de conserva, vacía. No se veía a nadie que pudiera venir; seguramente a esa hora, con el calor, nadie venía a la poza con su cántara a llenarla de agua. No obstante, ella también miraba a hurtadillas el agua y el camino. Tú también la mirabas. No tendría que ser la primera vez que aquello sucedía —pensé— porque Yamina para nada extrañaba tu presencia; sin embargo, sí que fue la primera vez que tú estuviste tan cerca de ella. Eso fue lo que me dijiste. Reíais. Le cogiste la lata y la ayudaste a colocarse la cántara en la cintura. No os decíais nada, no os podíais decir nada y si os lo decíais, a no ser que os lo dijerais con los ojos, ninguno estaba capacitado para entender nada, porque tú todavía no hablabas la lengua de Yamina, y Yamina no quiso aprender nunca la tuya.

Tú fuiste el único que echó mano de nuestro idioma aunque bien mal que lo chapurreabas. Así que habiéndote hecho yo una señal, porque desde mi atalaya pude ver a Muley Hamed, el padre de Yamina, saliendo de la casa, regresamos al molino.

Nunca vi a nadie tan contento como aquel día te vi a ti. Me hablabas excitado con un brillo muy intenso en tus mejillas y una duda abochornada en cada una de tus frases como si no te atrevieras a contar lo que en realidad te sucedía.

Ocurrió, sin embargo, que alguien se fue con el cuento a Tomás Dávila al vernos deslizarnos por los barandales.

—Te juro —me dijiste al día siguiente, un ojo morado, hinchado, el otro también de no poder dormir tampoco— que lo mataré.

Lo habías dicho apretando mucho los dientes, como si se te astillaran, como si quisieras morder con tu rabia el sonido quebrado de tu boca hasta convertirlo en un eco que parecía vibrar en el aire como una amenaza. Recuerdo esos dientes, parejos, apretándose mucho y en tu cara una línea como si te estuvieras desdibujando.

Yo escuché esas palabras que nunca me había atrevido a pronunciar, pero que tantas veces me las decía a mí mismo en silencio —con una pequeña mueca entrecortada de rencor— como si fueran mías, como si yo se las estuviera diciendo a él, y que era él quien estaba escuchando lo que tú (en realidad) me decías. Me sentí cómplice, pero no te lo dije. Me entraron muchas ganas de decirte lo que yo verdaderamente sentía hacia tu padre.

—Te duele —fue lo que te dije señalándote el ojo izquierdo que se te había puesto como un ojo de perdiz.

—No, ya no me duele, me duele más lo que me dijo. Me dijo que no volviera a ver a esa perra de morita.

—Quizá sea mejor así —te respondí—, nosotros somos de otra raza, de otra religión. ¿Comprendes?, no se puede mezclar el aceite y el agua.

Pero esto no fue lo que te dije en realidad en aquel momento. En aquel momento te diría otras cosas porque mi edad y mis palabras todavía no tenían la madurez suficiente para hablarte de aquella manera. De modo que eso te lo tuve que decir mucho después, otra mañana, cuando tú acababas de cumplir veinte años y en el molino se recibió un telegrama para que te incorporaras al servicio militar.

Recuerdo que me dijiste que habías dormido poco y mal como la noche en que tu padre se enteró por vez primera que andabas con Yamina, y al levantarte tuviste la sensación de que lo estabas haciendo en una habitación que no era la tuya, como cuando uno se levanta de una cama extraña.

Con el rostro abotargado de la noche, fuiste hasta el cobertizo, corriendo, a medio vestir, para desocupar a toda prisa. Siempre te ocurría lo mismo con la vejiga, que te costaba trabajo aguantarte y al sentir el alivio de su liberación mostrabas una felicidad inmensa. Algo así también me sucedía a mí.

—Qué a gusto se queda uno —me dijiste, con muestra

de cansancio y de ambigüedad—; sabes, no hay nada mejor que una buena meada.

Reí tu observación mientras abrías la boca y estirabas los brazos.

—¡*Mmis ny haram!* —blasfemaste. —Está visto que me acabo de levantar con mal pie —seguiste murmurando. El pantalón con la portañuela sin abotonar, los faldones de la camisa por fuera, descalzo, hecho un desaliño. —Esta noche no he pegado ojo y he soñado con cucarachas. ¿Eso qué te dice?

No supe qué contestarte. La interpretación de los sueños no era mi fuerte ni yo era capaz tampoco de formular ninguna conjetura sobre ellos. Quizá tu madre te hubiera podido advertir que aquel día iba a ser un día aciago, porque siempre sostenía que la vista real o irreal de un animal inmundado era un signo de desgracia; pero por aquel entonces andabas bastante equidistante con los tuyos para que te dirigiéras a ella y te explicara semejante presagio. Así que cuando te pusiste el primer zapato y sentiste el chasquido viscoso bajo la planta de tu pie, ¡*mmis n-dit!*, volviste a maldecir. Acababas de aplastar a una de esas cucarachas coloradas que tanto abundaban durante el verano. Eso era precisamente lo que me habías contado que soñaste, que aplastabas cucarachas. Siempre que te calzabas tomabas la precaución de mirar por dentro, pues a pesar de todas las telas metálicas que habíamos colocado en las ventanas, los insectos parecían tener una vida múltiple ya que no había manera de eliminarlos. Los ciervos volantes, las mariposas nocturnas, las cochinillas de la humedad, los cárbos, las arañas, los ciempiés, las cincidelas, los gorgojos y los escorpiones, las cachipollas y los cortapicos, las hormigas, las moscas, los mosquitos y, sobre todo, las cucarachas. Poníamos azufre en los linderos de las esquinas, papeles reales colgados de los techos, echábamos petróleo en los hormigueros, fregábamos con zotal, y durante las noches más calurosas cogíamos los aparatos de *flitz* y se rociaba de veneno el aire.

Pero lo que más te repugnaban eran las cucarachas. Así que cuando fuiste a tomar el primer sorbo de tu desayuno, el ruido de la plasta bajo tu pie lo seguías escuchando con la

insistencia de una melodía pegadiza. Sin embargo, otra atisbadura mientras te afeitabas te delató igualmente que aquella mañana de un 23 de julio iba a ser una mañana que nunca olvidarías. Te cortaste un par de veces, ¿lo recuerdas? El alcohol te quemaba cuando te lo aplicaste en la herida y los hilillos de sangre que te salían del cuello se obstinaron en evocar el bandullo de la cucaracha. Parecía que toda tu vida hubiera estado llena de señales y premoniciones, que de haber reparado en ellas lo suficiente, hubiera sido otro el curso de tu existencia; pero, pobre Manol, no estabas dotado para indagar en la desazón de tus pesadillas. Volviste otra vez al cobertizo, y como si todos los vaticinios de tu vida se hubieran conjuntado en aquella mañana ardiente de Quebdani, me preguntaste:

—¿Tendrás bien escondida la ropa?

Nada más señalarte el sitio en donde yo había guardado tu chilaba y tu *tarbuch*, hizo su aparición en la explanada un jeep de la Guarnición con un telegrama a tu nombre pero que, sin embargo, se lo entregaron a él.

—Mira por dónde —diría tu padre al leerlo—, a ese Manol se le van a quitar los humos de moro que tiene.

Cuando eras chico, te habían vestido de ángel, pues un ángel, con tirabuzones rubios, parecías. Un aro dorado te salía de las espaldas como a ese niño Jesús, de yeso, que tenía tu madre en su dormitorio, y las alas te las habían hecho con seda artificial sobre estructura de alambre que acabó desmoronándose enseguida, pues desde el principio pusiste muchos reparos a que te las pusieran. Doña Aurora se había empeñado en que tenías que acompañar a tu hermano en la primera comunión, vestido de aquel modo y tú sólo consentiste a fuerza de amenazas cuando ya se te había agotado la escasa resistencia de tus cinco años. De modo que ya de pequeño —al menos esto es lo que tu misma madre contaba— te venía tu desinterés por todo lo cristiano, y aquella túnica color celeste ribeteada con hilos de oro y tus zapatillas de raso terminaron por ceder a tu mala voluntad de vestirme de aquella manera, pues viniste a dar de bruces —y ahora hasta yo puedo comprender que lo hiciste intenciona-

damente— en un charco de una lluvia inoportuna de primeros de junio.

—Pero ¡Dios mío! —decía doña Aurora al cabo de los dieciséis años—, ¿cómo no nos dimos cuenta entonces para haber sacado a ese crío de Quebdani?

Tu madre hubiera querido hacer con todos sus hijos lo que hizo con Adriana: mandarlos a Melilla a un buen colegio religioso, pero tu padre necesitaba buenos brazos para que le ayudaran a él en el molino. Luego, cuando comenzaste a hablar en *tamazight* se olvidaron de tu educación, pues a pesar de haberte amenazado si te escuchaban decir una sola palabra, en un momento determinado cambiaron de parecer, pues creyeron que podrían utilizarte mejor que a mí para entenderse con los rifeños que venían a moler de las cabilas más lejanas y que eran de los pocos a los que no se les entendía.

Es verdad que renegaste de tu familia ese mismo día en que soñaste con las cucarachas coloradas y que tu padre te enseñó el telegrama para que te incorporaras a la mili, pero nunca imaginé que pudieras tomar la decisión de renegar también de tu patria. No sabes cuánto me alegré.

—Esa pendona de Yamina ha sido la culpable de que se haya ido, Tomás. No te das cuenta. Ha sido ella la que ha hecho de él un moro. ¡Nuestro hijo un moro! Pobre Manol, tan guapo, tan cariñoso. Tráelo, Tomás, tráelo a casa y perdónalo. Es nuestro hijo. No dejes que termine aborreciéndonos, que se haga un salvaje, que esté escondiéndose toda su vida, escondiéndose de nosotros, Tomás, de ti y de mí que lo hemos traído al mundo.

Eso era lo que le decía Aurora Benavides a su marido, pero él no le hizo ningún caso y nunca jamás quiso saber nada de ti.

CAPÍTULO V

No era el tiempo como yo pensaba una distancia inabarcable. El tiempo no sé lo que es. Pero yo pensaba que el tiempo duraba demasiado, que los años se hacían largos, muy largos, permanentes, fijos. Que los días, las horas, los minutos, tenían a veces toda la medida de la eternidad. Un silencio, una noche de insomnio, una espera al lado de una puerta antes de que me dieran la orden para poder pasar, me parecían agujas de un reloj escacharrado a las que yo miraba con una cierta extrañeza de quietud. El tiempo, ya digo, me duraba demasiado, se me hacía impalpable, inmortal, hasta que comprendí que la vida, tan corta, cualquier vida, era un instante breve, un soplo, una fugaz y solitaria ausencia.

Lo percibí en el momento justo en que tú acabaste fugándote con Yamina. Te habías convertido al islam en un gesto de arrebató precipitado, pues te pasaste lamentándolo cerca de un mes por las infecciones que te produjo una cuchilla de afeitar usada, marca Sevillana, cuando te tuvieron que cortar el prepucio y cambiarte el nombre de Manol por el de Hassan. A falta de un buen *tebib* en la herida te pusieron ceno, leche agria y miel, y te la cubrieron con un retazo fino de *jaique*. Pero aun llamándote Hassan no estabas suficientemente preparado para esa vida tan dura en los riscos más extremos del Rif, y las fiebres por poco se te

llevan por delante. No estabas preparado para huir del ejército español —tú que eras español—, del molino, de tu padre, de los tuyos; te pasaste algunos años huyendo como una mala bestia hasta que la independencia del Protectorado te entregó la libertad que no tenías.

—Me marchó para siempre, me voy porque sería capaz de cometer una locura —me dijiste cuando pensabas fugarte, con una voz rota, gastada, con una voz que a mí me parecía que no era una voz, que era una voz demasiado humana—, me voy y a ti solamente te lo digo —mascullando nerviosamente, con una especie de resentimiento menos amargo, más controlable que otras veces. Todavía cada una de tus palabras «me marchó, no puedo soportarlo, el odio me consume» se seguía repitiendo como si fuera el eco absurdo de un aparecido, no ahí en la explanada, que sola, sin viento, sola y vacía, parecía un paisaje a punto de pudrirse, sino en la memoria oscura de los años que a veces tiene su explanada también, inmensamente abierta, por donde discurre, no el tiempo, sino nuestra idea del tiempo —el tiempo que se ha ido, el tiempo que tiene que pasar—, no las cosas o los seres que conocimos, sino el espejo de cada uno de ellos.

Así que he tenido que cerrar los ojos para poder escucharlas mejor, para poder delimitar en la oscuridad de mis ojos cerrados los recuerdos más fieles. Pero lo único que consigo es recrear una presencia ambigua de rostros y de nombres que se emborronan en escenas repletas de sufrimientos, como si debajo de mis párpados todo volviera a repetirse triste, algo que no sé si verdaderamente deseo, si lo creo conveniente, como si de pronto una fotografía, una fotografía deteriorada y sucia que acabara de encontrar, que estaba perdida, que no sabía en dónde la guardaba, me devolviera intuiciones y premoniciones de un tiempo que ha pasado demasiado veloz.

Y de pronto me veo mirando la fotografía de esa memoria que evoca significados tan amargos. La miro y la veo y casi me arrepiento. Cierras los ojos y lo que veo, quieto, pequeño, sucio por las pulgaradas, lo he visto ya. Sigo viendo lo mismo de algo que ya no está delante pero que sigue ahí, en una nueva visión impersonal, troceada, como si la fotografía se hubiera roto en varios pedazos de mi vida. Y de

pronto Mauro aparece sesteante, con las moscas bulléndole en los lagrimales, en una especie de sueño que se le hubiera vuelto infinito, venenoso, triste, borracho. Un sueño que lo acabará transformando en un perro de peluche, eso sí, grande, sedoso, extrañamente inmóvil.

Todo ocurrió mucho antes de que te marcharas. Mauro era un cruce de bóxer y perdiguero con el pelaje castaño y manchones oscuros en el cuello y en las patas. Nada más nacer, tu padre había hecho que le cortaran las orejas. Parecían un par de puntas de carne que enseguida se le alborotaban con el menor chasquido. A todos los perros que tuvo les sajava las orejas y les ponía el mismo nombre, pero aquel Mauro fue sin duda el perro de su predilección. Amarrado a una larga cadena cuya longitud determinaba inexcusablemente su territorio, un espacio absolutamente prohibido para quienquiera que fuera, permanecía la mayor parte del tiempo sesteando, con las moscas bulléndole en los lagrimales, el hocico hundido en la tierra, alerta siempre. Ninguno de la familia y menos aún un extraño, podía rebasar esa distancia insólita que marcaba el radio de su atadura sin correr un grave peligro, una zona que era su región absoluta, su país intocable, prohibido. Todos lo sabían y sólo las moscas, las moscas y Tomás Dávila, podían acercarse a aquel maldito animal.

Algunas tardes, después de liarse una buena picadura y de echarse la escopeta al hombro, él se lo llevaba para adiestrarlo en los menesteres de la cacería. Estando desenganchado, no había mucho que preocuparse porque Mauro obedecía en todo aquello que su amo le ordenaba, y entre los demás, maldita las ganas que se tenía de andar cerca tanto de uno como de otro. Así que lo único que se deseaba, aunque ninguno de los que estábamos en el molino fuera capaz de referirlo abiertamente, era que Mauro, en una de esas salidas, mordiera cualquiera de los cepos que se ponía para los chacales, o que una perdigonada perdida o no tan perdida le atravesara su alma de diablo.

Casi siempre se les veía tirar hacia la barranca, pero casi nunca se adentraban por ella. El perro lo seguía y sólo cuando Tomás Dávila se lo ordenaba se iba a olfatear las

señales de los animales que iban dejando con sus roces en los matojos o los resquicios de los majanos en donde abundaban las madrigueras de los conejos. A veces le murmuraba algunas frases entrecortadas chascando la lengua briosamente con un rumor de cuchillos cortantes. Eran unas frases rudas y secas que el animal entendía a la perfección, como si comprendiera, como si le hubieran clavado a fuego esas palabras en sus oídos. De pronto, saltaba como un resorte y una enorme rata que no se sabía de dónde había salido, la destripaba entre sus fauces. De pronto, encrespaba los restos de sus orejas y oteaba al final de unas lindes. Él entonces le azuzaba con una voz imperiosa, con una voz que le salía casi metálica, borboteándole, rechinándole entre sus dientes amarillos, ávida por removerle sus inclinaciones sanguinarias, como advirtiéndole que esta vez la presa era mucho mayor. Mauro oiría muchas veces ese extraño balbucear de su amo y sus sílabas chisporroteantes se le tuvieron que quedar grabadas en lo más profundo de sus tímpanos como ningún otro sonido, porque a la voz de «¡al moro, Mauro, al moro!», al perro se le encabritaban sus patas de tal manera que corría como un viento en dirección a una asustadiza silueta que, advertida de su presencia, comenzaba a gritar despavorida huyendo como si la persiguiera el mismísimo diablo. Luego, nada más tenía que decirle «¡chitón, Mauro, chitón!», para que el perro se le quedara clavado en el suelo, una piedra, un centinela la postura en la que se quedaba. Mauro volvía entonces con unos pasos quedos, moviendo la cola, con la lengua casi arrastrándola, y él se desgañitaba en carcajadas escuchando al cabileño maldecir allá, a lo lejos.

Una vez que tu padre cayó enfermo te juro que hubiera dado algo de su vida por tener la compañía de aquel Mauro. En realidad, nunca superó aquel trance de verlo con dos palmos de lengua amoratada colgado de una viga del cobertizo. Nunca imaginó tampoco que Celestino le echara las agallas suficientes para poder hacerlo.

Una tarde, bien que se lo había advertido a Celestino. Le dijo Tomás Dávila a Celestino, se lo dijo como él solía decir la cosas, con autoridad, le dijo que si lo intentaba, que

si por un asomo fuera capaz de hacerle algo a su perro, un rasguño, un solo rasguño, le quitaría la vida a Celestino; igual que se la había dado se la quitaría. Tu madre, conociéndolo como lo conocía, sabía que era capaz de hacerlo y previno con toda clase de convencimientos a Celestino por sus intenciones de vengarse. Era una tarde roja, sin viento, de esas que se agolpan en las nubes que parecen sangrientas.

Sucedió que tiempo atrás tu hermano se había hecho de un chacalillo. Tenía el animal unos pelos como puntas de alambres herrumbrosos, la cabeza pringosa de los lametazos de su madre recién muerta, con un olor profundo de cadáver todavía impregnado en su cuerpo sórdido y feo.

—Lo he traído para cruzarlo con una perra —te dijo al llegar.

Lo puso en un cajón de madera y le dio de comer en una lata de sardinas, pan mojado en leche. Al cachorro se le chamuscó la lengua con la leche pues estaba demasiado caliente y parecía como si recelara, pero Celestino le hundió el hocico en el pan ensopado hasta conseguir, varios días después, espantarle la desconfianza.

Eso fue así al principio. El pistolete tenía que seguir conservando su natural salvaje si Celestino quería obtener un buen cruce como se había propuesto, pues para ello no había nada mejor que tratarlo como era debido. De modo que se entregó a su crianza con mucho entusiasmo, dedicándole la mayor parte de su tiempo.

Los del molino le habían dicho que lo que pretendía era un disparate, que no lo conseguiría, porque esos animales en cuanto se hacen adultos, si llegan a serlo, se convierten en unos perros esmirriados, de miradas esquivas y orejas abiertas, que sólo conservan de su raza lo fétido de su pelaje y su inclinación a comerse la carroña.

—Yo lo único que necesito es un animal al que le hierva la sangre.

—¿Es que no tienes bastante contigo? —le respondió Gonzalo un día. Los demás os reíais y Celestino, con espuma de rabia por la boca, con una espuma sucia que le olía mal, como a cuarto cerrado.

—Éste será capaz, ya veréis, preñará a Diana que es tan buena para levantar perdices —dijo Celestino; casi se permi-

tió reírse él también, ufano, una buena perra la suya, pequeña, negra menos las patas—. No habrá madriguera de conejos ni rastros de zorro que se me resistan ni chacal que yo no coja. Ya veréis.

Cuando lo terminó de decir esgrimió otra sonrisa pequeña y sórdida, enseñando sus dientes separados, unos dientes ennegrecidos por las numerosas picaduras de las caries, como si se resistiera a mostrar abiertamente las imperfecciones de su boca que a veces lo desesperaban con una irritación aterradora a causa de sus frecuentes dolores de muela.

Uno de esos días infernales que lo ponían despavorido, a pesar de las buchadas de coñac que se dejaba en la boca y las pastillas de Okal para aliviarse el sufrimiento, fue cuando Celestino decidió amarrar a su chacal de una cuerda detrás del cobertizo, cerca de las guarreras, y le cambió la leche por agua y empezó a darle de comer animalillos muertos.

—Así no se le escaparan los demonios —decía.

Y para que siguiera conservando sus instintos sanguinarios y también para que fuera aprendiendo quién era su dueño, le traía una rata o un conejo con evidentes signos de avanzada putrefacción, y le colocaba la carne a un palmo de donde se encontraba. El cachorro, despavorido por la hambruna de varios días sin probar bocado, saltaba y rugía tratando de ensartar con sus fauces lo que Celestino le ofrecía, pero por mucho que el animalejo trataba de conseguir su alimento, más tregua ponía él por delante. Una y otra vez Celestino le retiraba la comida esgrimiendo una risa sarcástica.

—Prueba esto, maricón —lo increpaba—, ¿te gusta, eh, te gusta?

Parecía disfrutar con el suplicio de su bichejo, y sus ojos acerados se clavaban en los del animal hasta vislumbrarle un furor incontenible. Entonces era cuando decidía que el chacalillo tenía que comer.

Celestino, que de ningún modo quiso que su proyecto se le viniera abajo, puso todo su empeño en criarlo convenientemente. Pero todo lo que se planeaba en el molino se desbarataba entre los entresijos de la fatalidad.

Aquella vez, una tarde reventada de calores del Sur, Tomás Dávila había desembarazado a Mauro de su larga cadena. El chacalillo ya salía un par de palmos del suelo y nadie encontró explicaciones ni razones suficientes, aunque de aquel maldito perro nada bueno se podía esperar, para que Mauro saliera en estampida hacia el lugar precisamente en el que Celestino lo tenía bien amarrado. Apenas jadeó. Una certera dentellada y lo único que hizo fue agitarse bruscamente por el suelo como si le hubiera dado de pronto un telele. Celestino, al que enseguida avisaron, no dijo nada. Los acontecimientos ocurrieron tan rápidos que no pudo darle tampoco tiempo a reaccionar. Se quedó, no obstante, turbado, como si de pronto los colmillos sanguinarios de Mauro se hubieran clavado en su cuello y él tuviera la necesidad de comprobarse la sangre que le salía, no a su chacalillo sino a él. No pudo decir nada tampoco porque tal vez la presencia de su padre lo intimidaba. Se limitó a propiciarle un puntapié a la piltrafa de su cachorro como si el chacalillo tuviera la culpa de su propia tragedia. Y siguió allí inmóvil durante un cierto tiempo, viéndolo morir. El ceño fruncido, la mandíbula apretada, las manos llenas de crispación, hincándose las uñas. En el cobertizo los animales andaban removidos como si olfatearan la muerte. Rápidamente corrió la voz en el molino y todos se acercaron hasta donde estaba el chacal que todavía tiritaba en el suelo como si un frío miserable le hostigara las patas en aquella tarde calurosa. Todos vieron entonces cómo de los ojos encendidos de Celestino se escapaban llamas amarillas que se encabritaban hasta las lentes de tu padre.

—Esto no se quedará así —masculló entre sus dientes podridos, mientras se alejaba con pasos muy resueltos hacia el interior del molino, con esa resolución que cabe en un pecho torturado y lleno de ira, con una sonrisa igualmente martirizada.

Tomás Dávila, que había oído perfectamente lo que acababa de decir su hijo, no quiso darle ninguna importancia a su amenaza, pensando que no le costaría ningún trabajo conseguir otro asqueroso chacal. A pesar de ello le advirtió delante de todos:

—No serás capaz —dijo.

Y ese no serás capaz ocupó todo el espacio de la explanada y todos los recintos del molino, como si el aire se hubiera hecho inexistente, como si se hubiera quedado vacía la tarde o se hubiera expandido un gas venenoso. Su gran vozarrón parecía arredrar a todos los que se habían acercado para presenciar el percance y nadie se atrevió a decir nada ni nadie se movió.

Tu padre, con la misma calma que había dicho su advertencia a Celestino, se sacó su petaca de tabaco y se lió, pausadamente, un cigarrillo. Lo hizo con una lentitud absoluta, con sus dedos entonces ágiles, como quien no tiene prisa y se limita a consumir el sopor de las horas más aburridas. Unas nubecillas doradas en el azulenco de los montes era como una imagen que no correspondía a lo que estaba sucediendo y las observó tranquilo, con esa pausa que proporciona la lentitud o la paciencia, mientras lanzaba una turbulencia de humos y de soledades por su boca.

Mauro, ajeno a todo aquello, andaba suelto, parecía satisfecho y escarbaba en la tierra con sus uñas todavía llenas de sangre.

—No será capaz —volvió a decir dirigiéndose al resto de la familia, fumando pausadamente, mirando ahora hacia tu madre que enseguida le ofreció una perfilada sonrisa, incauta, llena de asentimiento, pero esta vez con un breve rictus de temor.

Cuando Celestino apareció de nuevo con su escopeta, los ojos virulentos, dos ascuas feroces, todos vosotros y el resto de los presentes lo miramos con signos de complicidad y en todos se alineó una idea impasible de aprobación y de venganza, de desquite, como si aquel momento hubiera estado recluido en cada uno de los rincones oscuros de nuestras almas hasta ese mismo día en que por fin, ese deseo, ese gatillo que iba a pulsar Celestino y que de seguro acabaría para siempre con la vida de Mauro, lo estuviéramos sosteniendo todos juntos.

Celestino apretaba fuertemente la escopeta buscando en la explanada al perro. Mauro seguía escarbando. Se ajustó fuertemente la escopeta contra la cara, el hierro frío, el ojo en la mirilla; yo sentía ese hierro anhelante, ese ojo y esa mirilla como si fuera yo el que iba a disparar. Dos tiros

sonaron entonces y fueron dos fogonazos que sacudió a la tarde que se iba poniendo cada vez menos púrpura. Entonces, una grajilla se desplomó en la tierra y otra erraba por el cielo tocada en una de sus alas.

Mauro se había puesto muy nervioso espantado por los tiros y comenzó a ladrar.

El miedo nos hace demasiado cobardes. A pesar de eso no tuve excusa para él. Se había portado insuficiente y nimio, se había rajado ante su voz, ante su sola voz como un niño al que se le regaña; había quedado en ridículo, sentí el peso de su culpa como si fuera la mía, lo odié mucho más de lo que ya lo odiaba. Desde entonces lo vi precipitarse en un desvanecimiento cercano a la locura, como si fuera ausente por el mundo.

En el molino el trabajo de sol a sol recubría la existencia de una costra dura y resistente, como de ambigüedad o desgana. Se sobrevivía. Él no lo consiguió. Se llegaba a olvidar lo justo y lo necesario para poder seguir tirando, recobrar el aliento, beber un poco de eso que era la esperanza o la exigencia de sentirse que aún se respiraba, que todavía podías salir al campo (a dos pasos la barranca, el verano enquistado, tieso, las aguas secas) para caminar lentamente y percibir por dentro o por fuera otro aire. Creo que trató, relativamente y a escondidas, de sobreponerse a los contratiempos, conservando inútilmente alguna disculpa pasajera, algún perdón ocioso que alejara de él tanto rencor. Pero nada le reconfortaba mejor que ese rencor mismo, anidándose, enroscándose en su pecho. A mí me sucedía lo mismo, y probablemente todo esto también te pasaba a ti.

Era rabia y desesperación lo que yo sentía, por lo de Mauro y Celestino y por otras cosas. Era una extraña sensación de agobio, me faltaba el aire, el aire verdadero, era como si la multitud de un zoco en la hora de mayor concurrencia transitará por mi frente, sin que pudiera rebullirme entre los olores avinagrados de los cuerpos, atrapado en el

bullicio innumerable de una muchedumbre que me iba deslizando hacia no sabía qué río de incertidumbre en contra de mi voluntad.

Aquella vez me acordé, y ahora vuelvo a recordarlo, que mi destino estaba señalado por una noche de tormentas en la que pasé mucho miedo. Todavía mi madre no me había traído al molino. Veníamos de visitar a unos parientes cuando la noche y la tormenta se nos echó encima, así que tuvimos que refugiarnos en el primer agujero del que pudimos echar mano. Los relumbres de los relámpagos y una lluvia como nunca había visto duraron toda la noche. No tuvimos más remedio que permanecer en aquel cobijo que en medio de nuestra desesperación pudimos encontrar. Al amanecer, el sol brillaba lujurioso sobre los destrozos de las torrenceras. Me parecía imposible que hubiéramos sobrevivido a una situación como aquella. Al menos, desde mis cortas luces, me parecía que con la tormenta se acababa el mundo y por lo tanto mi vida. Entonces un intenso olor, un olor putrefacto de vísceras abiertas y de animales sacrificados en los mataderos comenzó a extenderse. Los estragos de la lluvia habían desfigurado las formas de las cosas y costaba trabajo reconocerlas. Fue así cómo reparé en los cuerpos de varios cadáveres recientes, que la tronera había sacado de las tumbas y esparcido a su antojo, pues donde pasamos la noche era el morabito en ruinas de un cementerio, no el morabito de Sidi Mhan u Musa, el más santo de los hijos de Beni Urriaguel, sino otro del que ya he olvidado su nombre. Desde entonces he creído que la muerte tiene un resorte misterioso que hace que todos los muertos, los hombres y los animales, sean iguales.

Pero volviendo a lo que te decía, Celestino se volvió mucho más huraño y retraído de lo que era y se dedicaba a ensañarse con las panzas metálicas de las grajillas. Si toda la barranca se espantaba era por ese condenado de Celestino. En cierta ocasión lo vi apostarse en los barandales de eucalipto que cercaban un extremo de la explanada, apuntando a la frente de Mauro. Tendría que tener la mirilla de su escopeta justamente señalando los ojos del animal. El dedo encorvado,

suave, sobre el gatillo, acariciándolo hasta sentir el dulce frío del hierro en la yema de su dedo, la culata igualmente apretada contra su cara. El perro, a no ser que un revuelo de moscas le acicalara el trasero, no se movía para nada. Por su cabeza tuvo que pasarle a una velocidad de vértigo su advertencia: «no serás capaz». Era imposible errar el tiro a esa distancia tratándose de él, al que todos admiraban su habilidosa puntería. Tan sólo seguir mirando por esa mirilla, o ni tan siquiera eso, contener brevemente la respiración y apretar suavemente el gatillo para que el vomitón de la fogonada le levantara la tapa de los sesos. El perro se encontraba atado a su cadena, echado en el suelo, junto a la caseta que se le había construido, ajeno al peligro que corría. Celestino siguió apuntándole como si en esa actitud acechadora fuera regodeándose de su víctima, igual que el que se queda mirando a una mujer desnuda antes de poseerla.

En ese momento Mauro se movió y Celestino enseguida hizo un gesto iracundo apretando fuertemente sus brazos y al mismo tiempo el gatillo una y otra vez. Pero del cañón de su escopeta sólo salieron un par de «clics» ridículos como si de repente se hubiera convertido en una escopeta de juguete.

Después lo vi cómo se apartaba murmurando frases entrecortadas.

—El día en que meta en la recámara unos cuantos cartuchos se va a enterar ese mierda de perro —lo dijo sin convencimiento, como si fuera una amenaza inútil, una amenaza que nunca pudo llevar a cabo porque yo mismo se lo impedí.

Mauro, desde luego tuvo el final que se merecía. En el molino todos creyeron que fue cosa de Celestino, pero no fue cosa de él.

Bien que era cierto que de un tiempo a esta parte tu hermano se estaba convirtiendo en una pura exhalación. Entregado como estaba en arrancar de su pecho la herida que le pesaba tanto como su propio vivir, aquel perdido de hijo —que de por sí no era muy propenso a criar carnes— se fue quedando solamente en ese suspiro suficiente que necesitan los huesos para echar el paso: dos cavernas profundas le

marcaban los ojos como si se le fueran a salir, la boca como perdida, las orejas abiertas, erizadas, como si fuera lo único que intentara empinarse en aquel desgobierno de su cuerpo. En Quebdani se llegó a decir que se había contagiado del mismo mal que María Dolores, pero lo que más os preocupó a toda la familia era que había comenzado a transparentarse, pues los que le habían visto desnudo en los días calurosos vagando por su habitación, llegaron a pensar que el hígado y los pulmones se le distinguían a través del pellejo. Ya sé que exagero en esto que te digo, pero bien sabes que esto es lo que se decía de él.

Lo único que lo alimentaba y que lo mantuvo vivo hasta que se traslumbrara, fue su reconcomio, su anhelada venganza y esas llamaradas tan vivas que le salían de los ojos. Pero no sólo en su manera de mirar se podía saber cuánto odio estaba almacenando sino que también, desde que le ocurrió aquello al chacalillo, muchos animales de la zona comenzaron a caer en desgracia, de la que Celestino algo tuvo que ver.

Su afición a la cacería lo tenía la mayor parte del tiempo ocupado. Cualquier época era buena. Con su escopeta, siempre en solitario, se le veía perderse por los linderos cobrizos de la barranca. A la vuelta nunca solía traer ninguna pieza. Celestino sabía darle como nadie a las liebres y a los conejos, a las perdices y a las palomas torcaces, pero también abatía cernícalos y mochuelos, salamandras doradas, buitres y camaleones y a todos los dejaba en el campo, muertos. No había cazador que le igualara en puntería. Mataba un rabo que se moviera, una pluma en el aire, un hocico o una garra asomándose en su escondrijo. Si alguien se atrevía a reprochárselo lo observaba inquisidoramente con las manos cogidas a la culata. En aquel tiempo las grajillas comenzaron a disminuir su número considerablemente y algunos perros aparecieron colgados de los árboles. Eso fue lo que me dio la idea.

Yo sabía muy bien que la mejor manera que teníamos los cabileños de castigar a un perro era colgarlo de un árbol, de un perro criminal y asesino como era el perro de Tomás Dávila. Así que un día lo seguí, seguí a Celestino y lo vi tirar a la barranca llevando su escopeta y un buen rollo de

alambre de esos que venían empaquetando el heno. En el cobertizo, colgados de un buen clavo, había buenos rollos que luego se utilizaban para cualquier cosa.

Era domingo y no se trabajaba. La barranca se abre como una herida en la tierra, como una gran herida miserable entre el límite de la gran explanada en donde está el molino y justo el borde de la carretera que lleva a Quebdani. Por dentro, la barranca no es tan seca. Las correntías, cuando llueve, dejan en el fondo un pequeño arroyo e incluso, si las lluvias persisten por un tiempo, alimentan por varios meses un siniestro y oscuro cenagal que hay. Celestino había bordeado ese cenagal que estaba cubierto de una nata podrida. Cerca crecen acebuches, algarrobos, higueras y enormes macizos de adelfas. El mosquerío se hace insoportable. Celestino tuvo que espantarse una nube de ellos, picudos, zumbantes, devoradores. Hay bastantes desperdicios y restos de basura, despojos del matadero que traen del zoco hasta aquí. Vienen también los perros, las grajillas y los chacales, éstos por la noche, a comer lo que pueden. Celestino también venía, venía a matar y luego se marchaba dejando más muerte de la que ya había.

Ese día lo vi matar a un perro, le pegó un tiro a un perro viejo y sarnoso que roía la piltrafa de una cabeza de cabra. Alargó la escopeta y ¡zas!, el perro muerto. Luego le enrolló un alambre en el cuello y lo colgó de un árbol. Tomé buena nota de que le gustaba colgar a los perros de los árboles después de matarlos y os lo dije, se lo dije también a él, a tu padre, con toda la intención para que lo supiera.

Una semana después lo tuve todo preparado. Tu padre tuvo que salir para cerrar un trato. Posiblemente tardaría en volver, le oí decir al marcharse. Aguardé igualmente a que Celestino cogiera su escopeta y su macuto y saliera a cazar. Estuve muy atento a todos los que entraban y salían, y cuando vi la oportunidad de hacerlo me encaramé a una viga del cobertizo y esperé a que Mauro se acercara a comerse el *jalugo* que yo había robado la noche anterior. Tomás Dávila siempre lo premiaba con un buen pedazo de butifarra o de chorizo y ése fue el señuelo que utilicé para atraerlo a su trampa mortal. La cadena llegaba justo hasta la viga en donde yo me había subido. Mauro llegó despacio, olisqueando

el embutido que yo previamente había chamuscado, con esos resabios de grasa y olor inconfundible. Desde arriba se lo mostraba colgado de una cuerda. Había preparado igualmente una buena lazada de alambre. El perro, nada más ver el chorizo, se fue para él y al intentar llevárselo le enredé en el cuello el alambre. No sé si llegó a ladrar. Tiré fuerte hacia arriba de modo que quedara enganchado lo suficiente para que él mismo, con los tirones que se daba, terminara ahogándose.

Cuando Tomás Dávila vio a su perro a la mañana siguiente, montó en cólera y buscó a Celestino por todas partes. Tu hermano, al que tú alertaste cuando supisteis lo del perro, en vez de regresar para decirle a tu padre que él no había sido, puso tierra de por medio. Tú mismo no te lo llegaste a creer cuando él te lo decía, cuando te juraba que él no lo había hecho. Tu padre salió a buscarlo y juró delante de todos que de encontrarlo le haría otro tanto igual. Estuvo varios días rastreando los posibles lugares en donde Celestino podría estar oculto. Llegó hasta a ofrecer algún dinero a quien le proporcionara una noticia sobre el paradero de su hijo. Él mismo recorrió palmo a palmo toda la barranca y se adentró en el desierto y preguntó en cada una de las poblaciones que fue atravesando por un hombre cuya fisonomía iba describiendo, con tal lujo de detalles, que muchos se decían si no se había vuelto loco por estar persiguiendo a un fantasma. Cuando lo encontró yacía con un tiro en la boca. Todos pensaron que el miedo a que su padre lo encontrara por haber matado a Mauro le había desquiciado la razón y acabó con su propia vida.

En el molino llegó un momento en que no se hablaba de otra cosa.

CAPÍTULO VI

Era Ramadán cuando fui a comprar, no al zoco el *Arbaa* sino al zoco el *Jemis*, a Comandante. Durante el camino pensé que el nombre que mejor le venía era el de *Hayera* que, como bien sabes, en *tamazight* significa roca, porque se le veía duro y fuerte; pero a tu hermana María Dolores no le gustaba que tuviera nombre rifeño, así que nada más verlo dijo que el burro se llamaría Comandante y todos en el molino lo llamaron de aquel modo para no contrariarle sus caprichos de enferma.

Había recién cumplido ocho años y desde que le ocurrió lo del accidente, no sólo se hizo más antojadiza y veleidosa como correspondía a una niña de su edad, sino que debido probablemente al agobio de las medicinas o al excesivo cuidado que le dispensaron los médicos, le creció una voluntad más autoritaria de la que tenía y todos sus deseos se cumplían con la precisión de una orden porque para eso ella era el ojito derecho de tu padre.

Si María Dolores pedía una bicicleta, aunque la pobre no tenía ni aliento para sostenerse en pie, al día siguiente ella tenía su bicicleta.

La que le trajeron era encarnada, de dos ruedas, con otras dos chiquitas atornilladas a la rueda de atrás para mantener el equilibrio durante el primer aprendizaje; el asien-

to, de cuero de cabritilla; el manillar, niquelado con sendas empuñaduras rematadas con lazos de colores azules, naranjas, amarillos, blancos, rojos y verdes; el timbre a la derecha, y cuando se lo hice sonar para levantarle un poco el ánimo porque, la verdad, mucho no le sorprendió aquel regalo que era todo un lujo para cualquier niño que la hubiera visto, puso una cara, al principio de entusiasmo imaginado, pero después envenenó el ceño con una rabia incomprensible para su salud.

—Ahora no la quiero —dijo bañada en lágrimas, los ojos vueltos como dos ciruelas a punto de reventar, y al instante se trabucó en una extrema languidez, percutida seguramente por la irritación de su corajina y sus carnes tan flacas al haberme yo atrevido a tocar su bicicleta.

—Maldita sea tu raza, vas a matar a mi hija —dijo Aurora Benavides—, lárgate ahora mismo de aquí.

En ese momento escuché un aleteo de cientos de moscardones abalanzándose, un zumbido de tábanos que duró un segundo, un impacto después, sordo, preciso, que no pude evitar. Tu padre se me había adelantado y su bofetón crujió exacto, sonando fuerte, dejándome un ruido de cacharros metálicos, de postigos abiertos que el viento maltrataba.

—No vuelvas a tocar la bicicleta —me advirtió cuando yo no lo oía, y abrió la otra mano para seguir, huesuda. Con la cabeza hizo una señal a tu madre para que la guardara—. Cuando se le pase la querrá. Ha sido por culpa de ese granuja por lo que se ha asustado.

—Nada... —dijo su mujer con el fragor encendido en la cara por el disgusto—, que siempre tiene que estar metido en todo. Sabiendo que la niña con lo mínimo se altera, va y no se le ocurre otra cosa que sonarle el timbre.

Tomás Dávila examinó brevemente el cuerpo adormecido de su hija y se inclinó, quitándose los lentes, con una expresión de fracaso y desesperanza, para darle un beso. Luego vino hasta mí y continuó pegándose, allí, en el mismo cuarto, hasta que se dio cuenta que los golpes y mis gritos podían molestar a tu hermana.

—Así aprenderás —eso me decía siempre.

En otra ocasión la infeliz había recaído de tal manera que a Vicente Moncada lo hicieron traer a las doce de la noche a medio vestir, las prendas desaparejadas, el fonendoscopio colgándole del cuello, ni calcetines se había puesto, y un zapato era de una clase y otro de otra; le avisaron o lo cogieron a la fuerza, olía a ginebra, bebía demasiado para su profesión, bebía y tuvo que beberse por el camino el resto de su petaca porque la ginebra le chorreaba por el cuello de la camisa y aquello no podía ser del sudor, porque al cogerlo, cuando vi que se caía, noté la ginebra en mi mano, me olía a ginebra mi mano, yo que no había bebido, y ya fuera por su disparatada presencia o porque María Dolores pasaba del aturdimiento a la mejoría como abrir o cerrar una puerta, el caso es que a ella todo aquel marasmo de preocupación le sirvió para pedir con insistencia otro de sus antojos arbitrarios, y dijo con una vocecilla desalentada, pero con el clamor de los moribundos, que quería un muñeco. Tu madre se acercó al instante a su tocador y le ofreció una de sus numerosas muñecas de porcelana que ella tenía como si fueran un tesoro, pero ella se la rechazó.

—Quiero un muñeco de ojos dormilones —eso fue lo que dijo.

No sé por qué, de pronto se me ha ocurrido contarte todo esto en vez de llegar al grano y decirte definitivamente para qué he venido a buscarte. Te ruego que tengas un poco de paciencia. Ella fue después de la muerte de Mauro mi siguiente oportunidad. Pero no hables, no digas nada y escucha.

Aunque es cierto que estaba bastante enferma, tu hermana era una criatura llena de maldad, que para colmo tu padre consentía, e incluso vertía hacia vosotros mentiras inventadas que en más de una ocasión os provocaron un serio conflicto. Celestino no la podía ver porque se iba de la lengua a su padre con todo lo que hacía y porque le contaba que detrás de los barandales se ponía a apuntarle a su perro. Ella fue quien le dijo, sabiendo que era falso, que lo había visto coger unos alambres aquel mismo día y salir de la cocina metiendo algo en su bolsa de cuero, y que escuchó a

Mauro ladrar desde el cobertizo y luego como si lo ahogaran. No había cosa que se le ocurriera que tu padre no le diera crédito. Parecía sus ojos en las sombras, y cuando él no estaba más se le temía, a él y a ella, porque bastaba que le dijera la menor sospecha de uno de vosotros para que tu padre enseguida os culpara sin otra justificación que lo que ella le había dicho. Tu hermana lo sabía y actuaba en consecuencia. ¿Quién si no fue la culpable de que a ti te dieran aquella tremenda paliza cuando fuiste a ver a Yamina cerca de su casa? El diablo aprovecha cualquier sitio para meterse y yo juraría que tu hermana lo llevaba consigo.

Si alguno de vosotros le hubiera pedido a vuestro padre algo que él antes no lo hubiera dispuesto, tú ya sabes cuál hubiera sido su respuesta. Sin embargo, a los dos días de su recaída, Tomás Dávila me ordenaba que sacara del maletero de su coche un paquete. Lo llevé hasta el dormitorio de María Dolores y como me dijeron que le desatara las cuerdas, tuve que hacerlo, con cierta parsimonia de aburrimiento, para que no me culparan de nada, no fuera que a aquella criatura tan estúpida y caprichosa le viniera algún arrebató contra mí, que muy bien sabía yo qué consecuencias tendría. Así que me dispuse a marcharme cuando acabé aquel trabajo, pero la hija de los Dávila me señaló que siguiera desembalando la caja. Tomás Dávila me miró y yo asentí al instante.

La caja tenía el tamaño de un féretro de niño y dentro, entre virutas y papeles, envuelto a su vez en un papel de seda, que desprendí con sumo cuidado y siempre siguiendo las instrucciones, primero de la niña y luego de la mirada de tu padre, estaba el muñeco que ella había pedido.

Se trataba de uno de esos muñecos de ojos pendulares que al ponerlo de pie los párpados se le levantaban mostrando unos iris redondos y azules, con las pupilas pintadas con un punto de blanco de luz artificial y que de nuevo, al tumbarlo, volvían a cerrársele como si durmiera. María Dolores en su lecho abrazó a ese muñeco de mirada muerta como si fuera ella misma y se dejó vencer por un sueño profundo.†

—Son como dos ángeles —comentó tu madre, contenta, lanzando una sonrisa, rozándole las manos que había resuelto cubrir con el embozo de la sábana. Sospechaba que

esa noche al fin podría descansar al ver a su hija tan calmada.

Al salir de la habitación advertí por primera vez, en la tristeza amarga de su rostro abrumada por los presagios y las noches eternas sin poder dormir, que su hija no tardaría en morir. Pero antes de que eso ocurriera, María Dolores tuvo tiempo para bautizar al muñeco como si se tratara de un niño de verdad, celebrándolo con chocolate y caramelos de azúcar quemada, una tarde voraz de flamas asesinas. Le puso Braulio al muñeco, como yo me llamaba, pero en realidad yo no me llamaba así.

Ocho meses atrás todos dijeron que lo de María Dolores había sido un milagro y que la sangre se le había hecho agua del miedo que tuvo que pasar la criatura con los revolcones.

Recuerdo que tuve que levantarme aquel día casi al amanecer para poner a punto el coche y ultimar todos los detalles del viaje. Desde donde estaba miré los visillos del dormitorio de Tomás Dávila tamizados con la luz de un carburo, aunque afuera esa otra luz de Quebdani se anunciaba con una dureza amplia de cansancio y de ambigüedad, como todo lo que llega del desierto.

Tu padre también se había despertado muy pronto pero no fue capaz de decirle a su mujer que había tenido malos sueños. Y se levantó como cuando él se levantaba de la cama de un hotel que había sido cómplice de una atormentada noche de amor, desorientado, sin reconocer el sitio en donde estaba, los cuadros de la pared, las cortinas que cubrían la ventana con una opacidad sigilosa, los muebles, esos muebles mínimos de las habitaciones alquiladas sin ningún toque personal, y que sólo al fijarse en la ropa abandonada por la urgencia de despojarse de ella, recordaba que llegó por la noche con esa mujer que todavía dormía y que no sabía quién era, ni conocía su nombre.

Había decidido emprender enseguida el viaje antes de que el calor se hiciera insoportable y se dispuso a vestirse. Un pantalón gris, a rayas, una camisa blanca. El pincho de la hebilla de la correa tuvo que retrasarlo un agujero para

que no le apretara. Se puso los calcetines de hilo con dibujos haciendo rombos, los zapatos negros. El humo de su cigarro le recordó el ámbito de un bar lleno de gente con un rumor de palabras perdidas y rostros nebulosos bajo la música sórdida que sonaba en la radio, porque al fondo, sentada —siempre hay alguien sentado al fondo de un bar— estaba ella, sobre la cama con un tiempo imperturbable incrustado en su frente como si acabara de aplastar las agujas de un reloj bajo sus pies. Esa sensación de vértigo en el extremo de un cuarto le parecía el episodio de una noche de amores fracasados, como cuando se detiene delante de nosotros una figura que después se aleja y no queda más que el lugar exacto de su vacío.

—Vamos con el tiempo justo —le dijo a su mujer—, aligera.

Se acicaló el pelo, el poco pelo de su calva con un poco de brillantina.

Cuando salió al porche ya le tenía preparado el vehículo, las maletas en el portaequipajes, los faros relucientes, un negro de élitros pulidos la carrocería, los cristales limpios, el interior solamente oliendo a su picadura. Puso su flamante Studebaker en marcha e hizo sonar el claxon para que ella se apresurara. Iba con su mujer y con su hija, no porque Aurora Benavides hubiera planteado la necesidad de acompañarle, sino porque él la había convencido la noche anterior en un arranque enfervorizado de ternura. No tardó mucho Aurora Benavides. A la tercera pitada apareció: un pequeño bolso en la mano, su inseparable pamelita, un vestidito azul ribeteado de encajes, su cara anacarada, briosa de alegría como si fuera una joven que saliera a pasear con su primer amor; María Dolores con ella. Metió la primera velocidad y el coche se sumergió en una intensa nube de polvo.

Hacía un sol rijoso. Las chicharras no paraban de matraquear desde sus escondrijos. María Dolores se ponía casi siempre en la parte de atrás, primero jugueteando, pero después se echó y se durmió. Estaba dormida, contaba tu madre, cuando pasó aquello.

Aurora Benavides, a su lado, acababa de desabrochar-

se un par de botones del vestido para espantarse el calor. Su carne todavía conservaba esa blancura idéntica de tiempos anteriores y de repente le invadió un ardimiento de jóvenes deseos. Él le puso la mano sobre sus muslos y fue deslizándola debajo de la tela. Ella enseguida se la apartó recriminándole que tuviera cuidado, que así no se podía conducir, pero él insistió, hasta encontrar entre las piernas ese fondo inquietante de otra tela interior, más frágil, más seductora, y cuando sus dedos iniciaron el roce como si estuvieran tocando un pétalo prohibido se sintió aliviado.

En el salpicadero tremulaban las agujas como si pertenecieran a un tiempo sin medida. Se sentía ufano, alegre, dueño de sí mismo. Dejó de acariciarla porque toda la atención la precisaba ahora para la carretera. Vino un pedazo de recta y aumentó la presión en el acelerador como si ese impulso significara, no la potestad de todo lo que había conseguido en esta vida, una buena posición, dinero, algunas tierras que producían metales igual que otras producen trigo o garbanzos, sino la fuerza que era capaz de dominarlo todo; lo mismo que conducía ese magnífico Studebaker, gozando del peligro de las curvas y de lo encrespado del terreno.

Abajo, comenzaba a abrirse la garganta de una tierra escabrosa. Su mujer le aconsejó que tuviera cuidado, que condujera con prudencia.

—No tenemos prisa, Tomás —dijo su mujer que le había dicho—, y a mí me da mucho miedo lo mal que está el camino —se lo susurró satisfecha, con una voz solícita todavía, excitada por las escaramuzas de sus dedos seductores. Esto no lo contó. Era demasiado reservada, demasiado tímida. De todas maneras, hubiera sido bochornoso que lo contara, que dijera que a él se le había escapado la mano por ahí, que se distrajo.

Las curvas cada vez eran más cerradas pero las ruedas del Studebaker calculaban su giro exacto con una conciencia que parecía ciega, y mientras conducía le iba refiriendo sus planes y proyectos —una mano al volante, una sola—, uno de los cuales era la adquisición de la nueva maquinaria que había hecho traer desde Holanda y cuyo primer desembarco

iba a tener lugar en el puerto de Melilla. A eso precisamente iban a esa ciudad. Era la primera vez que se instalaría una maquinaria de aquellas características en todo Beni Said, y cuando definitivamente la trajeron dos meses más tarde, armó un verdadero revuelo a su paso por Quebdani. Los signos de la civilización estaban llegando con él y era como si aquella iniciativa representara la entereza de su alma y la ambición de sus anhelos.

De pronto, otro vehículo en dirección contraria le cerraba el camino. Ella se lo advirtió.

—Tomás, por Dios, mira lo que haces.

Una mano sola en el volante. La otra perdida, no tuvo tiempo, viró a la izquierda, mal, sin dominio, sin saber, por instinto. Apretó los frenos. ¿Pisó demasiado el freno?

—El muy cabrón se nos echó encima —fue lo que contó—. No tuve más remedio que esquivarlo, dar un golpe de volante y girar, pero abajo estaba el precipicio. Hice lo que pude. Frené. Aguanté bien el volante pero el coche derrapó. Me hizo un extraño y rodamos hacia el fondo, dos, tres vueltas de campana. Salimos vivos de milagro.

A mediados de diciembre fue cuando la trajeron. Salvo algunos rasguños, a ellos no les pasó nada, pero María Dolores tuvo que estar hospitalizada durante todo ese tiempo en el Docker, pues así era como llamaba la gente de Melilla al Hospital Militar. Tenía las mejillas hundidas de los estragos de su padecimiento y el cuerpo contraído en una curva sin solución inminente, al menos que los avances de la medicina o un prodigio de santo o de *baraka* la volviera a su forma original, aunque ya fue milagro, dijeron los doctores, escapar de semejante accidente. ¡Menos mal que el coche enseguida encalló con las primeras vueltas!

Todos celebraron el regreso y hubo por entonces que preparar un espacio en el molino para recibir a tanta visita. María Dolores, con los nuevos aires más negligentes del invierno y las numerosas atenciones de las que fue objeto, tuvo un brillo en la salud, pero a las dos semanas comenzó a tomar un color exageradamente blanquinoso, como si hubiera estado todo el día jugando con la harina del molino, ella

que no podía moverse, y dijo que tenía mucho frío, un frío acuoso de soledad y de misterio que ya nunca la abandonaría.

En los primeros días de esta nueva recaída, tanto Tomás como Aurora Benavides no se separaron de su lado. Una noche, Aurora Benavides entró para decirle a su marido que debería irse a dormir. Afuera la tormenta comenzaba a ser un esbozo que se dilataba con los aullidos de las alimañas. Ella se lo advirtió, pues las tormentas le infundían un pánico inexplicable, señalándole el primer culebreo que acababa de ver a través de la ventana. No quiso, sin embargo, moverse del lado de su hija y le fingió, con la urgencia del recado de una mala noticia, que no estaba cansado, que quería terminarse el cigarrillo y que después ya vería.

A los pocos minutos la lluvia —aquella lluvia insólita, casi inédita de Quebdani oliendo a barro— rasgaba la dimensión oculta de la noche llenándola de retumbones. Miró a María Dolores, miraba a su mujer, recordaba la muerte de su hijo y la muerte de su perro y se sintió por primera vez en muchos años víctima de su propia inclemencia.

Había aprendido a retener el tiempo falsificando sus desmanes, a dobligar los días imprecisos, y cada minuto, cada segundo, trataba de habitarlo con una mano impostora, con un ardor simulado de muchacha dejándose besar por un cualquiera.

La habitación comenzó a llenarse de recuerdos agitados por el pavor de los estampidos exteriores y los relumbres de los truenos. Había encendido de nuevo otro cigarrillo sin importarle el gesto de desaprobación que le señalaba su mujer. ¿Por qué tu madre se obstinaba con tales monsergas si nunca conseguía convencerle? En aquel instante, el acto de fumar le proporcionaba una compañía más gratificante que la suya. Era como tener a alguien que lo estuviera escuchando sin decir nada, como provocar un encuentro de pasiones y sueños alrededor de un espacio indefinido, como recorrer una ciudad envuelta por la niebla y los vapores de una borrachera. El humo siempre le pareció que envolvía los perfiles de los objetos con una exquisita veladura de foto antigua.

Acababa de salir del cuarto de María Dolores y se puso

a mirar bajo los cristales turbios de sus gafas los cristales mojados de una ventana.

—Ya puedes irte a dormir —me dijo—. Creo que por esta noche no habrá que ir a avisar al médico.

Eso me dijo, y afuera llovía mucho.

CAPÍTULO VII

Cerca de las tres de la tarde del día siguiente fue cuando se presentó el médico. A esa hora, las señales de sus delirios y las largas noches sin dormir se marcaban en sus anchas ojeras con un color violeta de atardeceres lánguidos, y había en su rostro una textura igual a la de las frutas desabridas, a la de los muebles devastados por la carcoma, a la de las paredes de una casa sucia y deshabitada. Tenía la boca entreabierta como si el dolor la hubiera vencido y parecía estar sumida en la pesadumbre de su propio desamparo, hediéndole el aliento con una densidad de atoro de cañerías, de pozo ciego, de estiércol cuando lo cargaban para llevarlo de abono a la huerta del cuartel, y en los extremos de las comisuras de sus labios se le había resecado la saliva en dos manchitas blancas.

Miró al doctor Vicente Moncada desde la adversidad de su postración, pero también con esa claridad agradecida de las moribundas, intentando abrir los párpados. Se parecía a su enorme muñeco cuando se lo recostaba a su lado y las bolas de sus ojos que estaban cogidas por un eje de alambre, giraban hasta ocultar sus pupilas.

Vicente Moncada tendría que andar en aquellas fechas por los cincuenta y cinco años. Era un hombre extremadamente enjuto, y todo Quebdani sabía que bebía más de la

cuenta. Llegó uniformado, sudoroso, la ropa casi mojada por el cuello que tenía un filo oscuro, como si se hubiera lavado muy rápidamente, a manotazos, en una palangana y no hubiera tenido tiempo de llegarse a secar.

Aurora Benavides precisó, en un acto de consolación, que su aspecto desordenado era involuntario y que de los desaliños de su uniforme tenía la culpa la polvorienta carretera por la que había venido.

Traía consigo un maletín de cuero, oscuro, repleto de instrumentos que al abrirlo dejó escapar una tufarada de pasillos de hospital, como si dentro de todo aquel arsenal de cajitas medicinales y de herramientas curanderas se hubieran ido metiendo los olores de los enfermos que visitaba. Era, no obstante, un olor turgente, aséptico, un olor esencia de sufrimiento, de pústulas adoloridas, de infecciones macilentas y de inhalaciones de cuartos infectados.

Cuando tu hermana sintió su mano calculándole la temperatura por la frente y con la otra tomándole el pulso de su corazón, un alivio que se parecía a la gratitud se alojó en su mirada, y María Dolores puso un gesto humilde y derrotado y una extraña curva se le fue marcando en su barbilla temblorosa. El pecho lo tenía al descubierto y allí volvió a poner el médico sus dedos.

El gesto de preocupación que Tomás Dávila averiguó en su rostro era alarmante. Curiosamente era él quien más se compadecía, más que tu propia madre, y el médico volvió a cubrir a tu hermana con la sábana, sumergiéndola en el abandono de su lecho, con una mansedumbre que a él le pareció demasiado solícita, como si el caso irreversible que acababa de diagnosticar lo estuviera envolviendo con una actitud piadosa.

Supe entonces que su enfermedad era una especie de viaje sin regreso. Quiero decirte que yo también tenía la certeza de que tu hermana se moría. De modo que cabría la posibilidad de esperar solamente a que esto se produjera más tarde o más temprano o contribuir a acelerar ese momento. Hubiera sido más fácil, desde luego, la primera opción, la que sin duda no tenía para mí ningún tipo de riesgo a la hora de hacer desaparecer a otro de los Dávila, pero después pensé que si llevaba a cabo alguna iniciativa en el sentido de

adelantar esa muerte de manera que nadie lo advirtiera, me podía servir para ganar experiencia en otras tareas que resultaran más problemáticas.

Miré hacia donde estaban tus padres y me pareció verlos ultimar los preparativos de aquel último viaje, que a mí, dicho sea de paso, poco me importaba, y comencé a reflexionar en lo que aquello supondría, permitiéndome desvariar con algunos juegos de palabras, que aún hoy recuerdo: las maletas de su conciencia, el pasaporte de su perdición, los documentos de sus desdichas. Te parecerá mentira, pero aquellas relaciones turbadas por la ironía me abrieron una sonrisa jocosa, una sonrisa de la que ni ellos, ni el médico, pudieron darse cuenta. Y proseguí enumerando la relación de cosas inauditas que se llevarían al otro mundo: la cadena de su perro, la bicicleta con sus lacitos de colores, su Studebaker, el molino; sí, el molino entero, desde la maquinaria y la tolva hasta los sacos, todos los sacos llenos de harina y los que estaban vacíos, las habitaciones con sus muebles, la butaca de rejilla, la cama de la habitación, el maletín del doctor —otra sonrisa amplia, casi estridente—, la explanada también con el ajeteo de un día abrumador, todo con ellos viajando hacia un sitio sin nombre, un sitio lleno de sombras.

Tu padre de pronto intervino para preguntar:

—Si la cosa es muy grave ahora mismo partimos para Melilla —lo dijo autoritario con la voz saliéndole bronca, echándole un brazo al hombro de su mujer—. No quiero que por negligencia a mi hija pueda ocurrirle algo. Tienes que decirme —tu padre lo tuteaba— si es preciso que la vea otro médico. Yo no tengo ningún inconveniente en trasladarla ahora mismo al hospital.

—Paciencia —le espetó el médico—, no hace falta que chilles, tu hija está ahora mismo muy tranquila. No tienes que preocuparte, es otra de sus recaídas, pero ya verás como se recuperará con esto que vamos a ponerle.*

Vicente Moncada había tomado asiento y comenzaba a garabatear sobre una cuartilla una caligrafía extrañamente legible, limpia, casi de mujer, pues los médicos tienen por costumbre atropellar los rasgos de su letra para así hacer más difícil el reconocimiento igualmente enigmático de los nombres de las medicinas, como si con ello quisieran ocultar su

ciencia al enfermo o tuvieran prisa y escribieran con mucho aturullo. A tu padre le había oído decir que esa letra, intencionadamente cursi, no era letra de médico.

Conocía a Vicente Moncada desde siempre, pero no siempre tuvo ese aspecto achaparrado que tenía últimamente, ni ese descuido ruinoso de su abundante caspa como si fuera el abandono de un invierno lo que arrastraba encima de los hombros de su chaqueta. De mirada huidiza y frente sudorosa, parecía que estaba constantemente recelando de un peligro próximo. Las manos y la voz le temblaban hasta en aquellos momentos en los que precisaba tener un pulso firme y diestro para cerrar una herida. Y es que desde que le sucedió lo de su mujer, andaba el hombre muy desvaído, asediado por una turbación que lo confinó a una vida de fuertes temblores y resentimientos que sólo conseguía aplacar con una buena botella de ginebra.

Ocurrió en Bufarcuch, hacía ya mucho tiempo, pero Vicente Moncada siguió arrastrando su malogrado recuerdo desde el primer día durante todos los años que se quedó en Quebdani. Debió de ser una equivocación forjada por el destino lo que le llevó al Protectorado.

—Probablemente a ti te ocurriera lo mismo, que no sabías ni siquiera en qué lugar del mapa figuraba este poblado —le dijo una vez Vicente Moncada en una de sus numerosas visitas—. Rumbos que da la vida, Tomás, equivocaciones que cuando nos damos cuenta ya es demasiado tarde. ¿Quién me iba a mí a decir que acabaría en un sitio como éste? Pues aquí me ves, sin creérmelo todavía, y ya son veinticinco años, que se dice muy pronto.

Finalizó su carrera en Granada y tenía allí consulta paterna para compartir un porvenir seguro, pero ciertas inclinaciones aventureras le depararon un matrimonio precipitado que junto a la consiguiente ruptura familiar terminarían arrasándolo por estas tierras. Pensó que en este lugar no duraría mucho tiempo y que en un año escaso conseguiría que lo trasladaran a Tetuán o a Melilla, pues más que su fervor por el bisturí lo tenía por el sable, y en estas dos ciudades montaban fiestas y galas, y existían desfiles de la Victoria y la Pascua Militar donde lucir las estrellas de su uniforme. Pero de todo, su pasión más encendida era sin duda la del automovilismo.

En su casa, perfectamente protegidos en pequeñas urnas de cristal, guardaba una abundante colección de coches en miniatura de todas las marcas. Igualmente recibía todas las revistas, tanto nacionales como extranjeras, que hablaban del mundo del motor. De alguna manera él fue el único que le reprochó que se comprara un Studebaker.

—Pero cómo vas a comprarte un Studebaker, Tomás, técnica alemana, un Mercedes por ejemplo, ellos son los que van a ganar la guerra.

Tanto uno como otro se equivocaron en el desenlace de los acontecimientos europeos como en la elección de su automóvil, pues tu padre terminó creyendo que ese coche fue el verdadero responsable de lo que le pasó a María Dolores.

Vicente Moncada hablaba de las características de cualquier coche que mencionaba, de su carrocería, de los últimos adelantos en la suspensión o el encendido con una precisión que todo el mundo hubiera querido para remediar los males de los enfermos.

No obstante, se le estimaba por su carácter divertido y alegre, por su trato familiar y abierto y también, por qué no decirlo, porque nadie como él sabía traer hijos al mundo.

Un cierto día, Vicente Moncada fue reclamado para asistir a un parto que presentaba serias dificultades. La parturienta cabileña, a la vista de su incapacidad para llevar a cabo una cesárea, consintió que un hombre, un europeo, asistiera a la parturienta bajo los ojos adoloridos y rabiosamente desconfiados del futuro padre; aunque a decir verdad, la población del Rif, al único español al que no le hacíamos asco era al médico. Fue tan feliz el resultado, que recibió de aquella familia tal cantidad, primero de agasajos, y luego de presentes, en prueba de agradecimiento, que en su flamante Opel ya no quedaba espacio donde meter todo lo que le habían dado. Aquel incipiente éxito le iba a suponer la primera puerta abierta para el logro de sus ambiciones, pues mis gentes resultaban ser muy espléndidas con el pago de esta clase de servicios, y enseguida se propagarían por la zona sus buenas habilidades para traer hijos al mundo. Pero poco le durarían estas ilusiones. En uno de esos viajes, él siempre se dejaba acompañar por su esposa (una hermosa y rara mujer que tenía como trazado en la brillantez de sus iris de un verde

clarísimo no sólo la estrategia de una joya incalculable sino también el destello de algún pánico), fueron sorprendidos por una partida de malhechores.

Perdona por esta exuberante palabrería en la descripción de los rasgos de esa mujer. Son frases que le escuchaba decir a Mariano cuando contaba la historia del médico. Ya sabes cómo era de retórico y cómo se explayaba en estas cosas. Pues bien, como te decía, a Vicente Moncada lo golpearon fuertemente en la cabeza con un palo y lo dieron por muerto, y tras varios días de incesante búsqueda por toda la región, interrogando en todas las cabilas bajo terribles amenazas, incendiando las moradas de los que no se dejaban inspeccionar, secando pozos, explorando cuevas, mirando hasta debajo de las piedras de todo aquel intrincado paisaje, encontraron el cuerpo de Isabelita Acevedo, oculta en una fosa, salvajemente mutilada, con los pechos cortados, sin que a él se le permitiera que llevara a cabo el dictamen forense, y tuvieron que llamar a otro médico, pues era tal el estado en el que se la encontraron que pensaron que lo mejor era que él no la viera para que no le siguiera afectando el horror de aquella muerte.

De los agresores nunca se supo, pero las patrullas dieron sus batidas de escarmiento y muchos cabileños inocentes pagaron las consecuencias del crimen de la infeliz.

Acuérdate que esto era lo que se decía que le había ocurrido a Vicente Moncada, pero esta historia nunca fue así. En realidad, ni él ni su mujer se llevaban como tenía que llevarse un matrimonio. El caso es que discutieron porque ella ya estaba cansada de acompañarle y en medio de la pelea —efectivamente ocurrió en Bufarcuch— ella le golpeó y él igualmente le devolvió lo suyo con la mala suerte que vino a desnucarse contra una piedra. Como por entonces era cierto que existían pequeños grupos que trataban de hostigar tanto a los viajeros que se aventuraban en el corazón del Rif como a los colonos o a las patrullas, él a su regreso contó, para ocultar el accidente que tenía todo el viso de un crimen, que habían sido asaltados. Había ocultado su cuerpo aprovechando una fosa en un lugar de difícil localización. Aún así dieron con él, por eso cuando apareció no quiso ir a verlo. Lo más curioso es que comenzó a correrse la voz de que la habían

encontrada mutilada y con los pechos cortados. Eso no era verdad, pero a él le vino bien que circulara esa historia y que pensarán que aquel suceso había sido cosa de moros.

Vicente Moncada, antes de retirarse, le volvió a tomar el pulso a María Dolores. Tanto la flaccidez de sus manos como la viscosidad de su piel mostraban el arruinamiento de su pequeño cuerpo acuciado por el dolor. Estaba mucho más grave que la última vez que la había visitado. Solamente su traslado al hospital y los buenos recursos de un especialista podrían por lo menos retener por algún tiempo un triste desenlace, que ahora en las circunstancias en las que se encontraba podría sobrevenirle en cualquier momento. Tú madre también se lo había insinuado y probablemente llevara razón.

—Cómo la encuentra —fue lo que le dijo—. Ha perdido el apetito. Hoy está con apenas una taza de poleo porque la pechuga que le he preparado se la acaba de dejar entera. Eso sí, las medicinas se las ha tomado con toda puntualidad porque para eso soy muy exigente, pero debe usted mandarle algo para que se le abran las ganas de comer. Mi madre siempre me decía que pan mejor que inyecciones.

Vicente Moncada volvió a sentarse y le recetó Ceregumil y ampollas de hígado de bacalao, para contentarla un poco. Luego, dándole una palmadita en la espalda, comenzó a recoger sus cosas. Le estaba diciendo que él ya nada podía hacer, que lo mejor es que se la llevaran para el hospital aunque lo que le había recetado le vendría bien mientras tanto; pero nada más comenzar a despedirse, a María Dolores le surgió de nuevo un rebrote de salud que más bien parecía un arrebató de locura o de fiebre que a todos cogió desprevenidos y dijo:

—Ahora quiero un burro, un burro de verdad.

Ya te he contado que cuando traje el burro era Ramadán porque recuerdo que las tripas se me retorcían de no poder echarme nada a la boca, y yo tenía mucha hambre, no sé si porque no podía comer o porque era mucho el camino, todo

el día caminando, y tampoco podía beber agua para quitarme la sed. Así que lo recuerdo perfectamente por eso y porque al decirle a María Dolores que el burro se llamaba Hayera porque era duro como una roca, a ella no le gustó y le puso Comandante que era un nombre que a mí menos aún me gustaba.

El burro armó algún revuelo cuando lo metimos en el cuarto de María Dolores para que ella lo viera.

—Quiero montarlo —dijo—, quiero subirme en él.

—Primero debes curarte —le aconsejo tu padre—. Cuando te pongas buena lo montarás.

—Quiero ahora —respondió autoritaria, la única que podía responderle de aquel modo, pues así era de caprichosa y antojadiza.

Tu padre la levantó de la cama para subirla al burro, y éste, algo asustado, las orejas tiesas, se puso muy nervioso, forcejeó con los que lo sujetábamos y acabó por escaparse, rompiendo muebles, tirando la cortina, se metió en el molino, loco, desorientado, hasta que pudimos hacernos con él. Tú fuiste quien verdaderamente lo sujetaste, le acariciabas el cuello y te pusiste a hablarle muy despacio como si te entendiera. María Dolores, en su cama, esbozaba una sonrisa que no se sabía si era de miedo o de perversidad.

—Ése para el cobertizo, ahora mismo, que lo amarren allí —dijo Tomás Dávila.

Puede que al animal aquello le afectara. El caso es que era demasiado joven para utilizarlo en todo tipo de faena como se hizo. Tu padre ordenó que se le colocaran unos sezones, una muserola de cuerda estropajosa y sucia que había; la frontalera, también de cuerdas amañadas, en vez de material. La cincha de esparto que aseguraba las albardas le hizo a los pocos días una profunda rozadura. Primero le rapó la pelambreira cenicienta de su vientre, luego le fue abriendo la piel hasta rasgarle la carne. Unas vejiguillas amoratadas se le reventaron llenándose de pústulas y costras sanguinolentas. Los tábanos le martirizaban las heridas, crepitaban como ascuas hasta formar un cordón de materia chisporreante. El animalejo se revolcaba en el estiércol para espantarse tanto mosquerío, prefería las raspaduras que le hacían las crestas de esparto, los palos que le atizaban, el escozor de las llagas

que fue acumulando, a ese revoloteo infernal que le vibraba en las orejas, en los ijares, como un susurro de metales candentes.

No es que a mí me importara mucho la desgracia en la que había caído Hayera, que por lo demás no iba a ser peor que la mía, pero cuando lo compré supuse que los caprichos consentidos de la hija de Tomás Dávila podían proporcionarle una vida de burro distinta y complaciente. Pensaba que era eso lo que le iba a ocurrir al burro. Un burro no es un rifeño, por eso, por no ser un rifeño como yo, podría tener una vida algo mejor que la mía. Pero me equivoqué.

María Dolores se olvidó de Comandante y a sus imprevisibles mejorías le sucedían estados de postración que amenazaban con llevársela a la tumba.

Una de esas ocasiones en la que le entraban aquellos arranques de vivir que más bien parecían alivios transitorios de moribunda —no hacía mucho calor ni tampoco fresco, una primavera menos brava, lisa, sin sobresaltos y sin amenazas de adelantarse el estío—, sacó ímpetus, nadie sabe de dónde, para levantarse. La tez siempre tan pálida, dos trenzas, un lazo azul en cada una de ellas; los ojazos como saliéndosele no porque fueran vivarachos, sino porque de abultados que los tenía en su cara de lombriz estaban para escaparse de un momento a otro, y con decisión, con la entereza maltratada por su decrepitud, se acordó de su Comandante y dijo que esta vez quería montarlo sola.

—Yo sola, en la explanada —dijo.

Así que fui en busca de Hayera como me ordenaron. El burro, que se había hecho más arisco, había caído en una murria incomprensible para un animal, su trotecillo se le fue volviendo torpe y pesado, las orejas se le inclinaban como a un conejo, las garrapatas, las moscas y las pupas le sembraban la piel. Comía poco y mal y sus ojos abotonados y turbios tenían una tristeza como si la mirada se le hubiera vuelto casi humana. Pero no debió de ser tristeza solamente lo de Comandante, fue lo que tú llegaste a pensar.

Ya digo, no hacía calor y el cobertizo no olía tanto. Hayera se espantaba con el rabo las moscas. Le acaricié las

orejas y le susurré algunas palabras al oído en *tamazight* como le hacías tú. Le coloqué la antigua guarnición que le habían comprado para cuando lo montara María Dolores y que nunca se la pusieron. Tenía unos madroños colorados que le rebotaban alrededor de las quijadas, realmente bonitos. Le coloqué también la silla de cuero que había sido hecha a propósito para María Dolores.

No es menos cierto que mientras le ponía los nuevos arneses al animal, en mi mente se produjo un relumbrón. Fue cuestión de segundos y me dije que nadie tan hábil como yo podía dejar de escapar aquella oportunidad que se me brindaba. De pronto comprendí que había que adelantar los acontecimientos y que ocasión tan fácil como aquélla no se iba a volver a repetir. ¿Por qué dejar que la enfermedad acabara con ella si era posible acortar ese tiempo? Todo saldría bien, estaba seguro. El carácter violento y nervioso de Hayera me ayudaría en mi plan. Así que le seguí hablando mansamente, le acariciaba el cuello y la grupa. Terminé de prepararlo, ya digo, parecía otro con aquellas guarniciones tan vistosas, y antes de apretarle las cinchas a su vientre puse algo debajo de la silla de montar. El burro notó la picazón como si tábanos de acero lo aguijonearan y seguí rumiándole en las orejas palabras de consuelo que más bien parecían un conjuro.

Cuando lo saqué a la explanada, cogido de las bridas, todos comenzasteis a aplaudir y María Dolores parecía más contenta que nunca. Le entregué el burro a tu padre y él mismo la ayudó a montar.

Nadie supo por qué nada más subir a María Dolores en lo alto, Comandante dio un respingo y salió por la explanada con un galope frenético al notar encima de su lomo aquel cuerpo pequeño y enfermizo. Ella, envuelta otra vez en los entresijos de una velocidad desmedida que el destino le volvía a deparar, no pudo mantenerse apenas encima de la montura y cayó al suelo, golpeándose la cabeza, poniéndose al instante gris y morada como una breva de agosto. El aire le entraba por la boca abierta, le entraba todo el aire, un aire amargo, pero ella ya no lo respiraba.

Dijisteis que la sangre se le tuvo que volver de nuevo agua, pero yo creo que aquella vez era agua podrida. Al colocarla sobre la cama, Tomás Dávila no dejó que el embozo de la sábana lo plegaran de aquel modo tan severo que parecía más tapadura de muerto que de enfermo. Todo lo que se estaba haciendo en el molino dejó de hacerse. Todos acudieron a la habitación y él no dejó pasar a nadie, ni siquiera a tu madre que aporreaba la puerta como una desesperada.

Cuando la fueron a amortajar lo hicieron, sin embargo, con el vestido de comunión que Aurora Benavides tenía guardado desde hacía tres años, dos meses y diecinueve días. Calculó aquella fecha que nadie pudo comprobar en medio de su desesperación, entre susurros y lagrimones y la repetía una y otra vez ante la incomprensión de los que allí estaban, más pálida aún que la muerta, con una sonrisa totalmente sesgada.

Le terminaron de colocar en la cabeza una corona de florecillas de azahar de batista almidonada y un velo de organdí, largo, como el de una novia cristiana, pero el vestido le venía grande y se lo tuvieron que remeter entre los bordes del féretro. En las manos los santos evangelios de pasta de carey junto a un rosario de plata y cuentecillas de perlas. A todo el mundo le extrañó que pasado todo ese tiempo desde la comunión el traje le sobrara tanto a María Dolores. Se había consumido tan deprisa que algunos llegaron a pensar, no sin sorna, que de no mediar Comandante por medio, habrían tenido que echar mano del traje de cristianar para la mortaja.

El pequeño ataúd blanco lo colocaron encima de unos taburetes que quedaron cubiertos con un terciopelo azul. Los cirios crepitaban entre el murmullo de los asistentes que venían a darle el pésame a tu familia. Las moscas también acudían y se posaban en la caja de la muerta, sobre sus manos, sobre su cara siniestramente fría, y se las tenían que ir espantando a cada momento las mujeres que se encontraban sentadas a su lado. Las coronas de flores que trajeron de Melilla, encrespadas de lazos y recordatorios, pusieron en el molino un color impropio y un aroma denso de claveles y zinnias tan abundante que el ataúd parecía emerger de un

pequeño jardín que hubiera surgido de repente en un rincón de la nave del molino.

Era cierto que el burro se había hecho muy arisco. Nadie se le podía acercar, y sólo cuando yo le musitaba su nombre, o tú te lo llevabas para ir a ver a Yamina, algún recuerdo le tenía que venir a la pobre bestia porque levantaba los ojos como si entendiera.

Pero Comandante, antes de matar a María Dolores, propinaba coces y mordisqueaba, de ahí que siempre louviéramos amarrado con sendas arropas. Una vez, un niño de apenas cinco años se le acercó demasiado. El niño, acostumbrado a los animales, intentó acariciarlo sin reparar en los malos instintos de Hayera. Era un niño de cabeza rapada, ocre y trasojado, de los muchos que venían acompañando a su madre a traer un saco de cebada para moler. El mordisco que le propinó el burro le cayó en todo el cuello. Gracias a los trapos que llevaba debajo de su chilaba, que si no lo descoyunta. Su madre, que vio al burro zarandeando a su hijo, se lió a estacazos con él hasta que lo soltó. Sin duda aquello fue motivo grande de diversión entre los que miraban, mientras el niño no paraba de llorar sin salir tampoco de su asombro.

Pues bien, ese mismo día, cuando los demás andaban en el velorio, Tomás Dávila me dijo que le trajera el burro. Te podrás imaginar que nada más decirme que se lo trajera a mí me entrara un pánico de muerte porque él se hubiera dado cuenta de que el comportamiento del burro nada más subir a tu hermana, aparte de que fuera, como se sabía, bastante nervioso, se debiera a otra causa ajena a él. Ni que decir tiene que yo había tomado mis precauciones y en el momento de tirarla al suelo lo primero que hice fue salir tras él y quitarle lo que le había puesto debajo de la silla, que no era otra cosa que una cabeza seca de cardo de las que crecían afuera del mismo cobertizo.

Pero pronto comprendí que ésa no era su intención. Tu padre había cogido la escopeta y me dijo que me llevara conmigo el burro hasta la barranca. Ajeno a su destino y atemorizado por los perros que nos acompañaban, cuando

llegamos el burro ya había recibido varios culatazos en la cabeza y en el vientre antes de que sonaran los dos disparos que acabaron con su miserable vida.

¡Pobre Comandante!

CAPÍTULO VIII

Hasta entonces todo estaba ocurriendo sin que nadie sospechara de mí. Era difícil que se descubriera alguna de mis intervenciones en cada una de esas muertes que en pocos años turbaron la tranquilidad y la prosperidad del molino, porque, como ya te he dicho, ponía mucho empeño en no dejar el menor atisbo culpable y en aprovechar las ocasiones más ventajosas o las circunstancias más propicias para que todo sucediera por la voluntad irremediable de los designios de Dios. Era Él quien había enviado a tu familia toda aquella desdicha y quien os entregaba al mismo tiempo la resignación suficiente para soportarla. Tu madre se pasaba la mayor parte del día rezando y llenando de mariposas encendidas su tocador en donde había colocado los dos retratos de sus hijos muertos. Tu padre, en cambio, se mostraba sereno, dedicado más si cabe a sus negocios, sin aparentar ninguna preocupación ni contratiempo por los dos hechos de los que sin duda en Quebdani no se dejaba de hablar. Pero ya sabes cómo era. Un hombre demasiado duro, imperturbable, que procuraba fingir su dolor, aunque yo te diría que no sentía el dolor, que no le importaban mucho aquellas dos desgracias, aunque puede que con María Dolores tuviera otro miramiento, pues cuando tu madre se lo recordaba, una bocanada escabrosa de humo que le llegaba a cortar el respiro le salía de la boca, y

se pasaba un buen rato callado, como absorto en la contemplación de un punto perdido en cualquier parte. Cuando le referían a tu hermana, es cierto, daba la sensación de que se entristecía; pero, en cambio, con Celestino no sentía la mínima consternación, no se le movía ni un solo músculo de su cara hasta que la imagen de su perro muerto la relacionaba con la de su hijo. En ese instante a mí me daba la impresión de que el rostro de Mauro se le extendía por el suyo con su nariz húmeda, su larga lengua, la viscosidad de sus fauces y su jadeo intermitente cercándole sus facciones, como si un irresistible impulso lo trasladara a ese momento en el que su perro se desvanecía con el alambre alrededor de su cuello colgado de una viga del cobertizo. ¿No era cara de perro la suya cuando nos miraba? ¿De qué te extraña que te diga esto? A lo mejor no sabes que para él sus hijos habían sido fruto de la imprudencia de acostarse con su mujer y que sus destinos se habían encontrado con el suyo como esos tumores virulentos que aparecen en la propia carne a los que un día no hay más remedio que extirpar. A tu madre se lo había dicho: «nada de niños, nada que se interponga entre nosotros». Pero para ella nunca sus hijos fueron un obstáculo que lo apartaran de él y mucho menos que el tiempo que ella os dedicaba pudiera influir en sus relaciones ya que antepone su responsabilidad de esposa por encima de todo.

—Esto es cosa de Dios —le tuvo que decir para calmarlo cuando nació María Dolores, ya que tu padre no quería ni verla por tratarse de una niña.

Eso mismo estuvo repitiendo cuando, para siempre, ese mismo Dios se la quitó de las manos, y se lo repetía una y otra vez, llorando, en el velatorio que duró toda la noche y gran parte del día siguiente. Recuerdo que cuando la enterraron, un viento azotaba toda la explanada y vi cómo una enorme bola de matojos secos, que enseguida relacioné con aquella bola de pincho que yo había puesto debajo de la silla de montar del burro de María Dolores, rodaba violentamente mientras la arena remota del desierto caía sobre los pilones de los animales como una lluvia sucia, y a mí me parecía, igualmente, que avanzaba invisible hasta el mismo Quebdani cubriendo todas las huellas y todas las pisadas del tiempo y de la memoria.

Pero de sobra sabes que todo no se borra. Dentro de nosotros hay un lugar inaccesible para el olvido que está demasiado oculto o demasiado arraigado como para que el tiempo o el perdón, por muchos años que pasen, puedan hacerlo desaparecer.

A esto me quiero referir ahora, porque de todos los seres de este mundo a nadie amé ni odié al mismo tiempo como a tu hermana Adriana.

Yo sabía que la luz del amanecer le producía la misma inquietud que si llamaran fuertemente a la puerta de su cuarto y se la estuvieran echando abajo. Adriana entonces se daba media vuelta en la cama y se sumergía en el vértigo de la sospecha de no saber si tener que seguir dormida o empezar a levantarse. Era, sin duda, ése, un gran momento de felicidad para ella. Se sentía reconfortada por el frenesí de la somnolencia, hasta que tu madre llegaba quitándole la colcha de color malva que la cubría.

—Mujer, levántate, vas a llegar tarde como siempre.

Tumbada todavía, con la hora muy justa, Adriana volvía a recostarse hacia el otro lado de su lecho y trataba de creer que el día no había empezado. Entonces, Aurora Benavides le abría la ventana de par en par para espantarle los aires viciados de la noche, y mientras le iba recogiendo la ropa y los zapatos tirados por el suelo, ella, hubiera o no escuchado sus reproches, se apretaba a las sábanas simulando un cansancio permanente, se ponía de nuevo a dormir bajo el deslumbre violento de la luz, con los ojos cerrados hasta no tener más remedio que incorporarse cuando tu madre, definitivamente, la zarandeaba.

Aún así no sabía nunca si la estaban despertando o si continuaba con la pesadilla de la noche anterior, lo cierto es que cuando intentaba abrir los párpados, —persianas de plomo decía que eran—, el armario y sus tiradores de bronce, el espejo con las esquinas roídas por las motitas de azogue, las espesas cortinas de cretona, la puerta, las fotografías de sus artistas preferidos sujetas con chinchetas por toda la pared, se le mezclaban en imágenes confusas con todos los sueños que había tenido.

—No es posible que puedas dormir tanto —le reprimió Aurora Benavides, alargándole un vestido del armario cuya puerta era al mismo tiempo un espejo. Se lo había colocado a los pies de la cama, con indulgencia, alisando los pliegues, un vestido sencillo de color celeste. —Arréglate rápidamente y ven a desayunar. Tu padre se enfada mucho con estas cosas y termina pagándola conmigo; así que te quiero ver en la cocina en cinco minutos.

Adriana no dijo nada. Había dormido poco y mal. Había soñado que un hombre la perseguía, pero no era un hombre, tenía forma de hombre —le contó a su madre, luego— pero no era un hombre exactamente. Iba embozado como uno de esos cabileños con una chilaba, pero tampoco era una chilaba, mamá, lo que llevaba, era algo que lo cubría de una forma que no sabía explicar y en su mano llevaba un cuchillo, pero tampoco era exactamente un cuchillo, una cosa brillante, viscosa, como un tajo de melón que empuñaba como un cuchillo grande, que brillaba mucho y ella huía cuando de repente se topó con otro; otro hombre que tampoco parecía un hombre, con gafas, unas enormes y espesas gafas, y la rodeaba y se reía con una risa bronca, sucia, negra, una boca sin dientes. No sabía lo que hacer, todo estaba turbio y un niño que tenía en sus brazos se había puesto a llorar.

—No te olvides, cuando salgas, de pasarte por la cantina de Mariano. Su mujer me tiene guardado unos patrones para hacerte tu blusa —le dijo su madre sin hacerle ninguna alusión al significado de sus sueños—. Pero, por favor, date un poco más de prisa. ¡A quién habrás salido para ser tan tranquilona!

Adriana volcó un poco de leche, hirviendo todavía, en un vaso y añadió un par de cucharaditas de azúcar moreno. A tu madre, la parsimonia de su hija la trastocaba, pero acostumbrada a fingir, la ayudó a poner la mantequilla en una rebanada de pan, lentamente, examinando el abandono de los cacharros sin fregar, el tizne de los humos aceitosos del techo de la cocina, el descascarillado de la pared, contuvo la respiración o tal vez la conciencia de aquel abandono y percibió la primera furia del calor de aquel día que empezaba, que era un calor fangoso como si se hubiera metido ya

todo el verano cuando sólo se estaba a mediados de abril. Entonces trató de no violentarse consigo misma y la examinó sin esfuerzo, con frivolidad: el pelo ordenado, las mejillas sonrosadas, los ojos claros, suaves, los incipientes pechos ya se le notaban debajo de la blusa. Se estaba haciendo una mujer.

—Hasta luego, mamá —se despidió Adriana con el último bocado en la boca; la cara de tu madre reconfortada porque al fin se marchaba antes de que tu padre advirtiera que no lo había hecho—. Descuida, no me olvidaré de los patrones.

Adriana salía así del molino cada vez que iba a la escuela, con la hora muy justa. No por eso trataba de aligerar el paso o darse prisa sino que se tomaba el camino que iba del molino a Quebdani como un paseo, como si le costara llegar o no quisiera ir, remoloneando, distrayéndose en el paisaje turbador, seco y vacío que se extendía por todas partes.

A buen paso se tardaba algo más de media hora en llegar, pero esa distancia Adriana la cubría en el doble de tiempo. Yo tenía que acompañarla para llevarle su cartera, mientras que ella, con las manos sueltas, sin nada, se iba deslizando lentamente por el sendero que atajaba antes que por la carretera como si fuera un aire muerto, un aire que se hubiera quedado parado y sin empuje.

Cuando pasábamos cerca de la casa del caído Sidi Amar Hoch-chen hacía como si respirara intensamente y se ponía a mirarla. Yo no sabía si con repulsa o admiración, la miraba despacio como si se estuviera aprendiendo el dibujo de su arquitectura. Yo también la miraba. Era una casa grande. Una casa grande y distinta, señorial, porque para eso era la casa del caído, tan distinta que era una casa que dolía a los ojos, que engañaba a la vista, un espejismo era la casa del caído Sidi Amar Hoch-chen, con tapias y cipreses, con una bóveda enorme, blanca, ribeteada de almenillas; un amigo de España, decía Tomás Dávila que era el caído; dentro, decían, había un surtidor que caía como si fuera lluvia, como si fuera una lluvia o el chorro de una fuente. El surtidor estaba en medio de un inmenso patio lleno de setos y macetas, con pájaros que cantaban en las ramas de los sauces y colas de

pavos reales abiertas y prodigiosas, y era un lugar —digo lo que decían porque yo nunca estuve allí— como un palacio, y afuera todo era la negación de esa belleza que —repito— yo nunca vi, y que me hubiera gustado haberla visto.

La escuela tenía un maestro. El maestro de Quebdani, el único que he conocido, se llamaba don Ernesto. La escuela era pequeña, un pequeño almacén restaurado, con pocos niños, los niños del cuartel y algunos más. Yo tenía que esperar a que ella terminara sus clases para llevarle a la vuelta la cartera. Tenía que esperar y si, por cualquier causa me decían que regresara en cuanto hubiera terminado de acompañar a tu hermana, regresaba, y entonces tenía que volver después para de nuevo llevarle la cartera. Tenía que llevársela y traérsela. Iba y venía. A veces tenía que volver y marcharme enseguida, como te he dicho, para cogerle la cartera porque ella decía que no quería llevar la cartera, que quería que yo se la llevara, por capricho y por comodidad. La verdad, aunque aquel ir y venir era muy pesado, a mí no me importaba mucho, qué quieres que te diga. Me gustaba llevarle la cartera, iba detrás marcándome ella la distancia y yo la miraba y tocaba su cartera y me parecía que en ese tacto algo suyo lo podía yo tener como si fuera mío, aunque siempre me ponía esos metros por delante que parecían un muro, un muro denso, transparente, pero era un muro, de aire, inexpugnable, el que me ponía, porque nunca quería que me acercara, que caminara a su lado, y sólo en el instante en que yo me tenía que acercar para darle la cartera era cuando la sentía tocar, las manos me temblaban, y por dentro la sangre también se me ponía temblorosa y se agitaba y se ponía a hervir la sangre y yo sudaba. Me echaba a temblar con un temblor que apenas podía disimular; y el pecho se me encogía y sentía mi corazón temblando también conmigo, sin que yo llegara a darme cuenta que cuando la sentía tan cerca, cuando su colonia me advertía de su cercanía, un aroma suave, extraño, diferente al jazmín, aunque fuera jazmín; cuando sus ojos me miraban y yo no me atrevía a mirarla, tan próxima, con ese olor a cuerpo recién lavado, a jabón, a hierba fresca; no sabía lo que era, no

sabía lo que me pasaba, ni por qué la miraba tanto; hasta que lo supe mucho después, cuando Adriana se marchó a Melilla y volvió al cabo de unos años, tan hermosa, tan distinta, tan cursi como siempre lo había sido.

Don Ernesto era un maestro que estaba al servicio de la Guarnición para enseñar a los hijos de los militares que había en Quebdani y los que no eran hijos de militares pero eran españoles y vivían en Quebdani. Había también una escuela musulmana al otro lado del poblacho, con su *mudarris*, con muy pocos niños musulmanes que coreaban interminables *xuras* y a la que asistían unos pocos hijos de cabileños privilegiados que se habían ganado la confianza de los españoles. A media mañana les daban un pedazo de pan y un vaso de té y después seguían con su cantinela, voceando alabanzas, preceptos, sentados en cuclillas. A los alumnos que tenía don Ernesto no les daban nada, cada uno se había llevado de su casa el bocadillo para el recreo.

La escuela de don Ernesto, que tú muy poco conocías, estaba en un extremo, lindando con la tapia del cuartel, y ya digo, era un pequeño almacén que habían encalado y arreglado los techos; y la de los musulmanes en el otro —lindando con el otro extremo también de la última tapia del cuartel— no era un pequeño almacén, era una cabila, de barro amasado con paja y las vigas del techo eran vigas de penachos de pita, que se pudrían pronto, y tenía una gran estera, en el suelo, grande, para que los niños se sentaran, y todos los zapatos, las sandalias, de esparto o de goma, en un rincón.

A mí no me gustaba escuchar desde la escuela derrumbarse el cielo con los tambores, ni los pesados fusiles palmear al unísono en brazos de los soldados ni las voces de firmes de los sargentos durante la instrucción, ni tampoco me gustaba verlos cuando salían por la puerta principal que tenía un enorme arco y un letrero que decía «TODO POR LA PATRIA», a paso de marcha, yendo de maniobras, en trajes de faena. Otras veces, cuando celebraban alguna ceremonia castrense o recibían la visita de un alto mando, había soldados que lucían hermosos burneses y chaquetillas encarnadas de húsar y los oficiales uniformes de rayadillo; otros con la

ropa de siempre, caqui, botas altas, fajas verdes y medias lunas blancas con dos sables cruzados en las viseras de sus gorras y el número 2 de regulares. Nunca, nunca me gustaba ni verlos ni escucharlos.

Lo que sí me gustaba era escuchar a don Ernesto, desde fuera, escondiéndome. Era don Ernesto un hombre afable, paciente, bastante rechoncho. Se manchaba la barriga con la tiza cuando escribía en la pizarra. La barriga le llegaba a la pizarra y se borraba, a veces, lo que escribía, cuando don Ernesto, de Lugo, los labios gordos casi siempre mojados, se ponía a escribir. Desde una de las ventanas yo lo veía escribir y decir cosas y formular preguntas y señalar en el mapa con su puntero un punto que no era un punto sino una ciudad, Zaragoza, repetían los niños, Alicante, volvían a vociferar; y luego señalaba una línea azul y no era una línea, era un río y si señalaba una mancha marrón eran unos montes y ese otro punto otra ciudad; y así hasta que los niños se aprendían lo que era España y yo terminé igualmente aprendiéndome lo que era una España de papel, de puntos, de líneas y manchas de color verde y marrón; y hubiera querido aprenderme igualmente lo que era el Rif, pero el mapa del Rif allí no estaba, teníamos allí el Rif, sus poblados y sus gentes, sus tierras ariscas, sin verdor apenas por sus campos; de sus ríos yo pensaba que no podían tener una línea pintada de azul porque casi nunca llovía para que llevaran agua, así que habría que identificarlos de otra manera, pero nada de esto explicaba don Ernesto a sus alumnos porque el mapa del Rif o el del Magreb que debía estar en su escuela, no estaba, para que don Ernesto explicara las cosas tan interesantes que decía, tan bien como las decía, para que yo también, eso, lo escuchara y todo el mundo lo pudiera aprender debidamente.

Un día me sorprendió cuando yo lo escuchaba. Me llamó y me preguntó qué era lo que estaba haciendo allí, detrás de la ventana agazapado. Le dije que no hacía nada y no era cierto. Le dije también que de tanto ir a llevarle la cartera a Adriana, a llevársela y a traérsela, terminé por aprender muchas cosas de las que él enseñaba. El hombre se sorprendió y cuando me preguntó algunas cosas se quedó más sorprendido de que yo se las contestara como el mejor

de sus alumnos. Me dio un cuaderno, un lápiz y un libro, pequeño; con dibujos de Franco, del Papa, del escudo nacional; con árboles y animales, el perro, el gato, el caballo, el cordero, el pájaro estaban allí en el libro con su nombre debajo como aprendí después; y se veían también niños y mayores observando un desfile, una bandera, con el brazo todos levantado, como si estuvieran saludando. En el cober-tizo, sin que nadie me viera, con su ayuda, aprendí a leer y a escribir, y si antes me gustaba llevarle la cartera a Adriana, desde entonces me gustaba aún más llevarle la cartera, porque también llevaba el cuaderno con la plana hecha y las cuentas de multiplicar para enseñárselo a don Ernesto. Hasta que un día Adriana se lo dijo a tu padre.

—El morito sabe leer —eso fue lo que le dijo Adriana a tu padre.

El humo lo cegaba. Tosió. Tosía porque no paraba de fumar. Hubo un momento en que la asfixia se apoderó de él con el pánico de los ahorcados como si una niebla pastosa le emborronara el mundo de sus ojos. Aurora Benavides acudió enseguida ante aquel asomo de tos tan preocupante. Le había traído un vaso de agua y le previno que era una verdadera locura seguir con el tabaco.

—Acércate —me dijo don Tomás cuando Adriana le dijo que yo sabía leer; *El Telegrama del Rif* en la mano, con grandes titulares, con una letra gorda, distinta, más grandes las hojas que las hojas del libro que me había regalado don Ernesto—, lee.

Leí, despacio, tan nervioso que no puedo recordar lo que leí porque estaba más pendiente de lo que fuera a hacer tu padre que de lo que yo leía.

Él se había sentado en la silla que había al lado de la mesa de los talonarios, los talonarios de los que se arranca-ban los recibos de la entrega de los sacos para darlos de justificante a los que venían a traerlos. Pesaban los sacos en una báscula, los pesaban cuando los traían y les ponían con pintura colorada, con un pincel, los kilos que marcaba la báscula, y eso también lo apuntaban en un recibo que servía para retirar después la harina. Lógicamente no era el mismo

peso de trigo o de cebada que se entregaba que el de harina que había que llevarse después. Había que compensar la pérdida de peso que se originaba durante la molienda y para ello existían unos baremos de tal modo que a una determinada cantidad de trigo le correspondía otra determinada cantidad de harina. Los cabileños se llevaban la harina en los mismos sacos en los que habían traído el trigo, la cebada o el centeno, pero éstos rara vez cumplían con el peso establecido; les ponían piedras en los sacos, decía Tomás Dávila, piedras para que el trigo, la cebada o el centeno tuvieran más peso, «serán ladrones», decía tu padre con el ceño fruncido, las gafas vacilantes en sus orejas como si fueran a desprenderse de su cara ancha, como si le aturdieran o le molestaran. Había que recuperar esas pérdidas como fuera y algunos, pocos, muy pocos, protestaban porque les parecía que aquello era un robo descarado.

Ese mismo día en que me dijo que leyera aquello que ponía el periódico, que se lo leyera en voz alta, delante de Celestino para ver si era verdad que yo sabía leer, yo se lo leí, se lo leí antes de que ocurriera lo de Mauro y Celestino, y Celestino recibió una fuerte bofetada de tu padre y le dijo que si no le daba vergüenza que un moro como yo supiera leer y él no. Pues bien, ese mismo día, cuando yo estaba leyéndole el periódico a tu padre, fue cuando se le acercó a Tomás Dávila un *chivanni*.

Tomás Dávila estaba sentado junto a la mesa de los talonarios, en el suelo la lata de pintura colorada, y el viejo se le acercó negándole con la cabeza que lo que él se llevaba y lo que ponía en el recibo fuera lo mismo. Tendría aproximadamente unos sesenta años, una larga y puntiaguda barba totalmente cenicienta, la chilaba raída, las sandalias de esparto, las manos como dos sarmientos temblorosos y toda la espalda era un arco de sumisión que un bastón se la sujetaba hasta donde la dignidad humana parece que no existe. Tenía cierto aspecto de uno de esos santones tan venerado por nosotros, un morabito. Los españoles bien que cuidaban de protegerlos y de engatusarlos para su causa y su conveniencia. El que vivía cerca del molino, estaba más que comprado por Tomás Dávila y recibía un *ziyart* anual puntualmente. En más de una ocasión lo sacó de un mal apuro, pues era

mucha su influencia. Así que aquel pobre viejo se puso a gritarle a tu padre en *tamazight*. Enseguida se agolparon unos cuantos curiosos apoyando la postura del anciano, y luego otros más.

Tomás Dávila se levantó, lo cogió de la pechera de su chilaba sin miramientos y lo empujó tan brutalmente que cayó haciendo un ruido, raro, como cuando se tira un objeto de madera. Se produjo un grave silencio, de fieras al acecho, de rifles de pelotón. Nadie decía nada. El viejo, tirado en el suelo apenas gemía, parecía un montón de ropa, de ropa vieja y sucia en la entrada del porche, amparándose en su propio abandono, latiendo todavía, sin dignidad, con rabia que nadie vio, que nadie podía escuchar.

Tuvieron que meterlo en la batea de una camioneta del ejército y llevarlo a Quebdani para que lo curara el médico. Varias costillas rotas y el miedo sucesivo recorriendo miradas en los días de zoco.

De aquel hecho no se dijo nada. Tratarnos con mano dura por cualquier asomo de protesta era toda una consigna que se había extendido para asegurar la permanencia en el Protectorado.

—Comida y leña es lo único que entienden —dijo Tomás Dávila, cuando lo comentaba en la cantina, ufano, una copa de tinto en su mano, duras y oscuras sombras en algunos ojos.

—Lo malo —le contestó Mariano Sepúlveda, el cantinero— es que nosotros sólo sabemos darle leña. Fíjese en Francia, le dan más duro que nosotros pero al menos el gobierno mete mucho dinero y personal especializado.

Se llevó la copa a los labios y se la empinó de un solo trago. Detrás del mostrador el cantinero se la volvió a llenar. Era un hombre enorme y barrigón, que cubría con un mandil lleno de manchurrónes su ropa. Había también en el salón del bar algunos soldados que estaban dando cuenta de una botella. El ambiente era rancio, avinagrado, y en el techo un ventilador de grandes aspas giraba lentamente. Su ritmo parecía marcar la permanencia de un tiempo empeñado en girar sobre sí mismo. Removía el aire pero era el mismo aire, el mismo humo de los cigarrillos, el mismo tiempo indolente. Sólo las moscas trataban de romper el vuelo

acompañado de esa órbita perfecta que era el ventilador describiendo líneas errantes en la sala menos aquellas que daban con sus vidas en las tiras de los papeles reales que colgaban del techo.

—La semana pasada fueron tres bombas, una en el Hotel Darsa, otra en la Delegación de Hacienda y una tercera en un local comercial. Esta última, dice el periódico, fue la que causó más víctimas —decía Tomás Dávila—. Al día siguiente unos grupos de agitadores se infiltraron entre los manifestantes, y con piedras, palos, barras de hierro y demás objetos contundentes arremetieron entre gritos subversivos contra los policías encargados de mantener el orden. Incluso algunos elementos vestidos de uniforme fueron apaleados y desarmados por los alborotadores. No hay derecho a que esto ocurra. No se puede permitir ser blando con esta gente. Fíjate lo que hacen en cuanto se les permite un margen de confianza, que lo ven como una muestra de debilidad de nuestro gobierno. Por eso te digo, que nada de ser blando, nada de que se te suban a las barbas. Mano dura, Mariano, y ya está bien de contemplaciones con esta gentuza. El general Silvestre, ése sí que los tenía bien puestos, una autoridad así es lo que haría falta. Desengáñate Mariano, al moro leña, y cuanta más mejor.

—Querámoslo o no, amigo mío —le replicó Mariano—, lo ocurrido en Tetuán es fruto de los nuevos aires que corren por el mundo. Los tiempos ya son otros. No podemos actuar igual que se hacía antes.

—Es fruto más bien de la irresponsabilidad, de la poca conciencia para saber cómo tratar al moro —le respondió con inquina.

—¿Usted cree? Yo no lo diría tan seguro...

Iba a continuar pero desde el fondo en donde estaba el grupo de soldados se levantó uno poniendo calma al resto de sus compañeros:

—Atención, muchachos, atención —lo dijo con una voz vocinglera—, todo el mundo mutis que aquí canta «El Brillante».

Sonaron fuertes aplausos. El llamado «Brillante» sonreía. Tenía el rostro purulento, rubio, la gorra entre sus manos, la camisa abierta. Tomás Dávila le apostó a Mariano a

que se arrancaría con una soleá. El cantinero le había vuelto a llenar la copa y los dos, abandonada la discusión que se traían, la cual casi siempre terminaba con que tu padre tenía que llevar toda la razón, se decidieron por ponerse a escuchar. El muchacho cogió aire, se abrió aún más la camisa y cantó:

*Adiós mare de mi alma
ya me marchó para el Rif
a matar todos los moros
que me encuentre por allí.*

*Aunque sean muchos los moros
y muy larga la campaña
los mataremos a todos
al grito de «Arriba España».*

Toda la cantina se llenó de un fuerte estruendo de aplausos y olés cuando «El Brillante» acabó de cantar su copla. Tendrías que ver a tu padre de reírse y de aplaudir.

Desde aquel día, ese día en que Tomás Dávila le había pegado a Celestino por no saber leer y al *chivanni* por contrariarle el peso de la harina, me dijo que además del cobertizo y de los cerdos le ayudara a Gonzalo a apuntar los números colorados en los costales de los sacos.

No me hubiera importado que me dijera eso si no me hubiera dicho al mismo tiempo que ya no hacía falta que le llevara la cartera a Adriana. Aurora Benavides lo había convencido. Varios meses había estado tratando su mujer de convencerlo de que lo mejor para su hija era sacarla de Quebdani para llevarla a un buen colegio.

—No te das cuenta Tomás, es para que aprenda a hacerse una señorita y encuentre a un buen marido —se lo dijo como ella únicamente sabía decir una cosa así, mirándolo mansamente, con los labios suplicantes.

Tomás Dávila no quiso claudicar a sus requerimientos porque en el fondo creía que eran motivos religiosos lo que la impulsaba a enviar a su hija al colegio del Buen Consejo de las terciarias franciscanas que había en Melilla; sin embargo, aquella vez su mujer consiguió salirse con la suya.

Adriana desde entonces, mientras le hacían los preparativos para su marcha, interpuso entre nosotros una distancia aún mayor de la que ya había. Cerraba su ventana si desde el cobertizo la veía peinarse entregada a fingir una edad distinta, ante el espejo secreto de la tarde cuando por sorpresa se asomaba a mirar el paso de las grajillas, y yo con disimulo me ponía a mirarla. Miraba su única mirada, sin brillo y sin blandura, a lo lejos. Y ni eso ella me dejaba, pues cuando se daba cuenta, cuando se percataba de que yo, como un tonto, no quitaba ojo de su ventana, ella la cerraba dando un portazo.

Un viernes era el día en que tenía que irse. Aurora Benavides se lo tenía todo preparado y ultimaba los detalles finales. Extendí la mano sobre la mesita de noche de su cuarto para recoger un retrato de santo que Aurora Benavides me dijo que cogiera en el último instante. Mi mano tropezó, ciega, y lo tiré al suelo. Temí que aquel ruido la alertara pues además del retrato cayó una figurita de porcelana que se hizo añicos.

Cerré los ojos y el vacío de la oscuridad me produjo una sensación húmeda y pegajosa y a esa frustración le siguió la angustia de mi propia desdicha, pues Adriana en ese momento entró al oír los golpes. Me miró duramente como se mira a un desconocido, sin ningún interés, me arrebató el retrato que yo ya había recogido del suelo y su mano me rozó la mía, por vez primera, y a mí me pareció que se trataba del alboroto de mi nerviosismo.

—Eres un pedazo de bestia —me recriminó, con sus ojos encendidos, tan claros.

Sentí sus palabras de desprecio, no como un pellizco, o como una garra, sino como el único latido que era capaz de percibir, pues enseguida comenzaron a acecharme los tormentos de su partida con mayor intensidad y escapé del dormitorio a toda prisa, con un terror que hasta entonces me era desconocido.

No podía creer que el fin se acercaba. Fue como un nubarrón, como una noche. Uno tras otro los últimos momentos que faltaban para que ella cogiera la CTM que la trasladaría a Melilla me parecieron despiadados y comprobé con desaliento cómo al fin ascendía por el último escalón del

portante, arrancaba la camioneta y se perdía por el polvo de la carretera, para siempre.

Cuando empecé a pintar los números colorados en los costales de los sacos, a veces los trucaba y no sabía si lo hacía por el *chivanni* o para vengarme de ella.

CAPÍTULO IX

A los pocos meses de marcharse Adriana, para hacerse una señorita de ciudad como decía tu madre, fue cuando ocurrió lo de Celestino. Todos sabíamos que tratándose de él podría esperarse cualquier cosa, pero nadie, que yo sepa, llegó a sospechar que terminaría pegándose un tiro, que lo de Mauro se lo iba a tomar de aquella manera hasta el punto de quitarse la vida. Si vuelvo a referirte lo de su muerte —y puede que a ti no te agrade saberlo— es porque no solamente me limité a implicarlo en lo de Mauro, al que él tendría que haber matado con su escopeta, que para eso alardeaba de ser un estupendo tirador, si no que había otras razones para considerar que era un ser despreciable y se merecía un buen escarmiento. Tu dirás que lo del perro, colgado de la viga, fue algo terrible. El animal sufrió lo suyo. A mí también me desagradó verlo morir ahorcado, intentaba zafarse del lazo de alambre que yo le había hecho y cuanto más se desesperaba por quitárselo, más se le incrustaba en el cuello y más una baba blanquinosa le salía por sus fauces con la lengua cada vez más oscura hasta que dejó de jadear. Hay cosas que tenemos que hacer aunque nos pese. Había asumido mi rencor y mi venganza como una especie de reto contra sus desmanes, sus intransigencias, y sus fechorías para ponerle límites antes de que las cosas llegaran aún más lejos. Y no

me refiero tan sólo a lo de Mauro. El perro de tu padre y la forma de cómo murió fue una simple excusa que supe aprovechar con ventaja, de la que no me arrepiento.

Verás, tu madre con esa apariencia de mosquita muerta de no romper nunca un plato, tuvo también la culpa. Tenía una excesiva mansedumbre que llegaba a ser falsa cuando le mirabas la pequeña papada de su barbilla. Le pendulaba como una nalga pellejosa, llena de sordidez, con dos pliegues turbados por el cuello, y el sudor le brillaba sin esfuerzo como gotitas complacientes que ella trataba de enjugarse con un pañuelo de seda a la par que se obligaba a una frenética sonrisa. Su pelo teñido formaba parte de esa careta que escondía debajo de su cara gorda, agriada con el zumo de limón diario que antes de irse a dormir, todas las noches, se solía poner. Celestino estaba destruyéndose con la urgencia de una catástrofe premeditada y ella lo sabía. Se había erigido en una alimaña de su propia perdición y sólo podía salvarlo forzándolo a vivir en el límite de una furia ajena. Trazó planes para él. Alimentó sus instintos comprendiendo que era la única forma de calmar su dolor. Necesitaba buscarle alguna víctima con que saciar a la bestia que llevaba por dentro y la encontró en Yamina.

Una tarde lo vi entrar en su cuarto con ese aire triste y conmovedor, casi envejecido a pesar de ser todavía tan joven, su escopeta al hombro, de la que nunca se separaba, y lo que no puedo olvidar de él, lo que siento ahora cuando lo recuerdo pegar a la puerta, rebasar la penumbra que se abrió al instante y cerrarse de nuevo, de golpe, tras de sí, es la misma repugnancia y el mismo sentimiento de repulsa que por entonces noté cuando descubrí lo que tu madre quería.

Todo indicaba que cuando Aurora Benavides me dijo que buscara a Celestino, con aquella sonrisa que a continuación frunció en un silencio irresistible, era porque había comenzado a tramar contra ti para que Yamina nunca fuera tuya.

En efecto, le acababa de decir que tuviera mucho cuidado; le habló que lo hiciera con tacto, que no se enterara nadie, que se limitara en un principio a asustarla un poco, que luego ya se vería lo que se tendría que hacer si la cosa no diera resultado. De manera que Celestino, en vez de

dirigirse a la mañana siguiente hacia la barranca, a destripar perros y grajillas, saltó por los barandales de eucalipto y dijo que se iba a la caza del conejo con hurón. Era muy temprano cuando escuché desde el cobertizo sus pasos y los perros que llevaba consigo. Podría haberte avisado, pero no sé si hubiera sido mejor; el caso es que mucho antes de que él apareciera yo pude llegar a la casa de Muley Hamed que al verme todo alborotado, sudando de tanto correr y con el habla hecha un resuello, me conminó a que me calmara, cosa que necesariamente tuve que hacer porque las palabras no terminaban de salir de mi boca. Al cabo de unos minutos Muley Hamed ya sabía que Celestino se iba a acercar por allí para dar cuenta de sus perros. No podía decirle la verdad, que en realidad quería hacerle algo a Yamina, porque entonces le hubiera desvelado tus relaciones con ella y no sé qué hubiera sido peor. Lo de los perros fue una idea que afortunadamente se me ocurrió en el último instante. Así que todos en la cabila se escondieron. No dejaron salir a ningún crío y por lo tanto a Yamina tampoco. Estaban avisados de que un loco español andaba suelto tratando de matar a cualquier perro que se le pusiera por delante y había que tomar alguna medida para evitar que se produjera una desgracia si una bala de ese demonio de Celestino se desviaba de su dirección. Ese día los perros de la cabila de Muley Hamed permanecieron amarrados dentro del patio y no ocurrió nada. En las semanas siguientes tampoco; hasta aquella vez en que Yamina, cuando fue a recoger el cántaro de agua, en el mismo lugar donde tú solías verla, recibió un tiro que intencionadamente, o puede que afortunadamente, sólo alcanzó a la cántara. Estaba visto que había que actuar con toda rapidez.

En el molino se produjo tal conmoción cuando trajeron a Celestino muerto, que hasta las cosas parecían que habían cambiado de sitio del revuelo que llegó a armarse. Era una tarde ardiente que de pronto se quedó sin aire. Una tarde vacía que comenzó a flotar en una niebla de ausencia y de aturdimiento como si nadie en realidad supiera lo que acababa de ocurrir, y al instante se paralizaron los motores y se abandonaron los trabajos para acudir a toda prisa a la puerta

y escuchar de viva voz a alguien que se había presentado diciendo que traían a Celestino, que lo traían muerto, que su padre lo había encontrado con un tiro en la boca. A las palabras entrecortadas, le sucedían labios, lenguas, dientes, ojos, muecas que se buscaban con acusados signos de desconcierto. Apenas se sabía qué decir y lo que se decía era como un rumor, como un misterio por desvelar. La muerte se presentaba por primera vez al molino y fue como una hoz en la garganta de cada uno de los Dávila, como una hoz oscura, amenazadora, que os dejó sin aliento. Aurora Benavides, al comprobar que efectivamente a quien traían muerto era a Celestino, sufrió un desmayo. La cogieron antes de caer al suelo y la instalaron en su dormitorio. Se le había puesto su cara anacarada más blanca todavía, los ojos al revés, la boca como espantándose el dolor de la noticia, quebrada posiblemente en una palabra que no pudo decir o que no quiso decir, y parecía que había adoptado la intención irrenunciable de no querer volver a despertarse nunca, como si no quisiera reconocer la evidencia de que su hijo se había quitado la vida, y sólo cuando los vapores del vinagre la devolvieron a la realidad, lloró con desconsuelo, musitando su nombre: «Ce-les-ti-no», poco a poco, repitiéndolo acongojada y sin eficacia; «Ce-les-ti-no», volvía a silabear, todavía en la cama, semiincorporándose, sujetándola o abrazándola en el dolor, tú, que también llorabas y te lamentabas por su muerte.

—Seguro que han sido los moros, esos salvajes le han quitado la vida a mi hijo —dijo sin parar de llorar, sacudida por su quebranto; le temblaba la voz y nos miraba huraña y con resentimiento, sin comprender lo que sucedía.

Pusieron el cadáver sobre la mesa de los talonarios, cubierto por una manta, y así estuvo hasta que trajeron el ataúd, dos o tres horas después. El cuerpo sordo de Celestino acusaba hirientes formas de estupidez en esa parte del molino en donde lo habían colocado, casi a la entrada, en el mismo lugar en donde yo solía poner los números en los costales de los sacos de harina. Los familiares y los curiosos rodeaban al difunto cada vez más. Tuve que acercarme para retirar la lata de pintura colorada que estaba siempre junto a la mesa, para evitar que alguien en un descuido la volcara. La pintura colorada en el suelo, derramándose y el cadáver ahí, como si

fuera sangre lo que le salía —aunque ya de Celestino no podía salir una gota más— hubiera quedado muy feo, parecería que en realidad el muerto aún sangraba. Fue un gesto que enseguida aprobó la mirada irresoluta de Tomás Dávila, y al hacerlo, al acercarme a Celestino, me pareció que sus manos bajo la manta ocultaban un reproche de rabia o de cautela semejante al perdón, y en su rostro desfigurado por el hueco que le había hecho la muerte, también quise adivinar el miedo hacia su padre y el odio que siempre le tuvo a Mauro.

Los gemidos y súplicas se sucedían. Su muerte se lloraba, pero era un llanto vacío que a nadie, que no fuera su madre, le importaba lo suficiente. Celestino nunca tuvo ningún amigo. Yo, por mi parte, lo despreciaba, lo despreciaba intensamente. Pero la muerte es oscura y ensombrece el rencor. De pronto vi cómo uno de sus brazos se había precipitado de la mesa como si se alejara de su cuerpo. Era el brazo cobarde que no supo dispararle al perro de su desgracia. Lo miré. No me impresionó. Miré a ese brazo alargándose en un espacio sin cifras, colgado como un embutido. Recuerdo que me vino un tufillo antiguo impregnado de *jalufo* y unos dedos abriéndome la boca para que me lo tragara. «Abre la boca mamón, está bueno este chorizo, es chorizo de Cantimpalo, abre la boca y come.» Lo decía con su boca podrida, que yo me comiera aquella carne que a mí me parecía que también estaba podrida. «Te lo vas a comer aunque tenga que sacarte los dientes. Tendrás que acostumbrarte a comer igual que nosotros. Come de una vez, come maricón.» Me había tapado la nariz, tuve que abrir la boca, coger el aire que me faltaba, morder aquel trozo, escupirlo, volver a coger aire y tragarme aquel pedazo de carne maloliente. Recuerdo también su risa, su boca negra, mi coleta en sus manos como un triunfo, izándola, enseñándosela a los demás muerto de risa, él que ahora estaba muerto de verdad y que tenía la boca destrozada para no poder reírse nunca. Había cogido las tijeras y las restañaba alrededor de mi cabeza mientras se burlaba de mí en una lengua que yo aún no conocía. Levantaba mi trenza con orgullo, con ese brazo, orgulloso por lo que había hecho, humillándome, enseñándole a los demás su pequeño trofeo. Recuerdo más que nada ese brazo primero vivo y ese brazo, el mismo brazo, muerto. Lo recuerdo, lo recordaré porque

por lástima, por compasión, o porque su balanceo señalaba un instante macabro y desleal, se lo tuve que ocultar nuevamente bajo la manta cubierta de sangre.

El entierro no tuvo ni la importancia, ni la solemnidad que llegaría a tener dos años después el de María Dolores; el caso es que ese mismo día se hizo llamar a Adriana. Estaba yo junto a la puerta, como perro esperando a que Tomás Dávila me necesitara para cualquier cosa, cuando oí a Aurora Benavides decir que había que telegrafiar para que viniera su hija para el entierro. El corazón me dio un vuelco. En medio de toda la tragedia que se cernía sobre el molino, mi corazón de pronto sintió como un relumbrón y se me encendió la cara. Podría verla de nuevo. Adriana vendría seguramente a la mañana siguiente. Nunca me había alegrado tanto por la muerte de alguien.

Y es que desde que la internaron en el colegio de monjas, el mundo parecía que se me había venido encima. No podía comer y todo el día me lo pasaba reinando en ella. En realidad, no acertaba a comprender que tuviera que marcharse, que se marchara sola, a un colegio, tan lejos, para hacerse, como decía su madre, una señorita. Yo pensaba que todos ellos se tenían que ir alguna vez del Rif pero no que ella se fuera sola. Que se fuera de aquella manera y que a mí me dejara como me dejó. Pasaban los días y no podía apartarla de mi mente. Cuando ella estaba aquí y yo tenía que llevarle la cartera al colegio tampoco podía apartarla de mi mente. La sentía en mis ojos, la tocaba con ellos, nunca me costó trabajo llevarle la cartera, a pesar de que algunas veces tenía que ir y volver; pero por verla, por caminar tan cerca, oliéndola, mirándola, ya digo, la cartera nunca me importó llevársela. Porque lo peor no fue ni su desprecio ni que yo tuviera que llevarle una y otra vez la cartera, lo peor fue cuando se marchó. Sentí que iba a volverme loco. Y me hubiera vuelto loco si no la hubiera vuelto a ver, por eso, cuando lo de Celestino, me alegré doblemente por su muerte, porque él ya estaba muerto y porque vería a Adriana.

Después de su marcha, un buen día unas fiebres se apoderaron de mí. Nunca antes había estado enfermo. Me ardía

mucho la frente y sentía frío. La echaba mucho de menos y aunque sabía que ella nunca hubiera venido a verme, sabía igualmente que si ella hubiera estado allí yo no me hubiera puesto enfermo. A veces, en mis delirios, yo la veía como se ve a un resucitado, con sus ojos dolientes y un gesto de sorpresa como si no quisiera estar en este mundo, pues Adriana tenía un sesgo de tristeza que la acompañaría para siempre. Pensé que una ráfaga de aturdimiento me hacía verla tan desolada entre la bruma del cobertizo, transitoria y envuelta por su vestido color celeste. Los animales se espantaban y creí que era por ella. Su imagen, sin embargo, no desaparecía, seguía allí, como dudando, con una risa abierta, con una risa turbia y desesperada. Llevaba el pelo suelto, largo hasta la cintura, y en su cara yo no era capaz de adivinar su nariz, su boca, el arco de sus cejas, como si careciera de fisonomía, no era capaz de reconocerla, pero sabía que era ella, lo sabía porque se alejaba y porque yo sentía el rumor de sus pasos, el aleteo de su ropa, yéndose, y porque su cuerpo era extrañamente etéreo, envolvente y de nieve. Así era Adriana, de nieve. Un invierno de manera insólita nevó en Quebdani. La nieve era como la harina, igual, pero más fría. Yo sabía cómo era la nieve. La cogía en mis manos y al rato desaparecía. Toda la explanada apareció blanca, la barranca igual de blanca y al mediodía nada, como si hubieran quitado la sábana de un lecho la nieve desapareció.

Lo achiqué a los delirios de la fiebre esa visión tan dolorosa. Estuve varios días cubierto de temblores. Tiritando. Me quemaba la frente y tiritaba de frío. Cuando al fin pude levantarme, la ropa me sobraba, me sentía endeble y demasiado cansado como si hubiera ido muy lejos y hubiera regresado sin haberme detenido para descansar. Había adelgazado tanto que hasta Aurora Benavides me advirtió que lo mío más que enfermedad parecía cosa de mal de amores. No sé si me lo dijo con sorna, sabiendo lo que decía. Me dijo: «hay amores que matan». Pero en el molino nadie más se dio cuenta.

Al día siguiente antes de que enterraran a Celestino, la CTM, envuelta en una nube de polvo y de ruido, llegó a la

explanada. Jacinto Aguiar hizo sonar el claxon y todas las grajillas que estaban sobre el muro del cobertizo salieron espantadas. Creí por un instante que esa imagen no me pertenecía, que lo único que debía cobrar consistencia de la realidad era la muerte de Celestino y que ella definitivamente no había podido venir. El zumbido del motor de la camioneta me pareció un zumbido ambiguo. Yo escuchaba a la camioneta, pero era como si no la escuchara. Estaba por jurar que ni siquiera había visto la camioneta, que sólo existía en aquel momento la espera y los llantos entrecortados de sus hermanos, el lamento de doña Aurora, la tristeza de sus amistades, la muerte y sus adornos oscuros, la inmensa e inevitable ausencia de Adriana.

Tenía por aquellas fechas, debido posiblemente a los residuos de las fiebres, una especial propensión al ensimismamiento. Me sentía demasiado encerrado, demasiado en mí hurgando únicamente en mi soledad, mirándome en los rincones de la noche cuando nadie ya podía verme. La consecuencia que se derivaba de ello era un estado absoluto de perplejidad. Llegué a no creermelo nada. A no sentir por nada. A dejar de ser yo. Era yo y otro al mismo tiempo. Me desconocía. Yo no era. Era mi otro el que por mí hacía lo que tenía que hacer ante los demás, y el otro verdadero se escondía y se perdía en los rincones de la noche o en las soledades únicas de mi alma. Mi alrededor se volvía divergente, confuso. Estaba aturdido por aquella quemazón que suponía que era Adriana y su distancia inexplicable. Trataba de odiarla y sentía que al odiarla la amaba más aún. Ya nada creía. Por eso, a pesar de que la CTM estaba allí, yo dudaba de que ella hubiera venido. Una amarga desazón me atenazaba el pecho. El tiempo languidecía en estaciones remotas sin veranos ni inviernos mientras duraba mi desconcierto. Aquel día, lo recuerdo muy bien, todo lo que veía me parecía una equivocación. Dudaba. Nada nuevo podía suceder, nada que verdaderamente yo quisiera que sucediera.

La camioneta seguía barruntando. Busqué entre los pasajeros el rostro de Adriana. Entonces la vi. Descendía, pálida, hermosa, con ojos adelantados de lágrimas y de tristeza. No me lo creí, no podía creer que fuera ella. Bajó entrecortada por la cercanía del dolor y la angustia probable de los sinsa-

bores del viaje. Sabía que no me miraría, por eso la miraba más intensamente, con mayor ansiedad, tragándome su figura, su cara, su cuerpo, absorbiendo toda su imagen como hace una cámara de fotografía, metiéndomela dentro de ese cuarto oscuro de mis deseos. Ni me miró siquiera. Y aunque yo la miraba aún desconcertado ni se dio cuenta que era yo el que le recogía de la mano su pequeña maleta. La que sí me miraba era una mujer tremendamente gruesa, detrás de una de las ventanillas. Agitaba un pedazo de cartón delante de su hijo para abanicarlo, una criatura igualmente grasienta. Tenía el cuello acuoso y carrillos amantecados no sólo por lo gorda que estaba sino por el calor que hacía dentro. En la parte delantera, justamente al lado del asiento del conductor, un hombre con barba de abandono se sacudía igualmente el calor sacando la cabeza por la ventanilla. Él también me miró. Pero Adriana no me miraba. Pensé que no miraba a nadie, que era pura ausencia. A los pocos minutos la CTM se alejó a trompicones resollando bajo su escandalosa cacharrería. Adriana se había quedado quieta en medio de la explanada, como si no quisiera entrar, como si no le gustara que la hubieran llamado para ver a su hermano muerto y yo quedé a su lado.

Por vez primera en el molino me sentí feliz.

Todos lamentaron la muerte de Celestino con fórmulas de condolencia cuando el coche funerario se lo llevó para siempre. La noche anterior el humo de los cigarrillos, los caldos de puchero, las copas de coñac, los comentarios de los más variados signos, las resignaciones y todo ese vaivén de gente y de murmullos del velatorio puso en el molino una nota discrepante y resignada. Se formó una gran cola para despedir al muerto, delante de los parientes, y luego toda la explanada se quedó vacía.

Al día siguiente Jacinto Aguiar agitó de nuevo el claxon de la CTM. Los efluvios de los cirios se habían dispersado y el molino comenzaba a tomar su pulso rutinario.³ Adriana de nuevo se marchaba. Se había subido al pescante con prisa, aligerando los saludos y los abrazos de despedida. La ayudé con la maleta, pero ella me ignoró. Había en su actitud un

desprecio semejante al que yo sentía por el resto de su familia, que disimulaba con cierta vanalidad, sin darme tregua, sopesando una distancia entre nosotros para que yo supiera en todo momento que nada podía esperar de una muchacha como ella. Orgullosa, indiferente, había tomado asiento en uno de los pocos sitios libres. La camioneta iba al completo atestada de viajeros y de animales. Seguramente pondría un gesto de desaprobación por el olor a sebo y a sudor que habría, pero lo prefirió a tener que quedarse.

La vi entonces cómo se alejaba pero esta vez tuve el presentimiento de que volvería.

La CTM enfiló el límite de la explanada y se introdujo en la carretera. Parecía un pequeño zoco flotante antes que una camioneta. El pasillo se llenaba de cagarrutas de conejo y cagadas de gallina y junto a los apretados fardos y los bultos el olor a ropa sin quitar, a restos de comida, a grifa, a pies, a colonia barata, hacían que todo el viaje resultara insoportable. Pero lo peor es que nadie sabía cómo era posible que siguiera cubriendo la ruta de Quebdani a Melilla. Cuando no era el aspa del ventilador, la junta de culata, la bomba del aceite, los frenos, el cable del embrague, resultaba ser una cubierta que de puro fastidio había terminado por reventar. Al producirse alguno de estos percances, los pasajeros protestaban lo suyo. Jacinto Aguiar no sabía qué hacer para calmarlos mientras trataba de reparar la avería. La Compañía de Transportes de Marruecos no hacía nada para sustituir aquel viejo vehículo por otro, a pesar de que la camioneta estaba muy cargada de años y de desalientos.

De modo que los buenos oficios de Jacinto Aguiar y su habilidad para acometer las peligrosas curvas antes de subir a Llano Amarillo hacían posible llegar sin mayores contratiempos, aunque él siempre amenazaba a los de la Compañía que el día menos pensado podría ocurrir una desgracia.

—Me voy a quedar sólo con el volante, cuando menos lo cuente. Ese cacharro ya no puede tirar —le dijo un día a Tomás Dávila; tenía la nariz ancha y muy poca sonrisa. Bebía anís «Las Tres Cepas», mucho, sobre todo desde que Matilde, su mujer, se marchó de Quebdani.

Tomás Dávila, sentado en su mecedor de rejilla lo miraba escrutándolo. Lo había visto borracho muchas veces. Sonrió. La punta de su cigarrillo se la pasaba de un extremo a otro de la boca.

—Estuvimos a punto de diñarla. Vaya con la cabrona de la curva. Y mire que cada vez que paso por allí me tomo mis precauciones. De puro milagro conseguí que no cayéramos al tajo. El volante se había puesto maricón, no me obedecía —Jacinto Aguiar arqueaba los brazos, imitaba el movimiento indigente de su volante—. Los pasajeros comenzaron a gritar y no sabe usted cuántos cojones tuve que echarle al asunto, don Tomás. Así que lo dejé a su aire hasta que me vi en el filo de la barranca. Cien metros por lo menos había hasta abajo. Después, con mucha sangre fría, me hice con las ruedas. El volante se me puso duro, menos mal, lo giré con fuerza, con todas mis agallas al tiempo que pegaba un acelerón para escapar del vacío. Nunca he visto la cosa más negra que ese día.

Miró a su alrededor. El porche embaldosado, la mesita con un mantelito de hule, la botella de anís, una sombra equivocándose cuando la luz ya no era ni claridad ni noche. Tenía la nuca húmeda, un reflejo de espanto por su cara y el vapor del alcohol inyectado en sus ojos, brillosos, silabeándole las palabras que decía.

—Peor fue lo de la Matilde, se lo aseguro.

—Pero hombre, todavía piensas en esa mujer.

—Claro que no, don Tomás, a esa puerca que le den.

Lo dijo como burlándose, bebiéndose de un trago otra copa de anís, como si se arrepintiera o como si no quisiera decirlo tal como lo había dicho.

Matilde, la mujer de Jacinto Aguiar, fue todo un escándalo. Cansada y aburrida de sus largas ausencias, de sus contratiempos con la camioneta, de sus borracheras cuando tenía algún día de descanso, acabó por meter en su cama a un infeliz, no porque ella tuviera la necesidad de entregarse, sino por despecho a su olvido o como desagravio por haber llevado una vida sentada junto a la ventana de su casa, esperándole mientras bordaba con puntos de cruz aquellas mantelerías que nunca pudo poner en la mesa, vinculada a esa tardanza que la recluía a puntadas cada vez más ociosas de las ini-

ciales que fue poniendo en las servilletas, y que después lo haría en sus pañuelos, en los embozos de las sábanas, en los mantelitos de té y en todas las pecheras de sus camisas; fingiendo con esa naturalidad de un sufrimiento resignado los días, las semanas y los meses en que todo se parecía a un instante oscuro, no por la desesperación que la embargaba o por la duda de que a él le hubiera pasado algo, si no porque ya no sabía someterse a la soledad con el temor de no escuchar alguna vez el sonido de sus pasos, la llave en la cerradura, el crujir de la madera de la puerta en su habitación, su ropa sobre la silla, el cuerpo junto al suyo, sudoroso, grásiento, con esa inconcebible pesantez de su abandono y de su indiferencia. Jacinto Aguiar era su marido y no tenían hijos aunque ya llevaban más de diez años de casados. Matilde tampoco era una mujer de puertas abiertas para matar el tiempo con las vecinas y entretener las largas ausencias de su marido. Decían que era algo rara. Decían que por aquello de no tener hijos y de no saber de quién era la culpa, si de él o de ella, hizo lo que hizo.

Aquella noche la camioneta debió de averiarse cerca de Quebdani. Jacinto Aguiar decidió entonces, después de que no hubo manera de arrancarla, que lo mejor sería esperar a la mañana siguiente. Así que él y todos los pasajeros tuvieron que regresar andando. Cerró la camioneta, dejó a su ayudante de guardia para que no se llevaran las mercancías y él se vino a casa. Primero pasó por la cantina de Mariano y se pegó un par de tragos. Sólo dos, para no cogerla, porque por la mañana tenía que estar bien desvelado para arreglar su cacharro y porque él, antes de conducir no se llevaba nada a la boca. Después, sí, pero después qué importaba. Así que volvió a casa con un par de chatos, sin hacer ruido, cuidando de que la llave en la cerradura no restallara, sin encender la luz. No quería despertarla. Quería sorprenderla aquella noche y sentir su cuerpo con el suyo. Le avivó el ardor de poseerla como nunca lo había hecho. Tenía cuarenta y cuatro años. Se sentía fuerte. Él era un hombre fuerte, ceñudo. De modo que se quitó los zapatos para no hacer ruido. La boca se le había llenado de una saliva pastosa porque juraría que le hubiera venido bien tomarse una copa más, pues al tragar una ansiedad apremiante le bajaba al estómago y se le escondía

por las tripas. Se acercó muy despacio al dormitorio, casi de puntillas. Todo estaba oscuro. Vaciló en aparecer de repente o llamar a la puerta. Escuchó un breve gemido. Era ella, dormía, alguna pesadilla, pensó. Los jadeos aumentaron. Pegó la oreja al quicio de la puerta y tuvo la sensación de que una corriente de aire frío le cruzaba la sien. No podía creer lo que estaba ocurriendo al otro lado, no podía imaginarse que le estuviera ocurriendo a él. Abrió la alcoba de un portazo y se la encontró desnuda, retozando con un furor de animal salvaje sobre un apeestado cabileño. «Para más inri, don Tomás, era ese desgraciado de Huari el que se la estaba pegando con mi mujer. Matilde, haciéndolo con un moro, con un cabrero de mierda, don Tomás. No la maté porque no me iba yo a ver toda la vida en la cárcel por una furcia como ella, pero era lo que tendría que haber hecho. Se figura usted, don Tomás, una cosa así, cornudo con un morito, con un morito oliendo a cabra. No sé cómo pudo pasarme esto. No puedo comprenderlo, don Tomás». Lo decía mil veces, de la misma manera, con desaliento, aquejado por el dolor insostenible de tanta humillación que el tiempo no le curaría. Matilde desapareció de Quebdani y desde entonces Jacinto Aguiar se entregó más a la camioneta y a la bebida.

—Mire usted, las mujeres son todavía más peligrosas que las curvas que suben a El Garet —eso fue lo que le dijo Jacinto a Tomás Dávila, y cuánta razón tenía.

CAPÍTULO X

Me parece que la estoy viendo todavía, ahí, delante de la cuadra que desde un tiempo a esta parte tenía su parhilera abierta al cielo y los muros echados abajo; sí, delante de la cuadra, cogiendo la camioneta, poniendo un pie en el pescante y luego el otro.

Ya sé que la imagen de Adriana subiéndose a la camioneta, al día siguiente de enterrar a tu hermano, se me había vuelto una obsesión. No puedo evitarlo, siempre veo a la CTM, a Jacinto Aguiar, a numerosos rostros grises y desconocidos, allí en la explanada, y sobre todo a ella

Estaba desierta la explanada aquel día en que Adriana se subió a la CTM, sentándose en uno de los asientos reservados, con su cara huidiza, su vestido celeste, tratando de ponerse cómoda en una camioneta que era un puro fastidio, que olía mal, como te he dicho, que siempre iba atestada de gentes, de conejos, de gallinas, de niños que vomitaban con las curvas; bajaba la camioneta por Llano Amarillo y las cagarrutas de los animales rodaban por el suelo sin que nadie por ello se perturbara o se quejara, y las cosas igualmente comenzaban a rodar, se caían de su sitio, los estómagos se levantaban y todo comenzaba a oler de una manera que ella no podía soportarlo. No lo podía soportar como tampoco, estoy seguro, soportaba que un morito como yo se hubiera

fijado en ella. Y ese día que de nuevo regresaba a Melilla, me miró cuando se iba, pero lo hizo arrugando la frente, haciéndome un desaire. Me miró con ese desprecio con el que todos los Dávila miraban a gente como yo. De modo que la vi por última vez en los funerales de Celestino y no pude verla en los funerales de María Dolores porque no quiso venir y yo pensé que cuando se enterró a la hija mimada de Tomás Dávila, a su ojito derecho como su madre decía que era su hija para él, no vino no por no verla a ella sino por no verme a mí. Eso fue lo que pensé. Y me dolió que no viniera. No que no viniera a ver a su hermana muerta, sino que no viniera simplemente para que yo no pudiera verla. Por eso me acuerdo tanto de ese día en que cogió la CTM, con prisa, sin despedirse apenas de su madre, con avaricia por irse y alejarse del molino o de la tristeza que lo envolvía por la muerte de su hermano. Pero yo sabía que lo hacía por alejarse de mí.

Tuvieron que pasar más de tres años para verla de nuevo.

Al año siguiente de lo de María Dolores a tu madre se le presentaron los primeros signos de que no estaba bien. Al principio se lo achacaron al dolor de la muerte de Celestino que se le había acrecentado con la muerte también de su hija pequeña y posiblemente algo también tuvo que influir el alejamiento de Adriana. Se había vuelto más sumisa y silenciosa de lo que era, pero lo que sí comenzó a tomarse como extrañeza es que apenas quería salir del molino, ni siquiera para ir a misa o para acercarse a visitar a Mariana con la que le unía una gran amistad.

Un día, sin embargo, decidió por fin ir a Quebdani. Lo hizo muy de mañana. No tuve más remedio que prestarme a acompañarla cuando ella me lo exigió porque quería disimular su viaje diciendo que tenía que comprar ciertas cosas. En realidad, no era ella quien había decidido ir a ver a don Elías, sino que había sido don Elías quien la había hecho llamar. Se lo había dicho a través de la mujer de Mariano, el cantinero. Le había dicho a Mariana que le dijera a doña Aurora que tenía que hablar con toda urgencia para un asunto de su má-

ximo interés. Nadie en el molino sabía qué era lo que quería don Elías de doña Aurora, porque el cura le hizo saber a Mariana que no se enterara nadie, ni siquiera tu padre. Así que muy grave tuvo que ver ella la cosa para abandonar su reclusión e ir a ver a don Elías.

«Es el deseo de amar y de pertenecer lo que nos hace fuertes, hijos míos, lo que nos da valor para vencer las dificultades, para soportar las injusticias».

Acababa de decirlo don Elías con una voz transmutada, y doña Aurora, que había llegado con Mariana justamente en el momento de comenzar la misa, no atendió muy bien esas palabras, perdida como estaba en la urgencia de saber para qué el cura la había hecho llamar. Se pasó todo el tiempo arrodillada, juntas las manos, un velo cubriéndole la cabeza y los hombros, los párpados caídos. A su lado estaba Mariana.

Cuando terminó la misa se levantaron procurando las dos que la madera del reclinatorio no se pusiera a crujir. Habían dejado pasar varios minutos para que el cura tuviera tiempo de despojarse de todas sus vestimentas litúrgicas y después se acercaron al pequeño cuartito que hacía de sacristía.

Don Elías, redondo por todas partes, relamida de lamparones y sobeos brillosos la sotana, las recibió sentado en una mesa oscura de patas agujereadas por la polilla. En la pared había un crucifijo también de madera, negra. La pequeña pieza olía a incienso y a pabilo de cirio chamuscándose y enseguida se llenó del humo rancio y maloliente que el cura, a grandes bocanadas, chupaba de un puro apagado varias veces y vuelto a encender otras tantas.

—Y bien, por fin se ha decidido a venir —dijo don Elías. La boca anchurósa señalando una sonrisa ingenua, torpe, como cuando no se sabe qué decir.

El cura castrense de Quebdani, tose, respira hondo, le cuesta trabajo pronunciar porque las palabras le salen perrunas, roncadas, ensalivadas de pequeñas gotitas que se dispersan en la mesa alcanzando incluso las mejillas de doña Aurora que trata de disimular su asco y él no lo percibe porque sus ojos se le nublan, se le ponen igual de turbios como a su marido

con aquel dichoso tabaco. El cura intenta respirar, pero es un gruñido lo que advierte tu madre que hace; los carrillos amoratados, la tos atrancándosele, carraspea, la mirada cada vez más vidriosa hasta que el pecho se le desinfla en una especie de resuello.

—Cuándo dejará usted el tabaco —le reprende Mariana cariñosamente. Estos hombres es que son la caraba, no hay forma de que dejen de fumar.

—Hasta los curas andamos escasos de voluntad en estos tiempos que corren —le dice don Elías enseñándole sus dientes disparejos, sucios.

Se había puesto a flotar no sólo en la bruma del tabaco que tuvo que apagar al darse cuenta que molestaba a las mujeres sino también por el aturdimiento que le causaba lo que tenía que decir, aunque quiso achacarlo a lo intempestivo de sus cenas y a sus famosos desayunos en la cantina del cuartel, un enorme vaso de café que no era otra cosa que un buen vaso de vino que él se lo tomaba como si le abrasara, para disimular lo que contenía. Tenía fama de borrachín y a esa hora, las once de la mañana y con un par de misas en el cuerpo, era ya más que suficiente para que aquel momento le pareciera inescrutable.

—Verá, se trata de Adriana, de su hija... —le dijo con una voz carrasposa, dubitativa.

Había tomado aire y vuelto a apagar el puro en el cenicero como para darse un poco de sosiego. Las mejillas se le arrechoncharon en barujones de candidez. Doña Aurora lo miró y miraba también a Mariana. Él mastica saliva, se le encalla en el cuello un nudo amargo, trata de corregir, vuelve a tomar aire, quiere encender ese puro y no lo hace. Consideraba que Aurora Benavides era un pozo de piedad y de recato y que no se merecía tanta desgracia como le estaba cayendo encima. Así que no se extrañaba de que en los últimos tiempos andara un poco trastornada por el sufrimiento de la muerte de sus hijos, pero también, por qué no decirlo, por ese ogro de marido que tenía que de todos era sabido los disgustos que le daba con sus infidelidades. Estaba claro que a él no podía contarle lo de Adriana. Conocía muy bien a ese Tomás, sobre todo después de lo ocurrido con su hijo Celestino. Sería capaz de lo peor y la muchacha pagaría muy

caro lo que había hecho, que en definitiva él creía que no era otra cosa que lo propio de su edad. A fin de cuentas era muy joven y si alguien tenía que salir a su padre, por los asuntillos de las faldas, quién mejor que una hija en vez de un hijo, para su escarmiento.

—Ha ocurrido algo grave, don Elías —dijo muy alterada Aurora Benavides—. ¿Está enferma?, ¿le ha pasado algo a mi Adriana?

Mariana la abraza, le entrega un pañuelo para que se enjugué las lágrimas que le brotan de los ojos. Ella coge el pañuelo y primero se suena la nariz.

—He recibido una carta de la Madre Superiora del colegio. No han querido mandársela directamente a ustedes, sobre todo para que no se entere su marido. En realidad, Adriana no quiere estar más en ese colegio y por eso se porta como se porta. No viene a cuento contarle lo sucedido. Lo cierto es que han decidido que ella no puede continuar. Su hija, por su parte, tampoco quiere seguir allí. Descuide, todo quedará como si volviera para verla a usted, que usted la necesita. La Madre Superiora sabe que usted no se encuentra bien y no quiere que esto sea un nuevo disgusto. Bastante tiene usted con lo que tiene. Así que la he hecho llamar para comunicarle que su hija, y siento decírselo de veras, ha sido expulsada del colegio. La dejarán partir en cuanto reciban esta carta que he redactado y en donde les decimos que debido a su enfermedad usted la necesita a su lado. Tiene que firmar aquí. De este modo todo quedará como que usted la ha hecho llamar. Comprendo que esto pueda dolerle pero no todo el mundo está llamado para servir a Dios.

El cura extendió un papel sobre la mesa y le acercó la pluma mojada en tinta.

—Quiero darle las gracias por lo que está haciendo usted, don Elías —dijo—. Yo también creo que esto es lo mejor para todos. Dios sabrá agradecerse.

Aurora Benavides puso su nombre y estampó su rúbrica con dificultad. Cuando por fin salió de la pequeña iglesia que estaba construida dentro del cuartel, hablaba con Mariana. Hablaba muy despacio y casi a su oído, para que yo no la oyera. Era evidente que había tomado una resolución que estaba muy por encima de sus posibilidades, y con lágrimas

todavía en los ojos ella misma se extrañaba de haberlo podido hacer sin decirle nada a él.

—El cura, aunque bebe más de la cuenta, es un santo —le dijo a Mariana—. Me hubiera gustado tanto que Adriana terminara sus estudios. Qué le vamos a hacer.

—No hay mal que por bien no venga —le dijo Mariana—. Llega en la mejor ocasión, cuando más falta te hace.

Caminaban juntas, con un paso lento y sosegado, sin apurarse por el calor, dejándose llevar por las palabras que tan imprecisas me llegaban pero que a medida que una y otra iban desglosando lo que habían hablado con el cura, no me costó trabajo adivinar que de nuevo, muy pronto, la vería.

Llegamos a los pocos minutos a la cantina. Dentro, el ambiente era rancio, avinagrado, y en el techo su ventilador de grandes aspas giraba lentamente. Mariano salió a saludarla. Se cubría con un mandil extrañamente limpio.

—Cuánto me alegro de verla por aquí. Ya nos temíamos lo peor. Tiene usted que levantar ese espíritu. Decirle a Tomás que la traiga de vez en cuando. ¿Le apetece un vasito de agua azucarada con limón? —le dijo.

—Claro que sí —insistió su mujer—. Antes de meterse en ese camino le vendrá bien tomar algo fresco.

Verdaderamente, sentía una sed terrible. Tomó un trago y le pareció que se le endurecían los dientes. De pronto había caído en la cuenta de que no le dijo al cura que si Adriana había hecho todo lo posible para que la expulsaran del colegio, haría otro tanto igual para que su padre la echara de su casa. La idea de traerla a lo mejor no era lo que más le convenía. Era consciente de que un nuevo sufrimiento la amenazaba. Cogió el vaso de agua con limón azucarado y al tragar le entraron unas ansias como cuando se quedaba embarazada y todo lo que se echaba a la boca terminaba por vomitarlo.

Cuando vio a su marido, se lo dijo:

—El agua de Quebdani sabe a muerto, Tomás.

Eso fue lo que le dijo, y él le respondió que era otra de sus manías.

CAPÍTULO XI

Tuvo que cortársele la respiración aquella noche nada más pegar la primera calada de su cigarrillo. Los ojos como si se le fueran a reventar se le pusieron, como si se le fueran a salir de sus cuencas, los ojos de Tomás Dávila, ahora sin sus gafas, se le habían puesto blancos, vitrificados, decía tu madre que los tenía, por un frío de muerte, por una tos que de pronto le entró como si una mano asesina se hubiera aferrado a su cuello, aquella noche, «pues mira que se lo tenía bien advertido que el tabaco el día menos pensado le iba a gastar una mala pasada».

Aurora Benavides lo había visto así muchas veces hecho un basilisco por culpa de la tos, las venas del cuello como cuerdas que estuvieran estrangulándolo, la cara abotargada, se puso todo colorado como un tomate cuando le entró aquella tos tan perruna que en otras ocasiones, con unas cuantas palmaditas o esperar un poco hubiera sido suficiente para que se le pasara. Pero no, aquel asomo de asfixia era distinto. «Le había entrado un temblor sudoroso primero y después una tos ronca que luego no era tos y la boca se le quedó tremendamente abierta también. Jadeaba mucho al principio. Intentó respirar pero no podía, se llevaba la mano a la garganta, se agarraba a su pecho con desesperación y luego —siguió diciendo ella—, como si no respirara, como si se

hubiera muerto de lo frío y quieto como se había quedado mi Tomás, anoche».

También dijo que no supo lo que hacer. Se había puesto muy nerviosa, estaba muy asustada. «Qué miedo, creí que se nos iba», contó al día siguiente. Así que en el marasmo de su desamparo optó por lo único que era capaz de realizar en tales circunstancias, y se encomendó a la Virgen del Perpetuo Socorro que tenía colgada en la pared de su cuarto para que la sacara de aquel trance.

Días atrás, en su última visita al cura de Quebdani, y mientras estuvo escuchando misa, en la pequeña iglesia del cuartel, había rogado a Dios que terminaran sus desgracias, pero estaba visto que en el molino, en los últimos años, la llevaban negra. Rezó tres Padrenuestros y tres Ave Marías, aparte, cuando hubo terminado la misa. Le dijo a Mariana que había comenzando a sentir el peso de la edad, como si una losa se hubiera acumulado encima de su cuerpo. Por eso, al verlo a él, que parecía que se le moría, dijo desesperadamente que nada podía hacer una mujer como ella, que apenas tenía ni voluntad ni fuerzas para enfrentarse al rumbo que iban tomando las cosas. Se había puesto muy rígida. Recordó entonces que el cura le había comunicado que Adriana tendría que volver al molino porque la expulsaban del colegio, y aunque nada todavía le había dicho a su marido, estaba segura que en cuanto se enterase y la viera aparecer por la puerta le iba a ocasionar un grave disgusto. Pero cómo iba a decirle nada a él con ese estado. Entonces me mandó llamar para que fuera en busca del médico. Yo, al verla, me creí que acababa de sacar la cabeza de un pozo profundo. Aspiraba el aire amargo de aquella situación como si una resolución última y definitiva estuviera ocurriendo. La vi desesperada. Corrió al otro extremo del cuarto y encendió una nueva vela a la Virgen del Perpetuo Socorro y otra a un Jesús del Sagrado Corazón metido en una capilla portátil, de madera de pino, hecha en marquetería, que tenía una puertecita de cristal con su cerradura.

Tomás Dávila al poco rato, parecía que volvía del otro mundo y de repente extendió su mano sobre la mesita de

noche para buscar la petaca de cuero con la picadura. Su mano ciega tropezó y cayeron las cosas que allí había, alarmando a su mujer.

—El tabaco va a matarte, Tomás —le dijo en cuanto él volvió en sí, como si se estuviera dando ánimos por lo ocurrido o se consolara su mal trago.

Era incorregible. No podía abandonar su empedernida manía de fumar como tampoco podía abandonar su manera de odiarnos aunque se lo propusiera. La tos y los espasmos se le habían pasado aunque era cierto que aquella noche sintió una fuerte punzada, como una quemazón en el lado izquierdo, «es como un cuchillo...», le había dicho a ella, «como la punta de un cuchillo al rojo vivo..., como un cristal que te desgarras... Me duele..., no puedo soportarlo...» «Ten calma, Tomás, se te pasará, ten fe en Dios, por lo que más quieras.» «Me está quemando..., me ahoga...» «Dios mío, Tomás, no te alteres.» «Aquí..., aquí..., me muerde..., me corroe..., son como dientecllos..., como agujas..., como tenazas..., aquí..., no... no me toques...» «Cálmate Tomás, me estás asustando, avisaremos al médico.» «Siento que me abrasa..., que me devora...» «Se te pasará, Virgen Santa, haz que no le duela.» «Parecen pinchos..., como clavos ardiendo..., no le hables a nadie de esto..., que no lo sepan..., que no se entere nadie...»

Cuando por fin se recuperó del todo ya estaba fumando. Recuerdo ese cigarrillo encendido y él todavía con el rostro extenuado por el dolor. Me miró primero a mí, y luego a su mujer, sin las gafas, y le tuvo que parecer que ella desprendía un olor acre, de líquidos podridos, un olor extrañamente ajeno, como si no se hubiera cambiado sus ropas interiores desde hacía mucho tiempo, pero cuando Aurora Benavides se retiró de su lado se dio cuenta enseguida que ese olor era el de su propio cuerpo.

—¿Qué hace ése ahí, en la puerta? —dijo, tratando de enderezarse un poco más. Y al mirarme puso también sus ojos en el relieve de su cuerpo semioculto entre las sábanas como si tanteara sus largas piernas, su vientre hinchado—. Que salga, que se vaya de aquí ahora mismo.

—Le he avisado yo —le contestó tu madre— para que me traiga velas y mariposas. Quiero que también se acerque

en busca del doctor. ¡Anda, ve ahora mismo! ¡No te quedes ahí parado!

—Ése no va a avisar a ningún doctor que valga —le advirtió.

—Es por tu bien, necesitas que el médico te vea el pecho —le respondió ella.

Afuera, el ruido del viento se abría en la espesura de la noche. Los chacales aullaban de hambre. Algunos de los postigos golpeaban sus batientes con un ruido seco y extraño. Me imaginé que la noche, aquella noche, tenía forma de campana y que se agitaba dentro de mi corazón con palpitaciones secretas. Después lo examiné. Nunca hasta aquel día lo había visto derrotado, fuera de él mismo, y lo odié simultáneamente con el asco que también me causaba. Sin permitirme palabras ni mostrar mi rencor, me veía forzado a fingir una actitud distinta a la que yo sentía. Observaba su expresión, su desafío miserable por la fatiga y la debilidad que ahora me mostraba y por primera vez admití su flaqueza e ignoré lo que era. Aurora Benavides se había puesto a su lado como lo hubiera hecho un perro fiel. Le palpaba la frente.

—Todavía estás sudando.

No contestó y volvió a exhalar otra bocanada de humo. Aurora Benavides le abotonó la parte de arriba del pijama y luego le arregló la colcha alisándola y extendiéndola por igual.

—Puede que a ti no te gusten los médicos —dijo—. Siempre te han parecido que son unos matasanos. Habría que verte trayendo un hijo al mundo. Pero la tos de esta noche no me hace ni pizca de gracia. Ha de verte. Tienes que decirle lo de la punzadura. Esas cosas se dejan y ya sabes que terminan complicándose.

Apagó el cigarrillo y se colocó las gafas. Yo no sabía lo que hacer. Dejé pasar unos segundos, como esperando a que él me diera la orden definitiva. Las velas y las mariposas delante de los santos se chamuscaban lentamente.

—Toda la vida te la has pasado diciendo a los demás lo que tienen que hacer. Te creías muy fuerte —le dijo Aurora Benavides—, pero ya ves, hasta los castillos se vienen abajo. Apostaría cualquier cosa a que siempre has creído que no podía pasarte esto.

—Un amago de tos lo tiene cualquiera.

—Sí. Y no será que llevo tiempo diciéndote que podrá contigo —siguió su mujer—. Desde que te conozco no has parado de fumar, pareces una locomotora. Y este cuarto siempre oliendo. Ni siquiera a la hora de dormir eres capaz de dejarlo. No hay quien pare en esta habitación con tus dichosos cigarritos.

—¿Cuándo vas a dejar de protestar?

—Aunque tengas la ventana todo el día abierta, el cuarto sigue oliendo. No creas que me he acostumbrado. Lo soporto simplemente —se va hacia el espejo que hay encima del tocador para mirarse— ... y no soy ninguna histérica.

—Ahora lo pareces.

—Si protesto es porque tengo mis razones —volvió a insistirle—. Lo hago porque me preocupo de ti, porque quiero mirar por tu salud. A fin de cuentas ya me he acostumbrado al olor de ese asqueroso tabaco. Pero me gustaría que supieras que tú me preocupas, que ya no eres tan joven para hacer como hasta ahora todo lo que se te antoja.

Oí respirar a Tomás Dávila, con impaciencia. Alzó la vista sobre su mujer y reconocí ese movimiento amenazador y turbio de sus ojos bajo sus cristales.

—Claro, con tus manías de enredarlo todo, mientras pones esa carita de mosquita muerta quieres arreglar el mundo. Que sepas que yo también estoy harto de tanto lloriqueo. No eres la primera mujer a la que se le ha muerto una hija —saltó enfurecido—. Yo también estoy harto de tantas mariposas y de tanto cirio. Parece esto una iglesia en vez de un sitio para dormir.

—Me destrozas el corazón, Tomás, bien que lo sabes. Lo dices para dañarme —dijo otra vez, volviéndose, desde los pies de la cama—. No es una hija si no dos los hijos muertos. Debería darte vergüenza olvidarte del otro. Celestino también es de tu sangre. Su muerte se podría haber evitado. ¿Y tú que hiciste? Perseguirlo, humillarlo para que él terminara de aquella manera.

Aurora Benavides se acababa de sentar en el sillón que había delante del tocador, llorando amargamente.

—No me vayas a culpar de una cosa de la que nada tengo que ver. Él se lo buscó, el muy desgraciado. Mató a mi

perro. Lo colgó del cobertizo con un alambre igual que hacen ellos. No podía dejar una cosa así. De haberlo encontrado vivo hubiera sabido lo que era bueno. Se merecía un buen escarmiento. Se lo juré. Aquel chacalillo no era para que me matara a Mauro. Le advertí que no fuera capaz. Tú tendrías que haber intervenido para que no lo hiciera. Pero, ¿qué has hecho en toda tu vida, sino dejar que tus hijos, a mis espaldas, hicieran lo que les viniera en gana?

—Eres injusto, no sabes lo que dices.

—Digo lo que he podido ver. Tú y ese cura para hacer de Adriana una monja. Crees que me he dejado engañar, que detrás de que recibiera una esmerada educación en ese colegio no estaba tu intención de que se hiciera una santa —dijo con sorna—. Una monja mi hija. Una hija para Dios. Menu-do disparate. Adriana no es carne de convento. Debes de estar ciega para no haberte dado cuenta. El día menos pensado, la tienes ahí, en el porche, diciendo que se ha escapado.

Aurora Benavides palideció. La noté como si quisiera ocultarse de ella misma, como si tratara de fundirse en los perfiles de las sombras que extendían las diminutas llamas de las velas, envuelta en una penumbra de la que tuviera que avergonzarse. Estaba semiinconsciente y parecía que no formaba parte de aquel espacio iluminado por el que penetraba una diáfana desnudez de recuerdos y de pensamientos amontonados en su frente con aquella desesperada evidencia de lo último que acababa de escuchar.

—Esto no tiene sentido. Admito que he podido equivocarme —murmuró amuscando la vista, con palabras rotas y aisladas—. La vida no es tan fácil aquí en Quebdani. ¿Tengo yo la culpa de que estemos aquí? Éste no es lugar para mujeres como nosotras. Tu hija, ni ninguno de nosotros, se merece un sitio como éste. Por eso la mandé a Melilla. Pero ya veo que poco te importa lo que sea de ella con tal de que la tengas bajo tu control. Eso es lo único que te interesa, dominarlo todo, saber que te pertenecemos.

—Basta ya, no tolero que me hables así.

—Porque sabes que llevo razón. Pero ya es demasiado tarde. Comienzas a sentirte enfermo y yo estoy más achacosa que nunca. Estamos quedándonos solos, Tomás. ¡Qué habremos hecho para tanta condena!

—He dicho que te calles.

—El tiempo es el que nos mata. Tú siempre lo has dicho, pero yo creo que también nos mata el olvido. Dirás que es una tontería, pero es eso precisamente lo que termina acabando con nosotros. El olvido de ellos y el de nosotros mismos. ¿Desde cuándo no me dices Aurora, Tomás? ¿Desde cuándo me ignoras de esa manera que no eres capaz ni de nombrarme? ¿Qué ocurre? ¿Por qué no respondes? Parezco una muerta enterrada en este desierto. Porque morir es también estar callada, no tener a nadie, hablar contigo y nunca, nunca tener una respuesta amable. Claro que tú siempre has sido un hombre de pocas palabras y yo al mismo tiempo, tan sumisa, tan poquita cosa. Esto es lo que realmente me reprocho, no haberte hecho comprender que todo lo que has estado labrando como un triunfo era verdaderamente un fracaso. Es así, aunque te cueste reconocerlo. Tu vida, Tomás, la mía, ¿qué clase de vida es? Me reprochas que me lamento demasiado, pero ¿crees de verdad que lo hago porque sí? ¿Crees que no me doy cuenta de que lo único que te importa es este molino, que todo lo demás te da igual, tus hijos, tu mujer, hasta tu propia salud, de tanto como te crees por encima de todo?

Se levantó y vino hasta donde yo estaba, ajena a mi presencia hasta entonces, y me recordó que habría que comprar algo más de colonia de espliego y algunas velas. Luego me dijo, con la voz muy cansada, que fuera a avisar al médico.

—He dicho que no —cortó tajantemente él desde la cama.

Al día siguiente era domingo. El porche del molino, sin el ajetreo de los carromatos y los motores que hacía mover la enorme piedra de granito, sin todo ese barullo de gente que se formaba, parecía una ausencia. Una racha de aire levantó las hojas del periódico que Tomás Dávila acababa de poner sobre la mesa y tuve que apresurarme a recogerlas para que el viento no se las llevara. Tomás Dávila leía siempre, aunque con fechas atrasadas *El Telegrama del Rif* y a veces, también, *El Diario de África*. Pisé, ya cerca de los pilones, las

hojas, y al cogerlas sentí como si estuviera recogiendo mi vida, como si en aquellas páginas que nunca mencionaron mi nombre estuvieran escritas al menos las razones de lo que era vivir. ¡Vivir!, exclamé, cuando doblaba cuidadosamente las páginas que había desbaratado el aire. Qué significaba aquella palabra refiriéndose a ellos. Qué significado habría tenido para mí sin la existencia de Adriana.

—Tomás, el sol no te conviene —le decía Aurora Benavides a su marido.

Removía una cucharada de azúcar en su café. Como si tuviera miedo a que le respondiera. En sus ojos los estragos de una noche sin poder dormir. A su lado, Tomás Dávila parecía un tanto ausente. Apenas había probado el desayuno y se había puesto de nuevo a fumar en el momento en el que yo le devolvía el periódico. No se apreciaba en él ningún síntoma de sus espasmos ni de su terrible punzadura en el pecho, como si todo hubiera sido el resultado de una mala pesadilla. Su mujer tenía mucha peor cara. Él, en cambio, parecía imperturbable, sentado en su mecedora de rejilla, jugando con las volutas de humo que ascendían alrededor de su cabeza. Aurora Benavides vuelve a insistirle que pruebe algún bocado de las tostadas porque sólo ha querido tomarse unos cuantos sorbos de café, como si con ello quisiera distraerse de sus propias preocupaciones, y le vuelve a decir que si quería que le echara una pintaja de leche, pero él no le respondió. Entonces le sonrió con una sonrisa boba y le pasó su mano sobre la suya para acariciarlo. De pronto reparó en la debilidad de sus carnes y en los salientes de sus huesos como si pertenecieran a un cuerpo desconocido y notó, al mismo tiempo, que tenía los hombros con una rigidez extrema y un frío desesperado por su cara, pero sólo podían ser aprehensiones suyas, pues bien mirado estaba fuerte y robusto como siempre. Luego, de espaldas a la explanada, me dijo que volcara un poco más de café en la taza de don Tomás y que ya retiraría la bandeja de plata, el juego de porcelana, el mantelito de batista bordado a mano con bodoquillos de color turquesa que siempre me mandaba poner para acontecimientos señalados. Aquella mañana, ella nada tenía que celebrar pero es posible que pensara que la recuperación tan repentina de su marido bien que se merecía ese tipo de detalle.

—Prueba otro poquito, y apártate del sol —le volvió a insistir.

Se lo dijo con la esperanza de que le hiciera caso, sin reprocharle el que no dejara de fumar dando aquellas bocanadas tan escabrosas. Él seguía en silencio, abstraído en la contemplación de los aros de humo que iba haciendo con su boca. Era demasiado testarudo y por más que tratara de convencerlo, sabía que no le haría ningún caso. Encendería un cigarrillo tras otro, desmoronando el tiempo solitario como si de este modo la vida le fuera más soportable. Ella lo miró con una obstinación casi religiosa. Lo quería demasiado a pesar de todo. Anoche le había dado un buen susto y temió lo peor. Le parecía mentira que un hombre de su fortaleza, con aquella estatura endiablada que ninguno de sus hijos llegó a superar, se estuviera retorciendo como un guiñapo y todo por una punzadura y por aquella asfixia tan repentina. Menos mal que había pasado todo. Carecía de sentido que siguiera preocupándose al verlo de nuevo ahí sentado, aunque, eso sí, sin pronunciar palabra alguna a pesar de que había dejado de leer el periódico. El ruido de un motor, acercándose, quebró un poco su silencio.

Nunca llegué a sospechar que aquella visita fuera el origen de lo que tanto daño me hizo después.

El teniente Ignacio Villarte no se bajó del vehículo hasta que uno de los soldados que lo acompañaba dio un salto desde el asiento de atrás para abrirle la portezuela del jeep. Aurora Benavides reparó perfectamente en ese detalle. Tenía cierto aire de severidad aquel teniente, pero también algo de viso femenino o cursi tan impropio de un militar pero que sin embargo a ella le fascinaba. No se parecía en nada a los toscos modales de su marido.

El teniente se sacudió el polvo tímidamente de los brazos como si se quitara un insecto molesto o como si quisiera precisar el brillo de las estrellas de seis puntas que lucía en las bocamangas, ajustándose la gorra en la cabeza con una suavidad que a ella también tuvo que parecerle que tenía la relevancia de un cumplido. Tomás Dávila también repararía en cada uno de sus movimientos. Se había ajustado las gafas

hasta el límite de la nariz para enfocar más detenidamente la imagen de aquel hombre verdaderamente apuesto y cuyos pasos, en medio de la explanada, arrastraba con un porte marcial inconfundible. A mí me pareció que se trataba de un personaje equivocado de escena; entonces me fijé con alivio, casi con gratitud, en el sudor que le asomaba en las axilas y en el borde del cuello; y ya, de cerca, su rostro tenía un aspecto menos resuelto de lo que en la distancia aparentaba. En realidad, no sé por qué, me sentí pequeño y ridículo a su lado. Enseguida comencé a escudriñar pequeñas imperfecciones. Algo afilada la nariz, demasiado blanco, pecas en las mejillas. Tenía en sus ojos una transparencia fría y azul que me irritaba. Lo miré, sabiendo que él no me miraba, con descaro, avergonzándome al mismo tiempo de mí. A Aurora Benavides, las últimas visitas del teniente Ignacio Villarte parecían llenarla de entusiasmo. Se sentía demasiado fascinada con él. Lo miraba como a un hijo. A él, por otro lado, le gustaba acercarse por el molino. Siempre había una taza de café fuera la hora que fuera. Así que aquella mañana que andaba de maniobra camino de Afrau, se le ocurrió atajar por el molino y de paso saludar a los Dávila.

—Muy buenos días —saludó cortésmente.

Ellos le respondieron al saludo y enseguida lo invitaron a sentarse.

—No ha podido ser usted más oportuno. Todavía queda café —le dijo Aurora Benavides y le extendió una cumplida sonrisa que el teniente agradeció con otra igual, tomando asiento en la silla que yo le acercaba—. Estará algo frío.

—Mejor, lo prefiero así —le contestó.

Lo prueba. Da su consentimiento, pero ella piensa que disimula.

—Ahora mismo le preparo uno nuevo, ¿faltaría más! —le dice doña Aurora, acercándole una taza limpia, una cucharita, el azucarero, la servilleta perfectamente doblada—. Braulio, ayúdame con estos chismes.

Aurora Benavides entrecruza una mirada con su marido. Se levanta de la silla. Se apresura con la cafetera y se dirige conmigo a preparar un nuevo café.

—Pero por Dios, —exclama el teniente Villarte—. No se moleste por mí.

—No es ninguna molestia. El café si no está caliente no es café —le responde antes de llegar a la puerta.

Aurora Benavides preparó ella misma el café y me hizo que pusiera algunas pastas en un platito y las llevara junto con la cafetera, ahora hirviendo, a la mesa. Estaban los dos hombres hablando bajo el porche y ella los interrumpió con una pequeña tos quebradiza.

—Puede usted tomar ahora todo el café que quiera —le dijo Aurora Benavides, y me hizo unas señas para que yo pusiera la bandeja sobre la mesa—, es lo único que nunca falta en esta casa.

—Por qué se habrá molestado —dijo Villarte.

—No es ninguna molestia. Estamos todo el santo día tomando café. Bueno... mi marido no tanto —dijo, mientras yo rellenaba una taza para ella—. Eso que dicen de que el café quita el sueño no tiene que ver conmigo. No puedo remediarlo, hasta por las noches me tomo mi poquito. Es un vicio, se lo aseguro, un poco como el tabaco de los hombres.

Aurora Benavides trazó nuevamente una sonrisa ambigua, los labios semiabiertos, los dientes se le asomaban con una perfección que parecía artificiosa, pues a su edad conservaba una dentadura blanca e intacta. Estaba sentada entre los dos y su marido se percató de que andaba demasiado resuelta en lo que decía.

—Realmente, no entiendo —murmuró el teniente Villarte— que esta gente prefiera el té al café—. Ahora había cruzado las piernas y se acariciaba con la mano la parte del uniforme color caqui que llegaba hasta la bota, alta, exageradamente brillante.

—A mí me ocurre lo mismo. Odio la hierbabuena y las moscas que se arremolinan en los cafetines —se apresuró a decir Tomas Dávila—. En esta casa no se toma otra cosa que no sea café.

—El café —prosiguió con un tono distendido el teniente Villarte— es más afín a nuestra cultura. Un té inglés, tal vez. Pero éste que usan ellos, té verde, tan empalagoso, tan achicharrando. De alguna manera estas cosas, aunque parezcan banales, tienen su importancia. Sirven para identificarnos y para marcar nuestras diferencias, ¿no le parece?

A mí me entraron unas fuertes ganas de intervenir. Ese

teniente no me caía bien, era sin duda como ellos. Daba la sensación de ser incluso peor. Nada más verlo descender del jeep las tripas se me retorcieron. Algo me decía que se trataba de un ser despreciable. Bajo aquella apariencia que tanto significó para que doña Aurora depositara en él toda su confianza en fechas posteriores, se escondía el más ruin de los hombres que he conocido. Un par de años después se confirmaría, pero antes acabó con la única posibilidad que yo tuve de que Adriana me considerara algún día.

De lo que pasó sólo ella, que no pudo darse cuenta a tiempo, es la única culpable. Ella y también Aurora Benavides, que aquella misma mañana le dijo:

—Dentro de muy poco va a volver Adriana. Está estudiando en Melilla. Se quedará algún tiempo mientras yo me recupero de mis jaquecas. Está hecha una señorita. Me gustaría mucho que la conociera, es un encanto de criatura. Ya lo verá. Venga a visitarnos en otro momento.

Eso fue lo que le dijo Aurora Benavides al teniente Villarte, que Adriana vendría. Se lo dijo a él antes que a nadie.

CAPÍTULO XII

La vi llegar desde la puerta del molino, apoyado en la pared, bajo la sombra prieta y resignada de un día de junio. Venía a quedarse definitivamente, con el cansancio del viaje no disimulado en su rostro, ahora tan distinto, tan definido en ese otro rostro que a mí me parecía que no era el suyo. El paso lento, el vestido un poco ceñido, sobre los hombros el bolso haciendo juego con los zapatos de color miel. Caminaba de manera extraña, apartándose el aire como si no lo quisiera respirar, deslizando su cuerpo por una invisible línea llena de un orden preciso y de un ritmo que se insinuaba demasiado concluyente. Yo la miraba y me parecía una diosa que de repente hubiera aparecido en la desolación abierta y mineral de la extensa explanada. No me lo creía. Me había quedado mudo al verla, encogido por el sobresalto de su presencia tan abarcadora, y mientras ella se abrazaba a tus hermanos, a tu madre, que lloraba de alegría en cuanto la vio, aturdido, como si no fuera cierto y Adriana no fuera esa mujer tan hermosa que acababa de bajarse de la vieja camioneta de Jacinto Aguiar, comprendí que ahora más que nunca una distancia amarga me haría perderla para siempre. Y eso que era lo que más había temido en toda mi vida fue lo que verdaderamente sucedió.

El paso por el colegio del Buen Consejo de las terciarias

franciscanas de Melilla le había dejado una pátina cursi y petulante que desde su regreso no hizo nada por tratar de disimular.

Tenía una sonrisa marfileña —¿te acuerdas?— y muy parejos los dientes. Era la única que utilizaba un cepillo y pasta para lavárselos. Me gustaba su sonrisa de mármol, tan perfecta, tan dibujada en su cara, igualmente mordaz e impetuosa. Me gustaba también su nombre, su movimiento cuando salía a pasear con tu madre a Quebdani, su aire de reina en las soledades próximas a la barranca, sobre todo cuando se detenía a mirar ese hueco inmensamente vacío que detrás de sus ojos trataba de abarcar como si el mundo hubiera desaparecido de su vista, como si el espacio que la rodeaba se alejara de todos los nombres y de todas las cosas que, en cambio, tanto significaban para mí.

Nunca pude entender su miedo al desengaño o su tristeza a las noches absolutas y a veces me preguntaba por la manera con la que ella aborrecía un paisaje estéril, sin lluvia, un paisaje que era el mío y del que yo le hubiera explicado —si ella en algún momento me lo hubiera permitido— que todo lo que rodeaba a Quebdani había que mirarlo con franqueza, por encima de sus cálculos delatores y la inutilidad de sus mentiras. Cuánto me hubiera gustado hacerle comprender que toda tierra, cualquier tierra, si es de uno, es hermosa.

Pero ni su actitud ni su mirada mostraron ninguna alteración para que las cosas hubieran sido diferentes. Sólo recuerdo su intransigencia hasta el extremo de odiar el color deslumbrante de la tarde cuando el cielo se rasgaba con el paso de las grajillas, sus ojos duros, su arrogancia esquivando la bondad y el entendimiento que yo le ofrecía, y sobre todo, su odio hacia los míos, hacia los que como yo tanto la admirábamos con aquellos vistosos vestidos que se ponía cruzando la explanada, en medio de las gallinas que andaban sueltas, en dirección al camino de los eucaliptos jóvenes. Parecía una figura que se hubiera extraviado de alguna ciudad lejana y que por equivocación había venido a parar a un sitio como éste. Vivía inmersa en su propia negación, ausente de nosotros, perdida en lo confuso que para ella era una vida tan simple y tan cotidiana como la nuestra. Tuvo que pagarlo. Habría sido mejor que no hubiera vuelto nunca.

Tu madre, de algún modo, contribuyó a que su hija tuviera ese carácter y que fuera tan presumida. En realidad, ella fue la que se empeñó en que se educara entre hábitos y rezos en un colegio de monjas. Tomás Dávila puso a aquella decisión todas sus objeciones y todo tipo de reparos, no sólo por el dinero que le suponía un gasto que él creía inútil, sino también porque le parecía ridículo que alguien de los suyos sirviera para vestir vírgenes y santos, como él decía. Entendía que sólo para eso servía ese tipo de enseñanza y no comprendió jamás que lo que tu madre en realidad quería era hacer de ella una auténtica señorita.

—No te das cuenta, Tomás, no es una hija para Dios ni para la Iglesia, que más quisiera yo —le dijo con la súplica de su sonrisa pedigüeña mucho tiempo atrás—. Quiero que se haga una gran señora, para que se fije en ella un hombre de carrera, un verdadero hombre, alguien que pueda darle lo que en realidad se merece.

Se lo dijo como ella únicamente sabía decir una cosa así, mirándolo mansamente, con la dádiva de sus labios suplicantes mientras le repetía lo mucho que lo amaba.

En un principio, tu padre no quiso dejarse claudicar a sus requerimientos porque sospechaba únicamente motivos religiosos en su intención, sin embargo, ella, una vez más, consiguió salirse con la suya.

—Si te empeñas, que se vaya, pero has de saber que a mí me parece una tontería —le respondió.

A tu padre el hecho de que sus hijos se educaran en colegios de prestigio le traía sin cuidado. Allí estaban todos para trabajar y si él no lo había necesitado para alcanzar su buena posición, tampoco tendrían que necesitarlo ellos. Enviar a Adriana a un colegio de monjas le pareció un capricho de su mujer, otra manía que le había dado, igual que la de coleccionar muñecas. Lo cierto es que tu hermana había regresado y tu padre nunca llegó a saber el motivo por el cual había sido expulsada del Colegio.

Tenía entonces 17 años y unas mejillas injustamente pálidas de las sombras húmedas de los patios y de los dormitorios de camas alineadas en dos filas en los que había que irse a dormir muy temprano, bajo la vigilancia seguramente severa de una monja de ojos y brazos masculinos, pero pronto esa

palidez le desapareció bajo el sol dorado y caliente de Quebdani.

La echaron precisamente porque en cuanto ella comprobó que le habían crecido unos pequeños pechos y unas abultadas caderas, le creció igualmente la urgencia de alejarlos de las misas y de las cercanías de los hábitos que olían a demasiado encierro. Fueron varios años sublevándose contra la disciplina de los horarios, las monsergas tediosas de los confesores y las obligadas lecturas de las vidas ejemplares de los santos mártires, que ninguna tomó por ejemplar para vivirla, hasta que su insolencia la llevó a encararse con una de sus preceptoras por haberle descubierto una barra de carmín. Lo demás, ya lo sabes. Don Elías intervino para evitar un escándalo y tu madre, a su pesar, consintió en que volviera.

Un buen día acabábamos de llegar del zoco. Era miércoles. Puse —de esto hace ya tanto tiempo que tal vez no puedo precisar los detalles— el canasto de la compra sobre la mesa con un gesto de cansancio y de soledad. Tuve que ponerlo sin ningún cuidado, como se pone el aliento en el aire de una mañana muy fría o abandonamos en el horizonte la derrota de nuestra mirada. Las berenjenas rodaron por el suelo de la cocina, el cartucho de arroz se desparramó por todas partes, la botella de aceite, un paquete de lentejas, garbanzos, judías, sal —ella se santiguó para protegerse de los malos presagios— dos pilones de azúcar envueltos en un papel terso y azul, un frasco de colonia de espliego, una cajita de mariposas... perdido el equilibrio de las cosas que contenía ese canasto: limones de Berkan, ajos, cebollas, pimientos rojos de Chemorra, tomates de Bufarcuch, melones pequeños, amarillos, de Tistutin; el mío, el de mi sensatez igualmente lo tenía abandonado. De modo que ella se dio cuenta de que me estaba volviendo un estúpido, que más allá de las atenciones que yo le prodigaba —estábamos por vez primera frente a frente, sudorosos del día abrasador— había algo más que a mí me hacía comportarme como un cretino. Entonces me miró y me esbozó una sonrisa maliciosa. Comprenderás que se me trabucaran las palabras cuando ella me

preguntó si le gustaba. No supe qué decirle. Ella giró hacia donde estaba la puerta y al marcharse —su dedos se alisaban la larga mata de pelo— se volvió para sonreír con una mueca extrañamente efusiva.

Bruscamente, algo debió de ocurrir para yo someterme desde entonces a todos sus caprichos. Se ponía tan solícita, me los pedía de un modo hasta entonces imposible con aquella boquita de piñón pintada de rojo, que yo no atendía a nada que no fuera dejarlo todo por ella. Traté de convencerme de que acaso lo que estaba ocurriendo era todo aparente, circunstancial, un invento demasiado dichoso para mi consuelo y que en cambio todo se debía a una especie de carácter transitorio de su persona que resultaba inexplicable. Era preciso pensar con frialdad para no hacerme ilusiones, pero no lo hice. Había soñado tanto en tenerla en mis brazos, en pasear bajo los jóvenes eucaliptos por el camino que bordea la casa del caído Sidi Amar Hoch-chen cogiéndola de la mano, cerca de su nariz, oliendo su respiro, su perfume y su carne, que todo mi interior se prodigaba en el deseo de estar con ella. Fueron quince los únicos días de tanta dicha. No sé cómo no me di cuenta de que en realidad lo que ella pretendía era reírse de mí. Poco tiempo después hube de recordar aquella vez que me miró con cierto sesgo de artimaña, comprendiendo que entonces su risa era burlona y que, inmóvil, no tuve la capacidad de valorar su atrevida estrategia. Como te digo, fueron quince los únicos días que ella también igualmente dispuso, con cuánta resolución de odio, con cuánta dulzura sujeta y calculada, para prepararme la trampa en la que caí.

Te lo cuento para que conozcas la clase de mujer que fue tu hermana y para que sepas lo que realmente sucedió.

La culpa, antes de nada, te digo que fue mía por haber llegado a creermelo que en realidad tendría que haber previsto tratándose de ella.

El ámbito del cobertizo, aquella mañana estaba envuelto por una luz indecisa y remota como si el aire se hubiera viciado con los orines de las bestias. Recorrí las formas de los objetos que yo estaba ordenando y la comida de los

animales con una mirada tímida y al mismo tiempo astuta para percatarme de que todo seguía igual y que estaba deseando terminar aquellas primeras faenas de mi jornada para encontrarme con ella. Me parecía sentirme más vivo frente al olor del estiércol que iba amontonando para trasladarlo después fuera del cobertizo donde se ponía a secar, pues una vez seco, se vendía como abono para las huertas. No obstante, el olor que levantaba se iba almacenando en un aire concreto que me llenaba la nariz de premoniciones felices, pues todo lo veía diferente desde que ella se dirigía a mí sin aquellos malos modos de otro tiempo.

No acababa de recoger algunos aperos para trasladarlos de sitio cuando Adriana apareció. Te figurarás mi sobresalto. Entonces, y haciendo como si no me hubiera visto, comenzó a contonearse con aquella pérdida de racionalidad que me dejó tan perplejo. Se había arrimado a uno de los mulos y lo rozaba como si estuviera acariciando a un hombre. Después se fue descubriendo lentamente algo de ropa, y su carne interior, que yo desconocía, me pareció una fruta. Le asomaban dos pechos, duros, pequeños, como meloncitos y se los rozaba contra el lomo de la bestia. Tenía en ese momento toda la blusa desabrochada, los ojos como curvos, la boca sensual, abierta, con una lengua húmeda, solícita mientras sus manos proseguían acariciando la grupa, el vientre del animal. Cuando me dijo que me acercara, pensé, infeliz de mí, que quería hacer conmigo lo que estaba haciendo con la bestia.

Ya te digo que olía el cobertizo más que a estiércol o a sudor de mula, a restos de compasión. La techumbre que había derrumbado el viento había sido recientemente reparada. Los pesebres de las bestias casi siempre los tenía limpios y los muros, cuando se desmoronaban, enseguida había que cubrirlos con un poco de barro y paja que yo pisaba con mis propios pies. A mí, ¿qué me iba a importar esa mansedumbre intrigadora que parecía habitar aquel recinto, ni los muros que se deshicieran en un montón de escombros ni que el molino terminara por tener ese aspecto de mansión fantasmal y deshabitada que luego tuvo! Pensaba en todo esto, aunque no te lo creas, cuando me iba acercando hacia Adriana, pues era como si se me desbarataran los sentidos con burdas reflexiones, y al fijarme en su rostro ardiente de fingidos

deseos no llegué a entender que algo de mí se iba deslizando por el vértigo de una pasión oculta y desconocida. Fue conveniente sosegarme un momento y tomar de nuevo aire. No sabía en realidad lo que estaba ocurriendo. Ella nunca se había percatado de mis ojos oscuros, de mi pelo excesivamente acaracolado, de mis labios, que en aquellos minutos temblaban con una granazón de fruta madura, de mis manos agrestes y bravías, no aptas para el amor pero seguramente sumisas para que ella me las pudiera acariciar. Nunca antes había podido acercarme a ella como un hombre más o menos resuelto. Era demasiado tímido. Tuve, por tanto, que rescatar del olvido la convicción más honda de mi fuego interior. Hacía calor. Hubiera sentido mucho calor aunque hubiera estado en pleno invierno. Me volvió a llamar con una voz insinuada y temblorosa. Comencé a notar una saliva amarga que me salía sin sentido y mis ojos se hincaron en los suyos por primera vez hasta sentir que la tocaba creyendo que no era cierto lo que sucedía. Ella comenzó a acariciarme y yo sentí el mundo quebrándose en mi nuca, y cuando ya me disponía a besarla, a devolverle mi ternura, Adriana de repente comenzó a resistirse y a mí se me encendieron mis arrebatos con una pasión que lamentablemente ya era demasiado tarde para poder contener. Por Dios, cómo la deseaba, cómo entre los barruntos de las bestias que comenzaron a espantarse y el fuerte olor a estiércol recién removido la deseé entonces.

Pero todo lo había ingeniado para que pareciera otra cosa, pues en cuanto yo ya me disponía a estrecharla entre mis brazos, se revolvió como una fiera, arañándose las mejillas, mordiéndome en el cuello, arrancándose ella misma sus cabellos, llevada por una locura incontenible que yo no acertaba a comprender, y mientras no dejaba de gritar se fue destrozando la ropa con la saña de una desesperada hasta quedar groseramente desnuda.

A los gritos de Adriana todos corrieron hasta el cobertizo y lo que Tomás Dávila vio era tan evidente que sin pensarlo la emprendió a palos conmigo. Ninguno de aquellos golpes llegué a sentirlos del furor y de la rabia que me estaban ardiendo por dentro. La sangre comenzó a manarme de la cabeza. Todo mi cuerpo se llenó enseguida de hinchazones

y magulladuras. No quise defenderme. Tu padre se había puesto ciego y me seguía golpeando mientras yo sólo me limitaba a maldecir mi estúpida situación. Uno de aquellos golpes, llevado posiblemente por el instinto, que no de mi voluntad, traté de esquivarlo, giré hacia la izquierda y vine a dar con una de las puntas de hierro de un apero que yo había puesto allí para trasladarlo de sitio y que fue el causante de la rotura de mi tendón. Eso posiblemente me salvó de una muerte a garrotazos. La sangre me salía viscosa por las distintas heridas, pero no tanto como por aquella por donde asomaba un hilacho blanquinoso. Tuve que desmayarme porque ya no recuerdo lo que sucedió después.

Cuando abrí los ojos fue como si despertara de un mal sueño. El ámbito de la estancia era para mí desconocido y todo estaba envuelto por una luz opaca y pintado de blanco. Lo miraba todo con desconfianza, como si hubiera hecho un largo viaje y hubiera llegado a un lugar desconocido. Tal vez si mi madre hubiera estado allí no hubiera sentido tan fuerte ese garfio, esa tenaza, ese bocado de hiena en mi tobillo, esa aguja cosiéndome la carne destrozada, ni sentirme tan solo, inexistente, en un cuarto que cada vez me parecía más extraño, lleno de emanaciones de hospital, aquella sala del cuartel de Quebdani adonde me llevaron para curarme. Ya digo, si Soulami hubiera sido esa mujer que entraba y que salía de la habitación, me miraba la fiebre, me daba de beber jarabes, cada tres horas, o cada ocho, las pastillas de color oscuro o unas que eran aplastadas y ásperas que sabían a talco o a tiza de colegio y que me costaba lo suyo tragar, si hubieran sido sus manos las que me tocaban la frente y las que me arreglaban el embozo de las sábanas, porque no sé qué me pasaba para confiarlo todo de aquella manera que me dejaba los pies fuera del lecho y sentía un frío duro de metal que me subía por toda la pierna hasta la ingle, y alguien llegaba y me arreglaba, como te digo, los embozos, me miraba con compasión, y yo podía adivinar en esa mirada que mi sangre había comenzado a circular por el mapa de mi cuerpo no como el agua de las alcantarillas sino como la de los ríos.

La cura de mi pierna se hizo larga y dolorosa. En los primeros días no podía ni levantarme del camastro que me pusieron en el mismo rincón del cobertizo en donde yo dormía. Ésa fue la atención extraordinaria que me dispensaron, un catre para mantener mi cuerpo suficientemente extendido. Abría los párpados y sentía la herida de mi soledad más que la de mi pierna. No podía, no quise creer que acabarían conmigo. Era todo tan confuso. El dolor me volvía a cerrar los ojos, a sentir que mi pierna se empeñaba en una dirección opuesta como si se me retirara, como si se estuviera alejando de mí y ya no me sirviera para sostenerme. Lo recuerdo muy bien. Trataba de escapar a un rumbo desconocido, y al sentirme sin ella, sin Adriana, el temor de llegar a perderla me hacía sentirme aún más derrotado. Por eso, la primera vez que pude levantarme me sentí más liviano que nunca, extrañamente aligerado hasta el punto de que había cambiado de estatura, y que las ropas me bailaban en mis carnes como si no fueran las mías. Tuve la impresión de que me habían sesgado por la mitad por un hábil cuchillo y que una de esa partes era justamente la que me sostenía, porque la otra —y no acertaba a comprender la realidad física que pudiera abarcar tan diabólica partición— se la había ido comiendo no sólo mi enfermedad sino los sufrimientos de mi alma, algo que yo ya me suponía y que lo murmuraba en mis noches eternas, pero que no quería aceptar como no se acepta la evidencia de un engaño.

Esto ocurrió a las tres semanas. A duras penas intenté caminar hacia la salida del cobertizo. Uno tras otro la brevedad de mis pasos limitaban un tiempo imperturbable como cuando Tomás Dávila se ponía a exhalar el humo de su tabaco y yo veía ascender en forma de argollas, no el humo gris, denso y caliente, sino la indolencia de aquellos minutos fugitivos. No quería, por lo tanto, someterme al estado doloroso de mi incapacidad, de mi flaqueza para mantenerme erguido; por eso, cuando me di cuenta de que ellos me miraban, incluida Adriana, traté de insinuar resueltos modos que ella consideró sin energía, un tanto ridículos y al desequilibrarme no tuve más remedio que apoyarme en la pared para no caer al suelo.

El rumbo de mi soledad me pareció más miserable que

nunca. El tiempo corría en contra mía. La historia también. Así que yo, Abd-el-Aziz Zemouri Laarbi, hijo de Soulami, tenía que darme prisa y olvidarme de ella. Por lo general, los cabileños nos solemos llamar Mimón o Mahamed, o a lo sumo Juahri, pero yo me tenía que llamar Abd-el-Aziz Zemouri Laarbi, de modo que además de dejarme cojo, fue ella, Adriana —y eso ocurrió al poco tiempo de llegar yo al molino—, la que dijo que tenía que llamarme Braulio.

—Es mejor que lo llamemos Braulio —dijo ella— porque menudo nombrecito tiene el moro.

Pero a partir de lo del cobertizo comencé a odiarla más allá de mi propio arrepentimiento, y la seguí odiando después de que se diluyera como un terrón de azúcar en un vaso de té con hierbabuena, hasta que me di cuenta que no era odio sino el mismo amor de siempre desplegado en las miles de heridas que me ocasionó su desdén.

No tuve más remedio que perfilarme un carácter mucho más esquivo de lo que era y convertirme en uno de esos seres que no saben que existen. No obstante, un buen día llegué a descubrir el jugo del amor y desde entonces comencé a sustituir mis amores reprimidos por el sabor de las manzanas o la viscosidad de las sandías, sin que dejara ningún fruto en donde volcar mis deseos.

Sé que me cuesta mucho contarte lo que voy a decirte. Siento hasta vergüenza por ello, pero he decidido que lo sepas todo.

Cuando terminaba mi trabajo, ya fuera de recadero, en el cobertizo, ayudando en la báscula o limpiándole el coche a tu padre, procuraba perderme en la desolación de mi desdicha como una sombra y erraba hacia la barranca embozado en mi chilaba, sorteando los berruecos, perdiéndome en esa hora calmosa en que la luz de la tarde y los grajos tiran hacia sus escondrijos. Vadeaba algunos terraplenes para evitar cualquier accidente, porque mi pierna no me respondía mucho, y provisto de una navaja me internaba en los más profundo con el aliento denso y espumoso hasta llegar a un macizo de chumberas de donde cogía la penca más generosa. Pacientemente con la navaja la iba despojando de todas sus agujas hasta dejarla completamente lisa, dispuesta para ser acariciada, y con ella bajo el brazo regresaba hacia el cobertizo.

Cuando alguien me preguntaba para qué quería una chumbera como aquella yo nunca solía responder. Había ensayado todas las frutas que traían al zoco, desde las sandías de Cabo de Agua, los melones de Tistutin, hasta las enormes naranjas de Berkan, pero ninguna me sustrajo tanto a la avidez de mis deseos como aquella que tan cerca la tenía y cuyas espinas tanto me recordaban las espinas de mi dolor. Lo que nunca realmente pude hacer con tu hermana Adriana lo hacía con las pencas de las chumberas. Me había encaramado más allá del horizonte de mi desventura y con el tiempo ya no sabía distinguir su cuerpo desnudo en el cobertizo, de ese otro que se alojaba en la carnosidad de cualquier fruta o en la viscosidad de las chumberas.

Solía tumbarme en un rincón, delante de las bestias, con la mirada desdeñosa, todo agitado, la pala del nopal entre las piernas, con un agujero en medio, un sudor jadeante, la cara desencajada, los ojos vueltos, hasta quedar abatido.

CAPÍTULO XIII

Por aquellas fechas traté de sobreponerme a la tremenda paliza que me había dado tu padre y que por su causa arrastro desde entonces esta maldita cojera. A ella, a tu hermana, la había perdonado.

Un sentimiento raro que le hurtaba a mi venganza el impulso y la fuerza para hacer, lo que más tarde, pero por otro motivo bien distinto hice, me recluyó a un tiempo largo y asombroso en el que lo único que yo añoraba era la necesaria reconciliación conmigo más que con ella. Era una sensación de pausa, de tregua a mis rencores, de sosiego a la ira.

¿Te das cuenta? El amor me había vuelto cobarde. Me hizo mirar hacia el otro lado de la realidad sin que fuera posible que pudiera cambiar de idea a pesar de tener la certidumbre de que nunca sería mía. Había perdido la cabeza por una mujer que era la causa de todas mis desdichas. Estaba dominado por un deseo que era una ficción, por una imagen que se rompía en mil pedazos con tan sólo mirarla, por una enfermedad que me comía la carne y me absorbía los hilos de mi inteligencia hasta convertirme en un guiñapo de hombre que ahora caminaba vacilante, renqueando mi pierna como único residuo de un amor desesperado.

En el molino nada pasaba, apenas el graznido de las

grajillas hacia la barranca, el sol moribundo del otoño, puntual, la parada rugiente de los motores, los hombres y las bestias preparándose para el descanso; así un día, y otro atardecer.

A esa hora el crepúsculo es muy hermoso en Quebdani.

Sucedió entonces un hecho que conviene relatar. Me acuerdo perfectamente. Parece como si todavía esa escena estuviera transcurriendo ahora, aquí mismo, delante de nosotros.

—Por fin —dijo Gonzalo, quitándose el pañuelo lleno de harina que se ataba con cuatro nudos a la cabeza—, mañana comenzaremos la mudanza.

Estaban bajo el porche. Luisa, la mujer de tu hermano, sonreía misteriosa e incrédula como si no se fiara de lo que acababa de decirle.

—Un momento —respondió, con palabras urgentes, acercándose—. ¿Quieres decir que ya han terminado los pintores con la casa y que los muebles que hemos encargado vienen de camino?

La alegría de sus ojos se hacía inevitable. Se examinó la ropa como si estuviera a punto de partir, de marcharse para siempre del molino y transgredir esa raya fronteriza de la explanada para ya no volver nunca, como si acabaran de comunicarle a un penado su libertad, eso parecía, simultáneamente incrédula.

—Sí —dijo Gonzalo—, la casa está terminada. Mañana mismo nos iremos.

Desde hacía más de un año, Luisa esperaba con placer ese momento. Se abrazó a su cuello. Esperó a que la mirara fijamente, volvió a sonreírle y después a besarlo, allí, delante de todos.

—Me parece mentira. Es como un sueño —exclamó, y se tomó algún tiempo abrazada a tu hermano.

Lo había conocido una tarde igualmente otoñal paseando por el parque Hernández de Melilla. El parque a esa hora se llenaba de soldados y de niños que correteaban vigilados por las chachas y los asistentes. Él venía solo y al cruzarse con ella enfilaron los mismos pasos, sin querer, sin proponérselo ni él ni ella, hasta que se dieron cuenta y él pidió perdón, y la miró, y a ella ese comportamiento tan cortés, tan

educado, la sobrecogió de tal manera que también llegó a mirarlo, y se produjo un instante de desconcierto, como si ya no supiera adónde tenía que ir, como si se hubiera perdido por un camino que se sabía de memoria porque lo recorría a diario y hubiera olvidado de pronto por dónde iba, quién era, cómo se llamaba, cuál era aquella ciudad y ese hermoso parque de altísimas araucarias. Él le confesaría meses más tarde que le había sucedido lo mismo, que nada más verla sintió un estremecimiento y que la sangre le recorría los brazos y las piernas a tanta velocidad que lo obligaba a seguirla hasta que ella se le esfumó al meterse en el portal de una casa.

Comenzaron a encontrarse como si no se lo propusieran. Eran encuentros fortuitos que se robaban al acecho de cada uno. Gonzalo, esperándola en el mismo lugar, ella, procurando pasar por el mismo sitio, a la misma hora. Se cruzaban pequeñas frases temblorosas y comentarios banales al principio: «pues yo creo que este parque es muy bonito porque hay muchas palomas, a mí me gustan las palomas», decía él; «a mí también me gustan, pero son muy puercas», decía ella. Y comenzaban a reírse por el atrevimiento de aquella palabra malsonante, reiterando que las palmeras eran muy altas, las flores muy bonitas, «pero cuánta gente hay hoy», «sí que hay», «¿y tú, de dónde eres?», «bueno yo no soy de aquí, soy de Quebdani», «¿de Quebdani, del Protectorado?, yo creí que todos veníais de la Península».

Un día quedaron ya citados. Merendaron milhojas y café con leche en «Los Alpes» y volvieron a citarse en el mismo lugar, a las seis en punto a la semana siguiente, y a pasear bajo las mismas palmeras, entre el zureo de las palomas que acudían a las migas de pan que les echaban los niños y los numerosos reclutas que como él estaban cumpliendo su servicio militar en Melilla. Luego cambiaron aquellos largos paseos del parque, sus rincones ocultos, sus sombras y sus mácizos de verde, sus bancos de azulejos, por otros a través de las calles de la ciudad. Ella le señalaba los ricos miradores, los vanos ornamentados con dibujos florales, los cierres de forja, los motivos labrados en los estucos de las fachadas, y le iba diciendo que Melilla era una ciudad de arquitectura modernista, porque Luisa era culta, había estudiado y leído

muchos libros y le gustaba también escuchar música clásica en un *pick-up*. Así pasaron largas tardes descubriendo guirnaldas y cabezas de mujeres aladas en las cornisas, ¿y eso estaba ahí?, ¿pero cómo no lo he visto si ayer mismo he pasado por este lugar?, le decía él, con su cara de despistado, sin apariencia, bajo el bigote la imposible conversación que ella hubiera deseado. Pero a pesar de eso pasaron muchas tardes descifrando en los ornamentos de las ventanas, en los remates de las techumbres, en los labrados de las puertas, las encendidas señales de su primer amor.

Y Luisa, cuando ya le había enseñado toda la ciudad, le dijo entonces que le hablara de Quebdani y él le contó que Quebdani ni siquiera era un pueblo. En realidad, no sabía explicarle lo que era aunque sí le refirió sus violentos atardeceres y le tuvo que hablar del desierto con un misterio que a Luisa la atemorizó, pero a medida que fue aprendiendo a través de sus palabras lo que eso suponía, una curiosidad fascinante se apoderó de ella. Aunque nunca llegó a entender que pudiera vivir nadie en un sitio sin parques ni fuentes ni calles por donde pasear o ir de compras, y que ellos, sin embargo, que no eran cabileños, vivieran en un lugar así.

—¿Y nada, no hay cines, ni siquiera una cafetería como la de «Los Alpes»? —le había preguntado.

Gonzalo le explicaba las poderosas razones por las que estaban allí.

—Lo importante —le dijo—, es que allí se gana mucho dinero, nosotros somos los dueños de algunas tierras, de minas y de un molino. Bueno —aclaraba—, mi padre posee una verdadera fortuna. Eso es lo importante, eso significa —le siguió puntualizando— que nosotros no tenemos que vivir allí para siempre como él quisiera, sólo los años que hagan falta para hacernos con un pequeño capital, ya sabes, un poco de dinero. Nos vendríamos aquí y compraríamos un piso en la casa de los elefantes que tanto te gusta.

Al poco tiempo de acabar su servicio militar se casaron. Era uno de esos días acuciantes, cuando el molino ardía bajo el fragor de los motores. Hasta de Azib, de Midar y de Tamasusit venían los cargamentos de grano en interminables reatas de burros y camellos que ocupaban toda la explanada. Ese año había habido una buena cosecha y en el molino se

vivía con un ardor de colmena bulliciosa o de zoco en época de Ramadán; no obstante, se buscó un hueco para la boda.

Gonzalo Dávila Benavides llevaba de su brazo a su mujer con ese galanteo efusivo de un recién casado cuando se bajaron del coche que los había traído de la capilla del cuartel. Era el más alto de todos vosotros, pero no tan alto como tu padre, con dos profundas entradas en la frente que le acentuaban su calvicie, pero algo menos que a él. Ella, Luisa Garrido, se espantaba el calor y las moscas con un pañuelo. Estaba muy hermosa. Luisa Garrido, además de culta, de tan buenos modales —hablaba muy pausada y bajito, cosa rara—, era también muy hermosa. Los jóvenes esposos pusieron en la explanada un hálito de novedad en medio de los rebufes de los animales amarrados y de tanto desbarajuste de fardos y tenderetes de las acampadas de los cabileños, que al verlos no pusieron mucho interés porque en realidad no se celebró ninguna fiesta, no hubo ninguna alharaca de que aquello era una boda, gente bien vestida solamente, pocos, nada de fusilería ni música ni bailes.

Al entrar los novios en el interior del molino encontré a tu madre muy excitada, probablemente por la convulsión que le había producido el acontecimiento o quizá porque hacía demasiado calor, o por la nostalgia de su hija muerta, y se lo refirió a tu padre, pero él parecía no hacerle mucho caso, eso fue lo que yo observé, como también te digo que no hacía nada más que mirarla a ella, a la mujer de tu hermano como si fuera inexacto el perfil de su vestido, el brillo de sus ojos, la risa limpia y desprendida con la que os besaba a todos.

Tú nunca lo llegaste a saber, pero tu padre, desde el primer día, se había fijado en Luisa Garrido.

Aquella misma mañana que tenía que prepararse para la boda, se dirigió al cuarto de baño. Se desnudó solamente de cintura para arriba. Mientras lo hacía echó en el balde un par de cubos de agua y comenzó a chapotearse la cara, la nuca, las axilas una y otra vez hasta sentir disminuido el peso del calor. Las gafas las había dejado encima de la repisa. Sintió un alivio en los ojos nada más quitárselas y una mansa calma cuando el agua le refrescaba los párpados. Se miró en el espejo con su mirada destemplada, turbia y borrosa, no obstante; se fijó en sus músculos flácidos, en sus costillas

salientes, la carne blanca y algo sarmentosa por algunas partes, los signos de la vejez, como si los años se detuvieran en los amplios repliegues de su carne. Se secó con la toalla y se puso una camisa nueva. Al colocarse de nuevo los lentes tuvo que mirarse triste y lejano como si no fuera verdad que las facciones que allí se reflejaban fueran las suyas. Intentó persuadirse de que nada era distinto, que se trataba de Gonzalo y de su boda con aquella muchacha de Melilla que al verla le había levantado una oculta pasión. Trató de acicalarse el poco pelo aún mojado por el agua. Se pasó varias veces la mano por su cerosa y prominente calva. La vida, por aquellas fechas, le había colmado con lo que todo hombre puede desear, sólo los años de la madurez se habían ensañado con su cuerpo y le mostraban los primeros signos de la decadencia que después vendría. Por eso, antes de recogerla para llevarla a la iglesia, vigiló la pesantez de sus párpados, la blancura de sus sienes, sus gafas sobre todo.

Ese mismo día de la ceremonia, ya digo, sin fiesta ni banquete —era domingo y no se trabajaba pero se hubiera trabajado de todos modos por el trigo que había que moler y darle salida para que entraran otros cargamentos—, tu padre les dijo que mientras preparaban la casa en Quebdani se quedarían a vivir con ellos.

Era una solución pasajera, motivada por la prisa de los jóvenes en casarse y por el mucho trabajo que había, pero aquella circunstancia se prolongó más de un año. No creas que no fue intencionada. Tu padre siempre encontraba una excusa para detener las obras que se llevaban a cabo en la nueva vivienda, retrasando el pedido de los materiales o echando abajo los tabiques que se habían levantado porque no le gustaban. Gonzalo nunca fue capaz de reprocharle de que todo ese retraso no se justificaba y que ellos necesitaban vivir en intimidad, con más holgura, con otros muebles y otras pertenencias que no fueran los despojos de un muerto, pues la habitación de Gonzalo y de Luisa se había hecho ampliar con la de Celestino.

Un día Luisa acababa de descalzarse las zapatillas a puntapiés al entrar en ese cuarto y enseguida sintió el frío reconfortante de las baldosas. Cerró la puerta tras de sí y se fue hacia la ventana. Yo, desde el cobertizo, vi cómo corría los visillos dejando los postigos un poco entreabiertos, la habitación le pareció más fresca, pero pronto tuvo que cerrarlos por el temblor azufrado de unos primeros truenos. Luego levantó el embozo de las sábanas y tanteó la mullidez del colchón de borra que había removido aquella misma mañana al levantarse, encontrándolo algo duro, así que volvió a hincarle los dedos en aquellas zonas que ella consideró que precisaba de esponjear con unos bríos desacostumbrados, como si esa noche que iba a quedarse sola otra vez, se lo estuviera reprochando a él, a su marido, a Gonzalo, que había tenido que salir de viaje para llevar un camión de harina y no volvería hasta el día siguiente.

La cama era de hierro dulce con floridas pernolas de latón a las que ella procuraba mantener brillantes con cáscara de limón y bicarbonato para después frotarlas con un paño bien seco. Sobre la mesita de noche un vaso de agua cubierto con un tapetito de croché, pues a él siempre le entraba una sórdida sed por la madrugada, y al mirarlo, al detenerse en cada uno de los dibujos de ganchillo y recordar esa punta roma de la aguja, la madeja de hilo envuelta en un papel de seda para que no cogiera viso, experimentó una terrible ausencia y se sintió culpable. Había sobre el respaldo de la cama una estampa del Ángel Custodio que era un regalo familiar. El ángel, con sus alas abiertas, protegía a una pareja de niños que caminaba por un puente de maderas quebradizas y una baranda en tenguerengue. Debajo, las aguas turbulentas de un torrente dibujado y a ambos lados las paredes de un precipicio. Esos niños del cuadro cruzaban el puente de la mano. Él era rubio, con un lacito azul en el cuello de la camisa y ella con un pelo castaño y una cinta blanca también. Siempre se figuraba que Gonzalo y ella eran los niños de esa estampa. Luisa se lo decía, pero Gonzalo le reprochaba que había leído demasiadas historias.

La noche la tenía que vencer de alguna manera porque no podía soportar la idea de dormir otra noche sin él. Así que se puso a limpiar los botecitos del aparador que ya estaban

limpios, fregó el suelo con suma pulcritud aséptica, hizo lo mismo con los escasos muebles, retirándoles todos los enseres y volviéndolos a colocar sin una mota de polvo, y no dejó rincón ni utensilio de aquel cuarto que pudiera escapar a su desaforado zafarrancho de limpieza. Pero así y todo el tiempo no transcurría. Por eso, cuando hubo dejado todo como los chorros del oro decidió depilarse las piernas pensando que esa nueva tarea igualmente le ocuparía un buen rato. Cogió la palangana de porcelana para la tisana de flor de saúco con azúcar cande y una piedrecita pómez. Se había sentado en una pequeña banqueta mientras afuera la noche se hacía más oscura y reventaba a lo lejos un trueno prolongado. Adriana fue quien le dijo que la piedra pómez era más eficiente que las cuchillas de afeitar. Metió la pierna derecha en la palangana. Se la mojó hasta la rodilla y comenzó a darse tantas refriegas que, bien fuera por descuido o por los nervios que la ofuscaban, el caso es que terminó despellejándose toda. La carne se le puso amoratada y le salieron pequeñas gotitas de sangre y tuvo que desinfectarse con alcohol. La escocedura le produjo un picor semejante al roce de las ortigas que crecían junto al cobertizo, pero no quiso darle ninguna importancia. Comprendió que enseguida se le pasaría y se dijo que debería poner más cuidado en adelante. Cuando terminó con la otra pierna, el tiempo todavía le parecía de una longitud desmesurada y la noche se iba adensando entre los relamidos de los truenos que a veces la llegaron a inquietar.

Así que se puso delante del espejo que había colgado encima del tocador y comenzó a quitarse la ropa. El espejo le devolvió un gesto de agobio y de cansancio. Se señaló la boca sobre el cristal con un dedo como si quisiera encontrar una respuesta a esa decisión tan precipitada de su marido de marcharse y dejarla sola. Al reparar en ello la hizo recelar, no porque él fuera el responsable de esa decisión sino porque tuvo de repente la sospecha de que alguien lo estaba alejando de su lado.

El espejo tenía en su base inferior una raya que lo cruzaba en zig-zag y perfiles ensombrecidos con manchitas oscuras por el desperfecto del azogue y un marco plateado con hojas de parra y racimos de uva. Se acababa de bajar la

cremallera de su vestido y al engancharse un poco, no tuvo más remedio que bosquejar una sonrisa tenue, de consuelo, por lo que se había imaginado.

¿Qué significaba que su suegro hubiera decidido que Gonzalo hiciera ese viaje cuando disponía de otras gentes para hacerlo? Nada, absolutamente nada, se repitió a sí misma. Y se puso a escrutar en su rostro reflejado en el espejo otra interrogante, otra expresión, que sus labios astutamente deshacían. Pero se daba cuenta de que era una expresión anodina, cruzada de inquietudes y de soledades.

Terminó por desengancharse el diente de la cremallera hasta dejarla completamente libre, y al quitarse el vestido lo dejó que cayera a sus pies. No quería recogerlo. Delante todavía del espejo inclinó la cabeza mientras se soltaba el pelo. A Gonzalo le gustaba su ondulada melena y pasarle la mano por la nuca. Ella se dejaba acariciar y de paso le contaba cómo era la casa de los elefantes.

Fueron muchas las noches en que Luisa tuvo que quedarse sola. Aquella vez que llamaron a su puerta, además de darle un vuelco el corazón, tuvo el firme convencimiento de que nunca iría a tener una casa como aquella. Había escuchado decir que la construcción de una vivienda determina las acciones de los que viven en ella. De repente, y mientras seguían golpeando, construyó en su memoria toda su fachada. ¿Qué ruta de la vida —siguió pensando— marcaría aquella arquitectura que había dispuesto sendos elefantes bajo el mirador principal como si lo sostuvieran? ¿Qué comportamiento determinaba ahora este pequeño cuarto en donde vivía con tan sólo lo preciso? Nunca había estado en el interior de la casa de los elefantes que tantas veces había visto con él en Melilla, pero se la imaginaba con un salón dorado de grandes dimensiones que al fondo tendría una gran escalinata que comunicaría con el piso superior y justamente, en el remate del pasamanos, a la altura de donde partía el primer escalón, esculpido fielmente, pensaba que habría la cabeza de un elefante. La presencia del elefante debería regir toda la casa. Las patas de las sillas y de los muebles serían trompas de elefante, los tiradores de las puertas, los grifos de los cuartos

de baño, las arañas, las cornucopias, todos tendrían como motivo el elefante, incluso en las cuberterías y las vajillas se habría hecho grabar una cabeza de elefante y también estarían bordadas con elefantitos las mantelerías, las toallas y la ropa de cama. No habría elemento en toda la casa que no tuviera puesto ese símbolo por algún lado.

Habían vuelto a llamar, esta vez con una suavidad intrigadora, como si el que llamaba no quisiera delatar su presencia más allá de las paredes de su habitación. El pecho le dio otro vuelco y su primera reacción fue no abrir, pero los toques de la puerta volvieron a insistir y antes de que ella preguntara quién era, escuchó su voz, escuchó su nombre repetido en aquellas palabras roncadas y oscuras que la habían perseguido con sigilo y lealtad.

De pronto se produjo un tenso silencio separado por el abismo que anegaba otra noche, y a continuación escuchó otra vez su nombre, con la vehemencia de un ardor incontrollable, su nombre tantas veces, que llegó a dudar de que fueran intenciones sospechosas. Entonces se decidió a abrir. Abrió la puerta con sigilo, con miedo y él estaba allí bajo sus gafas espesas proyectando una sombra lúbrica en el pasillo. Estaban frente a frente mirándose por primera vez con una complicidad que ella no deseaba. Estaba tan asustada que no sabía qué decir. Sus ojos no se apartaban de su mirada fría, de sus cristales vivos. Por su frente manadas de elefantes le pisoteaban las palabras, rotas, vencidas. Pensó cerrar nuevamente la puerta, darle un portazo en sus propias narices, ponerse a chillar hasta quebrar todos los muros de la noche, pero la voz se le cerró, rígida la boca, ausente toda ella. Tomás Dávila entonces la empujó levemente hacia dentro cerrando la puerta tras de sí y se fijó en su pelo oscuro, en la claridad de su rostro asombrado, en el miedo escondido que salía de su pecho con una severidad de pájaro sin alas, en el frío también de su frente por donde ella corría aturrullada buscando una salida. Él la seguía mirando sin decirle tampoco nada y reparó en el borde de sus enaguas, en la línea oscura de su ropa interior, y cuando ella se dio cuenta de que iba a medio vestir cruzó sus manos como si se defendiera y abrió los labios hasta exhalar una excusa que le tuvo que salir fingida, porque de pronto se encontró rodeada por unos

brazos sin definición. Luego él, lentamente, la echó sobre la cama y fue como si se hubiera dejado arrebatar por la dureza de un viento, indiferente, absorta por lo que estaba ocurriendo. Tenía tanto miedo que no sabía responder a esos ojos incisivos ahora sin cristales. Él comenzó entonces a manosearla con una inteligencia calculadora y diestra muy lejos de los impulsos arrebatadores de su hijo, invadiendo los secretos de sus pechos, la curva de su vientre, prolongando su caricia inevitable más allá de donde ella comenzó a sentir todo el asco de un hombre mayor.

—Es usted repugnante —le dijo con debilidad, llorando, con amargura.

Había conseguido zafarse de su cerco, llegar a la ventana, abrirla, descorrer los postigos, gritar hasta que él de una tremenda bofetada la arrojó contra el suelo. Yo estaba despierto y enseguida salí del cobertizo con un presentimiento de desgracia. Al llegar cerca del porche, él estaba junto al mecedor de rejillas, sin querer sentarse, solemne o mezquino, con un papel de fumar en las manos que enseguida relió y se lo metió en la boca. La punta de su cigarro comenzaba a brillar cuando me di la vuelta.

CAPÍTULO XIV

Luisa no es que le dijera a tu hermano nada de lo que le había ocurrido con tu padre aquella noche en la que tuvo que transportar un cargamento de harina que, precipitadamente, se decidió llevar para que estuviera a primera hora en Segangan. Nada le contó ni nada hizo él tampoco para que de pronto se hubiera tomado la decisión de que se tenía que acabar de construir la casa. Fue antes de que ninguno de los dos, como te digo, lo hubiera previsto, antes de que ella incluso fuera a tomar la decisión, como seguramente estaría pensando, de que tenía que marcharse definitivamente a Melilla, abandonarlo todo, incluso a él, a Gonzalo, que no había sido capaz o no quería darse cuenta de las verdaderas intenciones de tu padre cuando lo enviaba a esos viajes.

A partir de lo sucedido, Luisa comenzó a mostrarse bastante esquiva, parecía anémica, se refugiaba en su miedo y en su soledad y se protegía frente a su silencio por la lástima que de ella misma llegó a sentir. Ya no era la Luisa que todos conocíamos, jovial y alegre, abiertamente dichosa. Una tarde la vi abrazarse a él.

—No me abandones, por favor, no me dejes sola nunca—le dijo mientras lo besaba con ansia—. Apriétame muy fuerte. Júrame que no me dejarás, que me llevarás contigo cuando te vayas.

—Pero mujer, no seas niñas —le respondía Gonzalo, acariciándola, retrocediendo para verle la cara—. ¿Qué te ocurre? ¿Cómo voy a llevarte conmigo?

Estaban junto a los barandales de eucaliptos cubriendo horas muertas de paseo. Ella más diminuta, se aferraba a su pecho para sentirse mejor, pero ni siquiera sus lágrimas llegaron a convencerle de que algo extraño le sucedía. Él entonces la abrazó por los hombros, la besó tiernamente, y cogidos de la manos comenzaron a pasear juntos.

—Está bien, no me hagas caso. He sido una tonta al pedirte eso.

—Debes comprender que tenemos que atender todos los pedidos. Mi padre es bastante exigente y al mismo tiempo muy cumplidor. Que me haya encargado algunas veces ese trabajo es porque confía en que conmigo no tendrá ningún problema. Ya sé que te quedas sola —le volvió a insistir—, pero te quedas con ellos, en el molino. ¿De qué puedes temer?

—De ellos, precisamente —le dijo ella.

Gonzalo se había parado y la miró a los ojos, fingió un pequeño sobresalto, una corta risa, reconstruyó la cara ahora inmóvil y satisfecha de su mujer; había también algo de sorpresa por aquella contestación tan inaudita.

—Es mi familia. Ellos te quieren —le contestó Gonzalo.

Luisa quería y deseaba que ocurriera cualquier cosa. Presenciaba su miedo como un dolor antiguo que la obligaba a defenderse de todo, también de la ingenuidad y de la falta de luces de su marido. Tú la conocías. De feliz y alegre se sumergió de repente en días sin excusas, en un silencio idéntico al rencor o al desquite. Yo sabía bien lo que era ese silencio que a su vez es ruido interior y zozobra y cristales que desgarran vísceras como si una gusanera escarbaba en un cáncer que crece y crece y nada puedes hacer por evitarlo, y sin embargo, tanto fuego, tanto grito, tanto odio escondido, lo disimulas, lo mantienes con apariencias falsas, te conviertes en un volcán a punto de estallar un día cualquiera.

Tomás Dávila tuvo que advertirlo. Temió, más que al escándalo de que su hijo llegara a enterarse, a que ella decidiera desaparecer del molino. Y antes de que esto sucediera creyó que había llegado la hora de terminar con sus pausas y

con sus mentiras y que por lo tanto estaba decidido a que la casa se terminara. Ya encontraría otra oportunidad para lograr lo que él, tan ciego, quería de ella. La había estrechado entre sus brazos, le conocía el sabor de su aliento, le había palpado suavemente las porciones de sus muslos cuando la deseó aquella noche, pero aún le quedaba lo más importante: que ella misma se le entregara.

Había hecho de ese propósito un reto incuestionable, como el cazador que yerra un tiro y ve a su presa escaparse, pero que sin embargo vuelve a perseguirla, la busca entre las sombras, sigue todas las huellas que va dejando hasta alcanzar definitivamente su trofeo. Él sabría esperar. Tendría paciencia y esperaría. Era cuestión de conocerla mejor, de analizar sus flaquezas, de comportarse dócil, con maneras blandas, tan niño acaso como lo hacía su hijo. Por eso permitió que se continuara construyendo la casa que él mismo había mandado retener en días o momentos antojadizos. Hizo venir al encargado de la obra una tarde y mientras trataba de recordar la justificación de su última orden le obsequió con un cigarrillo, buscando —martillaba su encendedor para darle fuego— un pretexto nuevo, ahora con urgencia, para que la terminara.

—Ya están los materiales del cuarto de baño. Son de Manises, por eso han tardado tanto desde que los encargué —le gritó al oído a tu hermano, al día siguiente, bajo la tolva, con el mucho estrépito de las correas de los motores—. Mañana mismo se comenzarán a colocar. He hablado con el encargado. Todo irá bien a partir de ahora. No sé por qué —mintió— esa casa está creándonos tantos problemas.

—Qué gran noticia, papá —dijo Gonzalo, la cara flaca, enharinada, el pañuelo a cuatro nudos, asomándole solamente la escasa pelambreira de su cogote—. Luisa se llevará una gran alegría cuando lo sepa. Está deseando que se termine.

—Creo que con un buen empuje, en poco la podréis habitar. Al menos eso es lo que me han prometido —sonaron trabajosas sus frases, cínicas también—. Comprendo que tanto tú como Luisa estéis algo impacientes, y con razón. Ha sido demasiado tiempo y puede que la culpa también haya sido mía por no haberme ocupado personalmente.

Tomás Dávila se quedó un rato viendo bajar la harina por la canaladura, hablando, mientras, con su hijo. Los sacos

se llenaban a buen ritmo. Mordisqueaba la punta de su cigarrillo, perniabierto, burlón. En la montura de las gafas se acumulaba el polvo untoso de la harina. Nosotros trabajábamos, ajenos, descargando los granos de los sacos en la tolva, apilando en un rincón los que ya se habían llenado, sin desconcerto, bajo nubes desorientadas que nos emblanquecían los pelos, las cejas y los agujeros de la nariz. Era una mañana firme, agotadora e inútil y la vida se justificaba en un incesante destino de tareas reincidentes.

Tomás Dávila se quedó hasta agotar el definitivo rescoldo de su cigarrillo. Volvió a mirar a Gonzalo, con aburrimiento. Apagó el cigarrillo en el suelo con la punta del pie y casi más ufano, con una distracción de sonrisa en su boca, le volvió a repetir:

—Sería bueno que tú mismo te ocupases desde ahora de vigilar a los albañiles. Eso que estás haciendo se lo puedes dejar a otro que lo termine. Tenemos que adelantar tanto retraso como ha habido con esa dichosa casa. Habrá también que empezar a encargar los muebles y tenerlos para cuando esté lista. Cógete algún tiempo. Por el dinero que no quede —reiteró—. Lo que precises, lo compras. Lo que diga ella, lo haces.

Luego le espío su respuesta, su blancuzca tez novedosa por el buen anuncio que le había traído, el obediente brillo de sus ojos con pestañas de cola de pescado como para freír.

—Queda poco para terminar de moler esta partida —le contestó cuando él comenzó a irse; entonces subió más arriba la palanca, la accionó con más fuerza, ajustó la boca del saco con la otra mano, delgada, ágil, mecánicamente volvió al ultimo movimiento que había repetido una vez y otra—, un par de horas y esto estará listo...

Se quedó con la palabra en la boca, pues tu padre ya se había alejado. Había abierto los brazos y esperó a que cayera una nueva carga. Estaba sonriente; con un acelerado apremio relleno otro saco más, accionó de nuevo la palanca, cerró la puerta de salida, apartó el saco ahora lleno y puso otro debajo, con equilibrada destreza, silbando no se sabía qué.

—Date más prisa con éstos, pedazo de gandul —me dijo vociferando, a voz en cuello, contento—, debes de tener todavía el sueño metido en el culo.

No le tomé en cuenta aquel insulto, estaba acostumbrado a que todos me ofendieran por cualquier cosa. Me limité a obedecerle, es decir, a seguir trasladando una partida de sacos desde la entrada hasta el pie de la tolva, apilándolos para después tener que subirlos y echarlos en el canalón. Era un trabajo duro y pesado, demasiados kilos que llevar, lo había hecho siempre pero desde que tenía la pierna lisiada me costaba trabajo, no tanto por el peso sino porque a veces resbalaba y perdía el equilibrio. Tal vez, de no ser por lo que le había dicho tu padre, no me hubiera metido tanta bulla. En realidad, la molienda se estaba haciendo a buen ritmo, en los plazos previstos. Quedaban todavía algunas partidas importantes que sacar, pero como se llevaba el trabajo había suficiente tiempo para que ningún compromiso se rompiera. Bueno era tu padre si las cosas no se cumplían a rajatabla. Sudábamos como demonios para moler cuanto más grano mejor. Claro que el haber estado hablando Gonzalo con él de su casa, le tuvo que parecer que había perdido algo de tiempo y trataba de recuperarlo, exigiéndolo, paradójicamente, a los demás.

—Venga, que es para hoy —me volvió a insistir—, no te hagas el remolón. Será flojo este Braulio de los cojones.

—Si hubiera una carretilla... —me atreví a reprocharle.

—¿Una carretilla? Más huevos es lo que te hace falta, cojo de mierda —me respondió.

Verás. No era la primera vez que se me trataba así, sin justificación alguna. No sé tampoco qué barrunto me entró de repente para rebelarme como me rebelé. Tú sabes que siempre soporté vuestras humillaciones y vuestros insultos, y no lo hacía porque creyerais que era un cobarde, sino porque me convenía. Así de simple. El odio y el desengaño te hace a veces adoptar estrategias imprescindibles para tu venganza. Hacía falta mucha paciencia para soportaros, lo sé, pero la tuve en todo momento hasta aquel día. En realidad, no sé lo que me ocurrió, lo que sí puedo decirte es que de pronto me vi con una de las palas que se utilizaba para recoger el grano, que la tenía cogida fuertemente no para amontonar el que se había esparcido, sino como si empuñara una amenaza, como si me hubiera vuelto loco, para machacarle allí mismo la cabeza. Estuve ciego, sin límites, oscuro, sin poder sujetar-

me. Me fui hasta él con la pala en la mano, insultándole en *tamazight*. Él adivinó el brillo felino de mis ojos, todas las malas intenciones de mis manos, la ira de mis dientes, cuando avancé tan decididamente hacia él. Lo vi entonces acobardarse, renquear hacia un rincón, toda su vida de promesas y gestos pendiente de lo que se le venía encima, despiadados mis instintos, ignorante de que Adriana, hacía unos segundos, lo llamaba porque tu padre desde su Studebaker quería decirle algo. Entonces, al oír su voz fue como si de repente yo mismo hubiera comenzado a golpearme y la miré retenéndome el último impulso que sin duda me hubiera llevado a darle a él su merecido, con miedo seguramente, con una envolvente desconfianza de lo que hacía. No sé si ella lo advirtió. Fue todo tan repentino. Nos habíamos quedado fijos, con miradas amenazadoras. Adriana se le aproximó.

—Ya ajustaremos cuentas después —me dijo tu hermano, y se marchó con ella.

Los dos salieron juntos por el centro de la nave. Gonzalo se sacudía el polvo de su ropa, se había quitado el pañuelo de la cabeza que le daba todo aquel aire tan cómico, sonriendo bravucón cuando se volvió para mirarme. Después cruzaron el porche, uno al lado del otro, ella sin seguridad en sus tacones altos, distraída, con cierto garbo de novedad que debía perseguirla esa mañana abierta y palpitante de recados.

En la explanada sonaba con un ruido sordo el tubo de escape del coche de Tomás Dávila. Seguramente se marchaba y antes de irse quería ultimar con él alguna indicación o decirle algo que cuando estuvo con él no le había dicho. Yo me asomé desde el fondo para verlos mejor, dejando a un lado la pala. Estaban ahora, él al volante, tu hermana sentándose a su lado, los tres como si comenzaran a proyectar secretos y sombras, hablando. Adriana, pequeña, se acababa de poner perfecta o semioculta en el sillón de cuero. Gonzalo se había inclinado sobre el cristal bajado de la portezuela de tu padre y rápido miraba sus gafas, sus imposibles ojos, y giraba después para mirarla a ella con un débil desaliento.

—No tienes por qué terminar todo el trabajo hoy —le dijo sin quitar las manos del volante, con su cigarrillo a un

lado de la boca. Luego apartó una y se retiró la brizna que le quedaba, la arrojó delante de los pies de Gonzalo, con indigencia, como lo hacía siempre—. Ya te he dicho que puedes dejarlo. Tómame unos días, tres, cuatro. Que Braulio se encargue de todo. Le dices lo que tiene que hacer y lo dejas. De paso te dedicas un poco más a Luisa. Ah, ya sabe lo de la casa, que se va a terminar. La he visto y no he podido resistirme. Os vendrá bien que os metáis de lleno en acabarla. A ella le hace falta. Sácala. Llévatela a Melilla y os distraéis un poco. Ahora debo reunirme con el caíd para unos asuntos. A tu hermana la dejo en Quebdani y la recogeré cuando acabe, pero cuando vuelva no quiero verte en el molino.

—Lo que tú digas, papá.

—Ah, y deja de ponerte ese pañuelo en la cabeza —le dijo, accionando la primera velocidad.

Adriana se rió entrecortada, sin gracia posiblemente. Gonzalo no terminó de colocárselo, le desató los nudos, se lo metió en el bolsillo y se vino para dentro.

No creas que cuando volvió había olvidado lo último que me dijo. Se fue hasta el pie de la tolva y me llamó con voz autoritaria y firme, idéntica a otras veces.

—¡Braulio!, ven aquí —me dijo.

Dejé lo que estaba haciendo, no tanto por obedecerle como por la necesidad que tuve de responderle enseguida como era debido.

—Mi nombre es Abd-el-Aziz —le contesté para su asombro.

—¿Qué has dicho?

—Que mi nombre es Abd-el-Aziz. Me llamo Abd-el-Aziz...

Se lo dije tranquilamente, casi rotundo. Nada me contestó. Se quedó mirándome, parecía indefenso más que atónito. Estuvo un rato quieto, como si se hubiera olvidado de lo que le había dicho. Tenía algo de solitario y de desamparo. Estaba ajeno. Alargó uno de sus brazos hacia la herramienta que apretaba la boca de la salida del grano y la cogió. Yo me percaté de lo que eso significaba y agarré de nuevo la pala,

grave, sin retroceder, fingiendo una desolada creencia en lo imposible, mostrando mi decisión a lo inevitable, como si todo estuviera sucediendo sin pausa y sin medida.

—Así que hoy te ha dado por chulearme.

Tenía la llave inglesa jugando entre las manos, manejándola con lentitud y separados los labios como para sonreír.

—Nadie tiene por qué insultarme por las buenas y sin motivo —le dije.

Gonzalo alzó los hombros como si mis palabras no tuvieran la menor importancia. Acabó su sonrisa aligerada con una mueca de desprecio.

—Conque esas tenemos. El morito se ha vuelto bravucón. Se está poniendo chulo conmigo.

Enfrente estaba el muro con las paredes tiznadas de los motores. Miré el tufillo blanquinoso del aire, las altas vigas, los desconchones del techo; después, sus labios tan delgados, su desprecio reciente.

—Nadie quiere ponerse chulo. Lo que no voy a permitir es que se me siga insultando —le volví a increpar.

—¿Insultarte por llamarte moro? ¿A eso llamas tú un insulto? ¿Qué es lo que eres, un esquimal? Pero qué se habrá creído. Cuando se lo cuente a mi padre se va a partir de risa.

Estaba ahora ufano, la herramienta todavía sin soltarla, decidido a hacer uso de ella contra mí en cualquier momento. Avanzó unos pasos con intimidación. Tuvo que darse cuenta de que detrás de mí algunos de los que estaban allí comenzaban a acercarse hacia nosotros. Terminaron por colocarse a mi lado. No iban armados, pero no hacía falta para calibrar su actitud de apoyo a mi persona. Entonces, todavía con la llave entre las manos, como si no soportara su peso, se paró secamente, nos miró a Tahar, a Mimún y a mí, soportando su furia. Afuera, las grajillas lanzaban un quejido ascendente, lejano, casi simultáneo a lo que yo le decía:

—A tu padre puedes contarle lo que quieras, pero bajo ningún concepto nadie más me va a humillar, y menos un cabrón como tú.

Gonzalo se quedó silencioso, inmóvil, sin respuestas. Podría decirte que igualmente estaría muy furioso por dentro, pero más grande era su cobardía. Estaba seguro de que en otra ocasión no hubiera podido renunciar a su revancha inten-

tado golpearme con la herramienta pero se sintió atrapado, no sólo por nuestro acoso sino también por su propia debilidad. Sabía que estaba solo y que nosotros éramos más, así que arrojando la llave contra el suelo nos dijo:

—Me las pagaréis.

Pasaron tres escasas semanas desde entonces. Recién pintada la fachada de un color ocre fuerte y colocadas las rejas de palmito de hierro, Gonzalo y Luisa comenzaron a mudarse y a llenarla de ajuares y de muebles que ellos mismos habían hecho traer de Melilla. Ni que decir tiene que tu padre fue más que generoso en todo lo que ella le decía a Gonzalo que necesitaba sin que en ningún momento le pusiera ningún remilgo con el dinero. Había mucho bulto que desembalar y colocar en su sitio debidamente. Luisa, menos triste, cargaba con valijas y cortinas ordenando y disponiendo. Parecía dispuesta a olvidar, a tratar de esconder la miseria de su suegro en cualquier espacio sucio de su alma porque a veces se sentía culpable de haber provocado aquella situación. Tenía veintidós años y mucha vida aún para vivirla junto a su marido. Pensaba que el tiempo y la distancia todo lo arreglaría, que su suegro dejaría de molestarla ahora que vivían aparte. Tenían por fin una casa. Cuando la vio, porque Gonzalo le había adelantado, apasionadamente, con inocencia, que sería un palacio, comprendió que los sueños siempre se desdicen o terminan por estropearse con la realidad. No le importó porque peor hubiera sido marcharse. La casa no era ni mucho menos la casa de los elefantes, pero tenía la comodidad y la independencia necesaria que ella al menos perseguía. Estaba situada cerca de la cantina de Mariano, frente a la Guarnición, lindando con unos terraplenes en donde se arrojaba la basura. Tenía un patio amplio, un garaje, un árbol desnudo en la puerta, sin rameados ornamentales en las ventanas, sin mirador, sin estucos, una casa muy lejos de aquellas otras que tanto admiraba de su tierra natal, sencilla, simple, en justa semejanza a las otras casas vulgares de Quebdani.

A los pocos días de la mudanza, cuando todavía quedaban algunos detalles que ultimar o cambiar de sitio, la alace-

na, por ejemplo, que molestaba el paso hasta la hornilla por ser demasiado grande, mientras ella preparaba el desayuno, Gonzalo alargó el brazo y le acercó de la repisa el pequeño azucarero. Sin querer, rompió uno de los tapetitos verdes de papel que la adornaban. Ella no se lo recriminó, estaba de buen humor, lo miró simplemente con una sonrisa para espantar su ridículo.

—Lo que menos me gusta de la casa —dijo Gonzalo— es que me preocupa que te quedes sola.

Luisa estiraba la mantequilla sobre una rebanada de pan. Notó en la delgadez de sus labios un temor que no se justificaba, que parecía un cumplido, esa suerte de frase experimentada por la admiración o por el cariño que hacia ella sentía. A veces se cruzaban palabras más que amables o silencios que tenían la habilidad de romperse después en frágiles ternuras, en besos correspondidos que, sobre todo, a ella le gustaba prodigarse cuando él venía o se iba, como al comienzo de su matrimonio. Ella necesitaba eso y más ahora que definitivamente estaban solos, que vivían solos, fuera de las miradas de su familia. Le agradeció de corazón que él se lo dijera como se lo había dicho, pero sospechó al mismo tiempo que era una preocupación subordinada.

—¿Qué me puede pasar? —le respondió—. Hay puertas y cerraduras. El cuartel está muy cerca, desde aquí se ve a los centinelas.

—Lo decía por ti, porque te diera miedo quedarte sola por la noche, no porque te fuera a pasar algo —le dijo—. Ya sabes, llevo cierto tiempo sin llevar ningún cargamento de harina, pero mi padre ya me ha adelantado que se preparan algunos envíos y que debo hacerlos yo, porque siempre le surge algún problema con la entrega.

Luisa lo había mirado de un modo que él se figuró que acababa de anunciarle una mala noticia. Se había puesto lívida. Ordenaba en su mente un aire que la salvara, que pudiera abrirle alguna puerta para poder huir. Acaso él no se daba cuenta de que aquellos viajes ocasionales eran solamente para apartarlo de ella. Debería decírselo. Se lo tendría que decir para que supiera de una vez por todas qué era lo que en realidad su padre se proponía. Le había llenado la taza de café hasta llegar a rebosarla manchando un poco la mesa. La

limpió sin disimulo —los ojos ya sin nada— con un paño de cocina, a cuadros.

—¿Y para cuándo es el próximo viaje?

—No lo sé, él lo dirá.

CAPÍTULO XV

Desde que Luisa y Gonzalo se mudaron a su nueva casa de Quebdani, yo comencé a dormir dentro del molino, junto a la báscula, en ese mismo espacio en donde un día estuvieron los cuerpos muertos de Celestino y María Dolores.

Tengo que reconocer que al principio no podía conciliar el sueño nada más que de pensarlo. Tumbado en el catre que me había hecho traer del cobertizo y que a la mañana siguiente lo tenía que arrinconar para que no se viera (aunque era más bien para que no estorbara, pues de hecho en ese sitio se tramitaba como tú sabes lo de los talonarios, se pesaban los sacos que traían, y ya podrás imaginar lo que podía hacer una cama con su jergón de borra allí en medio), y mientras me empeñaba en buscar un motivo para compadecerme, una excusa para seguir odiando al mundo, me imaginaba los ataúdes de tus hermanos dispuestos en la misma dirección en la que yo dormía, con sus rostros junto al mío, casi rozándome: Celestino con ese hueco horrendo y gélido que le desfiguraba la cara del tiro que se había metido en la boca y el de María Dolores, su cara fría también, rodeada de numerosos ramos de zinnias y zumbándole las moscas a su alrededor.

No sé qué miedo o qué silencio hacía que toda la nave pareciera estar envuelta de una atmósfera espectral. Un leve

chasquido, un simple crujir de una madera vieja y seca, las uñas de un ratón cebándose en la abundancia de los granos, cualquier cosa que no fuera la calma de la noche inamovible o precisamente esa calma tensa de la madrugada me hacía mantenerme alerta, sin que me llegara el sueño. Notaba, eso sí, el sabor de la harina flotando en el aire y luego enfangarse en el sudor de mi cuerpo como si fuera una nieve oscura y calurosa. Entonces me desvelaba más aún, se me abrían los párpados de par en par en mitad de las sombras como ventanas que se hubieran abierto de repente para sólo ver la soledad o la duda de un muro vacío.

Una noche, sin embargo, lo que verdaderamente me impedía dormir no eran mis temores o mis pesadillas sino los continuos y fatigosos golpes de tos de Tomás Dávila. De modo que como no había manera de pegar ojo abandoné el catre y me acerqué a la puerta de su cuarto, por curiosar o por si necesitaban él o tu madre algún tipo de ayuda. Todavía no había llegado el momento de tomarme mi revancha. Tenía que seguir disimulando una actitud que no produjera ninguna desconfianza —más que eso—, debería procurar que siguieran pensando de mí que era un pobre miserable, un sumiso, un obediente criado o servidor al que por mucho que se le humillara o se le tratara mal, respondería como un perro a la mano dura de su amo.

La puerta del dormitorio estaba algo entornada. Tu madre acababa de salir y se dirigió a la cocina para prepararle, probablemente, una infusión contra los espasmos. A los pocos minutos la vi que regresaba. Traía, como efectivamente había adivinado, una tisana humeante que transportaba en una bandejita. No me había visto porque yo procuré ocultarme detrás de una pared contigua. Arrastraba una bata celeste y sendas zapatillas con borlas de pelusa del mismo color. Con la punta de un pie empujó la puerta, lentamente, como si examinara el silencio desnudo de la noche.

—En cuanto te tomes un poquito de esto se te pasará —le dijo ayudándole a incorporarse sobre el respaldo de la cama.

No había cerrado la puerta del todo al entrar. Entonces él tuvo que notar que desde la penumbra difusa de la habitación el olor de las mariposas encendidas se le estaba volviendo

insoportable porque volvió a toser con más fuerzas, con angustia y con asco. Era un olor rancio que se mezclaba con los otros olores del cuarto hasta formar un tufillo de hospital o de capilla de iglesia, dos cosas que aborrecía con toda su alma, culpando de ello a tu madre que había puesto por todas partes esas mariposas hasta dejar un intenso sopor que a él le debió parecer que era un sopor funerario. Quería no toser pero no pudo. Se acababa de mirar igualmente su cuerpo cubierto por las sábanas, dominado por la aversión a los sudarios y se alarmó por la blancura que desprendía, pues era como si estuvieran envolviendo a un muerto. En realidad, en aquel momento llegó a sentirse que estaba muerto y que el peso de su cansancio y de su enfermedad había alcanzado la extensión misma de la derrota. Estaba como viéndose morir delante de su mujer, desde las sombras de su pasado y de su presente y en torno suyo fluía más que esa sensación de ausencia o las pequeñas llamas de las mariposas, la certidumbre de un escalofrío que se había aferrado en la mitad de su pecho como si una noche negra o huracanada se le hubiera metido por dentro.

—¿Qué puñeta hacen esas mariposas encendidas? —le gritó después de toser.

Observó también que las cosas se le tambaleaban en una especie de rotación angustiosa, porque cuando se incorporó todo le daba vueltas, igual que cuando bebía demasiado y se iba a la cama sin disipar por completo los efluvios del coñac, y al decírselo a su mujer, ella se lo achacó a que no llevaba las gafas y a que su acentuada miopía le estaba distorsionando el dibujo de las cosas.

Pero sin duda la insistencia de ese olor era lo que verdaderamente le llegaba a perturbar y lo ponía tan nervioso.

—¿Quieres apagar esas luces de muerto de una vez?

En realidad, las palabras no acabaron de salirle de la boca y todo se le quedó en un ahogo, como si el poco aire de los pulmones lo necesitara entero para únicamente respirar. El dolor se le había hecho intenso, le aplastaba la sangre, le cortaba los músculos como metales fundidos y trozos de botella, como garfios, como martillos, como púas, hasta sentir que su carne estaba siendo taladrada por todos los barrenos de sus minas de Immensen. Se había puesto a

jadear como una de esas viejas locomotoras de la «Setolazar» cuando cargadas de mineral enfilaban un repecho, igual que la vez anterior, y a los pocos segundos se inclinó sobre un lado porque no tenía fuerzas ni para sostenerse. Quería mover las manos y tampoco pudo. Tu madre llegó a pensar que un viento lo acababa de tronchar como a un árbol, y mientras lo acariciaba lo miró con una claridad que sólo es posible al final de una vida.

Por fin se había calmado y parecía dormido. Aurora Benavides apagaba todas las mariposas dejando sólo una encendida. Luego cerró la puerta.

A la mañana siguiente la niebla de su nostalgia se la quitó de sus ojos de porcelana inglesa como se quita una costra de aburrimiento. Aurora Benavides examinó el silencio desnudo de su cuarto, las paredes inciertas de la noche eterna de vigilia, los muebles que siempre estuvieron ocupando el mismo lugar y que ahora le parecía que habían cambiado de sitio, su colección de muñecas y, sobre todo, las imágenes de los santos que cubrían su dormitorio en un mosaico de frustraciones y deseos que ella fue disponiendo y clavando hasta no tener donde colgar una cosa más.

Los pabilos de las mariposas es verdad que desprendían un olor a muerto. Ella lo disipaba derramando en la habitación frascos enteros de colonia, pero cuando se levantó los olores de las mariposas y el de las unturas que le había puesto a su marido persistían todavía flotando en el aire como negros efluvios de tristeza que enseguida trató de ahuyentar abriendo las ventanas. Eso fue lo que hizo nada más que lo vio levantarse, recuperado de sus ahogos y de sus fatigas. La luz, al entrar, espantó a más de una cucaracha colorada que correría a esconderse debajo del tocador y aunque es posible que no pudiera verla estoy seguro que se le desvelaron los augurios de aquel día, un día que habría de ser para ella el más definitivo, pues sobre el alféizar de la ventana se había posado una grajilla con un plumaje frío y mineral.

Cada vez que veía a una de esas grajillas presagiaba alguna maldición. Estuvo haciendo cuenta de las veces que relacionó la presencia de las grajillas con cualquier tipo de

infortunio y llegó a la conclusión de que todos sus padecimientos estaban relacionados con aquellos pajarracos de mal agüero.

Las grajillas y las cucarachas coloradas más que asco le producían un pánico incontenible, pero decidida a no dejarse llevar por el asombro de aquellas espeluznantes visiones, hizo como si no la hubiera visto, como si no pertenecieran al ámbito del molino, y apresuradamente se puso el primer vestido que encontró en el armario.

Era un vestido azul marengo, demasiado oscuro, y cuando fue a ponérselo tuvo la sensación de que era una ropa apresurada para tapar los primeros minutos de una viudez, pero lo negó con la cabeza.

Cuando vio a tu padre que de nuevo había regresado al cuarto, después de volver del aseo, le preguntó si había dormido bien. Se lo dijo exultante porque la claridad de la mañana levantaba hasta el ánimo más desquiciado, pero al no obtener ninguna respuesta o quizá porque él solamente le contestara con un simple movimiento de cabeza, lo atribuyó a que todavía seguiría con la soñarrera del amanecer.

Él entonces comenzó a fumar y ella se lo reprochó, como si no tuviera aliento, tragándose todo el humo, como si aspirara el vacío de una distancia interminable. Estaba fumando pero apenas desprendía de su boca o de su nariz un poco de humo, ni había tampoco ese olor turbio de la picadura, como si la colonia de espliego que acababa de echar hubiera disipado todos los olores, el de las mariposas apagadas y el de sus cigarrillos también, y lo atribuyó a que estaba perdiendo su sentido del olfato seguramente y a que la mañana le confundía la realidad de las cosas dejándolas vacías, ausentes, como si estuvieran desapareciendo. Empezó entonces a sospechar que la presencia de la grajilla tendría que ver con ello. Acababa de terminar de ponerse, no ese vestido azul marengo que había cogido, sino otro, más claro y más fresco que a él sin duda le gustó cuando le preguntó qué le parecía. Necesitaba un poco reconfortarlo y aliviarle el recuerdo de lo mal que lo estaba pasando de un tiempo a esta parte. Lo sentía más solitario que nunca, cansado y más abatido, y al ponerle la mano sobre la suya no notó sus dedos duros y torpes, sino el hueco profundo de un invierno como

si no fuera carne ni uña ni hueso lo que tocaba. Para alejar su confusión volvió a apretarlo nuevamente, pero era como si apretara el frío de un dibujo o una mano imprecisa que le fuera intangible.

—Te has quedado helado, Tomás, cuando has ido al baño. Tendrías que haber salido con el albornoz —le dijo.

Se puso a mirarlo directamente a los ojos como preguntándole, le tocaba nuevamente la mano apretada entre las suyas, la alianza de oro en el dedo de siempre, aunque cuántas veces se la tendría que haber quitado delante de otras mujeres para ocultar su matrimonio; tenía sus yemas manchadas con el color marrón de la nicotina, pero era como si no se la palpara, como si no la sintiera con el ardor y la fuerza de otras veces y se lo refirió con el mayor de los desconsuelos:

—Debes de estar muy lejano, Tomás, para que las manos no te las sienta.

La luz había comenzado a entrar abierta y cegadora en el interior del cuarto. Tuvo que correr una de las cortinas para evitarla y al volverse se detuvo en los perfiles de su rostro, en los detalles de sus gafas; lo encontraba algo viejo, más que fatigado, acababa de levantarse como para marcharse, ya sin fumar, la boca toda recta, tan adicta a la mentira.

—Hoy tenemos mucho trabajo. Gonzalo tendrá que llevar un cargamento a Nador. Yo me tendré que ocupar de varios asuntos con el caíd. Es probable que esté todo el día fuera, así que no te preocupes si ves que tardo.

—Deberías procurarte un hueco para que te viera el doctor, o al menos no fumes tanto. Ya ves cómo has pasado la noche, que apenas has podido pegar ojo con esa dichosa tos.

Aurora Benavides comenzó de este modo a repetirle algunas de sus razones en el tiempo y en el lugar en el que otras veces las dejara, sin atreverse a contravenirle nada de lo que él decía. Así que los mismos consejos, las mismas palabras (el recuerdo de la grajilla se le hizo insistente en el mismo momento de marcharse tu padre), no había hecho falta que él le contestara a nada, que le diera algún tipo de explicación más convincente para estar todo el día o toda la noche fuera. No lo necesitaba. Tu madre comprendía muy bien lo que eso quería decir.

La primera vez que él llegó a engañarla fue hace mucho tiempo, la primera vez —quiero decir— que ella lo supo, no porque se hubiera enterado por alguien que se lo hubiera dicho sino porque ella misma lo descubrió.

Fue al principio de llegar a Quebdani. Él se ausentaba con frecuencia a ultimar negocios que lo retenían a veces hasta el amanecer. A tu madre, el hecho de que su marido tuviera que estar todo ese tiempo fuera de casa lo aceptaba como algo irremediable, como una necesidad, que Tomás Dávila justificaba con frases muy estrictas, y sin que fuera posible que ella pudiera indagar más allá de sus argumentos, por eso se conformaba con lo preciso: la caricia en los pómulos, su obligada sonrisa escrupulosamente calculada cuando él se marchaba.

—Volveré tarde —le decía, besándola en la frente, agregando cumplidos innecesarios alrededor de sus palabras predilectas: *no me esperes levantada*.

Ella lo dejaba marchar, sin desconfianza, lo esperaba en el centro de la noche, sin hacerle caso, con los ojos todavía abiertos, asombrada y curiosa cuando él volvía. Entonces, sin apenas palabras, quitándose la ropa y poniéndola sin cuidado en cualquier parte, con la bocanada en los labios del último cigarrillo que afortunadamente lo había aplastado en el cenicero que ella le había puesto en su mesita de noche, se extendía a su lado, semidesnudo, entregándose a la placidez de las sábanas limpias, fuera ya de todo peligro o de cualquier duda. Al momento se quedaba dormido y se ponía a roncar. Aurora Benavides se apretaba a su cuerpo buscando algún residuo de caricia. Se le insinuaba entre sus carnes (las de Tomás Dávila) todavía sudorosas, con olor a tabaco, a vino, impulsada por una voluntad que era en ese instante mucho más que una entrega.

El dormitorio, por aquel tiempo, permanecía siniestramente oscuro, algo así como si ya no fuera un cuarto sino una extensión caótica, una fosa profunda de la que no se podía escapar, pero al menos él estaba allí y lo abrazaba como si alguien quisiera arrebatárselo.

Una de esas noches que él había llegado demasiado tarde le devolvió, para sorpresa suya, sus caricias, muy tenues, imperceptibles, como los dedos mutilados de un herido, ras-

treando torpemente las líneas de sus caderas, sus muslos, sus hombros, la atrajo hacia él sin ningún vigor, rodeándola con brazos de moribundo y no buscó el deseo sino el perfume de su carne y el cobijo de sus pechos. Ella, sin embargo, se sintió como un invierno, derrotada al lado suyo. Notaba el curso de sus dedos dóciles en todas direcciones, desorientados, buscando probablemente las rutas de las gaviotas desamparadas o la de los barcos hundidos y no tuvo más remedio que mostrarle la ternura de su isla solitaria. Era como si repentinamente ella lo hubiera llevado a un espacio de una ciudad de calles y jardines que hubieran visto juntos. Bajo sus piernas tenía la sensación de que corrían ríos y mansas lluvias y niños que jugueteaban mientras una dulce brisa apaciguaba la tarde de un verano. Bruscamente se estremeció por su ingenuidad, por aquellas imágenes que no necesitaba, pero no fue solamente por eso, Tomás Dávila olía a *henna*, a mujer.

Que tu padre solía visitar el prostíbulo que había en Quebdani, todo el mundo lo sabía menos ella. Fue Jacinto Aguiar quien lo llevó por primera vez, una noche de la mitad de un verano desafiante y agobiador. Apenas se conocían. Tu padre estaba en la cantina de Mariano Sepúlveda tomándose una copa, tratando de que el cantinero le facilitara alguna información sobre un tipo con el que acababa de cerrar un trato, otro militar retirado que se buscaba la vida en cualquier asunto que se le presentara, y aunque tenía algunas referencias suyas no le vendría mal saber algo más de él.

—Ése lo mismo le deja embarcado y si te veo no me acuerdo. Tiene demasiada labia. La verdad, es que no es muy de fiar. Hay que andarse con ojo con un tipo así. No hace mucho que al Comandante de la Guarnición le trajo una partida de ganado que se la colocó a un buen precio. Luego resultó que todas esas reses eran robadas. Tendría que haber visto usted a los moros, ahí a la puerta del cuartel diciendo que las vacas eran suyas...

—¿Y qué ocurrió? —preguntó interesado Tomás Dávila.

En ese momento, porque seguramente lo estaba escuchando, se acercó Jacinto Aguiar, el rostro abotargado, simplón, algo soez, como riéndose, con una risa gorda, la nariz

arrugada, los ojos un poco hundidos con el brillo palpable de los Cariñena.

—Al Quintero, qué le va a pasar. Es demasiado listo y no hay negocio en donde no se saque sus buenos cuartos, sobre todo habiendo moro de por medio.

Mariano se puso a rellenarle la copa que se había tragado de un tirón por indicación de Tomás Dávila, al mismo tiempo que le hacía un hueco junto a él en el mostrador.

—¿Un personaje interesante? —le dijo.

—Un vivo, sí señor.

—Y bien, ¿cómo salió de aquélla?

—¿Usted cómo lo hubiera hecho? —le trasladó la pregunta.

Tomás Dávila tragó saliva, no por el compromiso de contestarla, sino por la ineficacia de una frase demasiado cordial tratándose de apenas un desconocido, pues lo único que sabía de él es que era el conductor de la CTM.

—Prefiero que me lo diga —murmuró, llevándose el cigarrillo a la boca, aspirando despacio.

—Menudo ese Quintero. Le dijo al Comandante de la Guarnición que no se preocupara, que aquello era un asunto suyo por tratarse de su ganado, que él hablaría con ellos, y así fue. No se sabe qué historia les contaría a esos pobres diablos para engañarlos —hizo una pausa, tragó un sorbo largo de Cariñena y prosiguió—: El caso es que se los llevó de la puerta del cuartel y desde luego de Quebdani, diciéndoles que todo había sido un error y que todas las vacas les serían devueltas así como una pequeña cantidad de dinero para indemnizarlos. Pidió un camión del ejército, los subió a todos en la batea y arrancó con ellos. Cuando llegaron al lugar en donde les dijo que estaban los animales, allí no había vaca que valga. Lo que sí había era un buen rifle que había escondido en la cabina y con él en la mano los convenció en entregarles una cantidad de dinero que distaba bastante de la que él había cobrado. Hablaba el puñetero en *tamazight*, así que eso fue lo que les metió la confianza a los moros para llevárselos y después terminó dándoles una pura miseria por sus *funas* que él mismo les había robado.

En ese momento toda la cantina vociferaba. Hubiera pedido que le llenaran otra copa para seguir conversando con

Jacinto Aguiar, pero desistió de ello. En realidad, lo que le contó de ese tal Quintero no le preocupó, él también se las gastaba cuando le convenía, así que se despidió de Mariano, pero cuando fue también a hacerlo de Jacinto Aguiar, éste respondió que él también se marchaba y que le acompañaría.

Salieron a la calle. Jacinto Aguiar caminando despacio, hablando de la CTM, de las vueltas de Llano Amarillo y de las compañías mineras que se estaban instalando en las minas de Uixan. Tomás Dávila se empeñaba en sus cigarrillos, lo vigilaba a veces por sus pasos dubitativos, afirmaba lo que le decía, con la cabeza aspirando el humo del tabaco y la grandeza de la noche.

—Siempre anda de juerga toda ese gente de la cantina —le dijo.

—Y qué pueden hacer. No hay más diversión en este poblacho —le contestó, tropezando en las sombras, a punto de caerse.

—Es curioso —le volvió a decir Tomás Dávila—, sólo había tropa en la cantina, ni siquiera un oficial.

Lo miró. Podía mirar su rostro claramente iluminado por una luna inmensa. Vio cómo se reía.

—Venga, tengo que enseñarle algo que le interesará —le respondió Jacinto.

Arrojó la colilla y enseguida encendió otro cigarrillo. Vio que Jacinto Aguiar todavía fumaba del suyo. Acababa de recorrer toda la calle que va de casa Mariano hasta el final del pueblo sin haberse dado cuenta, sin tampoco saber qué era lo que estaba haciendo con aquel maldito borrachín.

—¿Se puede saber adónde me lleva? Estamos en mitad del campo.

—¿Le gusta a usted el té? —le preguntó Jacinto Aguiar.

—No.

—¿No le gusta el té?

—Le he dicho que no.

—No importa. Es la costumbre, pero podemos pedir otra cosa.

—¿Quiere explicarse?

—No se preocupe.

—Tengo que levantarme mañana temprano y ya son más de las doce.

—Pero si son dos pasos, nada más. Mire, allí, justamente detrás de esos terraplenes.

—¿Tenemos que subir por esos terraplenes?, ¿para qué?...

—Usted siga.

—Me marchó. No quiero andarme con tonterías.

Se había puesto malhumorado. Por aquel entonces Jacinto Aguiar era un desconocido para él. Dio media vuelta e hizo ademán de irse. Jacinto Aguiar lo sujetó del brazo.

—Quiero que vea esto. Confíe en mí, sé que le gustará —y le dio una palmadita en la espalda.

Por primera vez se veía catapultado por un impulso que se imponía a su voluntad. Odiaba las obstinaciones cuando no se trataba de la suya, cuando se le presentaba con ese requerimiento de una exigencia autoritaria. Pensó en unas milésimas de segundo que aquel lugar significaba una emboscada, una trampa, una argucia de Jacinto, que se estaba haciendo el borracho para llevarle adonde sus cómplices, puede que con ese mismo Quintero para robarle el dinero que llevaba encima y después matarlo. Se tocó instintivamente la cartera en el bolsillo de atrás, dura, con una fotografía de Aurora Benavides y cargada de billetes.

—Ya estamos llegando —le dijo Jacinto mientras le indicaba una casa de barro de grandes dimensiones, cercada de chumberas.

—¿Y aquí?...

—Entremos.

Recorrieron un estrecho pasillo desde una puerta exterior y vinieron a parar a un patio que la luna descaradamente iluminaba. Al fondo de una puerta salía la música lánguida de un *oud* y el resplandor mortecino de las lámparas de carburo. Hacia allí se dirigieron. Nada más entrar percibió el aroma profundo de la hierbabuena y el olor fatigoso del hachís. La habitación era amplia, llena de divanes de colores diversos alineados junto a las paredes. El suelo estaba cubierto por una amplia estera y antes de pisar tuvieron que despojarse de sus zapatos que dejaron a la entrada. Cuando tomaron asiento en un rincón al instante le trajeron una tetera de té con dos vasitos ribeteados con filigranas de color oro y un recipiente lleno de trozos de azúcar de pilón. El cabileño, que lo había

mirado con desconfianza, advirtió que él prefería beber otra cosa, y a los pocos minutos le traía la copa de coñac que había pedido.

—¿Qué le parece? —le preguntó Jacinto Aguiar.

—Me gusta.

—¡Vaya sorpresa, eh! ¿A que no se lo imaginaba?

—Realmente, no.

—Aquí hay cada mora que quita el «sentío». Ya la quisieran tener en el «Zapico» de la Mar Chica de Melilla.

—¿Está seguro?

—Ya lo verá.

Tomás Dávila, mientras se pegaba un trago, echó una ojeada entre los asistentes. No veía a ninguna fulana por ninguna parte, pero si Jacinto lo decía era de suponer que se encontraban por algún lugar, ya que de lo que no tenía duda es de que aquello era realmente un prostíbulo. Miró a su derecha y un grupo de cabileños con turbantes y chilabas, extrañamente limpios, algunos tocados con un *fes*, conversaban animosamente medio en español, medio en *tamazight*, sorbiendo ruidosamente de los vasos que habían cogido de una gran bandeja. Uno de ellos se puso a prepararse una pipa, puso la hierba en la cazoleta de barro, en el extremo de la cachimba, la encendió, aspiró, una, dos, tres veces seguidas, los músculos de la cara se le hundieron en la boca, el pecho abierto, las manos muy pálidas, sujetando diestramente la cachimba que estaba profusamente decorada con hendiduras geométricas y dibujos extraños. Después se apartó hacia un lado y dirigió la cazoleta hasta el brasero en donde se calentaba el agua para el té. Un soplo fulgurante que era como un escupitajo expulsó de la cazoleta la grifa quemada sobre las ascuas del carbón. Al otro lado, alrededor de una mesita de taracea, bebían y fumaban igualmente hachís, varios oficiales. La música se había callado. Era ostensible que si no había mujeres era porque las esperaban. A los pocos minutos, por la misma puerta por la que entraron ellos, entró una muchacha. Se oyeron aplausos y exclamaciones en *tamazight* y en español. Sonó el repiqueteo de un pequeño tambor y varios violines. La muchacha comenzó a contonearse en medio de los hombres, a mover sus caderas como un campo de trigo. Era muy joven y los tules que la cubrían desde la

cintura para abajo se iban deslizando con la misma cadencia que el humo de su cigarrillo.

—¿Le gusta? —volvió a preguntarle Jacinto.

Tuvo la sensación de que aquel lugar pertenecía a los secretos de su memoria como si fuera un lugar inmóvil del que nunca hubiera salido. Tenía la nuca húmeda, apoyada en la pared y el recuerdo de eternas madrugadas semejantes le llegaba muy claro. La muchacha seguía bailando mientras describía en el aire su propio abandono. Él se encontraba desconcertado frente a ella, que adornaba su cuello y su frente con abalorios de semillas pintadas y cuentas de cristal, mientras le extendía sus brazos rítmicamente arqueados, y le ofrecía su vientre trepidante, el tacto de su mano, y se la imaginó desnuda totalmente, presurosa, huyendo por un camino hasta alcanzar una loma de arena desde donde con insistencia lo reclamaba, lo estaba reclamando mientras se alejaba entre los perfiles del desierto.

Acabada la música, un tal Hamed, embutido en unos zaragüelles de algodón que tenía festoneado a ambos lados de los muslos un dibujo de cordoncillo de seda, cruzó unas palabras con Jacinto y al instante los dos se hicieron acompañar por él.

Salieron de nuevo al patio después de pagar una cantidad de dinero. Sobre los zapatos de cada uno se proyectaba una sombra incauta. Enfrente había otra puerta en donde le estaba esperando la bailarina. Tuvo que agachar toda la cabeza para poder entrar, y lo hizo con una decisión automática para no golpearse, y ella, al percibir su estatura, sus lentes, le expresó una mueca abierta y sonriente, pero algo inexpresiva. Estaba seguro de que esa mueca la repetía siempre que un hombre se le acercaba. Era muy joven y olía a sebo de borrego, a *henna* y a perfume barato.

CAPÍTULO XVI

Aurora Benavides se puso a reír no con aquella mueca bobalicona de sus labios con la que siempre se reía, sino con la extraña sordidez de una línea temblorosa e imprecisa que se le había marcado en su rostro; no cuando descubrió que su marido la engañaba con una mora que olía a *henna* y a perfume barato, sino muchos años después, al día siguiente de aquella noche en que no había podido pegar ojo por culpa de su tos y él acababa de decirle que no la esperara despierta. Le dijo igualmente que no tenía más remedio que asistir a una reunión urgente con el Comandante de la Guarnición y luego, a la vuelta, acercarse a ver al caíd Sidi Amar Hoch-chen, ya tarde, en donde se quedaría necesariamente a compartir su mesa, pues bueno era el tal Amar Hoch-chen para negarle cualquier cosa que te ofreciera; lo consideraría como un desprecio, como un insulto a su calurosa y abundante hospitalidad.

Esa misma mañana, tu padre, nada más levantarse, había hecho que Gonzalo tuviera que preparar un buen cargamento de harina para que en cuanto lo tuviera listo lo llevara él mismo hasta Nador, cosa que pudimos acabar sin darnos el menor respiro a eso de las cinco de la tarde, que fue cuando se subió a la batea de la camioneta el último de los sacos y al momento Gonzalo la puso en marcha, y recibió las últimas

órdenes de él. Gonzalo le dijo que antes se pasaría por Quebdani para anunciarle a Luisa la precipitación de aquel viaje, de modo que igualmente, una hora más tarde, Tomás Dávila arrancaba el motor de su coche camino de Quebdani.

Ella, apoyada en el quicio de la puerta, lo vio desaparecer al final de la explanada envuelto en la polvareda que levantaba su Studebaker como había visto también perderse bajo la tiniebla de su perdición hacía escasamente una hora a su hijo. Había cruzado el umbral de esa edad que ya no significa mucho para la consideración de un hombre, pero Aurora Benavides procuraba mantenerse como el primer día, cuidándose sobre todo la piel de porcelana de sus mejillas, dándose tinte en el pelo, cambiándose de ropa nueva y diferente para que él la pudiera seguir viendo como si nunca se le hubieran marchitado los encantos de su juventud.

A veces se sometía a una dieta estricta de frutas y verduras, pues era demasiado propensa a criar carnes por todas partes, sobre todo por donde a ella más le disgustaba, y cuando no podía conseguir quitarse algunos kilos de más a base de ensaladas y frutas exclusivamente, se quedaba sin comer durante varios días, tomando sólo agua o un poco de leche hasta que llegó a poner en peligro seriamente su salud. Entonces, su marido le decía que aquello era una locura. Ella lo interpretaba como una aceptación de que a él no le importaba mucho el exceso de sus caderas o lo abultado de su vientre y volvía otra vez a una vida de normalidad, con tres comidas diarias en las que no faltaba el añadido de los bombones de licor que tu padre le regalaba envueltos en papelitos plateados, eso sí, lamentándose cada vez que se comía uno mientras comprobaba la opresión de sus fajas que mal disimulaban su redondez.

Yo acababa de baldear un poco la entrada para espantar al mosquerío cuando la vi sentarse en el mecedor en donde él se ponía a leer el periódico, bajo el porche, como si quisiera recobrar parte de su contacto o de su ausencia, acariciando con cierto nerviosismo las raídas ensambladuras de los palos de mimbre.

Tenía el pelo un poco despeinado por el viento, rubio, disimulando las abundantes canas de la edad, y llevaba un vestido como para salir de paseo o a una fiesta, con un cin-

turón ancho, demasiado ajustado, con apariencia de agobio o de estrechez sobre todo al sentarse. Puede que al ponerse ese vestido pensara que él le iba a proponer que lo acompañara como otras veces que iba a sitios así, al menos si se trataba del cuartel, pues ella lo aprovechaba para quedarse en casa de Mariana mientras él resolvía sus asuntos, y pensó también que tampoco le hubiera importado acompañarlo a casa del caíd; de alguna manera eso hubiera servido para acortar la visita y volver pronto con la excusa de que una mujer no podía estar mucho tiempo fuera de su casa aunque estuviera con su marido, y de sobra sabía ella que a tu padre no le gustaba estar más que lo suficiente hablando con ese botarate, pues después venía refunfuñando de lo agotadora que había sido su compañía. Siguió pensando que si se lo hubiera sugerido o simplemente le hubiera dicho que quería ir con él tal vez ahora estaría sentada a su lado, en el coche, pero ella se limitó a vestirse mientras él también se vestía, sin decirle nada, mirándolo solícita, esperando a que tuviera el detalle de sacarla del tedio y del aburrimiento de sus largas horas muertas en el molino, dudando hasta el final de tomar la iniciativa de proponérselo. Toda su vida fue siempre una pregunta sesgada en el filo de su boca que no se atrevió nunca a pronunciar. Se sentía cercada por la frustración de su abandono, por la llama aún demasiado diminuta de la sospecha de su silencio. Parecía, allí en el mecedor, que necesitaba pensar, averiguar qué era lo que a él le había impulsado a rasurarse tan detenidamente después de terminar de comer, cosa que no solía hacer nunca o casi nunca, cambiarse de nuevo de ropa haciéndole que le sacara una camisa nueva y una muda sin olor a alcanfor, recién cogida del tendedero y planchada para espantarles las arrugas que no vería nadie; y, sobre todo, verlo limpiarse a fondo los cristales de sus gafas, un detalle sin duda que le preocupaba más que ninguno, pues cuando lo hacía, cuando rara vez ella lo veía echarle el aliento y frotar con su pañuelo, servilmente, con delicadeza, no sólo los cristales sino también la montura metálica, ocurría que ultimaba alguna mentira relacionada siempre con mujeres. Aquel cuido excesivo de sus gafas lo solía hacer en momentos determinantes que siempre lo alejaban de ella. Entonces, muy atenta, se disponía para lo peor y auguraba,

mientras lo observaba quitarse con su pañuelo el polvo blanquinoso de la harina que tenía pegado a los cristales, el inicio de una nueva aventura.

De nuevo se reía sin ganas, por aquella irrenunciable costumbre de reprimir o disimular sus sentimientos, traicionada tal vez por los músculos de su boca que la obligaban a poner ese gesto de estupidez o de máscara para protegerse. Entonces se retrepó en el mecedor de rejilla y se puso a mirarme con vacilación o con odio cuando se dio cuenta de que yo la observaba. Había en sus ojos la estrategia de un rencor acumulado que día a día había ido recomponiendo en su memoria como si tratara de reconstruir la posibilidad de un crimen, e igualmente en sus manos, que continuaban acariciando los brazos del mecedor, se notaba que habían perdido mucho de su ternura.

Dejé junto a los pilones el cubo que acababa de utilizar para traer y llevar el agua. Las moscas se habían espantado por el momento y la tierra olía a mojada y a caliente por el calor todavía inacabado de aquella tarde de finales de junio. Miré una avalancha de grajillas cruzando hacia la barranca, como distraído, como si quisiera justificar la necesidad de permanecer en un lugar en el que preveía que algo iba a ocurrir. Sin embargo, era indudable que yo sentía una gran curiosidad, que disimulaba una nueva tarea cambiando de sitio la escoba y la basura que previamente había retirado para seguir contemplándola, a ella, a tu madre, con avidez, como se contempla en el zoco una figura de una mujer extraña y sola.

Entonces me acerqué hasta el mecedor. Ella parecía ahora espantada por las grajillas, pero todavía mantenía esa sonrisa horizontal y vaga de su boca.

—Sólo hay una manera de comprobarlo —le dije.

Coloqué ordenadamente algunas de las sillas alrededor de la mesa igualmente de mimbre. Descubrí que había sido capaz después de mucho tiempo de pensarlo de hacerme un poco cómplice de sus propias sospechas y, sobre todo, de acercarme a ella para decírselo. El viento, casi calmado, ya no la despeinaba. No era muy mayor, pero mostraba un cansancio de una edad interminable, una cara en donde el sufrimiento aparecía escondido debajo de las cremas, el rímel y

la pintura de sus labios con un toque preciso que rodeaba los surcos de su boca o los ángulos de sus ojeras. Nunca la había visto tan triste y tan de cerca.

—¿Qué quieres decir? —me contestó, ofendida por mi atrevimiento.

Volví a mirarla, dudando si compadecerla o tener que aumentar mi odio por lo que su cobardía en ese instante representaba.

—El caíd no está. Todo el mundo sabe que Sidi Amar Hoch-chen ha ido a ver al nuevo Comisario General —se lo referí con una voz templada, sumisa, para no sorprenderla del todo, ajustando el tono de mi voz al desconcierto que en ella provocaba mientras le iba hablando—. Ayer por la mañana salieron para Tetuán, el caíd y el interventor. Han ido a la toma de posesión del General Valiño. Así es como se llama el nuevo Comisario que acaba de ser nombrado, en lugar del fallecido General Varela.

Todavía no lo quería comprender, pero yo sabía que estaba empezando a calcular el peso de mis palabras y lo que de ello se desprendía. En su cara carnosa se iba perfilando una pequeña inquietud mal disimulada que apuntaba más bien a ese tono un tanto mordaz y grosero por dirigirme a ella, que a lo que en realidad yo le estaba insinuando. Me senté en una de las sillas para más sorpresa suya, como un cómplice, como un delator que hubiera empezado a relatarle todas las circunstancias y los pormenores de un engaño o de una mentira. Vi que se acobardaba, que no quería de mí aquello que ella misma sabía tal vez tanto o mejor que yo. Se levantó entonces del mecedor, golpeando la mesa por la rabia de que alguien como yo le estuviera desvelando la fragilidad de unos secretos nunca compartidos, que sólo ella creía poseer y que los guardaba en lo más oscuro de su corazón como se guarda lo que nunca queremos que nadie sepa.

—Eres un verdadero chismoso —dijo con la voz trabajosa y extraña—. Debería golpearte hasta despellejarte entero.

—Hay algo más... —quise comentarle.

Pero ella se marchó apresurada tirando una de las sillas al suelo, sin esperar a que yo le contara lo más importante, como si no quisiera oírlo, como si en realidad ya supiera lo que le iba a decir.

Todavía bajo el porche, antes de cruzar la puerta, me miró desafiante, con una expresión también acongojada en su rostro ya sin risa, y pude adivinar que reprimía su llanto en ese justo momento en que se volvió para perderse en el vacío y la tiniebla de su desconsuelo, para llorar holgadamente echada boca abajo sobre su cama, entre los vahos de las mariposas encendidas a la Virgen del Perpetuo Socorro y las últimas y tibias fragancias de la colonia de espliego que habría esparcido aquella misma mañana nada más levantarse.

Fue todo un segundo. Volverse y desaparecer, tragándose el interior del molino con su avaricia de acecho y su olor a harina rancia. Temí más que por ella por mí, que de pronto veía cómo se me desbarataba todo lo que había pensado aquella tarde nada más verla sentarse en el mecedor. En realidad, cuando me acerqué para nada quería consolarla ni ayudarla en su desdicha. Me importaba un bledo que la humillaran y la engañaran como lo hacía tu padre. Si te digo que lo que verdaderamente me había propuesto era vengarme de Gonzalo, te puede resultar bastante difícil de creer, pero así era. Había pensado mucho aquella situación y el modo más conveniente de abordarla de tal modo que ellos mismos se vieran involucrados en una rueda de mentiras y de amenazas que yo estaba dispuesto a desvelar. Lo peor fue que al ver que tu madre definitivamente desaparecía, mi proyecto, o tendría que esperar o nunca se podría llevar a cabo. Me dije que tenía que conseguir convencerla a pesar de todo. Otra oportunidad como la que ahora disponía iba a ser algo difícil que se repitiera; así que enderecé la silla que se había caído y me dirigí al cobertizo con la duda, pero también con la esperanza, de que ella accediera a realizar lo que yo le quería proponer y que no lo hice porque se marchó como alma que lleva el diablo en cuanto le insinué un poco, no lo que había pensado que ella hiciera, sino que lo de su marido yo también lo sabía.

Vadeé los pilones rebosantes de agua con todo su alrededor encharcado, para no mojarme los pies. Arrastraba mi pierna con dificultad, con cierto desorden, tembloroso porque sabía que no disponía de mucho tiempo. El estiércol fresco al entrar en el cobertizo me llenó la nariz de una acidez que no me molestaba. Era picante, fuerte, como una

abundante especia disuelta en una olla de *tallín*. Había en el cobertizo detrás del pesebre en donde amarrábamos a Hayera un buen escondite en donde yo guardaba mis secretillos. Era un agujero en la pared muy bien disimulado con la piedra frontal del pesebre. Retiré la piedra, que pesaba lo suyo, valiéndome del mango de un azadón que actuó de palanca, poco a poco, hasta que se movió lo suficiente y pude extender la mano dentro del agujero y sacar un bulto reliado en un trapo. Saqué lo que guardaba y luego de cerrar de nuevo mi escondite y disimularlo con más cantidad de paja y de heno seco salí deprisa a la explanada, bordeé de nuevo los pilones; todavía habría tiempo para tomar la CTM. Entré en el molino, hacia la izquierda el profundo corredor, las puertas de vuestros cuartos, la última la de Adriana, otro pasillo más, y a la derecha la suya. Me encontré de repente ante ella, oscura, como una noche que habría que penetrar y adentrarse en el miedo de lo irreconocible. Yo había estado otras veces en esa habitación llevando o recogiendo algo, espiando también detrás de esa misma puerta. Estaba asustado. Tragué aire y saliva. Apretaba aquel pequeño bulto como si fuera una esperanza o un asidero al borde de un abismo. Lo apretaba también como se aprieta un cuchillo dispuesto a hundirse en la garganta de un cordero o en un enemigo. Llamé, sin vacilación, dos veces.

No tardó en abrir. Tenía la cara despintada por el llanto, el pelo algo desaliñado, el vestido sin desabrochar, con algunas arrugas.

—Otra vez tú —me dijo.

—Le he traído esto —y le enseñé una chilaba de mujer, de color verde, con listas verticales de un verde más claro y cordoncillos del mismo color alrededor del cuello y por los borde de las mangas—. La CTM está a punto de llegar. Todavía hay tiempo para cogerla. Sólo tiene que ponérsela encima del vestido y colocarse también este *chador*. Nadie la reconocerá y yo mismo le pagaré a Jacinto para que usted no tenga que cruzar con él ni siquiera una mirada. Después, ya sabe lo que tiene que hacer.

Se había marchado la camioneta con Gonzalo y su cargamento para llevarlo a Nador, el Studebaker con tu padre y ahora la CTM con ella. Los tres, uno tras otro, como per-

siguiéndose, como buscándose en el espacio turbio y agraz de la carretera y de la mentira. Cada uno con la excusa de encontrar en el centro de sus existencias una razón perdurable para seguir viviendo. Estaban los tres unidos al mismo hilo y yo era el único que lo sabía, el único también que había sido capaz de tensarlo hasta el límite para conseguir romperlo, como así sucedió.

Tu madre me ayudó mucho al vestirse con aquella chilaba que yo le ofrecí. Lo hizo porque había adivinado igual que yo que tu padre, después de enviar a tu hermano a Nador y de acicalarse de aquel modo, su único interés o la justificación de su encuentro engañoso con el caído no era otra cosa que la de llevar a cabo una determinada visita. Así que ella, una vez en Quebdani, lo primero que hizo fue buscar el Studebaker de tu padre. No le costó trabajo encontrarlo, estaba justo en la puerta del cuartel. Seguramente, como él le dijera, habría ido primero allí para verse con el comandante. Muchas veces lo hacía. Se llevaba bien con el Comandante de la Guarnición. Era un lugar también de lo más idóneo para aparcar su coche sin que levantara la menor sospecha. De modo que se puso a esperar desde una esquina, envuelta entre sus ropajes disimuladores, sin que nadie, al pasar por su lado, pudiera imaginar que se trataba de ella, de Aurora Benavides, vestida como una vulgar cabileña.

Al cabo de más de una hora de espera vio salir a su marido. Llevaba bajo el brazo unos documentos que introdujo en el coche, cerrándolo después, sin llegar a ponerlo en marcha, como si se hubiera olvidado de algo y fuera a volver dentro del cuartel, pero no fue hacia allí adonde se dirigió, sino a la cantina de Mariano. Por un momento pensó que se había equivocado y que todo lo que yo le insinué no era otra cosa que mi odio y mis malas argucias para sembrar de ponzoña sus relaciones entre ellos. Estaba pensando en volver para no pasar la vergüenza de que alguien la descubriera vestida de aquel modo, incluso, arrepentida por su comportamiento; había decidido acercarse hasta la cantina, eso sí, disimuladamente, hablar con Mariana, descubrirse ante ella y después inventarse cualquier estúpida excusa. Sin duda Mariana mucho la ayudaría para volverse con él, y ya por el camino pedirle perdón y contarle toda la verdad. Tu madre

era una mujer demasiado débil y a punto estuvo de echarlo todo a perder, pero en el momento en que se disponía a llevar a cabo lo que hubiera sido una insensatez por su parte, vio salir a tu padre, y vio que no se dirigía hacia su coche que estaba justamente frente a ella, sino que siguió un trecho hacia arriba y dobló después la última esquina de la calle. Ella lo seguía desde cierta distancia, hasta que él llegó a la casa de Gonzalo y llamó a su puerta. Luisa abrió enseguida y él se metió dentro.

Me miras sin terminar de creerte lo que te digo, pero eso fue lo que realmente sucedió. No era la primera vez. Tú madre se hubiera abalanzado sobre aquella puerta, la hubiera echado abajo nada más verlo entrar, hubiera hecho eso de no ser que todavía no tenía una prueba suficiente para culparlo de nada. ¿No era él el padre, y por lo tanto su suegro, que había llegado a casa de su hijo, y que su nuera, amablemente lo había hecho pasar? ¿De qué podía acusarlo? Aquello sí que hubiera sido ridículo, yendo ella además con la facha que tenía vestida de mora. Tengo que reconocer que tuvo la astucia y la paciencia suficientes para descubrir su verdadero engaño. Dejó pasar un cierto tiempo. Se había hecho de noche. En el interior, la lámpara de un carburo comenzó a menguar. Entonces, muy decidida, se acercó hacia la puerta de tu hermano, pegó dos veces, con rabia. Tardaron en abrir.

—¿Qué quieres? —le dijo Luisa sin reconocerla, con una bata, el cabello algo desordenado.

Tu madre no dijo nada. Se limitó a mirarla intensamente a los ojos.

—¿Quién es? —respondió tu padre desde dentro.

—Es una mora, que no dice nada, don Tomás.

—Ciérrale la puerta, entonces.

Aurora Benavides recibió un tremendo portazo, pero enseguida volvió a llamar, y volvió a llamar y no le abrían. Siguió aporreando la puerta. Tu padre, con una furia encolezada en sus ojos, había salido del cuarto, a medio vestir.

—Maldita mora de los demonios —decía—, se va a enterar.

La puerta volvió a abrirse y cuando descubrió que era tu

madre que ya se había quitado el velo de su cara, ¡por todos los diablos!, qué hubiera dado yo por ver aquello.

Desde la mesa de los talonarios, Tomás Dávila me metía prisa con los números que yo estaba poniendo en los costales. La pintura estaba algo pastosa y los pelos del pincel casi gastados, así que costaba lo suyo repintar sobre las arpilleras raídas y sucias de los sacos las cantidades que él me iba señalando según precisaba la báscula que manipulaba Tahar y que yo previamente iba marcando con una tiza. Él anotaba con distinta rapidez, con habilidad inmediata y con la precisión de un esmerado contable, con un lápiz que siempre procuraba tener muy afilado y que se colocaba detrás de la oreja cuando dejaba de escribir el pesaje de los sacos que señalaba el fiel, dando abiertas bocanadas de humo entre pausa y pausa, órdenes y gritos como si con ello tratara de acelerar el ritmo de nuestro trabajo o imponer su autoridad ante los ojos de nuestra cobardía.

Esa mañana habían venido muchos cabileños a traer su grano para molerlo. Habían llegado incluso gentes de Tambuzit y El Oyun porque estaba muy próxima la fiesta del borrego. Puede que tanta aglomeración, pues se había tenido que organizar una larga fila que bordeaba el molino y en la explanada los burros y los dromedarios se apilaban en los abrevaderos como en un día de zoco, lo pusieran un poco nervioso, pero no tendría que ser aquél el único motivo de su irritación. Tu padre, aquella mañana, estaba de un humor de perros, maldecía sin ningún motivo, llegó incluso a montar en cólera porque a mí se me había terminado la pintura colorada y tuve que ir a buscar otra lata nueva para seguir repintando los números.

Al volver me miró con ojos rojos y desafiantes, alzándolos sobre los cristales redondos de sus gafas, con una desesperación que me obligaba a huir de ellos para perderme u ocultar mi mirada culpable en la imprecisión de las rayas de las baldosas del suelo. Allí amusgué mi vista acobardada y necesaria. Imposible detenerme en esa luz tan fría que cruzaba el espacio como si quisiera deslumbrar en la tensión de mi rostro una respuesta cómplice. Sin saber por qué me sumergí

en la tarea con asombro y terror, sudando. Había abierto la nueva lata de pintura, removido su fondo previamente y deslizaba metódico el pincel sobre las cifras de tiza.

Él apoyaba sus brazos sobre la mesa en donde un día se colocó el féretro de Celestino, fumando excesivamente, luego anotó en un nuevo recibo un número y una cantidad convertible en harina cuando el dueño del saco viniera a recogerlo, como muy tarde en un par de días. A veces sonreía con un filo de misterio en su boca inclinada por el cigarrillo, incrédulo, como si estuviera escuchando algunos de aquellos chismes que le relataba Mariano o Jacinto Aguiar. De pronto se ponía serio, y era como si se turbara por esa misma escena interior que le provocaba al mismo tiempo aquella risa rota, seca, desvanecida por la curvatura de sus labios en el momento justo de exhalar una nueva bocanada de humo. Sin duda se encontraba nervioso y desafiante. No parecía estar en aquel sitio, sentado frente a la mesa de los talonarios, urgiéndome a mí a que acabara cuanto antes la última cantidad que me había apuntado con una voz turbia, ronca, de fumador, mineral y soez. No sabía, o no parecía saber quién era en aquel momento de duda y de traición, ni comprendía tampoco qué había sucedido para que ella, tan ingenua, se hubiera hecho de aquel disfraz, tan ingenuo también, y se hubiera plantado delante de la puerta descubriéndolo todo.

La noche anterior yo me quedé esperándolos, no aquí junto a la mesa de los talonarios donde últimamente dormía, sino en el cobertizo, echado sobre un montón de paja, con los ojos muy abiertos, mirando el envigado del techo, inmóvil, asomado a los ruidos distantes que vinieran de la carretera. Tenía la sensación de haber permanecido así toda una vida. El tiempo se había paralizado y desentrañaba en la opacidad de los silencios y los rebufes de las bestias un clamor de palabras acusadoras y otras que no sabían o no podían responder o se excusaban con una imprecisión igualmente de culpa. Los veía llegar y mentir, discuriendo por el camino y la noche de vuelta hacia el molino, sin la necesidad de que entre ellos la tragedia invadiera sus vidas, acusándose cada vez con palabras menos duras, más conciliadoras a medida que él se iría justificando con una autoridad inmediata, regañándola por haberse vestido de mora, por haber hecho aquello

que lo había puesto en evidencia delante de su nuera, que era sin duda la única culpable de los sucedido; pues fue ella —según le dijo— quien al verlo aparecer se puso una bata sin nada debajo, insinuándosele en cuanto entró en la casa a la que había llegado para preguntar si necesitaba algo, si todo lo que les había comprado era suficiente. Eso fue lo que le dijo a tu madre.

El Studebaker había frenado en seco delante del molino. Después apagó sus faros. Ladraban los perros cuando yo salí a recibirlos, ella sin la chilaba, él dando un fuerte portazo al cerrar la puerta de su coche, como si todo hubiera sido un pequeño percance, un ligero incidente de un matrimonio que hubiera tenido unas palabras. Sólo eso parecía que había ocurrido.

CAPÍTULO XVII

Fueron muchas las veces que yo acudí a mirar desde los terraplenes que daban al cuartel la casa solitaria y vacía de tu hermano, porque cuando él aceptó la huida de Luisa como un impulso inexplicable, como un arrebató de alguna oculta locura, la despojó de todo lo que la había llenado en sus escasos meses de felicidad lejos del molino.

Creyó en un principio que ella se había marchado a Melilla con su familia, cansada de que él últimamente insistiera en aquellos viajes llevando los cargamentos de harina que podría haber hecho otro cualquiera de los varios que trabajaban a las órdenes de Tomás Dávila, pero en Melilla sus padres tampoco sabían nada, ni tenían la menor idea de los motivos que la habían llevado a desaparecer de aquel modo, y se alarmaron tanto o más que él.

De regreso mintió para ocultar su culpa, pero a los pocos días, desesperado por tanta ausencia de noticia, le confesó a tu madre que en Melilla tampoco sabían nada de su paradero. Ella, con calma, lo consolaba diciéndole que ya aparecería, que algún motivo grave la habría llevado a tomar una decisión así, pero se lo decía sin convencimiento, sólo para apartarlo de su dolor y su rabia:

—Ni siquiera me ha dejado una carta, un aviso con alguien explicándome que se iba —se lamentaba sin ningún

rubor, con las manos abiertas, con la voz quebrada, sintiéndose lástima—. No lo comprendo, no sé qué maldito demonio le habrá entrado para coger una maleta con ropa, con lo imprescindible, y hacer lo que ha hecho.

—Así somos las mujeres —le dijo ella con nostalgia—. Todas estamos llenas de impulsos y de secretos.

—No te entiendo, ¿qué quieres decir?

Aurora Benavides no le contestó. Terminó de doblar unos pantalones, puso una mariposa encendida a cada uno de los retratos de sus hijos muertos que estaban sobre el tocador, como transformada en un ser ausente, yendo de un sitio para otro de su cuarto ordenando las cosas, cerrando la puerta del armario de donde había sacado antes sábanas limpias para hacer la cama.

—Luisa no te quería, Gonzalo —le dijo finalmente—. Una mujer como ella no te conviene. Lo supe desde el primer día que la trajiste, demasiado refinada, demasiado cursi para un hombre como tú.

Se había sentado en el borde de la cama y lo miraba sin reparos, como cuando era un niño y le regañaba porque otro niño menor que él le había pegado y roto los botones de la camisa.

—¿Cómo puedes decirme eso? Es cierto que Luisa es una mujer culta e inteligente, y que no he hecho bien en traerla a vivir a un sitio como Quebdani. A ella nunca le ha gustado este lugar. Me lo decía siempre y últimamente andaba demasiado nerviosa y no quería para nada que me separara de ella. Me pedía que no la dejara sola, que no lo soportaba, que tenía miedo...

—Miedo y muy poca vergüenza —volvió a decirle ella.

—No está bien que la insultes. Ya sé que haberse largado no tiene ningún sentido, pero no me parece justo que la trates así.

Tu madre oyó su respiración agitada, sus palabras ingenuas, alzó los hombros hasta levantar su dolor todavía escondido del engaño hasta verse en el límite de una confesión que no podía otorgarle, que no debería hacer ni ahora ni nunca, no sólo por la parte que le afectaba a su hijo, sino por él, por su marido, el verdadero culpable, al que tenía que defender y ocultar de todo.

—Muy poca vergüenza, por no decirte nada, por desaparecer como lo ha hecho —le dijo en contra de todas sus convicciones, para engañarlo, para conformarlo de lo pendona que para ella había sido su nuera—. Te repito, cálmate. El tiempo todo lo arregla. Eres joven todavía. No eres el primero al que le ocurre una cosa así, acuérdate de Jacinto Aguiar...

Lamentó enseguida de haber repetido aquel nombre, de haber insinuado torpemente lo sucedido con su mujer, de haber tirado nuevamente de los hilos oscuros de su rencor y de todo lo que sabía y había visto aquella tarde que fue a su casa, vestida de mora y los descubrió a ellos juntos.

—Luisa nunca ha sido una zorra, mamá —le contestó con los ojos amarillos, llenos de furia, tu hermano.

Gonzalo no aceptó ni la más mínima sospecha de la infidelidad de Luisa ni tampoco quedarse solo. Necesitaba con urgencia explicarse ese tiempo cumplido e insustituible de su pasado y ese otro nuevo, sin fecha y sin destino. Acaso lo único que necesitaba era cerrar los ojos y no mirar su imagen, su melena tan larga, los caminos ocultos y desconocidos por donde ella se distanciaba de él como un viajero sin rumbo. Miraba en su recuerdo y se veía a sí mismo penetrando en cada uno de sus resquicios, buscándose en las horas y en los momentos dichosos o infelices que había estado con ella, mientras levantaba la palanca de la tolva y los sacos volvían a llenarse de harina con una avaricia continuada, en las tardes opacas y miserables camino de su antiguo hogar, y luego, ya en él, sumergiéndose en cada objeto, en cada mueble que habían comprado juntos. «Dios mío», exclamaba, «si sólo fuera recordar», pero estaban también sus temores y sus dudas, el balance de no sabía qué fracaso o qué equivocación. «Si todo fuera abrir una ventana», volvía a repetirse. Pero se temía que era algo peor. En realidad, se encontraba delante de esa ventana por la que se veía el mundo miserable de Quebdani, formando parte a la vez de los visillos estampados que ella había puesto, de los juncos que sujetaban los cristales ahora sucios y menos transparentes, de sus postigos, de la falleba que nunca llegó a encajar del todo desde que la pusieron, del color verde claro con el que habían pintado su

madera; pero igualmente pertenecía con una simultaneidad que no llegaba o no quería comprender de toda esa gente que pasaba al final de la calle embutida en sus chilabas o en sus uniformes, ajena a su desgracia, bajo las sombras primeras de aquellas noches de octubre, sin ternura.

El miedo y la duda lo tenían desconcertado. Se adensaba en su pecho y le dolía tanto como la misma y previsible traición aunque ésta no la aceptara. Sospechaba, aunque se lo desmintiera, que cada cosa de aquella casa guardaba algún secreto, escondía alguna huella, poseía más que él algo suyo en su tacto, en su permanente presencia cuando Luisa se quedaba a solas, esperándole, en noches desesperadas y aburridas. Entonces fue cuando decidió acabar con cada una de ellas para arrancarles su secreto, y la casa se fue despojando de sus muebles que uno a uno iba desvalijando hasta su última astilla, entregándolos después al fuego o al abandono de su propia ruina. Lo que no podía evitar era seguir recordándola cada vez con más insistencia como si todavía estuviera ocupando el aire de cada habitación o crujieran sus pasos entre los rescoldos y las cenizas de los muebles. Pero poco a poco comenzaba a darse cuenta de que ya no volvería, que cuando se marchó lo había hecho para siempre, como se va o se pierde la lluvia en un campo sediento, o el humo o el vuelo de los pájaros en el aire.

Un día llegaron a decirle, en la cantina de Mariano, delante de un par de botellas ya vacías de Cariñena, que la habían visto sentada en la terraza de un cafetín, en Argel; llevaba gafas oscuras y hablaba con alguien, y ella en el transcurso de aquella conversación pronunció la palabra Quebdani.

—Mira, Gonzalo, el que me lo dijo estaba sentado junto a ellos con unos amigos, en otra mesa, a escasos metros, escuchó ese nombre y enseguida se volvió, no sabía de lo que hablaban pero escuchó el nombre de Quebdani varias veces, y decía ese nombre con asco, con verdadero asco, como únicamente lo puede decir alguien que lo conociera, alguien que hubiera vivido en este lugar y hubiera sufrido mucho, y eso fue lo que hizo que mi amigo la mirara y se acordara de lo que yo le había contado de la nuera de don Tomás.

Una sensación de alivio y de esperanza se reflejó en su

rostro borracho. Trató de incorporarse precipitadamente, abrazar a su interlocutor, salir corriendo, ir a buscarla. Lo hizo al día siguiente, pasados los efectos del alcohol. No vino ni siquiera al molino para decirlo. Ignoro si llegó a encontrar a Luisa, porque nunca más hemos vuelto a saber de él.

Aquella vez que yo había acudido a mirar la casa o los restos de lo que de ella quedaba se me había hecho de noche. Necesitaba de cuando en cuando ver la ruina de su destrucción como si yo mismo lo hubiera hecho. Necesitaba asumir esa desgracia como un deber cumplido, como un trófeo raro.

La luna iluminaba los sesgos de las azoteas y los mullones del cuartel. Alguien cruzó muy cerca de mí, con un cigarrillo encendido y yo aceleré el paso embozado en mi chilaba. Pasé luego delante de la cantina de Mariano. En el interior, una soldadesca medio borracha vociferaba. Temí que en ese momento alguien le diera por salir y al tropezarse conmigo me obligara a invitarme a unos tragos de vermut con sifón. Ya sabes cómo se las gastaba esa gentuza si tenían unas copas de más. Pero no ocurrió nada. Así que proseguí caminando. A veces se escuchaban voces ocultas e indefinidas, más bien resquebrajadas por el parapeto de los muros, rotas, que se iban uniendo al sonido de mis pasos titubeantes, al canturreo de los grillos y que limitaban el sosiego justo de la noche aún por entregarse al descanso total del pueblo. Una sensación de alivio recorrió mi cabeza que comenzó a aspirar la represalia de un aire fresco que llegó de repente. Estaban cerrando el cafetín de la esquina. Olía bastante aquel espacio a té con hierbabuena ácida, a restos y desperdicios de pescado frito. Faltaba todavía un poco para abandonar las últimas casas pálidas y tristes del pueblo, alineadas sin orden, vencidas a la noche entrante cuando, sin que en un principio yo hubiera podido reconocerla bajo las sombras, vi cómo ella le cogía su mano contra la suya y pronunciaba su nombre con sílabas jadeantes, torpes, menguadas por el silencio roto de sus labios, que igualmente le besaban los dedos con esa humedad opaca de las ventanas que llevan mucho tiempo sin abrirse. El corazón me dio un vuelco. Eran Adriana y el teniente Ignacio Villarte.

Ella estaba apoyada, mostrando o confundiendo su cuerpo bajo sus manos. Estaba allí, oscurecida por la noche, abrazada a su cuello. Un macizo de alhucemas desprendía un olor algo desafiante. Aspiré su tibieza mientras me escondía para que no me vieran, embozado en mi chilaba, y desde el hueco oscuro de una puerta los seguí observando. Seguían sin moverse, apretados y duros, hasta que ella agrandó su silueta alrededor de él y caminaron juntos, tal vez felices y completos, en dirección a un Chevrolet. El aire bajaba desde las ramas de los árboles sin hojas, todavía indeciso para sofocar el último calor. Luego los seguí lentamente mientras me iba ocultando detrás de una fila de acacias peladas, creyendo que ella, sin que me hubiera visto, me sentía, que había notado mi presencia unos minutos atrás, mi paso inconfundible, renqueante, tan propicio al desequilibrio, pues antes de que llegaran al vehículo, se paró nuevamente, miró como perdida y lo besó una y otra vez, con avaricia, con pasión y con un ansia implacable. Él entonces arrancó el motor y las luces se encendieron en dirección al molino, imitando a una luna turgente que se despeñaba próxima a un macizo de chumberas. Todavía en el interior, ella lo cercaba apartándolo del volante como si fuera imprescindible reconstruir los últimos momentos de verse juntos, como si necesitara dejarme aquella escena como una postal final para mi quebranto. El coche inició la marcha calle abajo y antes de que se perdiera del todo por el último pálpito de los edificios vi todavía cómo su cabeza descansaba en el hombro de él multiplicándose en la oscuridad.

Cuando llegué al molino, alguien me preguntó qué me sucedía. Le tuvo que extrañar mi aspecto delirante, pues parecía un loco huyendo del diablo, pero yo no le contesté, no le dije nada de lo que me pasaba ni de lo que había visto. Entré en el cobertizo y me tumbé en un rincón junto a las bestias con unos celos terribles porque los vi juntos, acariciándose; ella le cogía la mano y le susurraba palabras entrecortadas, le palpaba los hombros, lo besaba en las mejillas, en la boca; él la rodeaba con sus largos brazos y le acariciaba su larga mata de pelo.

Durante toda esa noche no pude pegar ojo pensando en esa escena que se repetía una y otra vez como un espejo obsesivo que insistiera en martirizarme. Los celos me comían. Más que mi rencor hacia ella por esta traición incomprensible, mi rabia y mi despecho lo dirigía hacia él por habérmela quitado. Lo maldije con asco, con inquina, como se puede maldecir a la punta del cuchillo que te hiere y al asesino que lo empuña.

De hecho, yo tenía mis temores, pues desde que tu madre le habló al teniente de tu hermana, él comenzó a visitarnos con más frecuencia, y cuando Adriana regresó, al poco tiempo Ignacio Villarte estaba allí con un ramo de rosas recién cortadas del jardín del cuartel.

Aurora Benavides debió de tener prevista aquella visita. Hizo poner cortinas nuevas en la salita-comedor y ordenó que se limpiara a fondo no sólo ésa sino también las otras dependencias de la casa. Estuvo todo el día muy excitada por la convulsión del acontecimiento, pues se lo había referido a tu padre como ella únicamente sabía: su sonrisa dudosa, su temblor de animalillo asustado, su pregunta en la frente antes que en su boca, buscando en su rostro algún gesto contraído que advirtiera su desaprobación. Tu padre, que odiaba muchas de las frivolidades de tu madre, quiso mantenerse ajeno al compromiso y se ausentó ese día. De hecho, ella aprovechaba esa ausencia para invitar al teniente a una taza de café y concertar de este modo un encuentro intencionado con Adriana.

Ignacio Villarte llegó muy puntual, a las seis, en un jeep del ejército, tan elegante y atildado como siempre. Adriana estaba en la salita, más hermosa que nunca. Al abrirse la puerta las cortinas de la ventana tamizaban la fuerte luz que llegaba de afuera. Era una luz tangible, acogedora y cálida. Tenía sin duda una especial mansedumbre pues parecía que acariciaba los objetos como si se les estuviera dando un color que yo nunca había visto, o al menos así me parecía: la porcelana de la vitrina, los candelabros de bronce, el jarrón de esmaltes jaspeados, las bandejas de plata, irradiaban un brillo insistente igual al que tienen las cosas que vemos en un escaparate, pero sobre todo se acumulaba allí, en el perfil de su cara, en su boca, en su nariz recta, en aquellos ojos claros que al verlo a él vacilaron exaltados por la curiosidad.

Cuando hicieron los cumplidos de las presentaciones y se sentaron, Aurora Benavides le sirvió una tacita de café. Había sobre la mesita un platito de pastas y una caja de bombones. Ni él ni ella decían nada. El teniente sorbía lentamente la tacita de café, sin azúcar, más por pura distracción a que el café en realidad le gustara amargo. Aurora Benavides era la que hablaba. Comentaba lo bonita que era aquella caja y decía que en cuanto se le acabara, la guardaría para meter los hilos de los bordados, las agujas y los dedales. Nadie reparaba en aquella caja de zinc que tenía dibujos de ciervos, ni tampoco en su nerviosismo, pues trataba de encauzar la situación con algunos comentarios verdaderamente triviales, como cuando se pretende romper un silencio violento y se dice una cosa inoportuna y fría.

—Así que se va usted de permiso durante algún tiempo —interrumpió tu madre.

Todavía ahora puedo recordarla sentada entre los dos, buscando ansiosa una novedad distinta a las otras visitas circunstanciales con las que el teniente la había cumplimentado, en el porche, con otra taza de café, junto a su marido. Todavía podía recordarla unos minutos antes de que él apareciera en la explanada conduciendo su jeep, urgiéndome a que pusiera el agua a calentar nada más verlo bajarse, siempre sonriendo, pero no con una sonrisa aislada, sino con la expresión cómplice que los unía y que terminó por desbaratar todos mis sueños y todos mis propósitos.

—No se trata de un permiso cualquiera sino de unos cursos de formación en la Península —dijo él, izando la cabeza por encima del sillón en donde estaba sentado—; un par de meses nada más. Hay que estar al día, doña Aurora. El ejército y sus mandos también tienen que actualizarse. Espero que a la vuelta me encuentre a su hija más guapa de lo que está. Ya me había dicho usted que era muy hermosa, pensé que era pasión de madre, pero ahora veo que sus palabras se quedaron cortas. Ha sido para mí un gran honor y espero, si usted y su marido me lo permiten, volver otro día por aquí antes de marcharme.

—Faltaría más —le respondió Aurora Benavides—; para nosotras sí que es un gran honor contar con su presencia. En este lugar gente tan educada como usted es un regalo.

CAPÍTULO XVIII

Adriana le había dado el último beso de despedida. Yo la vi sonreír, bajarse de su Chevrolet no demasiado nuevo —como la había visto otras veces— cruzar media explanada sin ninguna prisa, aceptar un rápido saludo con la mano desde la puerta del molino, y a él encender las luces de los faros y dilatarse en lo oscuro de la carretera a eso de las diez.

Se afanaban en encuentros puntuales y en despedidas exactas con riguroso horario militar a partir de cuando tu padre le dio el consentimiento a aquellas relaciones que a mí me causaron un verdadero disgusto.

Todo se hizo alrededor de una taza de café, como no podía ser de otro modo, en la salita; ella silenciosa y ávida por escuchar lo último que tu padre diría de aquella conversación, y cuando lo dijo, cuando dijo que sí, que el destino de los hombres era hacer una buena familia y traer hijos al mundo como habían hecho ellos, con aquella voz tan bronca y con olor a tabaco que parecía un tumulto en un día agitado de zoco, un ronco vocerío indescifrable saliendo de la cantina de Mariano, no sabía Adriana qué decir ni a qué mirar de lo nerviosa que se puso.

Estaban los cuatro sentados en sendos butacones, la mesita del cuarto de estar justamente en medio, la bandeja con las tazas de café, los platitos de las pastas, el cenicero

sobre la mantelería que había bordado ella y que se estrenó para la ocasión.

Tu madre después de espantarse una mosca, una de esas moscas pegajosas e inoportunas, había vuelto a sonreír y lo miraba fijo, a él, al teniente, reparando en su uniforme caqui, en sus distintivos de seis puntas de las bocamangas de su guerrera, en sus botas lustrosas con olor todavía a reciente betún, en su bigotito paralelo al labio, tan satisfecha que no cabía en sus carnes mayor felicidad, dedicándole igual atención a Adriana, que a veces enrojecía, cuando hablaba el teniente o tu madre, o inclinaba la cabeza.

Todavía ahora puedo recordarla apoyando su mano sobre la suya en el instante justo en que tu padre accedió a la petición de su mano. Tenía los ojos húmedos, a punto de que se le emborronara el rímel, la boca semiabierta pintada con un pequeño toque de carmín, la frente con un sudor minúsculo en donde Ignacio Villarte depositó el intento de un beso que yo creí tan falso, que después, cuando sucedió lo que sucedió, lo volví a recordar, aproximándose con su boca risueña, pero no con una sonrisa feliz, no satisfecho aunque lo disimulara, sino con un brillo mezquino entre sus dientes, un brillo que era la expresión de una duda o de una mentira.

Se había comprometido con tu hermana no porque la quisiera verdaderamente, porque se hubiera enamorado perdidamente de ella como lo estaba yo, sino porque ella lo vio a él, aquel mismo día que tu madre lo invitó al molino por primera vez, como al modelo de hombre con el que siempre había soñado, y al referírsele tuvo que sentirse tan lleno en su vanidad, al decirle Adriana (probablemente) que era tan apuesto, tan educado y cortés en el trato con las mujeres —porque estoy seguro que eso y más cosas halagadoras le diría—, comenzó a cortejarla. Primero visitándonos, aprovechando las maniobras que realizaba cuando pasaba por aquí con alguna patrulla, luego saliendo juntos por Quebdani, más tarde puntualmente, en horas repetidas y justas que yo siempre espiaba.

Porque es cierto que espiaba al teniente y a tu hermana para mayor tortura mía, sobre todo cuando no cogían el coche y salían a pasear hasta alcanzar el paseo de los eucaliptos

jóvenes, que ya estaban muy altos, cerca de la casa del caíd Sidi Amar Hoch-chen.

Lo hacía con la prudencia y con el sigilo necesarios para que ellos no lo advirtieran, agazapándome entre las pitas, detrás de los majanos, diluido en el color de la tierra con mi chilaba parda como cualquier rifeño, como la liebre hace cuando se ve perseguida por el cazador. Y eso que mi madre me enseñó que hiciera como lo había hecho mi padre y el padre de mi padre en la lucha contra los soldados españoles, también lo hacía yo cuando los veía caminar abrazados bajo las hojas acuchilladas de los eucaliptos, de aquellos mismos eucaliptos pequeños que comenzaron a crecer con nosotros. Entonces yo era quien la acompañaba llevándole la cartera hasta el colegio. Entonces, pobre de mí, soñaba, a escasos metros del aire y de los pasos que ella iba dejando camino de Quebdani, y lo que soñaba era que un día volveríamos a pasear por este mismo lugar, los eucaliptos estarían altísimos porque son árboles de rápido crecimiento en cuanto aniquilan todo lo que crece a su alrededor, y se hacen enormes; vendría a pasear sin atreverme a cogerla ni siquiera de la mano porque ya sabes lo tímido que soy, con palabras entrecortadas pero quizs bastante seguras de su sentido, refiriéndome a las buganvillas que sobrepasan las tapias de la casa del caíd, a los cipreses y a los sauces que emergen igualmente al otro lado, generosos de sombras y de frescura; y le llenaría los oídos con todas las posibilidades poéticas de mis palabras para enamorarla, no con, sino desde el corazón de una frase o de una sílaba que fuera como una chispa eléctrica que a los dos nos pudiera alcanzar. Era así como yo soñaba ese paseo único y diferente en las mil formas y los mil detalles que imaginé, y qué pudor me da relatarte escenas y discursos que nunca sucedieron, a no ser en mi calenturienta frente de entusiasmo cuando pensaba en ella, quizá porque era lo único que yo verdaderamente poseía de Adriana, lo único que sentía como mío, palabras, gestos, imágenes ajenas a la cruda realidad que por otro lado contemplaba, pero que sin embargo tuvieron y todavía tienen —aunque te parezca imposible después de lo que vas a saber— ese latido que hace mantener viva cualquier esperanza.

Ya sé que no fue así, que a veces los almanaques pasan

sus hojas sin que nada parezca que cambie, sin que se note que el tiempo tiene puertas, ventanas, ranuras por donde han de perderse o escapar los sufrimientos del pasado.

Verás. Había en mí demasiados rescoldos encendidos o quizás una llama permanente para que yo la pudiera olvidar. Bastaba que la viera con una ropa nueva que se hubiera comprado aunque yo sabía que se la pondría para él, que se hubiera dejado de nuevo el pelo suelto, que pasara junto a mí sin propósito de evitarme, para que como una racha de aire me avivara cualquier fuego que por culpa del odio se hubiera extinguido. La tenía dentro de mí sin conciencia de tenerla, sin voluntad para mis deseos o para sus miradas, independiente y libre, como si fuera mi propio corazón. ¿Lo comprendes? La tenía pero sin que ella lo supiera, sin que nunca el dominio de su aliento o la fragilidad de su risa yo pudiera pararlos en el espacio o durante los segundos de un encuentro casual, como tampoco, siendo tan míos, puedo detener ese chorro interior que corre por mis venas o el aire acompasado que vibra en mis pulmones.

Sin duda no te estaría contando todo esto si ella hubiera hecho otra cosa, si hubiera decidido esperar un poco más de tiempo o me hubiera mirado de forma diferente a como me miró aquel día, aquel maldito día en que la oí decir que se marchaba. Se lo dijo a tu madre, que estaba en la cocina preparando la comida del almuerzo, como si fuera un viento que de pronto hubiera cerrado de un portazo la puerta del molino.

Yo venía de encerrar una mula en el cobertizo, una mula recién herrada a la que le acababa de poner paja y grano en abundancia y llevado antes a beber, cuando la vi a ella cruzar rápidamente bajo el porche y a él alejarse con su jeep, vestido de faena. Era una de esas visitas inesperadas que duraban un instante y que tanto a ella le complacía, el tiempo de tomarse una taza de café o los soldados que lo acompañaban refrescarse un poco en la misma agua de los pilones de las bestias. Algunas veces solía quedarse un poco más, sobre todo cuando tu padre salía también a saludarlo y hablaban probablemente de las últimas instrucciones que había recibi-

do del Alto Comisariado avisándole o previniéndole de actos y pillajes que por aquellas fechas, según ellos, estaban causando una seria alarma entre los colonos de la zona. En realidad, sucedía lo contrario. Si sacaban tanto a las patrullas era porque los nervios estaban a flor de piel como consecuencia de las últimas represiones que sufrimos en Targuist. Resultaba más fácil culparnos de sus propias tropelías para justificar todos los registros, los apresamientos y a veces también las torturas que sufrieron los nuestros para extirpar de una vez cualquier brote levantisco que pudiera surgir o que pudiera poner en evidencia la actuación del ejército encargado de mantener el orden y la ley a toda costa en el Protectorado, en el que por fin cada vez eran más los gritos de independencia que se escuchaban por todas partes.

Mohamed V llevaba ya dos años depuesto por la fuerza y deportado por los franceses a la isla de Madagascar. Si bien las grandes manifestaciones se hicieron en el sur por esta causa, sobre todo en Casablanca en donde hubo muchos muertos, aquí en el Rif (ya sé que tú estabas de nuestro lado) también se acusaba al colonialismo español de estar sometiendo a todo un pueblo en contra de su voluntad, amordazando sus libertades, quitándonos, como se hizo a través de una orden del general Valiño, a nuestra propia policía, aplicándonos unas leyes que no entendíamos y aboliendo todas las nuestras. En esos días, como estoy seguro que tú también deberás acordarte, hubo muchos registros y encarcelamientos y el ejército se entregó con saña hasta con los ancianos y los niños. Parecía repetirse un tiempo anterior que avivaba el odio y la venganza. Había corrido el rumor incluso de que Abd-el-Krim de nuevo regresaba para liberarnos definitivamente de los extranjeros. No lo sé, pero algo en mí se precipitaba como un ciego impulso hacia una luz o hacia una ventana abierta, y el odio almacenado se agitaba más diluido y más ágil (ahora creo que lo siento) hacia todo lo que se relacionaba con ella. ¿Celos? ¿Un hombre celoso yo o un hombre humillado? Un hombre solamente, Manol, un rifeño, un Beni Urriaguel orgulloso, dispuesto a cumplir la promesa que le hice a mi madre.

Creo que Adriana se sorprendió de su propio arrebató de ir a contarle a toda prisa que se iba, que se casaba con él. A mí se me escapaba el aire, me asfixiaba, me entraba por mi boca sin dejar otro rastro que una intensa amargura. Apenas me había permitido su presencia y ahora decidía dejarme para siempre. Me volvería loco, pensé. Cómo detenerla, cómo parar las aguas de un caudaloso río con tan sólo mis manos. Me sentí más indigno que nunca de tanto amor y tanto odio, enfrentado a la duda y a la extensión sin límite de una voluntad temerosa que calculaba filos, trampas, tempestades, útiles y acosos desprevenidos para la venganza. El molino se agitaba en sus afanes y rendía a tanto esfuerzo una incomprensible y predestinada astucia para la traición a esa hora del día. Creí comprender sus muros, el rugido de la piedra molar, la tolva que hacía de féretro y muerte lenta a los granos que se le echaban, al polvo de la harina y al olor grasiento y sucio de los restos de gasoil esparcidos por el suelo como si fuera la sangre de un herido. Sucedió simplemente que esa comprensión estaba sólo en mí y me alarmaba por pensar que estaba delante de una escena aún por suceder, ocurriendo no ahora, sino en un tiempo futuro, incomprensible para la memoria, sin consuelo tampoco, sin ningún alivio. Hice firme propósito de soportar la angustia y de recluir el rencor en una esquina de mi pasado, sin apartar los ojos de sus pasos cuando se dirigía hacia la cocina para hablar con tu madre, temeroso de que me advirtiera. Aspiré de nuevo la negación del aire, acaso ahora más sensible, menos caliente, que se extendía fiel y experto en toda la explanada.

—Mamá, acaba de decirme que lo han ascendido —dijo, con entusiasmo, con la risa abierta sin falsificación posible.

Yo me había acercado, y semiescondido escuchaba con toda claridad, no sólo su inaplazable secreto que él le había hecho prometer que silenciara durante al menos unos días para que fuera una sorpresa presentarse en el molino con sus estrellas de capitán, sino que también el ritmo acelerado de su respiración y el roce de su vestido y el ajeteo de sus pasos de un lado a otro de la cocina me llegaban como si estuviera diciéndomelo todo a mí, con esa evidencia perturbadora de una mala noticia.

—Se ha acercado solamente para comunicármelo. No ha

querido esperar a la tarde cuando viene a recogerme. Qué alegría mamá. ¿Sabes lo que eso significa? —siguió Adriana—. Me conoces bien. Lo quiero, estoy totalmente enamorada de él. Me podré ir definitivamente de este asqueroso lugar. Estoy harta de estar con tanto moro, con tanto salvaje. No soporto más a esta gentuza.

—Por favor, Adriana, no lo digas tan fuerte. Pueden oírte —le repuso tu madre—. Tienen los humos demasiado subidos. Tu padre no hace más que decirlo, que se nos han ido de la mano. Pero evita los insultos o tu desprecio. Si alguno te oyera te respondería. Las cosas ya no están como antes. Debemos procurar no tener ningún tipo de disgusto con ellos.

—Mi padre —le contestó tu hermana— debería venderlo todo. ¿Qué haréis vosotros cuando yo me vaya? Porque esto es también lo que quiero que sepas. Ignacio pedirá nuevo destino y probablemente lo trasladen a la Península, no a Melilla, sino a la misma Península. Me ha dicho que prefiere Madrid. Tiene un tío en el propio Ministerio que es coronel. Así que para dentro de una semana, o tal vez dos, le telegrafiará para confirmárselo.

—A Madrid, hija mía —dijo emocionada, sentándose sobre una silla, dejando de remover el caldo del puchero—. ¡A Madrid...!

—¿Te das cuenta? Nos casaremos y nos iremos a vivir a una gran ciudad, como siempre me has hecho que soñara, como a ti te hubiera gustado irte cuando te casaste. No quiero que me pase lo que te ha pasado a ti, que aborreciendo a Quebdani como lo aborreces nunca has podido huir de este sitio miserable. No sé cómo lo has soportado, cómo hemos aguantado también los demás vivir en un lugar como éste.

—Tu padre me ha confesado que ahora menos que nunca puede moverse de aquí. La situación no está muy bien. Nos lo quitarían todo. Si él no estuviera perdería en unas cuantas semanas lo que con tanto sacrificio le ha costado conseguir a lo largo de su vida. Pero no te preocupes por nosotros, y ahora pensemos en el traje.

—Tiene que ser muy largo, mamá, como el tuyo que se ve en tu foto de boda. Quiero que también papá sea el padrino. Ya sé que es muy quisquilloso para estas cosas, pero

al mismo tiempo sé que le gustará tener un yerno capitán y después, quién sabe. Ignacio es bastante joven y con un gran porvenir.

—¿Tú me lo vas a decir? La primera vez que vino al molino enseguida me di cuenta que era un muchacho promotor, aunque a tu padre sus formas tan atildadas no le gustaban. Yo en cambio me dije que un hombre así es lo que le convenía a mi hija, y fíjate, el tiempo me ha dado la razón. Cuánto me alegro, Adriana, pero ten calma, deja de moverte de un sitio para otro.

—Estoy tan nerviosa...

—Me quedaré muy triste cuando te marches, pero se trata de tu felicidad y de tu futuro, de modo que nos tenemos que poner a pensar en ese vestido cuánto antes.

Aurora Benavides dejó pasar unos segundos y estiró luego los brazos para besarla nuevamente. La miró con los ojos mojados, con ternura y paciencia, volviéndose enseguida hacia el puchero que había comenzado a borbotear hasta derramarse.

—Se me va a apagar la lumbre —dijo, quitando con un trapo la tapadera y removiendo con la cuchara la espuma que rebosaba en el límite de la olla.

—Te dejo, mamá, yo también tengo que hacer algunas cosas.

Entonces, ya sin escucharla, Aurora Benavides terminó de limpiar y secar el caldo derramado, mientras con ojos todavía acuosos miraba distraída a través de la ventana las grajillas que cruzaban el cielo. Reparó enseguida en lo que eso significaba, pero no quiso ni pensarlo.

Cuando Ignacio Villarte arrancó su Chevrolet inundando de luz en dos ocasiones los cañizos y los murallones de barro y paja del cobertizo, la primera al girar y luego al retroceder para esquivar los pilones de las bestias, yo estaba junto a la mula sujetándola y con todo dispuesto, pero sin dejarme ver. Así que dejé pasar un largo minuto antes de salir igualmente a una noche absurda y transitoria, con acelerada indignación porque ese minuto era un tiempo demasiado precioso para haberlo perdido.

La montura tenía los herrajes nuevos y había comido y descansado bien ese día, sólo faltaba que quisiera correr con la ligereza y con la prontitud que yo le exigiría y no se encajonara en ir a su modo como hacía otras veces. Levantó la nariz al oler el viento macerado que llegaba de la barranca y abrió redondos sus dos ojos para mirar la dirección inexplicable que mis pies y los tirones que las bridas le indicaban, con obediencia, como si tratara de agradecer el cuidado y los esmeros que yo tenía con ella a la hora de ponerle bastante grano o de cepillarle las grupas.

El trote se hizo denso y preocupante por la falta de luz, pero después se fue alegrando hasta alcanzar una buena carrera por donde aún el camino era ancho y abierto. Fue breve lo que duró este primer trecho porque enseguida tuvimos que aminorar totalmente la marcha al deslizarnos por una pendiente bastante tortuosa que tal vez al animal, por lo abrupto y por lo oscuro, le hacía desconfiar cada paso que daba, quedándose en algún momento quieto, como si intentara retroceder, como si husmeara el peligro de que los dos, en una falsa decisión, rodáramos hasta abajo. Al darme cuenta descendí de su lomo y ella, sujeta de las bridas, me sujetaba a mí al mismo tiempo cuando tropezaba, refrenando las prisas que yo mostraba por llegar a no sabía qué parte. De modo que recorrido ese tramo, la volví a montar y le hincé mis talones en sus costillas para que aligerara.

El lecho de la barranca tiene un camino que han abierto durante quién sabe cuántos años y cuántas miles de bestias, porque por aquí se ataja lo suyo, una vez salvada esa pendiente hasta la carretera. Un puente salvaría toda esta distancia que une el molino con Quebdani en un cerrar de ojos, pero a nadie todavía se le ha ocurrido construirlo y la carretera ha de dar una vuelta casi circular alrededor de toda la barranca para venir a parar enfrente del mismo sitio en donde yo acababa de llegar con mi mula. Rápidamente la amarré a unos acebuches para ocultarla y puse varias piedras atravesadas en la carretera. Era una noche oscura, total; los faros de su Chevrolet a lo lejos parecían ojos de chacales. Después me aposté convenientemente en un sitio algo elevado, envuelto en mi chilaba, con la sensación (en ese momento comprobaba que no hay sabiduría ni inteligencia para nuestro destino, lo

cual al mismo tiempo me aturdí porque el dueño de ese destino era yo a medida que él avanzaba hacia mi rencor o hacia mi locura) de haber estado allí esperando siempre. La luz y el trepidar de las ruedas sobre los guijarros estaban ya muy cerca.

¿Has observado alguna vez a una presa acercarse al cepo camuflado, olisqueando la carne podrida cuyo olor ha sido como un hilo que lo fuera arrastrando hasta exactamente ese lugar en el que tú esperas? No era éste el caso pero así me lo parecía. La alimaña duda, recela, pone límites al hambre y al acecho que tan fácil se le presenta para el engaño y sólo en el último segundo, cuando es imposible o casi imposible la huida, ve claramente su trampa y su destino fatal.

Ignacio se paró y dudó en bajarse. Habría oído que detenían a los coches cruzando un alambre en la carretera sujeto a dos troncos, que en el momento de acercarse el vehículo alguien levantaba, y varios, desde las sombras salían al encuentro de una víctima para el asalto. Otras veces la apariencia de un herido también sobre la calzada era una buena treta para que un corazón samaritano se encontrara con que una pandilla de salvajes lo asaltaban y le robaban todo lo que tenía, y a veces pasaba a ser él la propia víctima si había presentado alguna resistencia a los ladrones. Pensaría eso cuando vio aquellas piedras que no venían de desprendimiento alguno, que estaban allí colocadas por otro azar, por alguna astucia escondida para asaltarlo. No era cosa de dar marcha atrás al coche y volver por el mismo camino por donde había venido. Eso también lo tuvo que pensar. Se acordaría de Targuist, de la redada que dio aquella vez que por eso le vino lo del ascenso. Se trataba de un hombre valiente, no lo dudo, a pesar de todo. Así que sacó su revólver antes de bajarse. Vendería cara su vida si aquello se trataba realmente de una emboscada. Estuvo vacilante, y esperó algo de tiempo hurgando entre las sombras ralas de los matojos, sobre algún acebuche. Aparentemente, todo estaba tranquilo. Ellos sabían esconderse pero no se percibía ningún indicio, ninguna posibilidad de que fueran muchos (pensaría), de que estuvieran armados que no fueran con palos o con cuchillos y él llevaba una pistola y el cargador

completo. La mula no se la oía. El teniente salió tomando todo tipo de precauciones, cubriéndose las espaldas con la delantera de su coche, dejando la puerta abierta, mirando a su alrededor casi imposible de que alguien estuviera apostado. Pensaría también que moviendo una sola de las piedras con el pie, hacia la derecha, ya era más que suficiente para dejar un hueco y poder pasar con el coche. Tendría el uniforme frío del sudor, las manos también sudorosas por el miedo. Nada se movía, ningún vestigio de que aquellas piedras que no fueran otra cosa que fruto de la casualidad, de alguien para gastar solamente una broma. Yo, desde mi escondrijo, como la liebre, lo oía y lo miraba y empuñaba la pistola que los de la Munaddma Serriya de Rabat habían conseguido ir introduciendo entre los nuestros. Pero no era por la Independencia por lo que estaba yo allí apuntando al teniente. Y cuando al fin apreté el gatillo y vi caer el cuerpo de Ignacio Villarte quedando toda la sangre que le salía de su pecho iluminada por los faros, tampoco lo estaba haciendo por lo que me había dicho mi madre o por el Rif, sino para que Adriana no se marchara de mi lado.

CAPÍTULO XIX

Me quedé un buen rato con la pistola en la mano, sin poder moverme, mirando hacia ese lugar en donde estaba el coche y el teniente caído. Creí por un momento que se me había acabado la voluntad y que una fuerza sucesiva me empujaba a mirar indefinidamente un punto inalcanzable para la comprensión.

Parecía que no estuviera interesado por nada que no fuera ese punto, mientras ladraban unos perros de una cabila cercana y todo sucedía bajo las sombras de la noche con el viento zumbando entre los acebuches. Tuve que alargar ese momento más de lo deseado en minutos sin ninguna eficacia, hasta que los perros dejaron de ladrar. Entonces me incorporé, temeroso, tomando todo tipo de precauciones, con la pistola todavía en la mano, y avancé hacia ese punto impulsado, ahora, por la necesidad rabiosa de comprobar que estaba muerto.

El Chevrolet permanecía con el motor encendido y las luces también. Delante estaba el cuerpo del teniente, que yacía con los brazos en cruz y los ojos abiertos de par en par, mirando, ya sin mirar, más que a lo profundo de la noche o a la inexistencia de la luna, al hueco de ese vacío que le habían dejado esos ojos desencajados y tristes. Lo observé muy detenidamente, sujeto a los latidos atropellados de mi ner-

viosismo, desmenuzando sus porciones, las formas antojadizas de sus piernas abiertas, el pelo escaso y revuelto; el uniforme en un tiempo anterior ordenado y tan limpio era un fardo tirado en la carretera.

Lo estaba observando con misterio, como se puede observar a alguien inservible para el odio o para la venganza. No sentí lástima ni asco ni tampoco miedo. No podía sentir otra cosa que no fuera el terror al remordimiento en días posteriores. Su muerte en aquel instante me pareció más muerte que la muerte misma porque estaba impulsada por la voluntad de un crimen.

«Una muerte justa y necesaria —me dije—, se lo tenía buscado, es lo que se merecía», como si tuviera la necesidad de justificarme con mi propia clemencia y no con su perdón, pues aparte de que mis resentimientos o la fatalidad hubieran manipulado su destino arrojándolo al vértigo de la noche más absoluta, aparte de mi odio, de la también legítima violencia del disparo y de su puntería, estaba mi propósito de aniquilar lo despreciable o lo que él representaba.

Lo miré nuevamente, rodeado de un enorme charco de sangre que rezumaba la tierra y que los faros de su coche iluminaban con una luz lineal. Ya no me parecía aquel joven tan apuesto, aquel teniente que siempre estaba sonriendo con su bigotito paralelo al labio, sacudiéndose el polvo de su uniforme al bajarse del jeep, acicalándose el pelo, consultando su reloj un poco nervioso a la hora de irse, entregándose en espacios y fechas —que yo me había aprendido de memoria como se aprende una oración o las señales de un mapa— a la misma mujer a la que yo también amaba.

Era sin duda otra cosa, sin suavidad ni tacto, la frente más abierta, la delgada nariz ya sin respiración en su par de agujeros, repentinamente horizontal, casi teñida de un líquido oscuro, con el vilo puede que suplicante del último segundo que retuvo en su rostro, que ahora, sin aliento, parecía una máscara acaso menos cruel de lo que yo creía. Una máscara distinta a esa otra de su sonrisa tan conversadora cuando llegaba al molino y se sentaba junto a tu madre para tomarse una taza de café. Una máscara siniestra pero también más blanda. La muerte sabe cubrir con algo de ternura el ahogo final de los difuntos como si tratara de aliviar el aire que no

entra, el pulso que se queda atascado en un latido cada vez más leve, sin luz para el cerebro tampoco.

Porque el dolor, Manol, se le notaba todavía constreñido bajo las comisuras de sus labios, en la tibieza de su rostro que con los focos del coche parecía más indulgente, como si esa claridad prestada en medio de tanta soledad tratara de aliviarle un poco el espanto todavía no desaparecido. El dolor de saberse que había sido presa de su valentía inútil era lo que mejor se percibía en aquella posición algo inclinada de su cuello, los puños todavía cerrados, la pistola que él también llevaba, sin utilizar, como si no hubiera sido capaz de resignarse a su mal calculado movimiento de retirar la piedra que le impedía seguir circulando, sin haber tenido en cuenta que el peligro o el azar, tan concluyentes, iban a determinar en una milésima de segundo el final de su vida de aquella manera trágica. Acaso adivinó quién le había disparado porque se le notaba todavía en la boca un sesgo de desprecio inconfundible, y a eso traté de responder sin misericordia, fijándome en el brillo de las estrellas metálicas que le colgaban de sus hombreras, y que tanto habían significado para él, con una leve sonrisa innecesaria, mostrándole mis dientes, que de verlos, estarían dibujando la expresión de una burla.

Ese mismo brillo fue el que se interpuso un día entre nosotros como si fuera un muro al que necesariamente tenía que derribar. Había llegado al molino sabiendo lo que pretendía, con la excusa de que sus soldados se detuvieran para refrescarse en los pilones de las bestias cuando iban de patrulla. Él descendía de su jeep, saludaba, se ponía a charlar de las cosas más banales hasta que consiguió la mano de tu hermana, no porque en efecto se hubiera enamorado de ella —cosa que siempre dudé— sino porque su dinero o lo que tu padre representaba se le tuvo que convertir en una obsesión.

Siempre pensé que venía a eso, a quedarse con todo. En el molino ya no quedaba ningún hombre que no fuera tu padre. Meterse en la familia no le costó trabajo. Tu madre lo adoraba como si fuera el mejor de sus hijos ahora que ya no contaba con ninguno. Así que entró en la casa con esa misma facilidad que entraba la arena del desierto aunque se hubiera hecho todo lo posible por tener las puertas y ventanas bien cerradas. Llegó igual que un aire que nada necesita para

colarse en una habitación, y poco a poco, quizá con demasiada cortesía, con demasiada mentira, se fue adueñando de la confianza que se le mostraba, en tardes distraídas de un verano sofocante, bajo el porche, alrededor casi siempre de infinitas tazas de café. Pero sobre todo se adueñó de ella.

Ignacio Villarte lo tenía que tener todo bien calculado. Para colmo, era demasiado apuesto, petulante, cuando quería, locuaz; con bastante ingenio para deslumbrar con sus palabras a las mujeres. ¿Qué podía hacer yo frente a él, siendo cojo y moro? ¿Qué significaba toda la ternura o el perdón que yo pudiera mostrarle a Adriana si esas dos estrellas metálicas que representaban toda una promesa, significaban también la fuerza y el poder? ¿Quién era yo —pobre de mí— para compararme, para desear la misma fruta, el mismo nombre; si lo único que yo era capaz de entregarle a ella, desde que éramos niños, me lo había rechazado?

Éllo sabía y se jactaba de ello, me humillaba con tan sólo su presencia, me revolvía las tripas con los celos cuando le aproximaba su sonrisa, la cogía por la cintura o paseaban alegres olvidándose de los colores dorados del otoño bajo los eucaliptos. No lo podía soportar. No estaba dispuesto a que tanto desprecio me llegara como si hubieran arrojado sal o vinagre o un hierro candente sobre mi herida abierta.

Así pasó algún tiempo, meses, un año, otro... esa incesante ruta de los relojes desamparados que no tienen calendarios y que terminan por oxidarse en el olvido. Ignacio Villarte sofocó una buena revuelta que se había originado en Targuist. Hubo una docena de muertos por la contundencia con la que se actuó frente a unos manifestantes que en aquella ocasión lo único que pedían era la independencia de nuestra tierra y que se marcharan de ella los extranjeros. En Quebdani, a su regreso, se le felicitó y se dijo que frente a los independentistas —muchos de los cuales iban armados— el teniente había actuado con la dignidad y con la entereza de un buen militar, impidiendo que se asaltaran las casas de los españoles, que saquearan las tiendas, que quemaran los campos, instando a que los manifestantes se dispersaran; y si tuvo que abrir fuego fue en legítima defensa para salvar su honor y el honor de España. Por esa noble causa, por esas muertes de doce de los nuestros, lo propusieron para

capitán y Adriana lo premió diciéndole que sí, que se casaba con él.

—¿Te has fijado? No te quita ojo de encima —fue lo que le dijo a tu hermana en cierta ocasión—. Habrá que cortar los humos o mejor la otra pierna— es lo que le pude oír—. Eh, tú, ven para acá... Que te he dicho que vengas.

Yo me acerqué. No estaba demasiado alejado del porche. Le limpiaba a tu padre su viejo Studebaker, dejándolo como a él le gustaba que estuviera, limpio y reluciente, sobre todo con sus mecanismos engrasados y puestos a punto. Miré desde esa distancia, cómo no, al teniente cuando me llamó. Conocía sus palabras frunciendo en la comisura de sus labios su eterna y fingida sonrisa, de modo que tendría que obligarme con la expresión de mi rostro para que él no advirtiera el mínimo asomo de debilidad cuando estuviera frente a él, sino toda la entereza y toda la dignidad que me fuera posible. De sobra me conoces y a orgulloso nadie me ganaba, aunque, cuántas veces tuve que fingir añadiendo a mi aspecto y a lo ridículo de mi cojera, alguna que otra cobardía. Esa vez no lo hice. ¿Querrás creer que crucé esa distancia más altivo que nunca, como si tuviera las piernas iguales, milagrosamente derecho, no porque él me lo ordenara sino porque en un arrebató inexplicable sentí la enorme necesidad de estar cerca de ella?

Adriana lo advirtió esquivando su mirada, pues mis ojos trataron de meterse dentro de los suyos como si quisieran arrebatarse el aire perfumado que la envolvía. Debían de ser las siete y media de la tarde con llamas en el cielo, amenazando el púrpura cuando el sol por fin dejara de verse. Sentí tan fuerte esa urgencia de mirarla tan próxima que era como si yo en ese momento estuviera ocupando el lugar del teniente, rozándola brevísima, sin fracasos, sin temor a su huida.

—¿Qué es lo que miras, descarado? —me dijo él ante mi insolencia.

Yo la seguí mirando, ahora con disimulo, porque Adriana había apoyado la cabeza en su hombro y lo cogió de un brazo como si con ello, enérgica y distante, hubiera colocado una pared, otra pared nueva, entre nosotros. Nunca podré olvidar

el movimiento de sus dedos acariciando la manga de la camisa ni tampoco la urgencia con la que sus labios rozaron unos segundos el borde de sus hombreras. Tal vez nunca me había humillado de ese modo, acaso nunca tampoco me miró como lo hizo, tal vez esa tarde comprendí la torpeza y las consecuencias que iba a tener tanto desprecio.

—El ciego es el único que no puede mirar —o algo parecido fue lo que le respondí al teniente—. Tengo los ojos para ver, ¿qué hay de malo en ello?

Adriana quiso reírse. Disimuló una pequeña mueca por mi atrevimiento al pronunciar aquella frase que sin duda sonaba como una impertinencia. A decir verdad, quise decir esa impertinencia, que la miraba a ella, que no podía dejar de mirarla mientras le estaba sacando brillo a los cristales del coche de tu padre con papeles de periódico, ni tampoco ahora o en cualquier momento, y que nada ni nadie en el mundo me lo podía impedir.

Pero no era cierto, ella sí me lo impedía. Ella era la única que me hacía retroceder y sentirme un cobarde.

Ignacio Villarte se incorporó de repente con aire de amenaza, pero ella enseguida trató de retenerlo.

—Le tendremos que sacar los ojos al morito —dijo riéndose.

—Déjalo, deja que se vaya y que siga limpiando el coche. Lo mejor que se hace con ellos es no decirles nada. Y a éste menos que a ninguno —intervino tu hermana volviéndose a recostar sobre su hombro.

Yo no me había movido. Imaginé al teniente acelerado y un tanto miedoso. Después recurrí a su misma altivez, pero algo más pausado, no estaba la cosa para meterse en gresca, no era necesario, no tenía tampoco la mínima intención de ponerme a discutir con él; estaba más que triste, desconsolado por la mirada de Adriana y le dije, mientras le señalaba con un dedo, le repetí con la voz y con el dedo, a él, al teniente, para que no tuviera la menor duda, un tanto elevada la voz, aquello que ya una vez tuve que decirle a Gonzalo:

—Mi nombre es Abd-el-Aziz y no quiero que se me insulte.

Él volvió con el mismo argumento.

—¿Llamas insulto decir lo que en realidad eres?

—¿Qué es lo que soy?

Ella volvió a intervenir:

—Es mejor que te marches, Braulio. Sigue con lo que estabas haciendo.

—No, espera, que se quede, me resulta divertido. Parece que no tiene pelos en la lengua y que además de mirar con descaro sabe ponerle un poco de veneno a las palabras.

—¿Veneno o algo de justicia? —lo increpé.

—¿Te das cuenta?, además, tiene sentido del humor —seguía dirigiéndose a ella, soltando un sonrisa bravucona y estúpida, echándole la mano por el hombro.

Adriana volvió a dedicarle otra caricia, pero se le notaba que se había puesto enfurecida porque no quería aceptar aquella conversación. Yo sabía que no le reprochaba tanto mis palabras como que todavía estuviera con ellos, retenido en el centro de ellos mismos como si se hubiera atascado la cerradura de una puerta que habría que abrir para arrojar me nuevamente a la nostalgia y al olvido. Pero me mantuve bajo el porche, sin dejar de mirarla hasta que en un impulso que me pareció mezquino, decidieron levantarse para dar su paseo acostumbrado

—Te tendremos que sacar los ojos —volvió a repetir el teniente como burlándose, como si adivinara lo que yo estaba pensando.

Aún así saqué agallas para responderle:

—De nada serviría...

Y creo que además continué: «...porque lo que yo miro está dentro de mí». Pero no sé si se lo dije. No sé si exactamente se lo dije o solamente lo pensé.

Yo sí que acabé arrancándole los suyos, los ojos de la vida, con un tiro certero, aquella noche. Después me fui en busca de la mula, que probablemente con el estampido se tuvo que asustar y escapó de donde la había dejado atada; de modo que cuando conseguí hacerme de nuevo con ella enfilamos el camino de regreso, a toda prisa.

La noche estaba cada vez más negra, pero no sentía miedo ni remordimientos ni la memoria me fijaba su imagen de terror dibujada en la frente como había oído decir que

ocurre a los que como yo acababan de matar a un hombre. Era una de esas noches totales y definitivas, eternas de oscuridad, como si abarcara a todas esas noches que vendrían después con sus mismos afanes e idénticos misterios.

Costaba lo suyo adentrarse por el camino de vuelta, pero la mula se las arreglaba para caminar a buen paso, esquivando las rocas y los matorrales espinosos con esa aparente facilidad que le proporcionaban su instinto y su olfato entre las sombras. Luego tuvimos que rodear parte de la ciénaga que hay al fondo de la barranca. Era peligrosa, sobre todo por el lado que la bordeamos. Así que después de que hubiera pasado todo el peligro, enfilamos de nuevo otra pendiente en dirección inversa. Me tuve que bajar y sujetar a la mula de las bridas. En un determinado trecho había comenzado a resistirse la muy tozuda, y al intentar salvar un saliente de rocas derrapó unos metros, precipitando con su caída a las piedras que removieron sus patas, que a su vez arrastraron a otras piedras cuesta abajo formando mucho ruido. La agarré fuertemente y permanecemos quietos. Escuché, casi enseguida, el rumor único del aire cortando las hojas oscuras de los arbustos, el centro de la soledad, el temor o el peligro en mi garganta reseca. Todo se había vuelto calma, pero proseguí acaso más vigilante. Tenía de sobra motivos para temer que alguien anduviera por allí, que cuando descubrieran el cuerpo del teniente (creo que el coche estaba aún con los faros encendidos y con el motor en marcha cuando lo encontraron) alguien se fuera de la lengua diciendo que había oído o visto a una mula subiendo por la barranca. Unos minutos después alcanzamos, por fin, el otro borde de la carretera con la silueta del molino al fondo, el sosiego y el camino ya más reconocible, tal vez recuperados.

Al llegar a la explanada sentí un alivio parecido a ese vaso que te calma una sed de varios días, pero los perros olfatearon nuestra presencia y se pusieron a ladrar con tanta furia que al momento se encendió una luz en el cuarto de tus padres, una luz temblorosa de carburo que me hizo refrenar a la mula, bajarme de su grupa, calmarla para que no se asustara con los ladridos y entrar en el cobertizo por la parte de atrás, hasta que al olisquearnos los perros éstos se callaron.

Rápidamente la desembaracé de sus arreos, la coloqué

en su sitio y escondí la pistola en el mismo lugar en donde un día escondí tu chilaba y después la chilaba de tu madre. Simulaba estar calmando a los animales cuando vi llegar a Tomás Dávila.

—¿Qué es lo que ocurre? —me preguntó, con su escopeta en la mano y en la otra la lámpara de carburo.

Estaba a medio vestir, los zapatos sin terminar de abrochárselos, no sé si con miedo o lleno de preocupación; eso sí, dispuesto a llevarse por delante cualquier cosa que él hubiera visto sospechosa.

—Se asustó la mula, don Tomás, y ha alborotado a todos los perros. Ya sabe lo nerviosa que se pone algunas veces —le mentí—. Pierda cuidado que ya la tengo controlada. A lo mejor han sido las ratas. Cada vez hay más.

Tomás Dávila se puso a iluminar con la lámpara los rincones del cobertizo, levantaba restos de paja, cajones viejos, fardos, con la punta de su escopeta. La llama del carburo iba y venía y alumbraba también el rostro de tu padre dándole el semblante de un aparecido. Encontró un par de agujeros en el suelo junto al muro, pero ni rastro de ellas. Siguió inspeccionando las otras paredes e igualmente descubrió otros tantos agujeros sin darle la menor importancia. Removió los montones de paja con un palo, buscó en los pesebres, trasteó sobre unos restos de vigas que estaban amontonadas en un extremo del cobertizo, como si buscara a alguien, como si alguien se estuviera escondiendo allí y él supiera que yo lo estaba ocultando. La lámpara iba y venía pero de ratas ni rastro. Sólo los animales se quedaban deslumbrados, temerosos por lo impropio de la luz escasa e inexperta, aunque bastante irritante, a esa hora de la madrugada.

—Creí que andaba alguien en el cobertizo —me dijo ahora como sosegándose, sin disimulos, contrariado también por no haber encontrado nada de lo que él suponía—. Es mejor que desde esta noche mismo vuelvas a dormir aquí. Tráete de nuevo el jergón que tienes junto a la mesa de los talonarios. Acomódate en cualquier sitio y procura estar atento al menor ruido. Hay demasiado ladrón desde que os ha dado por la independencia.

Lo dijo mirándome a los ojos sin que yo pudiera mirarle

a los suyos porque la llama la había acercado tanto a mis mejillas que sentí muy próximo su calor, como si el aire de repente se hubiera puesto a arder, y sólo el desamparo o el miedo me obligaran a no moverme, a no decirle nada respecto a lo que había dicho.

Bruscamente apagó la boquilla de la lámpara, me la entregó con ese mismo gesto, y se abotonó su rebeca oscura hasta entonces abierta. Sin luz, era una mancha sin expresión ni forma. Lo vi salir nuevamente agitado igual que cuando llegó, sacudiéndose con las dos manos restos de suciedad, desdeñando ese espacio que había venido a inspeccionar, desafiante mientras siguió cruzando los pilones hasta llegar al porche.

—¿Y las ratas, don Tomás? — le dije, con temor verdadero, desde lejos, porque todo el cobertizo estaba plagado de ellas, y porque para nada me gustaba que mientras dormía estuvieran rondando a mi alrededor.

—Las ratas te las comes —me dijo al meterse dentro del molino.

Una respuesta así era tan habitual en él que no tenía por qué darle la menor importancia, o al menos no quise dársela en un momento en el que tanto tenía en qué pensar. En principio, estaba consiguiendo que todo pareciera como si nada hubiera pasado, como si yo no me hubiera movido del molino en toda la noche. Ante él no había levantado la menor sospecha. Traté de imaginar la mañana siguiente mientras de nuevo me instalaba en el cobertizo, la noticia en la boca, los llantos de Adriana, el gesto, sin duda, de verdadero odio de tu padre, las ratas también esperando en sus escondrijos para salir de nuevo, aguardando la calma para sus incursiones.

A los pocos minutos me eché a dormir sin que pudiera conciliar el sueño. Tenía mis motivos, pero quiero decirte que lo que verdaderamente me alteraba no era el recuerdo del teniente muerto, las consecuencias que podría tener para todos nosotros su desaparición, sino la repugnancia de que alguna rata me mordiera, no en un dedo del pie como ya había ocurrido, en el dedo gordo del pie de mi pierna coja, sino en la cara, husmeando mi nariz, mi boca, quizá tratando

de llevarse un pedazo de oreja. Encendí la lámpara de carburo como una previsión. Una rata al momento huyó a refugiarse bajo el estiércol, y me sentí algo aliviado.

Entonces llegué a la conclusión de que aquella noche no podría vencerla. Estaba muy cansado, no obstante ese cansancio se compensó con la seguridad de que a Adriana seguiría viéndola mañana y las mañanas siguientes. Con dificultad y con desafío (que todo hay que decirlo) desde aquella distancia que siempre interponía entre nosotros, pero al menos la seguiría viendo. Eso era lo único que me mantuvo toda la noche despierto (además de las ratas), mejor dicho, mi pensamiento era su cara, la única palabra era su nombre, el sopor que me estaba llegando era también una invisible caricia que yo creía que tocaba mi rostro igual que cuando mi madre dormía junto a mí. Para nada imaginé su dolor cuando le vinieran con la noticia de la muerte del teniente Ignacio Villarte.

CAPÍTULO XX

Lo achaqué a los residuos de mi preocupación esa insistencia mía de ir de un lado para otro del cobertizo sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, como si en realidad tratara de falsificar cada uno de esos instantes en los que iba amontonando el estiércol de los animales en la puerta para llevarlo después al estercolero o se me estuvieran borrando, con las primeras luces del amanecer, las cosas que aquella mañana tenía que limpiar y ordenar.

No había pegado ojo en toda la noche y me sentía muy cansado. Recordaba la totalidad de esa noche que se diluyó con las primeras luces que penetraron por las rendijas del techo y de las paredes. La recordaba sin temor, pero una sensación que me era imposible dominar, que no pertenecía al miedo o a la cobardía, una sensación tal vez amarga y cómplice, que se había instalado sin que yo me lo propusiera en lo más profundo de la memoria, me obligaba a fingir que nada, absolutamente nada, había sucedido.

Traté de sobreponerme recordando que él estaba bien muerto al otro lado de la barranca, que había caído bajo la punta de mi pistola y que ahora su imagen era tan sólo una imagen rota, transitoria durante las pesadillas o los malos sueños de días posteriores. Sólo eso sería y así y todo me lo tendría que borrar de mi mente.

En un rincón comencé a apilar unos sacos tan raídos por las ratas que no creo que volvieran a servir. Luego terminé de baldear la entrada y saqué de dos en dos a las bestias para que bebieran de los pilones. El trabajo me estaba levantando el apetito, pero por el momento no quise comer nada. Esperaría a tener todo los establos arreglados y a lavarme y cambiarme de ropa.

La mula se espantaba las moscas con el rabo y las orejas. Había muchas. La cogí a ella y a uno de los burros y los llevé de nuevo al cobertizo para ponerle sus albardas y los serones bajo la atenta mirada de tu padre, que desde el porche no me quitaba ojo de encima. Llevaba ya un rato así, fumándose el segundo o el tercer cigarrillo del día, repitiendo tenaces bocanadas de humo, recordando —eso fue lo que pensé— lo que le dije anoche, que los animales se tuvieron que espantar con las ratas y no por otro motivo.

No sé si llegó a creérselo o todavía lo dudaba, lo cierto es que no supe encontrar ninguna otra explicación cuando los perros del molino nos delataron al llegar a la explanada y él apareció con la lámpara de carburo en la mano y en la otra el rifle. No supe tampoco por qué aquella mañana me estaba vigilando de aquel modo tan insistente. Bruscamente se levantó de su sillón dándole una calada pertinaz y profunda a la colilla antes de tirarla al suelo. Avanzó unos metros desde el porche como si viniera a preguntarme alguna cosa, pero no lo hizo. Se limitó a aplastar esa colilla que acababa de tirar, muy lentamente, al tiempo que sacaba su petaca demasiado mugrienta, con el repujado muy gastado tanto en una cara como en la otra, para prepararse otro cigarro. Enrolló las hebras del tabaco en un papel de arroz y ensalivó su borde con la lengua. El mechero era uno de esos mecheros de martillo. Lo golpeó varias veces con el dedo pulgar. No lo encendía porque probablemente tendría la piedra a punto de gastarse. Cuando lo consiguió, aspiró casi con nostalgia una chupada lenta, como si hubiera pasado mucho tiempo sin fumar.

Se iba a dar la vuelta para marcharse cuando en ese momento se oyó el ruido de un motor. A los pocos minutos un sargento se bajó de un salto del vehículo que acababa de detenerse delante del molino.

Era fácil imaginar a lo que venía, al menos para mí. Era alto, rubio, al cinto un revólver con su funda sin cerrar. En otra ocasión tu padre lo hubiera invitado a sentarse, pero al sargento se le veía con mucha prisa, lo había saludado militarmente y le costaba trabajo terminar las frases que pronunciaba.

Aunque no hacía calor, el olor del estiércol se extendía hasta el mismo porche y esparcía por el aire partículas también de odio y de sospechas. Era como si el sargento lo hubiera traído con él impregnado en su ropa, en sus pantalones sobre todo que los tenía manchados, en sus manos que parecían sudar con la noticia de la que era portador, los pómulos salientes como si fuera imprescindible aquella línea que le sesgaba el rostro desde los párpados a la boca.

Tu padre se quedó perplejo y mudo, sin creer lo que estaba oyendo, como si el sargento, al referirle la muerte del teniente, le estuviera contando un hecho remoto que para nada tenía que ver con él.

—Ha debido de ser esta misma noche —sonaba metálica la voz del sargento con sus palabras a medio decir, intentando buscar una expresión de consuelo.

Cerca, con el jeep en marcha, aguardaban sentados, igualmente mirándolo —uno de ellos al volante— el resto de la patrulla.

—Los muy hijos de perra no han dejado rastro alguno —volvió a repetir el sargento todo crispado, la dureza de las venas del cuello como si se le fueran a reventar.

—¿Esta misma noche dice usted que ha sido, sargento? —le preguntó tu padre.

—Esta misma noche. El motor de su Chevrolet estaba aún caliente, como si se hubiera apagado solo. Tenía las luces encendidas y una puerta abierta.

—No es posible, no puedo creérmelo. Cenó con nosotros y creo que a eso de las once fue cuando se marchó para Quebdani. Yo mismo, desde mi ventana, lo vi cruzar la explanada para marcharse por donde usted ha venido. Estaba muy contento porque lo iban a ascender a capitán.

—Lo siento. Sabemos que iba a casarse con su hija. Era un buen muchacho y con mucho porvenir.

El sargento apretaba su gorra con furia, distraído, sin saber qué hacer ni qué seguir contándole.

—Pero ¿cómo ha sido? —preguntó tu padre con una voz oscura—. ¿Qué se sabe de los que lo han asesinado?

—Estaba como a dos metros de su coche, tirado en la carretera. Un solo impacto en el pecho y su pistola todavía en la mano sin haber tenido tiempo de defenderse. No había ningún rastro de violencia y del coche no se llevaron nada. Sus agresores le habían preparado una buena emboscada al obligarle a detenerse con las piedras que colocaron atravesando el camino. No se tuvieron que dejar ver y el teniente, que posiblemente se confió demasiado, salió para enfrentarse a ellos, o puede que lo obligaran a salir, ¿quién sabe? Lo mataron sin ningún miramiento y enseguida se dieron a la fuga.

—¿Quiere decir que no lo mataron para robarle?

—Los hechos eso dicen, don Tomás.

—¿Que no le quitaron nada, ni la pistola siquiera...?

—Así es...

Chupó el cigarrillo y lo arrojó aún sin terminar, sobre la tierra seca. Yo, que me había acercado disimulando cierta curiosidad, porque de haberme ido lo hubiera puesto en guardia, me bastó mirar su semblante para adivinar sus propósitos.

—Lo han matado por venganza. Lo han hecho por lo de Targuist. Hay que darle a esa gentuza un buen escarmiento y coger a los asesinos.

—Es lo que se hará, don Tomás, no le quepa la menor duda. Los cogeremos a todos.

—¿Y dice usted que no había la menor huella de que el teniente se hubiera defendido, de que hubiera intentado repeler a sus agresores?

—Su pistola estaba con el cargador entero —le contestó el sargento—. Quien disparó no le dejó tiempo para nada y debió de hacerlo demasiado cerca o tener muy buena puntería. Pero es difícil creer que fuera cosa de uno. Se necesitan muchas agallas para haberse enfrentado uno solo con el teniente. Puede que lo obligaran a bajarse y luego lo liquidaran.

—Lo que más me choca es que no se llevaran nada de su coche.

—Posiblemente no querrían correr ningún riesgo. Es

evidente, como usted antes ha dicho, que no se trata de ningún robo, ni quisieron disimular tampoco de que así fuera. Cualquier cosa que se hubieran llevado los podría delatar.

—¿Y nadie ha visto nada ni oyó nada?

—Muy cerca hay una cabila. El moro y su familia dicen que sólo oyeron ladrar a los perros. A todos los hemos arrestado. Les sacaremos lo que sepan. Ahora mismo están siendo interrogados en la Comandancia.

El sargento se despidió militarmente, tal como lo había hecho cuando llegó. Enseguida las ruedas del jeep levantaron mucho polvo y ruido al deslizarse por la explanada espantando a las gallinas que picoteaban el estiércol. Los perros también se pusieron a ladrar.

No quiero detallarte las repercusiones que tuvo entre nosotros esa muerte, porque es muy posible que tú estés enterado de los hechos y que hasta incluso hayas sufrido también sus consecuencias. Ya sabes cómo estaban las cosas y cómo en todo el Rif se vivieron esos días por las escaladas represivas de los españoles que querían cortar por lo sano cualquier brote de subversión. Las revueltas, sin embargo, se sucedían una tras otra, así como las manifestaciones, sobre todo en Nador, Xauen, Alhucemas y Tetuán. El final se acercaba. Todas las medidas excepcionales que adoptaron no sólo para restablecer el orden como ellos señalaban, sino para proteger las propiedades y la integridad de las personas de nada les sirvieron. La muerte del teniente fue considerada como un acto terrorista, perpetrada por una banda de criminales que querían influir con hechos como aquellos en la expulsión (ellos decían salida) del ejército. «Pero no lo conseguirán» le dijo al cabo de unos días a tu madre, golpeando la mesa en donde ella acababa de poner una taza de café, con su rifle desde entonces a su lado, odiando simultáneamente cada actitud o cada mirada de recelo, sobre todo irritado y furioso porque los militares tendrían que haber actuado con mayor vigor en los contornos del molino, tendrían que haber arrasado todas aquellas casas que se habían resistido a colaborar.

Él no se daba cuenta de que la Independencia era inmi-

nente, que todo lo que él representaba se estaba destruyendo, como esos edificios a los que nunca sus dueños han hecho intento alguno de repararlos cuando el viento o la lluvia levantaba sus tejados, rompía sus postigos, les iban saliendo grietas en los muros.

Tu padre no podía, no quería creer que el final se acercaba. Se sentía tan fuerte, tan seguro, tan lejano de lo que estaba sucediendo. Vivía como un ser inmortal en su inexpugnable molino, con sus minas, sus tierras, su dinero; sin importarle el dolor de la única hija que le quedaba ni la amargura de tu madre que cada vez se asustaba más con el paso de las grajillas.

Si no le importó ni siquiera su propio vivir, ¿cómo iba a importarle la vida de los suyos? Ambicionaba únicamente lo que él representaba, la fuerza, el poder, el orgullo, el dinero. Vivía en el molino, trabajaba en él, tenía un cuarto, un porche, un sillón con el respaldo y el asiento de rejilla en donde se sentaba a leer el periódico, a mirar la explanada que era la misma lámina de su soledad, siempre ausente, siempre como si no estuviera, encadenando interminables anillos de humo con su tediosa manía de fumar a cada momento. Terminó por imponer su egoísmo y su soberbia allí donde con sólo haber puesto de lo que tanto le sobraba hubiera hecho del molino un rincón para que por lo menos no le faltara el pan a nadie. ¡Qué injusta contradicción! Hasta eso, el pan. En un molino que nos faltara el pan a nosotros.

Presta atención a lo que voy a decirte: tu padre no os quería a ninguno, porque ni él mismo se quiso. La ambición y su dinero le impidieron conocer la ternura, la posible felicidad que un hombre de su condición hubiera deseado al menos para su familia; pero ni siquiera con María Dolores, su ojito derecho, pudo construir una breve pausa para la sonrisa. Nunca he visto a tu padre reírse con ninguna criatura que no fuera con Mauro. Seguía siendo cruel hasta para compartir el significado de la amistad o el sentimiento para él desconocido de la alegría. ¡Pobre Mariano!, ¿tú sabías que también se acostaba con su mujer?

Pero nada de eso importa ahora. No quiero culparle de lo que a mí en realidad poco me importaba. Nada quiero saber de toda la tiranía o el desprecio con la que os trató a ti y a los tuyos, sino de la que más despiadadamente, en todos estos años que vivió en Quebdani fue desplegando contra los míos. Se había propuesto construir un mundo a costa de otro mundo que trataba de arrasar, de borrarlo de un mapa con inexplicables signos, con otros nombres, con vanas y absurdas palabras que eran de otra lengua, con otras ropas, otras maneras de guisar, aborreciendo el té, la carne de borrego, la cebolla, los higos y las especias que se vendían en los tenderetes del zoco; porque todo lo que olía a sebo —puede que en cierta ocasión, por curiosidad, porque se sentía muy hombre hiciera una excepción con la *henna* y con el sebo—, todo lo que tenía ese husmillo de los objetos labrados con formas orientales, los marginaba o los torturaba con la duda de su existencia; cada alfombra, cada estera, cada adorno de bronce que le fuera distinto a lo que él reconocía lo alejaba de su lado como si no fuera capaz de distinguirlos, como si sus ojos, esos ojos que ocultaban sus gafas bajo unos gruesos cristales de culo de botella, al mirar nuestras chilabas bordadas de cordoncillos (las más caras) o los cacharros pintados a punta de buril con dibujos geométricos, le cansaran mucho la vista.

Jamás hizo un esfuerzo por tratar de pronunciar una palabra, una sola palabra nuestra. Comprenderás que lo único que aceptaba de nosotros era nuestra sumisión y nuestra dependencia a sus desmanes y a su maldito poder. Él lo representaba todo en una tierra que no era la suya, que nunca lo había sido, una tierra pobre y miserable que ocupó, esquilmo, la retuvo en un tiempo indolente de dolor y de tristeza porque consideraba que unas gentes como nosotros, unos salvajes como nos llamaba, esos perros sarnosos, no se merecen ni siquiera vivir.

Poseía la furia necesaria, arriesgada, de quien apuesta mucho por aquello que desea. Eso le dio bríos, es cierto, y aliento, y fuerza, y coraje para mantenerse con la ayuda y el respaldo —por qué no también decirlo— de un ejército colonialista que protegía a todos los que eran como él. No hizo pausas que no fuera el tiempo necesario en el que los ahogos

del tabaco lo reducían a un hombre cochambroso y viejo, ni se paró a pensar en todos esos años transcurridos ni tampoco en lo poco que le quedaba que vivir con la serenidad que tendría que haberle proporcionado su buena posición. Apenas se le veía preocupado por otra cosa que no fuera su perro o las partidas de harina, o los yacimientos de los que obtenía plomo cuando éstos comenzaron a mermar y a costarle dinero una mala inversión que hizo. Se levantaba con el amanecer envuelto con el humo de su primer cigarro y se acostaba con otro igual hasta quedarse dormido. Tu madre se lo reprochaba sin que nunca le hubiera hecho el menor caso porque en más de una ocasión llegó a quemarle la cama.

En estos últimos días he llegado a comprender lo único que verdaderamente le había causado temor. Fue a partir de la muerte del teniente, cuando el sargento le vino con la noticia de que había sido asesinado. Recuerdo que una noche yo vigilaba la ventana de Adriana desde la puerta del cobertizo. Se había encerrado a cal y canto en su habitación y no había vuelto a salir ni siquiera para el entierro. Ya te digo, estaba yo mirando esa ventana con su luz que tamizaba un visillo de percal y que no dejaba ver nada de lo de dentro, ni siquiera su silueta paseando de un lado para otro, cuando tu padre salió al porche con su cigarro en la boca.

Hacía algo de calor con el inicio de la primavera y él me vio que estaba yo mirando, hacia arriba, que estaba mirando hacia donde estaba el cuarto de su hija, porque desde que maté a Ignacio Villarte ella se ocultó para el mundo y para mis ojos sin querer salir de su cuarto, como si se hubiera puesto enferma, pero yo no me atrevía a preguntar si estaba enferma de verdad y me limitaba a esperar a que ella abriera la ventana o se asomara, y si no se asomaba que al menos yo supiera cuándo su mano apagaba la luz.

—No tienes sueño —me dijo al acercarse, sin propósito de intercambiar conmigo ningún tipo de saludo.

—Estoy vigilando como usted me indicó —le mentí.

Busqué su mirada semioculta bajo la intensidad de las sombras, pero su cabeza se había vuelto hacia la ventana de Adriana. Enseguida la punta de su cigarrillo crepitó más brillante. Se volvió de nuevo hacia mí, echándome una profunda bocanada de humo, adivinando, como si fuera un

tahúr, cuál era mi verdadero juego, y aunque sus dientes yo no los veía, estoy por jurar que una sonrisa sórdida, que no era sonrisa, que más bien contenía el filo de un cuchillo amenazante, le tuvo que surgir como si hubiera obtenido un triunfo, pero para nada me achiqué por eso ni llegué a sentirme avergonzado.

—Ya me he dado cuenta que te tomas las cosas a rajatabla —agregó.

—Procuro hacer lo que me dicen.

Respiró con fatiga, ahora no fumaba.

—¿No deberías también darte una vuelta por detrás del molino? Por esa ventana no se va a colar nadie.

Encajó su indirecta, se burlaba de mí y acaso vislumbraba que podía dolerme tanto como si estuviera dándome una paliza.

—Ya lo hice, don Tomás, cuando usted estaba dentro. No obstante, por ese lado no se corre ningún peligro. Los perros nos avisarían porque el viento siempre empuja desde esa dirección.

La verdad es que nada más decir esto enseguida me arrepentí. Tuvo que hacer sus cálculos. Tuvo que recordar. Encendió apresuradamente otro cigarrillo. La llama del mechero le iluminó la cara. Se había puesto a mirarme con aquel menosprecio con el que siempre lo había hecho desde que yo tenía doce años, pero insinuando en la confusión de su rostro un atisbo de desconfianza. Yo también le devolví la mirada de un hombre que ahora ya rondaba los veinticinco. Él apuró una calada fuerte, muy nerviosa. Todo estaba en silencio. Retrocedió unos pasos como si de pronto lo hubieran obligado a caminar por un largo túnel. Sin duda los dos estábamos pensando en la muerte del teniente. Entonces advertí que le di miedo.

Hace de esto una semana; atravesó la distancia que va del porche al cobertizo creyéndose aún dueño del mundo, sin querer escuchar a nadie, sin tratar de entender nada, sin saber, aunque su instinto o su aliento se lo dijeran, que ya no era posible quebrar otro tendón de un Braulio asustadizo y cobarde, liarse a golpes con alguien que su única culpa había

sido dejarse engañar por la astucia y el resentimiento de una muchacha de ojos claros que olía a limpio y a jabón y de la cual se había enamorado. Habían pasado ya algunos años y habían cambiado también algunas cosas. Sólo era eso lo que sabía, como también sabía que había sonado un disparo al otro lado de la barranca, en una noche negra, un disparo traidor, inflamado en la noche sin aire, amarillo y rígido, más que certero, voraz, que le había quitado la vida al teniente Villarte el pasado día 9 de febrero. Hubo una investigación pero sin ningún resultado hasta la fecha.

Alguien había escuchado un disparo cuando los perros comenzaron a ladrar, alguien que dijo algo a punta de machete después de que lo torturaran bajo amenaza de torturar también al resto de su familia —por lo demás, la única prueba concluyente que se sabía con antelación— y dijo también que había oído espantarse a una mula. Eso fue lo que tuvo que decir el cabileño, primero a los del sargento, ya te digo con la punta del machete en la barriga, y luego lo siguió repitiendo en la Comandancia; y más cosas que tuvo que decir que para nada tendrían que ver con el disparo o con la mula que oyó aquella noche hasta que la boca se le llenó de sangre. Después, tan solo el viento, un viento negro surcando la barranca y puede que también el ruido del motor de un coche a continuación como si nada hubiera sucedido, como si se tratara del reventón de una rueda, eso también se lo sacaron al pobre cabileño antes de que lo entregaran a su familia hecho un guiñapo.

Tomás Dávila, cuando atravesó esa corta distancia que va del porche al cobertizo, sabía que el teniente había muerto el mismo día que el Protectorado francés iniciaba su independencia y que por tal razón las autoridades militares consideraron el asesinato de Ignacio Villarte como un acto de contenido político. Pero a él le importaba un bledo lo que habían hecho los franceses, ya que estaba seguro de que Franco no iba a permitir que el Rif dejara de ser español, de abandonarlo después de todos los esfuerzos y de tanta sangre como había costado; lo que en realidad sí le importaba —tampoco le pareció convincente la conclusión a la que se había llegado atribuyéndole a esa muerte un carácter de revancha independentista— era lo que el herrero del cuartel le había dicho,

que la mula había sido herrada ese mismo día en el que el teniente había sido asesinado.

Aunque se estuvo investigando todas las pistas posibles, eran muchas las huellas de los animales que habían pasado por aquel lugar y cuando se descubrieron unas en el fondo de la barranca, junto a un macizo de adelfas, con toda la verosimilitud de unos herrajes nuevos, no se le quiso dar mayor importancia a ese hecho porque huellas de esas características se las encontraron en todas partes, incluso en la explanada.

De modo que tu padre fue el único que relacionó todo aquello con la noche en que ladraron tanto los perros y a mí me encontró en el cobertizo. Estaba comenzando a sospechar y cuando yo le dije lo del viento, ató cabos, hizo conjeturas, fue recordando todos los detalles de aquella noche del 9 de febrero que era miércoles, día de zoco, mucha bulla y mucho trasiego en la explanada y ese Braulio tardando más de la cuenta llevándose sin necesidad a la mula, sin decirle que le había cambiado los herrajes. Recordaba muy bien ese día y la mañana siguiente dándole de beber en los pilones sin reparar que el animal ya no cojeaba con las herraduras nuevas cuando el sargento apareció con la mala noticia. Las mulas de una huella coja son fáciles de detectar. Estaba todo claro. Aquella noche en la que también me sorprendió mirando a la ventana de Adriana, el recuerdo de que una vez la deseé y él me lo impidió, le hizo encajar todas las piezas.

Yo lo vi llegar atravesando la explanada, lo vi cómo cruzaba esa distancia desde el porche al cobertizo de apenas treinta metros como si estuviera recorriendo el camino de toda una vida, con el rifle en la mano, el paso silencioso, los dedos apretando el hierro frío del cañón con un innecesario ímpetu, calculando el peligro no sé bien si de su propia rabia o del movimiento que hice cuando me vio deslizarme detrás de la mula. Gritó y me llamó asesino. Él disparó primero, sin más explicaciones, tres veces, sacándole el bandullo al pobre animal. Tuve que defenderme. Por eso lo maté. Por eso y porque mi madre me dijo que lo hiciera.

CAPÍTULO XXI

Cuando las patrullas de la Guarnición salieron a mi encuentro, nada más conocerse la noticia de la muerte de tu padre, yo ya estaba en un lugar seguro a bastante distancia del molino y de Quebdani, cōtemplando una luz acaso más viva y más abierta, como si nada de lo que te he contado hasta ahora hubiera sucedido y todo se me estuviera convirtiendo en una causa extraña para compadecerme, en un motivo para seguir odiando.

El lugar adonde llegué no lo conocía. Era, en cambio, suficientemente agreste y escabroso para que pudieran dar con él. Situado en lo alto de un risco y perdido entre la maleza se trataba de un refugio que utilizaba un grupo de guerrilleros dedicado a hostigar al ejército y a promover levantamientos e insurrecciones de las cabilas limítrofes contra los colonos. El jefe del grupo me acogió enseguida en cuanto le conté que venía huyendo por haber dado muerte a Tomás Dávila, al que de sobra conocía. Tenía una sonrisa con un filo amarillo entre sus dientes, la chilaba algo raída, el Remington colgado de su hombro. Me dijo, con sus ojos que parecían haber estado esperando aquel encuentro, que no me preocupara, que todo saldría bien y que me llevaría a un lugar donde nadie podría dar conmigo. Así fue. Anduvimos por un camino de herradura y llegamos al cabo de una hora a

lo que parecía la boca de una gruta perfectamente camuflada, una gruta natural de grandes dimensiones. Desde ella se podía divisar una gran extensión de terreno y una carretera polvorienta que corría hacia el oeste en dirección a Quebdani; al fondo, a la derecha, la planicie del mar como si fuera un desierto azul.

Hacía mucho tiempo que no veía el mar ni había experimentado esa forma de tristeza o de lejanía que me causa al mirarlo. Es una sensación, lo sé, que no puedo explicar porque no tengo palabras ni razones suficientes para decir lo que el mar nos significa o al menos lo que significa para mí. Sé igualmente que esto que te digo no sé por qué lo digo, no viene ni tan siquiera a cuento para que te lo refiera ahora, pero bien sabes que hay cosas singulares que nos vuelven soñadores, y el mar, aunque soy hombre de tierra adentro, siempre me llena de asombro, me pone —y me avergüenza decirlo porque para nada me gusta esa palabra— demasiado romántico, aunque ya sabes que una vez te dije que toda la culpa era del mar, que a través del mar nos han venido todas nuestras desdichas y todas nuestras desgracias.

La gente que me acogió eran como yo de los Beni Urriaguel. Estaban bien pertrechados y tenían las cosas muy claras de lo que estaban haciendo y de lo que querían. Cuando sentados alrededor de una buena tetera rebosante y algunas cachimbas de grifa hablaban de la situación se les podía adivinar cierto contento en general aunque algunos, más pesimistas, argumentaban que todavía lo de la Independencia iría para largo. Reían y se gastaban bromas, hurgaban en mi mirada un destello feliz, un signo de complicidad; relataban algunas de sus correrías con todo tipo de detalles, desde el comienzo de la tarde hasta a veces bien entrada la madrugada, preparando o discutiendo estrategias, órdenes recibidas de no se sabía qué voluntad o qué nombre, que nadie, por muy curioso que fuera, osaba preguntar. Ellos me pusieron al corriente de la dirección de los últimos acontecimientos y de cómo cada vez era más sencillo lograr que los cabileños se manifestaran en los zocos y en los poblados. Se estaba perdiendo el miedo a las autoridades españolas. Era necesario, sin embargo, continuar con cierto hostigamiento hacia esas fuerzas que aún detentaban todo el poder, acosar a las patru-

llas, intimidar a los colonos que no querían perder para nada sus privilegios y sus posesiones, llevar a todos los sitios el espíritu de la insurrección para conseguir la victoria. Por otro lado, no había motivo para que después de lo que había hecho Francia, España tuviera que prolongar por más tiempo su permanencia. Esto para nada se aceptaba. Nos sentíamos agraviados con los marroquíes del Sur. Ellos ya tenían la Independencia y Mohamed V había sido repuesto. ¿A qué se debía que España no cediera?, ¿qué maldito interés podría seguir teniendo sobre nuestro territorio, que no fuera su orgullo, su miedo a la humillación y a la derrota? La escalada represiva había aumentado en todo el Rif y lo único que hacía era enardecernos y sembrar más odio y más rencor hacia los españoles.

Ni que decir tiene que cuando me llevaron al refugio y les dije lo que había hecho, me trataron como a un héroe. Fueron días inolvidables con los míos, con gentes que luchaban exponiendo su vida por nuestra causa. A veces bajaba yo con ellos hasta los poblados y arengábamos a las gentes, nos metíamos en los zocos y les hablábamos que estaba ya muy cerca el día en que nuestro pueblo por fin sería libre.

Les hablábamos de un Rif sin españoles, sin ejército extranjero y que estábamos dispuestos a dar la vida si fuera preciso para conseguirlo. Los que nos escuchaban coreaban nuestras consignas y no tenían miedo, no tenían ese otro miedo oscuro que yo había conocido en los ojos de mi madre cuando me hablaba de esto mismo.

Un día atacamos a un pequeño convoy de alimentos y municiones que abastecía a uno de los puestos encargados de vigilar la ruta del ferrocarril. A decir verdad, los soldados que custodiaban el convoy no presentaron ninguna resistencia, no se enfrentaron abiertamente con nosotros cuando se vieron acorralados y con los fusiles apuntándoles. Era como si de alguna manera fueran conscientes de que ya nada tenían que hacer, de que todo estaba entregado, de que hubiera sido una insensatez ponerse a defender una causa que hasta ellos mismos daban por perdida. Sabían que la Independencia era inminente, pues entre los civiles muchos ya habían optado por recoger sus bártulos y marcharse antes de que las cosas tomaran otro cariz.

Otra vez intentamos sabotear un tramo de los raíles de la Compañía Española de Minas del Rif. El tren que bajaba de Uixan hasta el puerto de Melilla cargado de mineral de hierro pasaría por ese tramo de curva que habíamos elegido al cabo de media hora. Estábamos apostados en unos secarrales a cierta distancia, con los ojos puestos en la lejanía y el oído pegado en la tierra para asegurarnos de la proximidad del tren. Antes de que viéramos el humo de la locomotora sentimos el traqueteo ruidoso de las vagonetas, el resollar de las ruedas sobre los raíles cada vez más cerca y todos contuvimos el aliento y la respiración cuando la vimos cruzar el lugar en donde habíamos puesto los explosivos. Pero el tren, a toda máquina, salvó toda esa curva sin que nada ocurriera. Algo había andado mal, puede que la dinamita no estuviera en buenas condiciones o los que la colocaron no supieran hacerlo, el caso es que terminamos por alegrarnos porque en el último de los vagones unos cabileños se habían instalado sobre el mineral e izaban nuestra bandera. Nos quedamos perplejos y pensamos que se trataba de un acto de coraje y de valentía porque desde cualquier puesto podrían ser abatidos sin consideración. Pero a las pocas horas nos enteramos de lo que aquello significaba. Franco, ese mismo día, acababa de firmar la declaración de independencia del Protectorado.

Rápidamente se extendió la noticia como un reguero de pólvora llegando hasta los sitios más recónditos. Hubo fiesta durante varios días. Después de 44 años, el ejército de ocupación y los colonos españoles se veían obligados a dejar nuestra tierra. En las azoteas de casi todas las cabilas ondeaba al viento, colgado de un palo, cualquier trapo que tuviera el color de nuestra enseña nacional. Yo abandoné mi escondrijo. Sabía que aún me seguirían buscando, pero ya nada sería como antes, y regresé al molino.

Habían pasado veintisiete días que me parecieron siglos sin saber nada de ella, sin haberla visto o adivinado a través del cristal de su ventana o cuando apagaba la luz de su cuarto en aquellas noches en las que me ponía a vigilar su silueta o su sombra, porque en eso se había convertido desde la muerte del teniente, Adriana.

Se encerró en su habitación y se olvidó de sí misma como si se tratara de uno de esos muebles que terminan arrumbándose en el rincón de una casa, más allá de lo que una mujer tan joven podría hacer, alejada de los vestidos recién comprados que colgaban de su armario que supongo que no abría, sin prisas ni detalles para el rímel o el carmín, abandonada a la noche, al silencio de los espejos en donde se miraría como si fuera otra, como si se le estuviera convirtiendo el rostro en una máscara de olvido.

Yo procuraba no apartar mi vista de esa ventana un día y otro día, todas las noches igual, vigilando el cobertizo y los alrededores del molino como Tomás Dávila me lo había ordenado; los perros ladraban en la noche al menor rumor del viento, la luna una vez salió y proyectó magnífica la silueta de los tejados sobre la explanada, pero a ella nunca la vimos asomarse ni siquiera para aliviar su cuarto de los aires viciados.

Un domingo, sin embargo, decidió abrir la puerta de su habitación. Salió hasta el porche espantándose la luz con unas gafas negras. Estaba más liviana, con un vestido frágil, oscuro, que le acentuaba su delgadez y se dirigió muy resuelta, sin medida de fechas o distancias que la preocuparan, hasta el camino de los eucaliptos que bordean la tapia de la casa del caíd Sidi Amar Hoch-chen.

No sabes cómo se alegró tu madre en cuanto vio que su hija regresaba al mundo, pero al intentar acompañarla, Adriana, con un leve movimiento de su mano, sin abrir la boca, sin disculpas, le insinuó con un gesto suficientemente expresivo que necesitaba seguir estando sola.

Se puso a caminar con unos zapatos cómodos diferentes al color de su vestido, unos zapatos de tela abrochados con un cordón color hueso. Aceleró el paso cuando cruzó la línea de los barandales por donde un día tú y yo nos deslizamos para ir a ver a Yamina. Yo, en cuanto la vi, dejé todo lo que estaba haciendo y la seguí, rechazando las retamas para ocultarme como tenía por costumbre hacer en otro tiempo, a treinta o cuarenta pasos de ella, reticente a los olores del tomillo pisoteado, desequilibrándome por el movimiento indeciso de mi pierna coja, que tropezaba torpe y nerviosa mientras la seguía.

Cuando ella se detuvo en el mismo lugar en donde Ignacio Villarte, ya libre de la cercanía del molino, la cogía de la cintura, yo sabía que su nostalgia no tenía ningún objeto.

Me escondí detrás de un árbol. Ella siguió por el sendero, con pasos recortados, sin proponerse llegar a ningún sitio. Las hojas secas de los eucaliptos crujían fáciles bajo sus pies y así se mantuvo caminando o ausente hasta el final de un tiempo que también concluía justamente con el último árbol.

Se dio la vuelta lenta como si le cansara el volver. Apenas se sorprendió cuando me vio echado sobre un tronco. No me quise ocultar. Ella avanzó distinta, sin apartarse de los mismos pasos que la habían llevado y que ahora la traían, ignorando el ocre y la brisa agitándose nueva, decidida a no sentir amor o curiosidad por nada ni por nadie.

Al pasar junto a mí toda su cara se le llenó de sospechas y no volví a verla desde entonces.

No, te lo ruego, no hables, déjame terminar. Yo volvía, al molino sin saber en realidad qué era lo que me empujaba a correr ese peligro de tener que verla, no sólo porque me fuera a delatar a las nuevas autoridades que ahora mandaban en Quebdani o me estuviera esperando para pegarme un tiro, sentada bajo el porche, en la misma silla en donde se solía sentar tu padre, con una sonrisa calculadora simulando que se alegraba de verme, sino porque al fijarme en sus ojos Adriana me mirara con su desprecio más definitivo.

Acababa de alcanzar ese tramo de la carretera que corre junto a la barranca, conforme se viene de Quebdani, al atardecer, con la molestia de un viento arenoso. Me dije que algo de eso pasaría; pero también me imaginaba lo peor, que al llegar me encontrara conque se había marchado del molino con tu madre o ella sola como estaban haciendo todos. Ese temor que era más fuerte que ninguno, que se clavaba sin esfuerzo en lo más hondo de mí, tan parecido a la asfixia, como si se tratara de una mano alrededor de mi cuello, una mano lejana de la ternura, rígida y despreciable, era al mismo tiempo lo único que de ella yo tenía.

A lo lejos unas hilachas de nubes se asomaban por la punta de un *yebel* cárdeno. Enseguida me vino a la memoria la primera vez que pasé por este lugar, cuando mi madre me trajo para dejarme con vosotros. El aire entonces parecía que olía a pólvora y yo casi escuchaba el silbido de los proyectiles y los lamentos de los moribundos a medida que mi madre me iba contando lo que en ese monte sucedió. Ahora, en cambio, era distinto. Habían cambiado mucho las cosas. La tierra que pisaba se había hecho más nuestra. El profundo olor de la altabaca y el silbido del viento invadían aquel lugar y me llegaba también el olor de su ropa limpia y planchada envuelto con el aroma de un jabón purísimo; me llegaba su aroma decidido a turbar cualquier olor del campo.

Traté de azuzar a la mula para que se diera más prisa protegiéndome la cara con mi turbante, de la arena que llevaba el viento. Un momento después dejamos el borde de la barranca y continuamos por esa misma línea que iba marcando la carretera. Miré al final un punto en donde acababa de ponerse el sol. Sería casi de noche cuando llegué al molino. Los perros en seguida se pusieron a ladrar.

Pero mi verdadera historia comenzó al día siguiente. Había dormido lejos para que mi presencia no se notara y porque hubiera sido una temeridad haber llamado a esa hora a la puerta sin exponerme a que me pegaran un tiro. Lejos, quiero decir, de las cuadras, de la explanada. Me fui hasta los eucaliptos y allí me acomodé como pude. Al despertar me dolían los huesos y el sol estaba demasiado crecido. Una pequeña bandada de grajillas tiró hacia la barranca. Cogí la mula y me volví despacio, siguiendo el trazado de los barandales. De pronto la vi atravesando el porche, oscura, más delgada, llevando una maleta, un bolso que lo dejó sobre la mesa que había junto a la silla de tu padre en donde estaba, sin que pudiera verla del todo, tu madre. Volvió a entrar y salir con otras cosas en cada mano. Me bajé de la mula y me aproximé hasta las cuadras situándome de tal modo para que no me vieran. Adriana parecía estar contemplando un punto vacío en el horizonte. Se la veía nerviosa, iba y volvía, ahora sin traer ni llevar nada en las manos, a veces espantándose

una mosca o alguna de esas avispa que revoloteaban sobre los pilones de agua. Estaba allí sola y extensa como si fuera ella misma toda la explanada, ocupándola entera en una especie de soledad abundante, como si aguardara la terminación de un tiempo, a alguien que venía o que tenía que marcharse, mirando a veces la desolación en la que había quedado el molino, sin reatas de burros, sin camionetas con sacos hasta los topes, sin aquellos ruidos estrepitosos de las correas del motor.

Se había puesto a caminar sin voluntad ni ganas en unos cuantos metros que iba recorriendo repetidamente.

Era indudable que estaba demasiado inquieta. Yo, en ese momento, añoraba la inquietud de sus ojos perdidos como si no fuera verdadera y a cada paso suyo la seguía con asombro y furioso, en aproximaciones irreales. De pronto se detuvo. Una nube de polvo y de ruido llegaba por la carretera. Tu madre se levantó enseguida y se apresuró, como ella, a ir recogiendo los distintos bultos desordenados bajo el porche. A poco la CTM enfiló la explanada y yo tuve la sensación de que se me volvía a caer el mundo encima.

Ella corrió a ayudar a tu madre con los bultos y luego a que subiera a la camioneta. Jacinto Aguiar le gritaba a su ayudante para que se diera prisa. La CTM no había parado de barruntar.

—Tendremos que poner ese baúl arriba porque dentro no nos cabe —les dijo Jacinto Aguiar cuando las dos estaban acomodándose en el único asiento que quedaba vacío.

—Está bien —le respondió tu madre—, pero tengan mucho cuidado, no me gustaría que se rompiera ninguna de mis muñecas, son de porcelana.

A los pocos minutos la CTM comenzaba a perderse por la carretera. Creí volverme loco. Prendí fuego al molino. Bajé por la barranca y luego te busqué.

LA ALEGRÍA DE VIVIR

Phil Bosmans

BRINDIS A LA VIDA

Phil Bosmans

VIVIR PARA VIVIR SIEMPRE

Jaime Borrás

CONFÍA EN TI MISMO

Ralph W. Emerson

HOJAS DE HIERBA

Walt Whitman

ANTOLOGÍA MÍNIMA

F. Pessoa

EL LIBRO DE LOS SIGNOS

Anónimo

EL UNIVERSO DE LA ALQUIMIA

M. Vázquez Alonso

DIARIO DE UN SEDUCTOR

Sören Kierkegaard

ELOGIO DE LA LOCURA

Erasmus de Rotterdam

LA CONQUISTA DEL PAN

Piotr Kröpotkin

Y EN EL CENTRO, EL ISLAM

Juan Jáuregui Adell

Quebdani, una pequeña localidad situada en el corazón del Rif, es también la crónica de una venganza. Su protagonista, un cabileño de la tribu de los Beni Urriaguel, la misma a la que pertenecía Abd-el-Krim, llega a un molino propiedad de los Dávila siendo un niño, y allí es abandonado por su madre como se abandona una larva en el corazón de una fruta. Son los años posteriores al desastre de Annual. El Protectorado español se había afianzado en toda la zona norte de Marruecos, pero frente a esa paz impuesta por el colonialismo el espíritu independentista de los rifeños permanecía inalterable.

El autor reconstruye de este modo una historia basada en el deseo de la libertad sobre la opresión, indagando en la naturaleza de unos personajes que se debaten en un mundo de odio y soledad. Los Dávila no aceptan la cultura ni la lengua de una tierra que no les pertenece y sin embargo se resisten a abandonarla. El infortunio, el rencor, los movimientos insurgentes y, sobre todo, una trama soterrada entre las sombras del molino hará que el cerco de la estirpe se cierre en torno a ellos.

Quebdani representa también un ejercicio pleno de indagaciones y referencias sensuales, hábilmente manipulado por un pulso narrativo poco frecuente en el actual espacio literario.

Ediciones 29

Mandri, 41 - 08022 Barcelona (España)

ISBN 84-87291-84-8



9 788487 291845